

★ ANDREA BENNETT ★

LA PERRA DE TRES PATAS DE LA SEÑORA PETROVNA



Lectulandia

La divertidísima historia de una perra de tres patas, una anciana rebelde y un exterminador de animales que miden sus fuerzas en la compleja y surrealista Rusia postsoviética de los años noventa.

Ya en la tercera edad, Galina Petrovna es muy consciente de que la vida no es más que una cadena de decisiones, algunas acertadas, otras completamente desastrosas. De poco sirve arrepentirse de lo que hubiera podido ser y, sin embargo, en estos momentos no puede evitarlo del todo.

Porque si le hubiera puesto un collar a su perra Boroda, esta no habría deambulado como un animal solitario por las calles. Y si la pobre y tullida perrita sin collar no hubiera ido sin rumbo, Mitya, el obsesivo exterminador de bichos callejeros, no se la habría llevado hacia un destino poco halagüeño. Y si el conciencioso exterminador no se hubiera apoderado de la pobre perra sin collar, Vasily, el fiel amigo de Galina, no habría acabado con sus huesos en la cárcel.

Pero Galina sabe que no merece la pena echar la vista atrás. Los años le han enseñado a pelear por lo que cree justo sin rendirse jamás. Así que ahora deberá salvar a su querida perra, y a su no menos querido amigo, de las garras de la burocrática justicia postsoviética. Aunque eso implique abandonar su tranquilo, y aburridísimo, pueblo natal para viajar hasta Moscú, la capital de la nueva Rusia democrática.

Lectulandia

Andrea Bennett

**La perra de tres patas de la señora
Petrovna**

ePub r1.0

Castroponce 07.01.18

Título original: *Galina Petrovna's Three-Legged Dog Story*

Andrea Bennett, 2015

Traducción: Sheila Espinosa Arribas

Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi familia, en especial para Louis

Nota de la autora

En los años noventa del siglo pasado, había una perra de tres patas llamada Boroda que no llevaba collar y que vivía en Azov con una anciana rusa que trabajaba con ahínco en su dacha.

Todo lo que aparece en este libro, aunque inspirado por mis recuerdos de la gente y la geografía de Rusia, es pura ficción y como tal debería ser considerado.

Glosario

Baba: Diminutivo de *babushka*.

Babushka: «Abuela», utilizado a menudo para dirigirse a cualquier anciana.

Banya: Sauna.

Blin: Exclamación de sorpresa; literalmente, «¡miércoles!».

Boroda: «Barba», pronunciado «barada».

Dacha: Residencia de madera campestre, que puede ser desde una cabaña hasta una mansión.

Dedya: «Abuelo», utilizado a menudo para dirigirse a cualquier anciano.

Duma: Parlamento ruso.

KAMAZ: Camión de fabricación rusa.

Kasha: Gachas.

Kéfir: Bebida de leche fermentada.

Kroota: «Guay».

Kvas: Bebida fermentada sin graduación que se obtiene del pan de centeno.

Laika: El perro que la Unión Soviética envió en órbita al espacio en 1957.

Lapochka: Expresión de afecto basada en la palabra que significa «pezuña». Se utiliza normalmente con niños y perros.

Lubianka: Cuartel general de la KGB en el centro de Moscú.

NKVD: Oficina del Pueblo para los Asuntos Internos, o policía secreta (precursora del KGB).

Perestroika: Movimiento político de reforma del Partido Comunista en la década de los años ochenta.

Sharik: Literalmente, «pelotita»; nombre de perro muy común en Rusia.

SIZO: Siglas de Sledstvenny Izolyator o centro de prisión preventiva.

Skoraya: Ambulancia.

Spetznaz: Fuerzas especiales rusas.

Vareniki: Bolitas de masa hervida.

Vint: Droga de fabricación casera que normalmente se inyecta.

Una típica tarde de lunes

—¡Eh! ¡Goriun Tigranóvich! ¿Me oyes?

Una mano cálida y oscura golpeó la puerta de nuevo, esta vez con tal fuerza que hasta las bisagras vibraron.

—¡Te digo que está muerto! Seguramente ya se lo habrán comido los gatos. ¿Sabías que tiene cuatro? ¡Cuatro gatos blancos, como de peluche! ¿Para qué querrá alguien cuatro gatos blancos? ¡Blancos! ¡Es ridículo!

—*Babushka*, ¿oyes maullar a algún gato?

Las dos mujeres, una indescritiblemente vieja y arrugada y la otra también, aunque no tanto, esperaron en silencio frente a la puerta del piso, escuchando con atención. La diminuta *baba* Krichkova se agachó un poco para acercar la oreja a la cerradura, cerró los ojos y hundió los carrillos.

—No oigo nada, Galia —respondió tras unos segundos.

—Es una buena señal, ¿verdad, *baba*? Quiere decir que Goriun Tigranóvich seguramente se ha marchado de vacaciones a la costa, o a visitar a unos amigos a Rostov, y ha dejado a los gatos en casa de alguien. Y eso significa que no está tirado en el suelo de su piso, muerto.

—¡Pero, Galia! ¿Y si están todos muertos? ¡Los gatos y Goriun Tigranóvich! ¡Todos muertos! ¡Quizá estaba demasiado duro como para comérselo y se han muerto de hambre! Han pasado bastantes días, ¿sabes?

Al imaginarse los gatos hambrientos y el cadáver seco y exangüe de Goriun Tigranóvich, la más anciana hizo una mueca y empezó a sollozar, frotándose con un puño enrojecido y nudoso los ojos diminutos. A lo largo del polvoriento pasillo, otras puertas empezaron a chirriar y gemir y, poco a poco, fueron apareciendo más cabezas canosas con ojos arrugados como pasas que escrutaban con curiosidad en busca del origen del ruido y la agitación. Un leve murmullo se extendió por el edificio a medida que sus ancianos residentes se levantaban al unísono de sus respectivas siestas, fueran estas planeadas o no, para ser testigos del drama que se desarrollaba en la tercera planta del edificio 11, avenida Karl Marx de Azov, una ciudad al sur de Rusia. Galia suspiró y le tendió un pañuelo a su compañera, sin dejar de chasquear la lengua de forma compasiva.

—*Baba* Krichkova, desde el pasillo no podemos hacer nada. Estoy segura de que Goriun Tigranóvich goza de muy buena salud. Siempre ha sido un tipo vivaracho que viaja mucho. Justo el mes pasado estuvo en Omsk.

Galia no se trabó con las palabras; las pronunció con serenidad y decisión, pero incluso a sus oídos sonaron poco convincentes: la última vez que había visto al

caballero en cuestión, el pobre parecía un trozo de corteza seca enfundada en un traje.

—Estoy segura de que lo vi la semana pasada por el mercado y estaba comprando sandías. Uno que compra sandías no está a punto de morir: es uno que disfruta de la vida, es fuerte y está lleno de ilusión. Las sandías son un signo inequívoco. Seguramente eran un regalo para la persona a la que fuese a visitar. Estoy convencida de que volverá pronto.

Con sandías o no, Goriun Tigranóvich era un hombre muy reservado y no le hubiera gustado saber que el vecindario al completo estaba hablando de él en el pasillo. Galia intentó convencer a su compañera para que volviera a su apartamento.

—¿Por qué no vas a prepararte una buena taza de té y te llevo uno de mis bollitos caseros? ¿No te gustaría? —El rostro de la anciana ni se inmutó, pero sus ojillos vidriosos se posaron en Galia—. Y si hacia el final de la semana seguimos sin verlo, le preguntaremos a su cuidadora si sabe dónde ha ido.

—Me prometió un calabacín —dijo *baba* Krichkova sin volverse, mientras avanzaba por el pasillo arrastrando los pies.

Esa era la verdadera raíz del problema, pensó Galia: estaba molesta por la promesa incumplida de una hortaliza.

—Yo puedo darte un calabacín, *baba* Krichkova, y los míos están tan buenos como los de Goriun Tigranóvich.

Baba Krichkova se encogió de hombros con aire displicente y cerró la puerta de su apartamento, de modo que a Galia no le quedó más opción que chasquear la lengua, negar lentamente con la cabeza y desaparecer dentro del suyo. Boroda se levantó de su caja, debajo de la mesa, la saludó con un suave movimiento de la cola y luego se desperezó con toda su admirable elasticidad.

«La elegancia de los perros —pensó Galia— reside en su total y amable indolencia. Y en el hecho de que no puedan hablar».

A diferencia de sus vecinos, y de todos sus conocidos del Centro Cultural y Club de la Tercera Edad de Azov, Galina Petrovna Orlova, Galia para los amigos, casi nunca lloraba. Mientras los demás brillaban como el envoltorio de un caramelo masticado por alguno de los gatos de Goriun Tigranóvich, ella se sentaba derecha en su silla, discretamente bronceada, con las vigorosas manos apretadas en sendos puños hinchados y claros, que descansaban sobre la tela floreada que le cubría los muslos. Escuchaba atentamente las quejas de los otros, suspiraba y chasqueaba la lengua mientras contaban anécdotas de sus duras vidas. En cuanto a Galia, ella vivía el presente y raramente evocaba el pasado. Sus preocupaciones se reducían a su huerto, a la buena comida, a los complicados juegos de cartas y a sus amigos. Se mostraba orgullosa de su ciudad y su región, y estaba dispuesta a defender su tierra natal de cualquier tipo de crítica que no fuera suya. No era lo que se definiría como una persona sentimental.

Sin embargo, incluso la persona más fría necesita algo o a alguien y, en el otoño de sus días, la fuente de la plenitud para Galia —el pozo del que obtenía compasión,

paciencia, certeza y descanso— no era la iglesia ni el alcohol, tampoco los chismorreos o la jardinería; para Galia, la fuente de su tranquilidad era su perro de tres patas.

El animal tenía la cabeza alargada y sus gráciles patas eran una maraña de pelaje grisáceo. Los ojos, muy oscuros, pendían sobre unos pómulos altos que recordaban, quizá, a algún pariente lejano de raza borzói que se hubiera quedado en las planicies del este, bajo un manto de estrellas como lágrimas congeladas. Esa fue la impresión que tuvo Galia la primera vez que lo vio de lejos, fuera de la fábrica, un día que no llevaba puestas las gafas. Sin embargo, al observarlo de cerca, apenas encontró indicios de sangre azul en aquel chucho: con la cola caída y el aire sumiso, el perro —en realidad, una perra— se había instalado bajo un quiosco especialmente pestilente y se dedicaba a rebuscar comida. Galia no hizo ningún caso del animal. Durante cinco días fingió que no estaba allí y, cada vez que pasaba por delante de aquel huerto, volvía la cabeza disimuladamente. Hasta que al sexto día vio a la perra intentando sacar, con la ayuda de una solitaria pata delantera, un hueso de debajo del quiosco lleno de meadas. Pobre perra: solo con tres patas. Galia evocó un sentimiento, un vago recuerdo de algo o de alguien que hacía mucho tiempo se había marchado y del que no había vuelto a saber nada. Algo a lo que quiso aferrarse, pero que ni siquiera consiguió rozar. La anciana miró a la perra y suspiró. Al oírlo, el animal alzó las orejas y dejó de escarbar. Hubo un momento de calma tensa en el bullicio de la tarde y la mirada de un par de ojos color castaño oscuro traspasó la chaqueta de punto de Galia hasta clavarse en su corazón. Le gustara o no, el destino de ambas estaba sellado.

Ayudándose de su navaja, Galia extrajo con cuidado el trozo de hueso y se lo dio a la perra, que lo tomó entre sus dientes blancos y mansos. Durante esa tarde, la perra la siguió, manteniéndose a una educada distancia, hasta su casa, sin hacer caso de los vanos intentos de espantarla que sin demasiada convicción, como apáticas abejas bañadas por el sol, salían de la boca de la anciana. La perra se sentó pacientemente frente a la puerta del apartamento mientras el crepúsculo reptaba por el pasillo, y aún seguía allí cuando el disco solar se elevó en el horizonte y los mirlos se pusieron a cantar. Tras una noche de profunda meditación, Galia se rindió y abrió su puerta de par en par. La perra entró y fue a sentarse tranquilamente debajo de la mesa de la cocina, mirando alrededor con sus ojos almendrados y llenos de curiosidad.

—¿Y cómo te llamaremos, eh? Me pregunto si habrás tenido algún nombre. Seguramente Fido, o Shep, o Sharik o cualquier otro igual de feo y nada apropiado. Bueno, no importa. Mírate, preciosa señorita, con esos pómulos y la barba afilada: te llamaremos Boroda, «la barbuda». Con eso bastará.

Y la llamó Boroda, en honor a su barba fina y puntiaguda.

A veces, con los recios brazos metidos en un gran bol lleno de masa mientras

amasaba lentamente el emplasto hasta convertirlo en el bocado más sabroso al este de Járkov, Galia volvía con la mente al pasado. Por mucho que repitiera que vivía en el presente, a medida que envejecía, necesitaba de vez en cuando recordar. No para buscar respuestas o solucionar disputas largamente olvidadas, ni para llorar, añorar y rememorar, sino para recordarse a sí misma quién era y de dónde venía, y para serenarse. Estirando la masa en enormes láminas blanquecinas, listas para cortarlas en cientos de hojas que luego serían rellenas, plegadas y hervidas, Galia sudaba con el calor de mediodía y de vez en cuando las pequeñas gotas saladas caían en la masa que se iba extendiendo sobre la mesa. La frente se le humedecía y oscurecía a medida que el proceso culinario progresaba y los recuerdos se agolpaban alrededor. Boroda retrocedía cada vez más bajo la mesa, reclamando su caja de cartón en la esquina más fría y oscura de la cocina.

Galia había perdido a sus padres, la virginidad y unos cuantos dientes durante la Gran Guerra Patria. No le gustaba revivir ninguno de aquellos acontecimientos. En pocas semanas, que entonces se le habían antojado largas como toda una vida —y, a la vez, inexistentes, puesto que el tiempo se había detenido, había dejado de existir o simplemente había explotado—, se había hecho adulta. Pocas semanas que, en su memoria, había condensado en una entidad intocable y metido en una caja negra. Si la abrías, solo oías un grito interminable, solo veías una enorme mano mecanizada que arañaba huesos secos, solo sentías el gélido viento de la estepa y un hambre feroz. Una caja de recuerdos que negaba la existencia del sol, de los animales, de los árboles, de la risa o de la niñez. Una caja en la que raramente rebuscaba.

Aquella época de cambios anestésicos, de dolor y sacrificio también le había traído —como si fuera un bebé ya grande y problemático bajo un arbusto espinoso— un marido. ¡Así, sin más! Tampoco le gustaba regodearse en ello, aunque de todas formas era incapaz de recordar cómo había sucedido, por más que quisiera. Por aquel entonces, Galia era una joven menuda, de piel blanca como la leche y una melena rubia y rizada que ocultaba bajo una mugrienta gorra color caqui. Sin saber muy bien cómo, completamente sola y tan asustada que ni siquiera era capaz de recordar las caras de sus padres, o la suya propia, había acabado junto a Pasha, su cocina de campaña y una pandilla de rezagados, bien lejos del frente, escasas semanas antes del Día de la Victoria en Europa. Pasha: un poco débil, un poco vago quizá, con unos ojos castaños luminosos y una sonrisa boba y babeante. Al principio, se limitó a enseñarle la fachada. Él sonreía, lo que significaba que, en algún momento, la risa había existido, había sido una reacción normal ante algo divertido, no cosa de un loco. Para Galia, él era como un puntal que la mantenía con los pies en el suelo, mientras el mundo temblaba y la guerra tocaba a su fin.

—Ay, qué patosa soy —murmuró Galia al ver que el último *vareniki* se le resbalaba de los dedos y aterrizaba pesadamente en el suelo, levantando una nubecilla de harina.

Desde su caja de debajo de la mesa, Boroda alargó su noble cuello unos

centímetros, indicando con la educación que la caracterizaba que no le importaría limpiar aquel bocado caído por accidente si Galia se lo permitía.

—Adelante, *lapochka*, todo tuyo. Hazlo bien, límpialo todo, señorita barbuda. — La lengua rosa y afilada de Boroda lamió la masa en cuestión de segundos mientras la cola golpeaba suavemente la pared de la caja—. Nada de zampar, si no te importa. ¡Incluso los perros de la calle deben masticar bien! —bromeó Galia.

Boroda le dedicó una mirada agradecida y siguió lamiendo el suelo con un cuidado exquisito. Las necesidades de la perra eran sencillas: vivía de pan, patatas, un poco de grasa de vez en cuando y trozos de fruta. Por norma general, nunca se le ocurriría mendigar comida de la mesa, pero otra cosa era que cayera a su lado por casualidad. Galia, por su parte, no tenía intención de ponerle un collar. Eran compañeras, iguales, y habían escogido compartir sus vidas en plácida compañía. No había restricciones y tampoco eran necesarios nuevos trucos. Una vez desaparecido lo vertido, Boroda se lamió el hocico y luego la punta de la cola, larga y delgada; después se echó a dormir.

El timbre del teléfono impidió que Galia se sumiera de nuevo en sus pensamientos, y la obligó a correr hasta el pasillo entre resoplidos.

—¡Ay, por el amor de Dios! —murmuró—. ¿Es que una no puede encontrar sosiego en este mundo? —Y luego, en voz alta, dijo—: ¡Hola! ¿Quién es?

—¡Buenas tardes, Galina Petrovna! Soy Vasili Volubchik —respondió una voz segura y al mismo tiempo un tanto débil.

—Sí, lo sé —replicó ella con un suspiro y, temiendo haber sido demasiado cortante, añadió—: ¿En qué puedo ayudarte, Vasili Semiónovich?

—Solo quería asegurarme de que vendrás a la reunión de esta tarde, Galina Petrovna. Te aseguro que tenemos un programa muy emocionante: rifa y... eh, oh, mmm... ¿qué era? Me he olvidado de lo más emocionante, mmm...

—Sí, Vasili Semiónovich, allí estaré. Seguro que será divertidísimo. ¡Adiós! —Y Galia colgó el teléfono con el ceño ligeramente fruncido.

Vasili Semiónovich Volubchik era pura determinación. Llevaba al menos tres años llamándola todos los lunes para asegurarse de que Galia no se olvidaba de asistir a la reunión del Club de la Tercera Edad. Y cada semana le prometía algo emocionante. Pero hasta entonces, el acontecimiento más emocionante de los celebrados en el Club de la Tercera Edad había sido una charla sobre la felación a cargo de un entusiasta colectivo local. ¿O puede que fuera sobre la filatelia? Galia nunca recordaba la diferencia. Pero no había sido emocionante; en su opinión, solo meramente divertido.

Avanzó por el pasillo, enfundada en sus blandas pantuflas blancas, para lavarse la cara y el cuello. Presentía que la tarde sería aburrida. Con el tiempo, no daría crédito a lo equivocada que había estado. No tenía ni idea de cómo iba a cambiar su vida. A menudo la gente no es consciente.

—*Straindzh lavv, straindzh khaize end straindzh lauoz, straindzh lavv, zat's khau mai lavv grouz...*

En la zona este de la ciudad, en una habitación cuadrada como una caja, con paredes de color naranja y un brillante suelo de linóleo en tono mostaza, un joven entonaba las palabras de sus adorados Depeche Mode sin una melodía reconocible. Vestía una especie de uniforme muy limpio, pero que para los que lo rodeaban desprendía un olor no especialmente agradable. El joven se afanaba en unos preparativos con diligencia y precisión bajo una bombilla pelada de sesenta vatios, mientras fuera se ponía el sol, totalmente inadvertido. Llevaba unos pantalones de nailon negro, sin una sola arruga y firmemente sujetos con un cinturón, que cada vez que se movía generaban leves descargas eléctricas contra los muslos, poniéndole los pelos de punta. La camisa, azul y reglamentaria, estaba impoluta, planchada y bien metida dentro de los pantalones. Cada vez que levantaba los brazos para peinarse, el tejido crujía, cosa que le procuraba un ligero placer. Se había afeitado con gran cuidado, incluidos el cuello y la zona de los hombros a la que llegaba, y había vaciado la nariz en el lavabo (pasillo adelante, primera puerta a la izquierda, no, la segunda; la primera era la habitación del alcohólico violento, o al menos la de uno de tantos). Se había limpiado las orejas con una cerilla, que luego había echado a la papelera, no al váter, como le había pasado una vez por error, cuando la cerilla se había quedado flotando varios días en el agua marrón y amarillenta, lo que le había provocado tal malestar que no podía ni dormir. En realidad, una vez también se había dejado una en el armario junto a la cama. Pero solo había ocurrido una vez. El problema de las cerillas había sido superado y la voluntad de Mitia se había impuesto sobre aquellos pequeños palitos de madera y sus cabezas pegajosas y rosadas. Ahora siempre iban directas a la papelera, y él dormía bien.

Estas cosas las hacía todos los días, en un orden preciso. O, mejor dicho, todas las tardes. Daba la vuelta al casete (Depeche Mode, *Music for the Masses*), como hacía siempre más o menos a la misma hora, y apretaba el *play* con el índice de la mano derecha. Respiraba hondo y, cuando la música sonaba, cerraba los ojos. Imaginaba la noche que le esperaba y emitía un suspiro de satisfacción, apenas audible, solo para sus oídos.

Mitia era meticuloso. Se enorgullecía de serlo. Meticuloso y aplicado podrían haber sido sus segundos nombres, pensó, de no haberse llamado Borís. Frunció el ceño y se detuvo, con el cepillo de las botas en la mano. Pensar en lo de su segundo nombre había acabado con su buen humor como un ladrido acaba con el silencio, y los sombríos pensamientos sobre su madre lo hicieron estremecerse. Le recriminaba varias cosas, entre ellas su segundo nombre. Un nombre de borracho, un nombre sin imaginación: un nombre típicamente ruso. Un leve tic hizo presa en el ojo izquierdo de Mitia; con el cepillo, apuntó contra la imagen mental de su madre que se había materializado junto a la puerta y, lenta y deliberadamente, apretó el gatillo. El cerebro entre verdoso y grisáceo de su madre se deshizo sobre la pared de color naranja justo

cuando Dave Gahan entonaba el conmovedor estribillo de la canción y Mitia sintió un temblor en el vientre que le bajó hasta la entrepierna. La vida era bella. Tenía su orden, tenía su trabajo y, en aquella habitación del lado este, ejercía el control sobre sus cosas. Era dueño y señor de cuanto lo rodeaba.

De pronto, se oyó un chasquido apagado en el pasillo y Mitia, presintiendo problemas, se quedó petrificado. No se equivocaba: un ritmo sordo hizo vibrar las paredes naranjas de la habitación, apagando su música como una vela en plena tormenta. Bajó el cepillo y se mordió el labio. El vecino, Andréi el Cretino, celebraba una fiesta, otra vez. En breve, aquello se llenaría de chicas demasiado maquilladas, chicas demasiado perfumadas, chicas con faldas increíblemente cortas y medias con carreras que reptaban como garras hacia sus partes innombrables. Chicas: por lo visto, su vecino tenía mucho éxito con ellas. Según Andréi, cuanto más jóvenes, mejor, aunque Mitia intentaba no prestar atención cada vez que su vecino abría su asquerosa boca de dientes manchados. Mitia desaprobaba con toda su alma a Andréi y a sus chicas. Las fulminaba con la mirada desde su puerta y, cuando ellas reían, la cerraba y seguía fulminándolos a través del ojo de la cerradura. Salían de la habitación de Andréi el Cretino e iban por el pasillo hacia el apestoso lavabo comunitario, y a veces también los fulminaba con la mirada por la cerradura del lavabo, solo para que quedara bien clara su postura, aunque luego siempre se arrepentía. No sabía por qué lo hacía. No le parecían interesantes. Ni siquiera le apetecía verlas. Solo eran chicas problemáticas, nada más.

Para Mitia, las chicas, y las mujeres en general —las hembras, por usar el término técnico y correcto—, eran una distracción. Los hombres tenían que concentrarse en el objetivo y estar siempre alerta. Las chicas eran para cuando la lucha ya había acabado. O casi, pues la lucha de Mitia nunca tendría fin, al menos no del todo. Sabía que si algún día tenía la posibilidad de establecer contacto físico con una mujer, antes de llegar a algún tipo de intimidad real se aseguraría de explicarle bien el puesto que ocupaba ella en su escala de prioridades: por la zona del fondo, muy por debajo de trabajar, comer, dormir, la cerveza, las necesidades corporales, Depeche Mode y el hockey sobre hielo. Se lo explicaría, vaya que sí. La chica se daría cuenta de lo afortunada que era por establecer contacto físico con Mitia. Algún día. Cuando tuviera tiempo. Cuando conociera a la mujer indicada.

Mitia aún tenía el cepillo en la mano; una bota de polipiel brillante, la otra ligeramente mate. Reordenó sus pensamientos, empujó a las chicas al fondo de su mente y lustró la bota mate con un movimiento tan frenético que su mano se convirtió en un borrón mientras el pelo, perfectamente peinado, le vibraba como un flan sobre una lavadora encendida. Cuando terminó, la bota relucía y Mitia tenía la frente perlada de sudor. Dobló un pañuelo dos veces y se la enjugó. Le dolía un poco el brazo y el corazón le latía más deprisa de lo normal.

Con las botas en un estado óptimo y calzadas, cogió la cartera, las llaves y un peine y se permitió echar una última ojeada a la habitación. Todo se hallaba en su

lugar bajo el resplandor de una única bombilla solitaria. Estaba a punto de salir, tenía por delante una noche muy larga. Se sentía grande y le gustaba el sonido de sus pisadas, rebosantes de seguridad. Era un hombre con una misión, un hombre con un plan. Alguien importante. El único nubarrón en el horizonte, por decirlo así, era su vejiga, dolorosamente llena.

En el pasillo, Andréi el Cretino, con su odioso pelo teñido y su colonia barata, estaba apoyado contra el quicio de su puerta, fumando un cigarrillo con una mano y frotando el muslo de lo que parecía ser una colegiala con la otra.

—Eh, Mitia, ¿otra noche de servicio? ¡Hostia puta, qué aburrido eres, tío! ¿Por qué no te tomas una copa con nosotros? Venga, ¿por qué no echas un vistazo a lo que hay sobre la mesa? ¿Te apetece un poco?

Andréi deslizó la mano derecha entre las piernas de la colegiala, que chilló. Mitia esbozó una mueca, pero no pudo evitar dar una ojeada a la habitación del vecino, de paredes rojas como la sangre. La escena era infernal. Había mujeres por todas partes: tumbadas sobre el diván, encaramadas en el televisor, sentadas a horcajadas sobre la jaula del jerbo.

—Me voy a trabajar, pero primero voy a mear —murmuró Mitia y se apresuró por el pasillo. Cuando llegó a la puerta del lavabo, dio media vuelta y, presa de un impulso repentino, masculló—: Tienes que limpiar el baño, Andréi. Te toca. Yo lo he limpiado las últimas cuatro veces. ¡No pienso hacerlo más!

Andréi el Cretino se rio, mostrando dos hileras de dientes gastados y amarillentos, empujó a la colegiala hacia el interior de la habitación roja y cerró de un portazo. Mitia empujó con fuerza la puerta del lavabo, pero su nariz chocó contra el dorso de su mano. Estaba cerrada con llave, otra vez.

—Hijo de puta.

Su vejiga hinchada no se resignaba a ser ignorada así. Era tal el esfuerzo que Mitia hacía para contener el pis que enseguida una fina capa de sudor perló su labio superior. Llevaba más de media hora queriendo usar el mugriento baño, pero cada vez que lo intentaba tenía que desistir y volver a su habitación, pues el maldito ocupante salía tambaleándose pero era sustituido por otro incontinente antes de que Mitia pudiera recorrer el pasillo. Así que ahora le tocaba esperar, y se arriesgó a apoyarse contra la pared junto a la puerta del alcohólico violento, con las piernas muy juntas, abriendo y cerrando con fuerza los puños. Llamó de nuevo a la puerta.

—¡Sal de ahí, golfo apestoso! Voy a llamar a una *skoraya*, ¡te mandarán al dique seco! —Mitia necesitaba mear, de verdad, no aguantaba más.

La puerta se entreabrió y bajo la penumbra malsana del pasillo un rostro aterciopelado lo miró, dubitativo. Tras unos segundos, la puerta se abrió un poco más chirriando sobre sus bisagras y del interior del lavabo no salió el viejo borracho apestoso con la barbilla llena de vómito, sino un ángel caído del cielo. Mitia contuvo una exclamación de sorpresa y notó que la saliva se le acumulaba en las comisuras de los labios, desbordándose lentamente hacia abajo. Nunca había visto a una chica tan

bonita y perfecta. La melena rubia enmarcaba un rostro delicado de mejillas sonrosadas, nariz pequeña y pecosa y ojos que parecían penetrar hasta el fondo de sus entrañas. Y allí estaba, en aquel meadero maloliente, con un trozo de papel de váter amarillo pegado a la suela de una de sus sandalias de plástico color melocotón.

—Lo siento —dijo ceceando, y lo miró por entre unas pestañas negras y pegajosas.

—¡No! Ah... —Mitia se limpió la boca con la mano—. Lo siento, mmm... pequeña fémina. ¡Permíteme! —Y mantuvo abierta la puerta para que la chica se deslizara por el hueco que quedaba entre esta y su axila—. No sabía... Creía que eras el viejo, el del final del pasillo. Se pasa... horas en el excusado.

—Dios mío, me sorprende que aún esté vivo —bromeó el encantador ángel, guiñándole un ojo.

Mitia sintió que algo se rasgaba en su interior, como un ligamento del alma que se estira hasta romperse y que nunca podrá repararse. El ángel se dio la vuelta lentamente y avanzó por el pasillo meciéndose, menudo y etéreo, hasta la última habitación. Una vez allí, dudó un instante y miró a Mitia desde la entrada.

—¿Quién eres, preciosa? —soltó él, sin haber decidido emitir un sonido, sin saber que su boca se había abierto, sin haber dado permiso a la lengua para que formara ninguna palabra.

—Katia —contestó ella, como si fuera obvio, y desapareció tras la última puerta.

El clic del cerrojo golpeó a Mitia como un puñetazo en la cara, cortándole la respiración.

Echó una meada larga y pausada, y se sorprendió pensando que ella, el ángel, acababa de estar sentada justo donde ahora el chorro dorado de su orina caliente surcaba el aire y hacía espuma. Se estremeció e, incapaz de contenerse, se inclinó sobre el retrete y logró percibir apenas un leve rastro de su olor entre los distintos olores que se elevaban de la oscura taza, el suelo y la papelera. Su aroma, el aroma almizclado de un ángel, era sutil pero poderoso. Una mano al tirar del pomo de la puerta lo desgajó de su fantasía, arrancándolo de aquel estado de ensoñación y devolviéndolo a la realidad del baño. Se abrió paso fuera del cubículo, dejando atrás al viejo tambaleante que le gritó algo indescifrable aunque no por ello menos deprimente, y bajó la escalera hacia su furgoneta.

«Que me tenga que ver yo en esta situación...», pensó, e intentó propinarle una buena patada a un gato atigrado que pasaba por allí. Erró el tiro, y no por poco, y a punto estuvo de perder el equilibrio. Se agarró a un seto para no caer, tratando de no hacer caso a las risas sofocadas que le llegaban desde el banco que había detrás, un banco repleto de niños pequeños y viejas arpías, cómo no.

—Mujeres, niños; solo crean problemas. Tengo que trabajar —murmuró, y se sacudió las hojas de la camisa, dispuesto a marcharse.

Mientras se frotaba el pecho, una mariposa que salió de las profundidades del seto fue a chocar contra su nariz. Al notar el contacto, Mitia no pudo evitar agitar un poco

los brazos. De nuevo, las risas apagadas procedentes del banco le arañaron los oídos.

—¿Qué hacéis ahí sentados, llenándolo todo de porquería? ¿Es que no tenéis nada que hacer? —rugió por encima del seto.

Las *babushkas* miraron a los niños y los niños miraron a las *babushkas*, y acto seguido todos se echaron a reír de nuevo, hasta que se les saltaron las lágrimas.

—Venga, venga, Mitia, no te pares —graznó un rostro curtido por el sol y de ojos minúsculos y brillantes.

—Idiotas. Vejestorios e idiotas. No sois mejores que las ratas, ratas que se ríen — las increpó Mitia, pero no lo bastante alto como para que su público lo oyera.

Giró sobre los talones en dirección al sol poniente y su brillante furgoneta, que resplandecía bajo los rayos rosados. La noche era joven.

El Centro Cultural y Club de la Tercera Edad de Azov

Galia sonrió satisfecha mientras recorría el pasillo, repartiendo los *vareniki* entre sus ancianos y temblorosos vecinos. Xenia, encorvada y rodeada por una galería de fotografías granuladas de su hijo, aceptó la comida con sumo placer. Galia saludó al hijo como debía, es decir, santiguándose frente al pequeño altar erigido en su memoria y situado detrás del televisor, en la sala de estar de Xenia. Ya habían pasado veinte años, pero las llaves del hijo y la mochila del colegio seguían en el armario del pasillo, donde las había tirado por última vez aquel día de julio de 1974, antes de salir corriendo hacia el río en busca de aventuras.

En la siguiente puerta vivía el pobre Denis, con su narizota bulbosa y sus orejas deformes, como de coliflor, un solterón grande como un oso. Desapareció dentro de su apartamento con el regalo de Galia y volvió con un enorme racimo de uvas moteadas para agradecerse. Galia echó una ojeada a las uvas y se preguntó qué uso les daría; parecían un poco pasadas, pero las aceptó con agrado. *Baba* Krichkova cogió la comida mascullando sobre Goriun Tigranóvich y lo egoísta que había sido al irse sin decírselo y, como no podía ser de otra manera, en casa del susodicho nadie le abrió. El viejo armenio era todo un enigma, y a él eso le gustaba. Corrían rumores sobre viajes al extranjero, oro, iconos antiguos y ventas de tierras en el Extremo Oriente, pero lo cierto era que en todo el pasillo nadie conocía realmente bien a Goriun Tigranóvich. El hombre regalaba sus verduras y siempre estaba sobrio, era educado e iba limpio, pero nada más. Galia se preguntó de nuevo si había hecho bien asegurándole a la *baba* Krichkova que su vecino estaba de viaje. Pero era cierto que no se oían los maullidos de los gatos de peluche blanco detrás de la puerta, y seguro que se habrían oído si realmente llevaran uno o dos días sin comer. Galia los había visto comiendo, un día que se pasó para cambiar unos cuantos ajos por una piña, y la escena no había sido precisamente agradable: los gatos blancos se convertían en bestias cuando había comida de por medio. En cualquier caso, lo mejor era no meter las narices donde no la llamaban. Su vecino reaparecería cuando lo creyera conveniente, o no.

De vuelta en la cocina, Galia chasqueó la lengua mientras limpiaba la mesa de plástico y guardaba los utensilios.

—¡Perrita mía! ¡Boroda! ¿Quieres un poco de grasa? Ven, señorita, toma un poco, te irá bien para la vista.

Cortó pequeñas tiras de grasa de cordero para la perra, cuyos ojos ya brillaban como estrellas. Luego retiró el cuchillo y se dejó caer un momento sobre el minúsculo taburete, mientras se enjugaba los ojos con una esquina del delantal.

Observó el cuchillo sobre la mesa: lo había afilado tantas veces que la hoja se había convertido en un fino arco, cortante como papel. Pasha se había hecho un tajo en el pulgar el mismo día que lo había comprado, y se había puesto hecho un basilisco. Galia le había limpiado la herida con yodo y se la había vendado con un trozo de gasa, mientras él no dejaba de mascullar. Fue en la época rara de Pasha, cuando ya estaba enfermo y a veces no era él, poco antes del final.

El reloj marcó la media hora con indolencia, casi distraídamente, y Galia se levantó del taburete. Era hora de ir al Club de la Tercera Edad. Se asomó a la ventana y miró la calurosa tarde. Oía las risas que se elevaban desde el patio como burbujas de cerveza y el alboroto de los niños que jugaban. De vez en cuando, a la chica gordita del banco se le escapaba un grito; «acabará mal», pensó Galia mientras intentaba aplastar a los mosquitos que se lanzaban en picado sobre su cabeza. Boroda cruzó la estancia y apoyó suavemente el hocico contra el ángulo de la mano de su ama. Galia miró a la perra y sonrió.

En la refrescante penumbra de su dormitorio, se puso ante el armario y escogió el vestido de flores que llevaría aquella noche. Disponía de cuatro atuendos para elegir, cada uno con una combinación distinta de colores, pero, por lo demás, prácticamente idénticos. Hoy le tocaba el de las flores blancas y azules, con las sandalias azules y los calcetines color carne. También se pondría la pañoleta blanca en la cabeza para mantener a los mosquitos alejados de su pelo. Nada la desconcentraba más que un montón de insectos queriendo meterse en su pelo. ¿Por qué tenían que existir los mosquitos, si su único cometido era hacer la vida imposible a otras criaturas? Pero apenas fue este un fugaz pensamiento, enseguida ahuyentado por el esfuerzo de ponerse las medias sobre los tobillos hinchados por el calor.

Boroda, que presentía que Galia estaba a punto de salir, esperó en silencio delante de la puerta, rozándola con el hocico y con la cola inmóvil, aguardando a cruzar el umbral. Luego, en perfecto equilibrio sobre sus tres patas, la perra avanzó por el pasillo, bajó la escalera y salió al patio a sentarse un rato debajo de un banco y observar a los niños que jugaban en el amplio cuadrado marrón de hierba seca.

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Estás muerto!

Boroda se abrió paso cautelosamente entre los niños más pequeños, menos previsibles, y cruzó el patio hasta un grupo de árboles desgarrados que se elevaban por encima de los columpios. Una vez en la sombra, apoyó la cabeza en la pata delantera y contrajo sus largas cejas grises. De vez en cuando, los niños formaban un corro a su alrededor, debajo del árbol, y le adornaban la cabeza con tocados de hojas de olivo. Boroda parecía una reina. Ojalá se dejaran de tiros y le hicieran un par de coronas.

Las luces, al menos las que tenían bombillas, relucían brillantes en el Centro Cultural y Club de la Tercera Edad de Azov. Era un edificio típico: revestido de paneles de

hormigón, grandes ventanas en lo alto de los muros llenos de grietas y suelo de parquet que se levantaba en algunas partes. Cuarenta y cinco mujeres y dos hombres, uno de los cuales parecía no respirar, estaban de pie o sentados en mesas colocadas a lo largo de las paredes del salón principal. Arriba, en un extremo, colgaban de un enorme pasaplatos una plétora de plantas, cintas todas ellas, rozando con sus dedos mugrientos bandejas de galletas resacas, galletitas saladas y pretzels como los que hubieran podido encontrarse, por ejemplo, en Marte. En el centro de la sala, el anfitrión, presidente y general al cargo, Vasili Semiónovich Volubchik, o Vasia para los amigos, rebuscaba entre montones de papeles, tiraba bolígrafos al suelo sin querer y sellaba los preciados carnets oficiales de los miembros del club.

Galia opinaba que el Club de la Tercera Edad era básicamente una pérdida de tiempo, pero se sentía obligada a acudir simplemente porque era vieja. Allí jugaban a las cartas y al ajedrez, tomaban té y discutían. De vez en cuando, se daban charlas sobre astrología o comida sana, como si los ancianos no supieran qué les deparaba el destino o qué comida acabaría matándolos. Galia entregó su carnet para que se lo sellaran, evitando la mirada inquisitiva de Vasia, y saludó a su vieja amiga Zoya cuyo cabello, en esta ocasión, había adquirido un intenso tono morado. Luego fue a sentarse en una esquina.

—Un momento, Galina Petrovna, querida —resonó la voz de Vasia, como si fuera una campana agrietada. Rebuscaba algo entre unos papeles que se le caían y desparramaban por el suelo como fajos de desesperación.

Sin poder evitarlo, Galia frunció los labios y el ojo izquierdo se contrajo en un tic apenas perceptible.

—Toma, este es el programa de esta tarde. He pensado que quizá te gustaría decir unas palabras sobre la mosca de la col.

—¿Lo dices en serio, Vasili Semiónovich? ¿Por qué?

—Vasia, llámame Vasia. ¿Para qué andarnos con convenciones? Somos viejos y el tiempo no es nuestro amigo. Somos viejos, así que mejor ser buenos amigos.

Galia suspiró ante semejante frase, tan forzada y aburrida.

—Como quieras, Vasia, pero, si no recuerdo mal, ya di una charla sobre la mosca de la col la primavera pasada.

—Sí, sí, hermana, es cierto. Pero merece la pena recordar a esta gente cómo evitar la plaga, ¿no crees? Y me parece que, desde entonces, han llegado miembros nuevos y otros nos han dejado.

Ella no estaba segura de que hubiera miembros nuevos, pero sí recordó, con un acceso de nostalgia que fue como un pinchazo en las costillas, que unos cuantos miembros del club, muy apreciados, ciertamente ya no estaban.

—Sí, claro, tienes razón, Vasili Semiónovich. —Asintiendo con firmeza y con una media sonrisa de dignidad, Galia desechó la idea de que los presentes ya lo supieran todo sobre la mosca de la col—. Será un placer hablar de ello otra vez.

Lo cierto era que Vasia le pedía a menudo que hablara de las enfermedades de las

plantas y, aunque no estaba dispuesta a admitirlo, no podía evitar sentirse halagada. Vasia, por su parte, opinaba que la charla sobre el escarabajo sanjuanero permanecía aún en la memoria de muchos como el acto más destacado del año, o de la década, en Azov. A él lo había impresionado mucho.

Vasia le puso un caramelo en la palma de la mano y una bolita de saliva salió volando de la comisura de su boca sonriente. Galia apartó la mano de golpe y, asintiendo rápidamente con la cabeza, se dirigió a su sitio. Por la ventana cerrada en lo alto la pared, sobre su cabeza, vio la pálida luna elevándose en un cielo púrpura, y por un momento deseó no estar allí. Hubiera sido mucho mejor quedarse en casa, con las pantuflas, la radio, un cuenco humeante de *vareniki* y su querida Boroda acurrucada al lado. Allí sentada, mientras chupaba el caramelo, rotaba los tobillos y asentía con aire distraído a la anciana que estaba a su lado y que parecía soldada a la silla de ruedas, no pudo evitar evocar un recuerdo, tan inoportuno como una cucaracha debajo del asiento del retrete.

Una noche de luna llena, mucho tiempo atrás, había hecho algo muy insólito. Pasha había salido de casa, justo cuando ella acababa de darse la vuelta para servirle más té, dejándola con la tetera suspendida en el aire. En lugar de acabarse la cena de ambos, Galia dejó la tetera encima del hule, se puso la chaqueta y los zapatos con manos temblorosas y siguió a su marido. Oyó sus pisadas multiplicarse en la escalera, por el pasaje, al atravesar el patio y luego repiquetear ligeras callejón adelante. Se había internado en el centro histórico como había podido, sintiéndose furtiva pero incapaz de detenerse, corriendo con su vaporoso vestido de verano, por el puente, más allá de la fábrica, hacia las casas de la zona este de la ciudad. Una o dos veces percibió el olor del tabaco de Pasha y el leve rastro de su brillantina que parecían pegarse a los letreros de las tiendas que iba dejando atrás: Ultramarinos n.º 5, Productos Lácteos, Zapatería n.º 1... No se veía un alma. En aquel tiempo, las noches en Azov terminaban relativamente pronto.

Empezaba a pensar que había perdido a su marido, que seguramente había doblado la esquina al llegar a la fábrica y había entrado corriendo a trabajar pensando en algo importante, o quizá pensando en una de aquellas mujeres que llevaban pantalones y fumaban cigarrillos, cuando un leve destello un poco más adelante, a la derecha, captó su atención. Había llegado a las afueras de la ciudad y seguía caminando, decidida e impasible. Las tímidas farolas habían quedado quince metros atrás, solo la luna iluminaba el camino. Reconoció la oscura silueta de un edificio en construcción a la derecha, las moles de hormigón dispuestas como naipes enormes. A la izquierda se extendían campos yermos, vacíos, sin cultivar. El viento le trajo el murmullo impreciso de una conversación y se agachó tras un montón de tuberías. De repente, algo se escabulló dentro de las tuberías y Galia retrocedió asustada, conteniendo la respiración. Se movió con sumo cuidado, las sienes le palpitaban como un par de botas gigantes avanzando en la nieve. El viento le trajo unas cuantas palabras y, de pronto, reconoció al que hablaba: era Pasha, a quien le había

respondido otra voz. ¿De una mujer? Galia no se quedó para averiguarlo. Regresó corriendo a casa, temiendo toparse cara a cara con lo que allí ocurría, al abrigo de aquella noche de verano. Al recordarlo, sintió un escalofrío en la espalda que le subió hasta los ojos y se los llenó de lágrimas.

—Veamos, Galina Petrovna, ¿serías tan amable de explicarnos los últimos hallazgos sobre la mosca de la col? —la invitó Vasia Volubchik.

Galia estaba sentada mirando la luna, con la boca abierta y los ojos vidriosos. Por unos segundos, un silencio denso como la niebla se extendió entre la concurrencia, solo interrumpido por un leve sonido nasal procedente del fondo de la sala. Vasia temió que estuviera sufriendo un ataque.

—Galina Petrovna... ¡Galia!

Su tono acuciante consiguió sacar a Galia de sus ensoñaciones. La visión de Pasha y el edificio en construcción se fundieron y cristalizaron en los rostros de sus venerables conciudadanos, cuyos ojos se clavaron en ella mientras sus encías gomosas, chupaban los arcoíris de caramelo hasta reducirlos a afiladas esquiras capaces de cortar la lengua en dos; estaban esperando. Galia los miró y tragó saliva.

—¡Sí, Vasili Semiónovich!

—¿Quieres un vaso de agua?

—No, gracias, estoy bien. Solo un poco cansada. Hoy he estado trabajando.

—Y la luna ejerce una extraña influencia sobre las mujeres, por lo que sé.

Galia apretó los labios y, en cuanto recuperó el control de sus facultades, empezó la presentación. Al principio, un poco insegura, pero poco a poco fue ganando confianza ante aquel público adormilado. Vasia acercó la silla y la observó a un metro y medio de distancia: la sordera le permitía un estrecho contacto con las mujeres a diario, cosa que él valoraba y respetaba.

Pero Vasia se mostraba preocupado: Galia estaba pálida y menos enérgica que de costumbre. De pronto pensó, y no era la primera vez que lo pensaba, que necesitaba un hombre que cuidara de ella. Un buen hombre de su edad, un maestro jubilado, por ejemplo, con huerto propio, cuatro nietos que vivían a más de setenta kilómetros de distancia, una elegante motocicleta Ural (modelo 1975) que corría como si fuese nueva, tres pares de buenos zapatos, ningún vicio, un gato adorable llamado Vasik y una dentadura que conservaba al menos cinco de sus dientes propios. Vasia podía afirmar con orgullo que cumplía todos los requisitos.

Pero por muy cerca que se sentara de Galina Petrovna, ella parecía no advertir su presencia. Le ofrecía pequeños retazos de su atención, pero casi nunca una mirada directa. Se resistía a todas sus insinuaciones. Las flores que le había dejado junto a la puerta de su casa se habían quedado varios días allí, intactas. Cuando se encontraban por la ciudad (conocía bastante bien las rutinas de Galia y solía apañárselas para estar el mismo día y en el mismo sitio que ella) e intentaba cogerle la mano para ayudarla a subir a la acera, ella sonreía pero a la vez fruncía el ceño, y lo apartaba con un chasquido de la lengua discreto pero firme. En un par de ocasiones la había hecho

enfadar, aunque Vasia no sabía muy bien por qué. Con las mejillas enrojecidas y voz temblorosa, lo había echado, como si fuera un gato que hiciera sus necesidades entre las habas de su huerto. Él solo había intentado echarle una mano con aquel trabajo duro. No era capaz ni de ofenderse ni de claudicar.

Necesitaba sentirse útil con una mujer, lo admitía, y desde que su Maria se había ido, no sabía qué hacer. Obviamente, presidir el Centro Cultural y Club de la Tercera Edad era una forma de estar al servicio de las féminas. Y muchas se lo agradecían. Recibía cuencos de frutas y pastelitos, y jamás tenía que remendarse sus propios pantalones. Pero las mujeres que se pintaban los labios para él y en verano de vez en cuando se ponían sandalias no despertaban su interés amoroso. Eran como hermanas, o madres, incluso hijas. No sabía por qué. Un misterio de la vida, como el de que el vodka estuviera tan bueno con pepinillos y no con berros, o el de que no quedaran peces en el río, ni siquiera pequeñitos. Un acertijo, y de los buenos. Vasia suspiró, apoyó la barbilla en el bastón y disfrutó del cosquilleo del roce de la barba incipiente contra el mango de plástico, y de la proximidad de la inalcanzable Galia.

La más vieja entre las viejas se levantó con un fuerte crujido y el mosaico oscuro de su cara se agrietó mientras emitía un borboteo que le llegaba desde el vientre, o quizá de las botas, hechas del mismo material que su cara:

—Entonces ¿qué, ciudadana?, ¿cuándo terminará la sequía?

Galia parpadeó lentamente, dos veces, antes de responder:

—*Babushka*, no lo sé. Pero si me entero, serás la primera en saberlo.

—¡El capitalismo, el capitalismo burgués! ¡Por eso sufrimos esta sequía!

Galia miró primero los papeles que sostenía y luego a Vasia, que la observaba detenidamente, con una leve sonrisa, como torcida. «Un ictus», pensó Galia.

—¡Tonterías, vieja bruja!

Con un sonoro murmullo, cuarenta y cinco cabezas se volvieron al unísono, lentamente pero con cierto apremio, para ver a esta otra oradora.

—¡La sequía es un castigo por tantos años sin un dios! —exclamó la segunda más vieja entre las viejas, levantándose también con un fuerte crujido, la voz chillona, penetrante y aguda como la nota de un violín herrumbroso en un cubo de vinagre.

La concurrencia, que había estado a punto de dormirse, entonó un suspiro colectivo y se removió en sus asientos, consciente de que la media hora de paz estaba a punto de terminarse.

—Ciudadanos... —dijo Galia.

—¡En tiempos de Brézhnev no había sequías, zorra!

—¡Señoras, señoras, ya basta!

Vasia consiguió ponerse en pie y golpeó el suelo con el bastón tratando de llamar al orden. Nadie oyó el ruido, amortiguado por la goma de la punta, por los años colectivos de cerumen endurecido y por los gritos y rumores varios del grupo recién reanimado.

—¡Señoras, no! No estaba previsto un debate abierto. ¡Aún no hemos extraído el

número de la rifa!

Una tras otra, las sillas fueron arañando el suelo a medida que los presentes se ponían en pie a fin de discutir mejor con el vecino. Cada dedo huesudo señaló un rostro prehistórico, y lenguas que hacía apenas cinco minutos estaban espesas por el sueño despertaron a tiempo para entonar un grito de guerra y montar una buena algarabía. Vasia, agitando los brazos, fue engullido por la embestida y desapareció en un mar de carne, vestidos con estampados florales y canas. Galia se hundió lentamente en su silla, suspiró y alzó la mirada hacia la ventana que se abría sobre su cabeza. Ahora el cielo era de un negro intenso, por donde pendía una luna fría y afilada como el arco plateado de su cuchillo de pelar. Ojalá no hubiera venido.

Mitia el Exterminador

Decir que a Mitia le gustaba su trabajo no era exacto. No, eso se quedaba corto. Te puede gustar un helado o algo igual de trivial, que suscita un sentimiento conectado con el vientre o con algún otro deseo que se satisface rápidamente, dejándote con los dedos pringosos y el mentón chorreante, pero difícilmente con una sensación de realización. No, Mitia vivía por y para su trabajo. De hecho, no era un trabajo en sentido estricto. En su caso, como observaba su jefe con una sonrisa que a Mitia se le antojaba un tanto falsa, era una vocación.

Algunos sentían la llamada de la Iglesia para predicar la palabra de Dios, consolar a los enfermos, guiar a los pecadores y disfrutar de la hospitalidad de las ancianas, sobre todo de aquellas que preparaban buenas mermeladas. Otros tenían vocación de médicos, por lo que curaban a los enfermos, consolaban a los desahuciados y recibían regalos de los agradecidos familiares si decidían echarles una mano y colar a un pariente en la lista de espera para las pruebas, los resultados y el tratamiento. Y otros ciudadanos decidían tomar las armas. Mitia se consideraba parte de este último grupo. Al acabar los estudios, había hecho el servicio militar como voluntario, igual que muchos otros niños soviéticos, pero no lo había disfrutado. La disciplina no había sido el problema: le gustaba, y el uniforme también, por muy mal que le quedara. La comida tampoco: apreciaba las cosas sencillas. Los abusos y el frío tampoco habían hecho mella en él, y el médico militar seguro que le había hecho un favor al extraerle todos aquellos dientes. El problema había sido la inutilidad del tiempo invertido. No había conseguido que lo mandaran a Afganistán, lo que fue una decepción tanto para él como para su madre. Escribió una carta al comandante de división para saber por qué su unidad no iba. No recibió respuesta. Dos años permanecieron destacados en la estepa rusa, donde sus únicos enemigos eran los campesinos borrachos de la zona y las enormes nubes de mosquitos que dominaban la región de mayo a septiembre.

El ejército, en definitiva, no estaba hecho para él. Necesitaba algo más directo, un servicio que pudiera hacer en un plano local, con resultados inmediatos y que mantuviera las calles limpias de cuerpos extraños y epidemias. Se convirtió en un defensor de la libertad frente a la tiranía animal, un luchador contra las enfermedades y las molestias generadas por los perros infestados de pulgas. Mitia era un guerrero en plena cruzada contra las plagas de cánidos no autorizadas. No soportaba a los perros. Cada vez que veía uno, sentía náuseas, le subía la bilis por la garganta, se le pegaba a las amígdalas y lo hacía toser. Y los perros callejeros, esos sí despertaban su cólera. Un perro callejero era el enemigo del Estado, el enemigo de la civilización; era el enemigo personal de Mitia. Gracias a su trabajo conseguía canalizar todo ese

odio y encima con un buen fin. Mejor sería que los chuchos de Azov se anduvieran con mil ojos: Mitia no tenía piedad.

Y cuando la Unión Soviética finalmente se rompió en pedazos y fue sustituida por un rompecabezas de repúblicas y regiones autónomas que se dedicaban a darse codazos unas a otras, Mitia descubrió que su trabajo se había vuelto semiautónomo y que disponía de mayor libertad para operar como él considerara oportuno. Y aunque jamás aprobaría la existencia del mercado negro por lo pernicioso que era, este le ofrecía oportunidades en cuanto a armas e instrumentos de persuasión hasta entonces vetados a las perreras. Así pues, armado con un lazo para perros, una red y una Taser (que no formaba parte del equipamiento estándar, pero cuyo uso él creía completamente justificado), se pasaba seis de cada siete tardes patrullando por su jurisdicción metido en la Furgoneta de Control Canino o FCC. Mitia era el mejor Exterminador al este de Járkov. Y Azov confiaba en él para que mantuviera la plaga canina a raya, aunque la ciudad ni siquiera lo supiera.

Aquella tarde, cálida y fragante como puede serlo en una ciudad industrial con río en pleno agosto, Mitia se dirigía hacia la zona oeste, al barrio antiguo, que incluía muchos puntos estratégicos y siempre era un buen terreno de caza. La furgoneta avanzaba lentamente por los lugares favoritos de los perros callejeros: el collage de quioscos donde se vendían libros, chicles, revistas porno, pescado seco, vodka y cajas de música; la parte trasera del mercado, donde enormes contenedores llenos de podredumbre atraían a los perros como si fueran moscas, mientras ejemplares de las susodichas, grandes como osos, revoloteaban alrededor de sus llagas; y el descampado frente a la iglesia, sembrado de viejas mendigando y de fariseos que llevaban huesos para los perros que rondaban a las ancianas y que, de vez en cuando, se atrevían a pegarles un bocado, aprovechando que Dios no estaba mirando.

Mitia empezó la tarde en los quioscos y fue avanzando en el sentido de las agujas del reloj. Era rápido con el lazo; poseía un talento natural. Nunca abordaba a los grupos. Primero los observaba a distancia y luego escogía uno a uno los ejemplares más débiles a medida que se iban distrayendo y separándose de los otros. La única forma de ocuparse de una manada sería usando una granada aturdidora o un gas tóxico, pero por desgracia el Estado aún no había aprobado ninguno de ambos métodos. La tarde era calurosa y Mitia estaba empapado de sudor debajo de los pantalones ajustados y la camisa reglamentaria. Aparcó la furgoneta y cogió una toallita húmeda de la riñonera negra de cuero sintético. Era importante mantenerse siempre limpio y fresco. No tenía ni idea de si olía o no a perro. El único que solía decírselo era Andréi el Cretino, tal vez porque Andréi el Cretino era la única persona con quien se relacionaba regularmente.

Ya llevaba a cuatro chuchos enjaulados y gimiendo en la parte trasera de la furgoneta, pero acababa de ver otro, lacio y delgado, sentado en una plaza junto a la calle Engels, en la esquina con la avenida Karl Marx. Los perros solitarios solían traer problemas: ni siquiera sus compañeros caninos los aguantaban. Un grupo de

niños jugaba a escasos metros del animal. Mitia sintió que el estómago le daba un vuelco: el sucio chucho estaba salivando, jadeando como una bestia, a punto de atacar salvajemente a uno de los inocentes, allí mismo. Su deber era salvar la vida del niño y llevar al perro ante la justicia.

—*Master and Servant* —murmuró Mitia.

Tiró la toallita en la bolsa de plástico que siempre llevaba en la furgoneta para ese menester y brincó con sigilo a la acera. Ya en el patio, dio unos cuantos pasos y se escondió detrás de unos contenedores, apoyando unos miniprismáticos en el borde para vigilar mejor a su presa. Observó al perro mientras este se lamía la pata delantera y parpadeó, visiblemente confuso: el animal parecía un trípodo.

—Perdona. —Una voz femenina a su espalda lo sobresaltó a tal punto que los prismáticos fueron a parar al contenedor con un ruido sordo.

—¡Dios mío! ¡Mira lo que has hecho!

Metió el brazo para recuperarlos, pero al rozar algo viscoso, como repollo hervido, retrocedió. Sacó la mano y se volvió hacia el origen de la voz.

—¡Ah, eres tú!

Se llevó la mano sucia a la espalda e intentó limpiársela contra el borde del contenedor metálico. Era Katia, el ángel de la habitación más pequeña del pasillo. Los ojos de Mitia rebotaron sobre el cabello dorado que le coronaba la cabeza y se detuvieron un momento en los dedos de sus pies, que asomaban por unas sandalias de cuña algo gastadas. De pronto, se imaginó lamiéndolos y se mordió los nudillos de la mano que tenía libre.

—¡Vaya, lo siento! No sabía que estabas... De hecho, ¿qué estás haciendo?

—Estoy trabajando, ciudadana hembra. —Mitia se decidió por un tono sucinto e intentó desviar la mirada de la curva de sus vaqueros.

—Ah, puedes llamarme Katia si quieres. Fuiste muy educado al preguntarlo.

Mitia sintió que las mejillas y el cuello se le ponían como un tomate y respondió casi balbuciendo:

—Sí, pero estoy trabajando y has hecho que se me cayeran los prismáticos.

—Ostras, lo siento.

La chica parecía sinceramente arrepentida, los ojos castaños grandes y muy abiertos.

—No pasa nada. Solo son los reglamentarios, no los de visión nocturna.

—Uy, prismáticos de visión nocturna. ¡Vaya! ¿Estás espionando a aquellas viejecitas de allí?

—No.

—¿Qué han hecho? ¿Eres de la Spetsnaz?

—No, claro que no soy de la Spetsnaz...

—¡Pero supongo que no me lo dirías si lo fueras! —Katia sonrió y le guiñó un ojo a su manera, como de soslayo.

—No estoy en la Spetsnaz, Katia. Oye, ahora mismo estoy ocupado. ¿Qué

quieres?

—Nada en especial... Si te soy sincera, solo quería hablar contigo.

—¿Por qué?

—Bueno, soy nueva en la ciudad, no conozco a nadie, solo a mi prima, y me gusta hablar. Ya sabes, charlar. Y te conozco a ti, más o menos. Tenía curiosidad por saber qué haces yendo por ahí con ese aire furtivo...

—No voy por ahí con ningún aire furtivo.

—Me recuerdas a alguien.

—¿A quién?

—No estoy segura. Ya me acordaré.

Katia sonrió con timidez y arrastró la sandalia por el borde del parterre, observando atentamente la tierra seca que se deshacía sobre los dedos como azúcar moreno. Alzó los ojos y los clavó en los de Mitia.

—Bueno, solo quería que me dijeras cómo se va al cine.

—¿Al cine? —preguntó Mitia en tono frío y con el rostro impasible.

—Sí, al cine. Nunca he ido y no consigo encontrarlo. He dado al menos tres vueltas a la manzana y sigo sin dar con él. Pero según el mapa debería estar aquí. Mira..., ¿lo ves? —Se inclinó hacia Mitia y señaló un borrón en el mapa (muy poco realista, por cierto) que supuestamente representaba la localización exacta del cine. Él observó sus cabellos dorados y la forma en que la luz de las farolas parecía arrancarles leves tonos rojizos alrededor de las orejas y en la nuca.

—Oh, ¿qué es ese olor? —exclamó Katia levantando de repente la mirada, de manera que su cabecita dorada estuvo a punto de chocar contra la nariz de Mitia.

—¡Las cloacas! —dijo él, y retrocedió de un salto a una distancia prudencial—. Siempre son las cloacas y los cubos de la basura. Oye, nunca he ido al cine, pero sé que está por ahí. —Señaló con mano temblorosa el paseo que se encontraba a su izquierda—. Este mapa es muy antiguo. O quizá lo has puesto boca abajo... Por lo visto, las mujeres soléis hacerlo. Ahora, si no te importa, tengo asuntos importantes que solucionar, así que, por favor, puedes irte.

Katia lo miró de arriba abajo, lentamente, como si pudiera llegar hasta el último recoveco de su cuerpo, hasta la última hendidura, atravesándole la ropa. Mitia se estremeció y sintió que se ruborizaba de nuevo.

—Bueno, gracias. Pero deberías ir al cine algún día. Ponen películas muy buenas. ¡Aprenderías muchas cosas! Ah —añadió, inclinándose hacia él con aire cómplice—, ¡llevas la bragueta abierta, soldado!

Con un guiño y una risa cristalina, Katia se volvió y se alejó tranquilamente hacia el paseo, balanceando un poco las manos, como si todo en ella fuera liviano, fresco, limpio y feliz.

Mitia se subió la bragueta con la mano pegajosa, siguiendo unos segundos con la mirada los andares de Katia calle arriba, lamentándose por no tener los prismáticos, los mismos que se estaban pudriendo en el fondo del contenedor de la basura. Dio

media vuelta y echó un vistazo al patio: el peligroso trípode no se había movido y los niños seguían en peligro. Echó una última ojeada a la espalda cada vez más pequeña de Katia y luego contempló la tierra que su diminuto pie había removido apenas un minuto antes. No le quedaba más remedio: tendría que sacar la herramienta del cubo.

—¡Eh, tú, ciudadano niño! —le gritó a un chaval que jugaba debajo de un banco, en los márgenes del patio—. Tengo un encargo para ti. Te doy cinco rublos si sacas mis prismáticos de aquí —le dijo, señalando el cubo de la basura.

—¡Sácalos tú, apestoso! —respondió el niño, antes de salir corriendo en busca de su *babushka*.

Mitia suspiró y se preparó para encaramarse al contenedor.

Diez minutos más tarde, como un sheriff del Salvaje Oeste embadurnado de repollo de pies a cabeza, Mitia cruzó el patio en dirección al perro, con el lazo apoyado en un hombro y unas tiras de grasa de cerdo en la otra mano. Tenía manchas de huevo en los pantalones y algo indefinido pegado a la suela de su zapato izquierdo, pero le daba igual: había recuperado los prismáticos y estaba listo para enchironar a aquel cabronazo de tres patas.

—¡Toma, perrito, perrito...! —lo llamó con un tono extrañamente declinado y agudo.

Los niños en los columpios alzaron la mirada al ver acercarse a Mitia. Las ancianas interrumpieron sus historias entre queja y queja y apretaron los labios en torno a las encías, mientras los pequeños que jugaban a sus pies retrocedían, con los dedos manchados de mocos suspendidos entre la nariz y la boca. Masha, la más alta y líder de la pandilla, dejó de remover su pastel de tierra, soltó el palo y observó la escena con las manos colgando a ambos lados del cuerpo. Los pasos del Exterminador eran pausados mientras cruzaba lentamente el espacio que lo separaba del perro.

—Ese perro no es callejero —dijo Masha con valentía.

—Silencio, ciudadana niña. No lleva collar. —Mitia dio un paso al frente y extendió una mano hacia el can.

—Ya, pero no es callejero —insistió la pequeña, un tanto insegura por el miedo y la incertidumbre, y frunció el ceño.

—Sí, es verdad... ¡Ese perro no es callejero! —intervino *baba* Krichkova.

—No lleva collar. Es ilegal. Y peligroso. —Mitia se acercó aún más, con sumo cuidado, sin apenas hacer ruido.

—¡Pero es de Galina Petrovna!

—No, pequeña; es mío.

Boroda, que había estado dormitando, sumida en el olor de los olivos, despertó de golpe y levantó la vista hacia el desconocido que se le acercaba lentamente. Sintió una extraña sensación: olía a grasa de cerdo, mezclada con un revoltijo de olores que

le erizó el pelaje. Pero el de la grasa de cerdo era mucho más fuerte; irresistible, de hecho. La mano que se extendía hacia ella estaba más o menos limpia, tranquila, con las uñas muy cortas. Dudó un instante, oyó un extraño coro de ladridos no muy lejos de allí, pero lo pasó por alto. No lograba descifrarlos: su oído ya no era tan bueno como de cachorro. Todavía tenía el pelaje del lomo erizado y sentía un cosquilleo en la columna, pero en el patio se sentía segura, rodeada de ancianas y niños. Inspeccionó al desconocido con mayor detenimiento, a pesar de que ya anochecía. No olía a vodka ni a bastón y tampoco parecía borracho. Y la gente que llevaba grasa de cerdo en la mano solía ser buena, ¿o no?

Una persecución

Los gritos en el Centro Cultural fueron elevándose en un *crescendo* que amenazaba con romper los cristales de la sala y luego enmudecieron lentamente, como un fuego que se lleva por delante varias tiendas y la casa de unos ancianos, arrasándolo todo a su paso, pero que luego se ve reducido a un montón de ascuas del que, de vez en cuando, sale una bocanada de chispas amarillentas o un torrente de gotas de grasa. Vasia había empujado a la más anciana de todas y a su pandilla hacia un extremo de la sala, con promesas de té y cartas y la colocación estratégica de unas cuantas sillas plegables, mientras que a la segunda anciana en edad y a sus seguidoras las había concentrado en el extremo opuesto, donde estaba atiborrándolas de galletas y tranquilizándolas con las plantas que adornaban la sala. Entre unas y otras se interponía una cordillera flotante de señoras sin interés alguno por la política, la historia o la lluvia, y que presidían la estancia en aquella paz más bien tensa. Vasia se felicitó por haber sido capaz de restaurar el orden y pensó que las posibilidades de celebrar la rifa con éxito eran, cuando menos, de un cincuenta por ciento.

Una vez recobrada la calma, que llegó acompañada de un silencio relativo, de repente se oyeron los ladridos de un grupo de perros, como las ráfagas de un francotirador. Sonaban a lo lejos, a lo largo de la orilla del río, volviendo amenazante y cortante la brisa que soplaba en la ciudad. Galia, que estaba repartiendo galletas, chasquidos y suspiros serviciales entre las señoras que odiaban el comunismo, se detuvo y escuchó el ruido con cierta duda. Menos mal que Boroda estaba en casa, bajo la mesa, lejos de las jaurías de perros callejeros. Se acordó de los chuchos que había visto aquel mismo día en los alrededores de la estación: salvajes, con el pelaje sucio y enseñando los dientes. Se recobró y preguntó si alguien tenía alguna duda sobre la mosca de la col.

Tras disipar la leve preocupación por el uso de pesticidas (todos los métodos de defensa debían ser tomados en consideración), se había sentado cuando de repente recordó que Boroda no estaba en el piso, sino en el patio, y sintió un escalofrío. El ladrido de los perros no cesaba; se oía más fuerte y después se alejaba, sin principio ni fin, como una conversación agitada propia de una pesadilla. En uno de aquellos momentos de tregua, el anciano que dormía en el centro de la sala, hasta entonces pacíficamente y abandonado a su suerte, despertó con un grito y se escurrió silla abajo hasta caer al suelo con un sonoro e inquietante chasquido. Un frenesí de cacareos varios colmó la sala mientras una docena de ancianas saltaba de sus asientos y lo rodeaban como gallinas aleteantes, o quizá como buitres bienintencionados. El hombre gimió mientras una vieja, que había tenido una tienda, lo colocaba en una

posición de seguridad y luego otra, esta enfermera, le daba la vuelta para ponerlo en una postura diferente. Justo cuando una tercera, que había trabajado en la construcción, se disponía a meter baza, Galia decidió unirse a la refriega y se ofreció a estirar de la pierna del hombre si este mordía una cuchara de metal. La otra pierna estaba en poder de la trabajadora de la construcción, que la levantaba, bajaba y volvía a levantar, mientras otra vieja que había sido profesora intentaba que las demás se sentaran y atendieran sus instrucciones. El único que hizo caso a la aportación de Galia respecto a la pierna fue Vasia, que le suplicó que tuviera paciencia mientras la trabajadora de la construcción intentaba descubrir otra parte del hombre que necesitara ser enderezada, si es que había alguna. Galia esperó junto a la mesa del presidente y, ya que de momento no podía ser de ayuda, cogió un caramelo rojo del bol que tenía delante y se lo metió en la boca. Era tan dulce que le dolieron los dientes de oro, pero aun así le supo bueno.

—¡Dadle la vuelta! —gritó la trabajadora de la construcción.

—¡Nooo! —gruñó el anciano, a quien Galia identificó como Petia, un ingeniero que en su juventud medía casi dos metros, un tipo bastante bien situado y muy atlético, ancho, alto y digno de confianza, que ahora yacía en el suelo y era manipulado por una bandada de gallinas.

—Ciudadanas, quizá sería mejor que esperáramos a la *skoraya*. ¿Alguien ha llamado a urgencias? Repito, ¿alguien ha llamado a una ambulancia? —gritó Galia por encima del barullo, en vano. Se dirigió a la salida y bajó la escalera de mármol hasta el mostrador de recepción, donde una mujer con un gorro con bola estaba tejiendo tranquilamente una manta—. Por favor, llama a una ambulancia, Alicia Nikolaevna, ha habido un accidente.

—¿Un accidente? ¿Otro? ¿Qué hacéis ahí arriba? ¡Es el tercero este verano!

—Por favor, llama a la ambulancia, Alicia Nikolaevna. Hay un hombre que está mal y necesita ayuda.

—Y siempre son los hombres, ¿verdad? ¿Por qué siempre son ellos? ¿Qué les hacéis ahí arriba? El mes pasado fue el pobre Afanasi Albertóvich, ¿no?

—Sí, fue una auténtica desgracia, pero, por favor..., descuelga el auricular, Alicia Nikolaevna.

—No lo he visto desde entonces, ¿sabes? ¡Nadie lo ha visto!

Galia miró a la conserje unos segundos, muy seria.

—Alicia Nikolaevna, el teléfono...

—¡Sí, sí, ya voy! Tengo que acabar esta vuelta.

Galia golpeó el mostrador con una fuerza que las pilló a ambas desprevenidas. La otra mujer redujo la velocidad de las agujas, completó un punto y abandonó la labor con un suspiro de exasperación.

—¡Hay viejos que no saben estar en su sitio! —chilló mientras levantaba el auricular.

Galia se dirigió con paso decidido hacia la gran escalera de mármol. Justo cuando

llegaba arriba, las puertas metálicas del edificio se abrieron y una estampida de pequeños pies atravesó el vestíbulo en dirección a la escalera.

—¡Quietos, aquí no pueden entrar niños! ¡Fuera! —gritó Alicia Nikolaevna, levantándose de un brinco y haciendo caer la labor y el teléfono al suelo.

Los niños aminoraron el paso y la miraron, pero al ver a Galia en lo alto de la escalera, echaron a correr de nuevo en grupo.

—¡*Baba Galia, baba Galia!* ¡Es horrible! ¡Ven corriendo! ¡Ha pasado algo horrible!

A Galia se le desencajó ligeramente la mandíbula, y por un momento pensó que ojalá no hubiera deseado que el Club de la Tercera Edad fuera más emocionante.

—¿Qué pasa, niños?

—¡Se ha llevado a Boroda!

—¿Quién? ¿Qué estáis diciendo?

—¡La furgoneta de los perros! ¡El Exterminador! ¡Se ha llevado a Boroda!

—Le hemos dicho que no estaba abandonada, pero se la ha llevado de todas formas con los demás en la furgoneta.

—Ha dicho que si no lleva collar es que está abandonada. ¡Que es lo que dice la ley!

—¡Se le ha caído la corona, *baba Galia!* ¡La he encontrado en la calle! ¡Mira!

—¡Cállate, idiota! ¿Y eso qué más da? ¡La van a gasear!

—No, le pegarán un tiro. Eso ha dicho.

—No, ha dicho que la exterminaría costara lo que costase.

Galia miró la corona de hojas medio rota con la boca abierta y sintió que le fallaban las rodillas. La cuchara, que sostenía en la mano desde hacía cinco minutos, se le escurrió y cayó al suelo, reverberando como una campana de iglesia enloquecida. Las rótulas, protegidas por una cantidad de carne generosa pero insuficiente, crujieron al golpear el suelo, e incluso Alicia Nikolaevna levantó la vista de su mesa con un destello de interés en la expresión.

—*Baba Galia*, ¿estás enferma? ¡Tienes que levantarte y correr detrás de la furgoneta! —exclamó uno de los niños, mientras entre todos la tironeaban del hombro.

Galia no podía hablar. En la noche oscura y profunda que rodeaba el edificio, oyeron el débil eco de un aullido y el traqueteo de un motor un par de calles más allá.

Al ver a Galia de rodillas en el descansillo, Vasia Volubchik dejó caer la cabeza del anciano, que golpeó contra el suelo con un ruido sordo. Aquello no podía significar nada bueno. Dejaría al viejo con las mujeres. Vasia renqueó hasta la puerta y se quedó allí de pie, con un ligero balanceo, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Galia, querida, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma?

—¡No, *dedya* Vasia! ¡La furgoneta del Exterminador se ha llevado a Boroda! ¡La van a gasear! ¡Se la comerán los perros salvajes y luego la gasearán! —exclamó Masha, la más alta y más valiente de los críos, y rompió a llorar.

—Dios mío, ¿es eso cierto?

Los niños asintieron al unísono, sorbiéndose los mocos que les goteaban de las narices, igual que cubos agujereados.

—Galia, no hay tiempo que perder. ¿Qué haces ahí de rodillas? ¡Levántate, mujer, levántate!

Vasia la sujetó por los hombros y la miró a la cara. Siempre había pensado en un momento como aquel con emoción, la primera vez que la tocara y la mirara a los ojos. Pero, por desgracia, se detuvo y sintió un vuelco muy desagradable en el corazón. Y es que, por un instante, Galia, su Galia, había desaparecido: la mujer segura e impenetrable se había esfumado y su lugar lo ocupaba una niña asustada y disfrazada de anciana demacrada, con la muerte en los ojos y la boca abierta de par en par.

—Galia, escúchame: no desesperes. Aunque el Exterminador tenga a Boroda, y eso aún no lo sabemos con certeza, no hay que perder la esperanza. ¡Podemos seguirlo! Y, si eso falla, sé dónde vive ese tal Mitia el Exterminador. ¡Lo encontraremos! Ahora no es momento para estar sentados en el suelo. Mira, las ancianas te están mirando; ¡creen que te has vuelto loca!

Y, en efecto, el aquelarre al completo había dejado de prestar atención al anciano de la cadera rota y se había congregado, gafas en ristre, junto a la puerta, desde donde observaban detenidamente a Galia. Mientras tanto, el viejo había empezado a gemir de nuevo, suplicando un trago de vodka o una muerte rápida.

—Pero ya es demasiado tarde, Vasia. Boroda se ha ido. Ya está en la furgoneta.

—¡Podemos perseguirlo! Oye, tengo la moto justo en la entrada. Llevo todo el día poniéndola a punto. Corre como una bala y está lista para lo que sea. ¡Podemos conseguirlo, Galia!

Y con la ayuda de los niños, reunidos a su alrededor, Vasia levantó a Galia del suelo, le limpió el polvo de las rodillas y la ayudó a bajar la escalera y a traspasar las puertas metálicas del edificio hasta la calle. La moto, una Ural con sidecar antigua pero reluciente, esperaba sobre la acera, una visión de cromo pulido y pintura roja como la sangre.

—¡Sube, mujer, sube!

Galia se ató el pañuelo a la barbilla y observó la reluciente motocicleta y su sidecar, estrecho y muy hondo. Sabía que jamás cabría allí. Frunció el ceño y a continuación dijo:

—Móntate tú, Vasia. —Buscó su mirada y se la aguantó—. Conduzco yo. Es la única forma.

Vasia observó fijamente la moto, luego a Galia, después el sidecar y de nuevo a Galia, para acabar posando la vista en sus zapatos. Ella tenía razón.

—Está bien, pero sigue mis instrucciones.

—Por supuesto, Vasili Semiónovich.

—¡Escuchad! —exclamó Masha.

Todos se quedaron petrificados tal como estaban, Vasia con un pie del tamaño de una raqueta de tenis en el sidecar, Galia con la falda remangada por encima de la rodilla, su carne rosada que rebosaba sobre la goma de la media calcetín. El viento traía consigo un leve sonido, los ecos lejanos de un motor ronco, una nota de sofocada furia ferina que bien podía ser el quejido de una docena de perros salvajes, quizá en una furgoneta, quizá en una caja enterrada. O quizá en el infierno.

—¡Por allí! —gritó Masha, hendiendo el aire con el brazo derecho—. ¡Vamos! ¡Salvad a los perros!

Vasia dobló las piernas dentro del sidecar mientras Galia se recogía aún más la falda de flores y, con pasmosa facilidad, se montaba en la moto. Con el pie enfundado en una sandalia, pisó el pedal y encendió el motor, y acto seguido, con el pañuelo y los rizos al viento, le dio gas y salió disparada en pos de Mitia el Exterminador.

Avanzaron a toda pastilla hacia el otro lado del puente y del oleoso río, más allá de la fábrica, hasta las casas que se levantaban en la zona nueva de la ciudad. Hacía al menos treinta años que Galia no subía en moto, pero tras un par de minutos y una o dos curvas que le hubieran puesto a cualquiera los pelos de punta, constató que sí, que era como montar en bicicleta. Vasia no le quitaba el ojo de encima al cambio de marchas y la velocidad, mientras trataba de localizar las luces de la furgoneta de Mitia el Exterminador y determinar la consistencia exacta de la carne, rosada y hermosa, que rebosaba por la media calcetín de Galia.

Entonces se dio cuenta de que en verdad era un hombre moderno en todos los sentidos: no solo había permitido que condujera una mujer, sino que también era capaz de hacer más de una cosa a la vez, incluso en una situación tan peligrosa e insólita como aquella. Se felicitó a sí mismo, pero brevemente, porque salió disparado hacia delante y acabó aplastándose la nariz contra sus propias rodillas, lo que hizo que pusiera su atención en otras cuestiones más molestas, como por ejemplo las manchas de sangre en su pantalón.

De vez en cuando, se detenían para preguntar a los adolescentes que se besuqueaban en los bancos o esnifaban pegamento por dónde había pasado el Exterminador. Todo el mundo conocía la furgoneta. Al llegar a los más nuevos de los pisos nuevos, vieron por primera vez las luces rojas patrullando el barrio, en busca de más perros a los que exterminar. Los ojos de ambos se encontraron un instante y, acto seguido, retomaron la marcha. El estruendo de la moto no los dejaba oír nada y tampoco veían más que las luces rojas, pero aun así fueron recogiendo el sedal, acercándose poco a poco, empezando a vislumbrar la parte trasera de la furgoneta a través de la oscuridad cada vez más densa.

—¡Cuidado! —gritó Vasia, y Galia apretó el freno con todas sus fuerzas, mientras una ambulancia destartalada se acercaba a ellos en sentido contrario, zigzagueando por el medio de la carretera con la sirena encendida. La moto derrapó, fuera de control, y se detuvo justo antes de chocar contra la ambulancia. Galia intentó recobrar el aliento mientras las caras tristes de los paramédicos, aspirando sus cigarrillos,

desfilaban por delante de sus narices. Pasaron tan cerca que casi pudo tocarlas; mejor dicho, que casi pudo besarlas; tan cerca, en definitiva, que le llegó el olor del interior del vehículo: a formol y gelatina.

—El beso de la muerte —murmuró Galia, estremeciéndose.

Encendió el motor, le hizo un gesto con la cabeza a Vasia (su rostro había adquirido el color y la textura de la leche agria) y reemprendieron la persecución. No había ni rastro de la furgoneta. Galia aceleró y la moto se abrió paso por aquellas calles sin nombre y sin personalidad, dejando atrás bloques de edificios con las ventanas oscuras como cuencas oculares vacías. No tenía ni idea de dónde estaban. Un sudor frío reemplazó al caliente y sintió que palidecía por momentos: no había rastro de ellos. La carretera, larga y recta, estaba completamente desierta. Pasaban los segundos y Galia empezó a notar que se le humedecían los ojos. Los había perdido.

Se disponía a parar la moto cuando Vasia la sujetó del brazo con gesto tembloroso y señaló un desvío a la derecha. Galia chasqueó la lengua y murmuró para sí, pero siguió sus indicaciones.

—Viejo estúpido, ¿por qué habrían de meterse por aquí? Es solo una... —Se interrumpió.

Galia detuvo la moto detrás de una fila de cubos de la basura. La furgoneta se había metido en un patio entre dos bloques de edificios que parecían abandonados aunque estaban sin terminar. Percibió movimientos en la densa oscuridad.

—Vasia, ¿cómo has sabido que estaban aquí? ¿Es que tienes poderes? —le susurró a su compañero de andanzas. No era más supersticiosa que cualquier otra rusa, pero la perspicacia del anciano la tenía intrigada.

—Ay, mujeres... Sois todas iguales. Si un hombre sabe algo y vosotras no, tiene que ser porque es adivino.

Galia resopló por lo bajo e intentó apearse de la moto con la mayor dignidad posible, pero le pareció mucho más difícil que montarse. Vasia apartó las rodillas de la barbilla y sintió la sangre fluir hasta sus pies. Aún no podía bajarse del sidecar; sabía que, si lo intentaba, caería de bruces.

Ocultándose detrás de los cubos, Galia se acercó hasta el patio para espiar la furgoneta desde una distancia prudencial.

—¡Galia, espérame! ¡No intentes nada sola!

Vasia puso los pies en el suelo y se irguió hasta ponerse en vertical, pero aún no podía andar.

—¡No levantes la voz, viejo estúpido! —susurró Galia, todavía molesta por haber sido blanco de sus burlas.

—Conozco a su madre.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la conozco. A la madre del Exterminador. Y en cuanto he visto que se dirigía hacia aquí, lo he supuesto.

—¿Qué has supuesto? —Galia empezaba a exasperarse.

—He supuesto qué buscaba Mitia el Exterminador. Tras una larga noche matando perros, ¿qué crees que querría cualquier exterminador? Pues ir a casa de su madre a lavarse y a comerse un buen plato de *kasha*. Es lo que haría cualquier hombre, ¿no?

Galia se disponía a responder con una buena retahíla de improperios cuando, de pronto, las puertas de la furgoneta se abrieron y una cacofonía de aullidos aplastó la brisa nocturna, reduciéndola a un montón de añicos del tamaño de las pulgas. Vasia se reunió con Galia, que tenía el rostro contraído por el estruendo del patio.

—¿Qué vamos a hacer, Galia? —preguntó con una sonrisilla esperanzada.

—Vamos a recuperar a mi perra —afirmó ella, avanzando con paso decidido, tanto como le permitían sus rodillas hinchadas, a través del descampado hacia la parte trasera de la furgoneta.

Vasia suspiró, contuvo la respuesta que se retorció inútilmente en la punta de su lengua como una carpa en el lecho seco de un río, y la siguió con paso renqueante.

—¡Me has robado a mi perra!

—¿Qu...?

Hasta hacía un segundo, Mitia el Exterminador estaba tarareando «*Yorr awn, personal dzhezuz*» mientras se limpiaba los excrementos de perro de la bota y de la oreja con un cuchillo especial que tenía para tal menester. Los animales seguían en sus jaulas, en la parte trasera del vehículo, mientras él pensaba una forma de asegurarse de que, en el poco tiempo que le quedaba de vida, el responsable del excremento nunca olvidara su venganza. La repentina aparición de una anciana de aspecto sólido, con las rodillas dobladas y los calcetines de media llenos de carreras, gritando con voz grave y agitando el puño en alto, se le antojó inoportuna e inquietante.

—¡Me has robado a mi perra!

Mitia intuyó que la mujer estaba enfadada, posiblemente incluso también loca, ¿a qué venía, si no, tanta preocupación por un perro?

—¿Quién es usted, una perturbada? —preguntó, con el rostro contraído y los ojos abiertos como platos de miedo u odio, Galia no habría sabido decirlo.

—¡Me has robado a mi perra! —probó de nuevo, estirando por fin las piernas, aunque sin demasiada seguridad.

El ruido de los perros en la parte trasera de la furgoneta le llenaba la cabeza de pesadillas. Entre los aullidos, los ladridos y algún que otro gruñido, consiguió identificar a Boroda, que gemía sumisa.

—Ciudadana, permítame que se lo explique —dijo Mitia el Exterminador, más tranquilo—: los perros que me llevo no tienen dueño. Por consiguiente, su perra no se halla en mi poder.

Se guardó el cuchillo para los excrementos en la riñonera y le dio la espalda a la anciana de las extrañas rodillas. Con un poco de suerte, desaparecería tan rápido como había llegado. Le ponía piel de gallina. Y él tenía cosas de las que ocuparse.

—¡Me has robado a mi perra! ¡Es gris, con tres patas, barba puntiaguda y está en

la parte trasera de tu furgoneta! Estoy oyéndola. ¡Boroda! ¡Boroda! ¡Estoy aquí, cariño! ¡No te preocupes, te vamos a sacar de ahí, *lapochka*!

Mitia sonrió para sus adentros. No le había costado nada atrapar al perro de las tres patas, después de haber salido del contenedor de basura, claro está.

—Ciudadana anciana, yo solo capturo perros callejeros o enfermos. Perros que no deberían existir. Nunca los cojo con collar. Y su perro seguro que lleva collar, si realmente es suyo. De modo que no puede estar en la furgoneta.

—No, no lo entiende...

—¿Su perro lleva collar, venerable ciudadana?

—No.

De repente, cesó la algarabía de ladridos y gruñidos, y se hizo un silencio en el que solo se oían los jadeos de Vasia, que estaba cruzando el patio. Por fin llegó junto a Galia y se apoyó en el lateral de la furgoneta para recuperar el aliento. Mitia el Exterminador se volvió hacia ella y sonrió.

—¿No lleva collar? En ese caso, ciudadana anciana, no tiene usted perro. Quizá haría bien de familiarizarse con la legislación vigente. Fin de la discusión. —Dio media vuelta y se dispuso a ocuparse de los perros.

—No, la perra es mía. Vive conmigo. ¡Boroda! ¡Boroda!

—No, ciudadana, es un perro callejero. Como se establece en el Decreto Presidencial n.º 32 de 1994, sección 14, párrafo 3.2. Váyase a casa y léaselo.

—¿Así que admites que tienes a mi perra? ¡Serás canalla!

—Tranquila, Galia, querida, estoy seguro de que Mitia, es decir, el Exterminador, es un hombre razonable. Si nos devolviera el perro de esta señora, quizá podríamos compensárselo de alguna manera. Estaríamos encantados de hacer una donación a la ONG que usted nos diga o de cubrir los gastos generados.

Vasia se sacó un fajo de billetes gastados del bolsillo y se abanicó con ellos ostentosamente delante de Mitia el Exterminador. Los suficientes para unas cuantas rondas de vodka y un poco de pescado seco para acompañar, pensó.

Mitia observó el dinero dos segundos y luego miró a Vasia a la cara, con las aletas de la nariz dilatadas como si al fin el hedor a perro le hubiera atravesado las papilas olfativas.

—No, ciudadano... Volubchik, no quiero su dinero. Disfruto con mi trabajo, ¿lo entiende? No a todo el mundo le motiva el dinero, ni siquiera en estos tiempos de «libertad» y «democracia». —Vasia intentó replicar, pero el Exterminador se le adelantó—: ¡No, ciudadano anciano! Estos perros no tienen sitio en época de libertad y democracia. Son animales callejeros, y son antihigiénicos. Y voy a ocuparme de ellos. Es mi cometido. Ahora, váyanse a su casa.

—¡No, por favor!

Galia se interpuso entre Mitia y la furgoneta. El Exterminador sopesó la posibilidad de apartar a la anciana de un empujón, pero la idea de tocarla bastó para que sintiera náuseas. Decidió que la mejor arma para aquel trabajo en concreto sería

la Taser. Vasia se sobresaltó al ver la mano del Exterminador sobre la funda que le colgaba de la cintura y decidió lanzarse sobre Galia para protegerla, a pesar de que aún tenía las piernas medio dormidas.

Galia vio a Vasia abalanzarse sobre ella al tiempo que Mitia el Exterminador se peleaba con la funda de una pistola. Sintió miedo, pero no sabía por qué. ¿Acaso pensaba dispararle?

Al cabo de un segundo, un chillido propio de la mismísima *baba* Yaga rasgó el silencio de la noche. Los tres se quedaron petrificados, sus corazones atenazados por un miedo cerval. Solo Mitia pareció reconocer el posible origen de aquel gemido penetrante y su mirada se dirigió hacia la entrada del edificio. De repente, una anciana minúscula con la barbilla peluda y un pañuelo de vivos colores atado a la cabeza salió disparada del hueco de la escalera con algo que brillaba por encima de la cabeza. Galia necesitó un par de segundos para darse cuenta de qué era: una hoz.

—¡Vete al infierno, hijo de puta! —gritó la vieja en un tono tan agudo que todos los perros del vecindario se pusieron a ladrar, y se abalanzó sobre Mitia el Exterminador con impulso asesino.

Galia y Vasia retrocedieron instintivamente, pero la vieja ni siquiera los había visto. Su espantosa mirada no se separaba del Exterminador.

—¡No! —exclamó este, mientras reculaba con las manos en alto.

—¡Maldito asesino, lárgate de aquí!

Se lanzó de nuevo sobre él; el Exterminador perdió el equilibrio y retrocedió arañando el suelo como una gallina a la que están a punto de degollar.

—¡Madre, no! ¡Suelte la hoz! ¡Soy yo, Mitia! ¡He venido a lavarme un poco!

Vasia y Galia se miraron estupefactos, incapaces de comprender el espectáculo digno de David contra Goliat que se desarrollaba delante de ellos, con la minúscula anciana persiguiendo a Mitia el Exterminador por todo el patio, chillando como un espectro y con la hoz bien alta, sobre su cabeza.

Un coro de ladridos le recordó a Galia que si estaba allí era para hacer algo más que presenciar una loca escena del extrarradio. Abrió de par en par las puertas de la furgoneta y escrutó su oscuro interior; le zumbaban los oídos. Un batiburrillo de jaulas pequeñas se amontonaban unas sobre otras, y en cada una había un pobre perro y cada perro era una masa de pelaje y dientes blancos que relucían a la luz de la luna. Ni siquiera se atrevió a tocar la más cercana, que se tambaleaba como si tuviera vida propia. De pronto, localizó a Boroda casi al fondo, acurrucada y temerosa, y empezó a sacar las jaulas y a dejarlas una a una en el suelo con cuidado, intentando ensuciarse lo menos posible. A medida que iba sacándolas, el hedor de los perros era más y más intenso. Sintió arcadas.

Por fin llegó hasta Boroda y sacó su jaula. Miró a su espalda para asegurarse de que Mitia el Exterminador seguía ocupado con la que parecía ser su madre. Tiró del pasador y cogió a la perra, que no paraba de temblar.

—¿Y qué pasa con estos pobres desgraciados, Galia? —Vasia señaló las jaulas

palpitantes, y a sus ocupantes, esparcidas por todo el patio—. ¿Qué hacemos con ellos? ¡No podemos dejarlos aquí!

—¡Haz lo que mejor te parezca, Vasia, yo solo puedo ocuparme de mi perra! —respondió Galia sin volverse, corriendo hacia la moto con la pobre Boroda en brazos—. ¡Pero rápido, por el amor de Dios!

Vasia contempló las míseras jaulas y a sus histéricos cautivos y tomó una decisión. Les dio la vuelta como pudo hasta que todas las puertas quedaron en una misma dirección, del fondo de la furgoneta cogió la bolsa del Exterminador llena de tiras de grasa, las extendió por el suelo trazando un breve caminito que se alejaba de él y luego se inclinó sobre las jaulas desde detrás, descorrió los pasadores y las abrió de par en par. Acto seguido, sin tiempo para mirar, giró sobre sus talones y, con una energía que hacía al menos una década que no sentía, cruzó cojeando el patio hacia su compañera, que lo esperaba en la moto.

Galia ayudó de nuevo a Vasia a sentarse en el sidecar y luego le puso en el regazo a la perra, que aún estaba aterrorizada. Sentía que volvía a ser una niña, era una sensación que casi podía saborear, que le subía de las entrañas: había burlado al enemigo y viviría para siempre, o al menos hasta mañana...

Mientras tomaban una amplia curva de camino a la ciudad, Vasia vio a Mitia el Exterminador, que caía de espaldas por la escalera del sótano y desaparecía en las profundidades del edificio, y a la anciana, que, furiosa y blandiendo la hoz, en cuyo filo se reflejaba la luz de la luna, lo seguía de cerca. Hacia ellos se abalanzaba una jauría de perros callejeros que ladraban y aullaban, sedientos de venganza. Vasia notó que se le revolvía el estómago y apartó la mirada. Algunas imágenes era mejor olvidarlas cuanto antes.

Una visita

—¿Y dices que conoces a su madre? —le preguntó Galia sin volverse.

Vasia Volubchik estaba por fin sentado en un taburete en la cocina de Galia, donde tantas veces había deseado estar, pero las circunstancias de aquella tarde distaban mucho de ser las que había imaginado para aquella visita. Le dolían las piernas como si una mula furiosa lo hubiera molido a coces, tanto era así que Galia había tenido que medio cargarlo, medio arrastrarlo escaleras arriba hasta su apartamento. Los inquietantes acontecimientos de la tarde le habían quitado toda idea de romance, caballería y honor. Se sentía un poco desanimado, un poco estúpido y muy muy viejo.

—Sí, éramos bastante amigos, de eso hace tiempo ya. Era una criatura alegre y lista como un lince. Siempre estaba sonriendo, cantando, bailando. Estuvo ayudando en mi escuela unos cuantos años.

Los ojos verdes de Vasia se velaron y parecieron las tranquilas aguas de un estanque con flores. Galia se volvió de nuevo y, mientras llenaba la tetera con el ceño fruncido, no pudo evitar chasquear levemente la lengua.

—Y esa mujer que hemos visto esta noche, ¿era su madre? —preguntó, mirándolo de soslayo con una ceja cana arqueada.

—Sí.

Vasili bajó la vista al suelo, y un leve temblor en sus párpados, transparentes como el papel, delató la pequeña gota que acababa de escapar de cada uno de sus ojos. Galia suspiró y colocó sobre el fogón la tetera de esmalte desconchado. Cogió una cerilla y encendió el gas con un ruidito reconfortante, y luego ambos permanecieron sentados en silencio, un silencio apenas interrumpido por el suave siseo de la llama azul y el zumbido esporádico y vano de algún mosquito rezagado y soñoliento.

—Vasili Semiónovich, he de decir que a mí no me ha parecido una mujer especialmente alegre. De hecho, daba la impresión...

—Sí, es como si hubiera cambiado desde la última vez que la vi. Creo que la pena tiene mucho que ver en ello —la interrumpió Vasia, con voz entrecortada.

Galia levantó la mirada, quería saber más.

—¿La pena?

—Ay, no es una historia interesante, Galia, de verdad que no. Seguro que ya la conoces.

Galia negó con la cabeza.

—No conozco de nada a esa señora. No debe de salir mucho de la zona este.

—Fue solo un típico desamor en provincias, ¿sabes? Su marido se marchó, hace mucho tiempo, y su hijo, obviamente, ha sido una gran decepción.

Vasia carraspeó un par de veces y sorbió por la nariz, guardó las gafas torcidas en el bolsillo de la camisa y se secó delicadamente la nariz con el dorso del dedo índice. A continuación, se enrolló con cuidado las perneras del pantalón hasta las rodillas, frunció sus vetustos labios y se dispuso a ocuparse de sus maltrechas espinillas con el yodo y el algodón que Galia le había ofrecido. Tenía la piel seca y cubierta de tenues manchas verdosas, parecidas al musgo de las ramas del abedul en invierno. Galia pensó que el dolor estaba volviéndolo irritable, y las salpicaduras de sangre en sus pantalones, cada vez más herrumbrosas, no hacían más que empeorar su mal humor. Galia se planteó la posibilidad de limpiárselas ella, pero desistió al darse cuenta de que eso implicaría tenerlo allí sentado, en su cocina y con las espinillas al aire, buena parte de la noche. Lo sintió por él, pero ella sabía poner límites.

—¿Te has enterado de lo de Goriun Tigránovich? —le preguntó él, alzando la vista de sus espinillas doloridas.

—¿A qué te refieres?

—Al parecer, ha desaparecido. Por lo que he oído, tiene que ver con un negocio un tanto turbio con unos pozos de petróleo en Oriente.

—¡Ay, qué tontería, Vasili Semiónovich! Se ha ido de vacaciones, nada más. No deberías creerte todo lo que las viejas cotorras van contando por ahí, ¿sabes?

Vasia centró de nuevo toda la atención en sus espinillas y Galia se arrepintió por su brusca réplica.

—¿Con quién se marchó su marido?

—¿Qué marido?

—El de la madre de Mitia el Exterminador, claro.

—Ah... No con quién, sino con qué.

—¿Qué?

—¡Eso mismo! Por lo visto, se llevó toda la cosecha de patatas, la mermelada del año, un cerdo, una cuarta parte de la cerveza artesanal y tres sacos de cebollas. Ella nunca lo superó. Ya no volvió a ser la misma.

—Sí, me lo imagino —repuso Galia con un hilo de voz.

Le sirvió a Vasia una taza de té negro con un dedo de mermelada de frambuesa. La taza llevaba impreso «Stalingrado-Ciudad Heroica, 1945» y era una de las preferidas de Galia. Luego se dejó caer en un taburete, cerca de la nevera. Cuando el tiempo era tan agobiante y la ropa se le pegaba al cuerpo como una sábana mojada, le gustaba sentarse junto a la nevera, abrirla y apoyar los hombros en la toalla con que cubría el congelador. Era una sensación increíblemente refrescante, aunque aquella noche el hielo apenas llegaba a sus cansadas, si no fritas, terminaciones nerviosas.

—¿Tuvo eso algún efecto en... en... el Exterminador, en Mitia?

—La verdad es que no lo sé, Galia. Recuerdo que de pequeño era adorable. Un crío alegre y feliz; bastante extrovertido, la verdad. Pero ya en el colegio, con siete u

ocho años, se volvió muy raro. Recuerdo que siempre estaba arrancándoles las alas a las mariposas y cortando orugas y gusanos en trocitos... Y además era brusco con sus compañeros de clase, tremendamente taciturno. Por aquel entonces, creí que sería científico e intenté guiarlo en esa dirección, pero por desgracia no fue así.

—¿Fuiste su profesor, Vasia?

—No, directamente no. Venía a mi escuela, pero no a mi clase, era... —Vasia calló y observó el suelo en silencio, con semblante serio.

Galia suspiró y reparó en las palomillas, peludas e infatigables, que volaban describiendo círculos alrededor de la lámpara amarilla de la cocina. Luego miró hacia la oscuridad de debajo de la mesa. Boroda estaba en su caja, acurrucada pero despierta, temblando todavía y con sus dulces ojos color chocolate abiertos como platos.

—¡Pobre perrita, pobre *lapochka*! —murmuró, y se frotó detrás de las rodillas con los puños; por la mañana hubiera estado tiesa como un cadáver.

El reloj del dormitorio marcó las doce. Galia tenía muchas ganas de acostarse.

—Galia, tienes que ponerle un collar a la perra.

La sorprendió la repentina seguridad de Vasia. Había terminado de curarse las espinillas y parecía decidido a hacerse entender.

—No está contemplado en el acuerdo, Vasia —repuso Galia—. Es mi perra, pero en realidad no es mía, no sé si me explico... Nos encontramos la una a la otra. Ella escogió vivir conmigo, así que no me parece bien obligarla a llevar collar. Hemos elegido compartir nuestras vidas. No necesitamos demostrarnos que nos pertenecemos. No estamos... —Vaciló un instante antes de continuar—: No estamos casadas ni atadas de ninguna otra forma —añadió.

—Galia, sí, entiendo que no estás casada con tu perra. —Ella se sonrojó y sonrió tímidamente—. Pero no puedes volver a vivir una catástrofe como la de esta noche, y la perra tampoco. Sería un absurdo. Tienes que buscarle un collar, responsabilizarte de ella. Así funcionan las sociedades civilizadas, y no se hable más.

Galia quería rebatir. De hecho, se sentía obligada a hacerlo y tenía las palabras en la punta de la lengua, pero la polémica se le apagó en la garganta y prefirió tomar un sorbo de té. El día la había puesto a prueba, era cierto. Una jornada difícil, por alguna razón, incluso antes de salir de su casa, mientras cocinaba asediada sin motivo aparente por irritantes recuerdos. Y luego durante la interminable reunión del Club de la Tercera Edad se había sentido incómoda, alterada, y no poco. Y después la velada se había vuelto absurda, peligrosa y amenazante, un torbellino de ruedas de moto, colmillos de perros y ancianas furiosas con hoces en las manos.

Al final, todo se reducía a lo siguiente: se había mantenido fiel a un principio moral, dando por sentado que sus conciudadanos lo respetarían, y había fracasado estrepitosamente. Quizá había llegado la hora de ceder, aunque solo fuera un poco, para tener una vida más segura. Tal vez fuera hora de hacerse con un collar y zanjar el asunto. Tampoco era para tanto, ¿no?

—Pero ¿y si me muerde cuando se lo pongo? ¿O se escapa de casa? —preguntó Galia, con una sonrisa coqueta que mostró su blanca y recta dentadura y también las numerosas fundas de oro.

—No te morderá ni se escapará de casa. La perra es más inteligente de lo que crees, Galia. Es tu cómplice por voluntad propia y seguro que respetará tu decisión. Estás siendo cabezota.

Galia suspiró.

—Sí, Vasia, lo admito. Puede que esta vez tengas razón. No te negaré cierta tozudez por mi parte en este asunto. Mañana mismo le compraré el collar, pero solo si encuentro un hueco entre el huerto y el mercado.

—¿Y una correa?

—¿Una correa? ¿Para qué quiero una? —Galia rio con un sonido gutural y cálido que Vasia no se esperaba—. ¡Te estás pasando, Vasili Semiónovich!

—¿Se puede saber por qué? Ya sé que no la vas a sacar a pasear ni vas a tenerla atada. La perra se organiza sus propias distracciones, lo entiendo. Bueno, ya nos ocuparemos del tema de la correa la semana que viene, o el mes que viene. ¿Hacia el otoño, quizá? —Esta vez fue Vasia el que guardó silencio, bajo la atenta mirada azul de Galia, que dejó de reírse—. En fin, como se dice, ¡bien está lo que bien acaba!

Sonrió y alzó el vaso de té hacia la lámpara del techo y las palomillas, para hacer un brindis. Galia se separó del congelador para levantarse y unirse al brindis cuando, de repente, un golpe seco en la puerta interrumpió su movimiento, y se quedó con la mano levantada, la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Quién será? —susurró.

Boroda gimió y se incorporó debajo de la mesa, arañando el linóleo con sus uñas. Vasia se levantó del taburete propulsándose con las piernas, largas y delgadas, y se asomó por la ventana de la cocina para mirar hacia el oscuro patio de abajo. Cuando sus ojos se adaptaron a la densa noche, vio la silueta inconfundible de un coche de policía, agazapado como un matón de patio de colegio entre los columpios desconchados y las mesas de ajedrez ajadas por las inclemencias del tiempo.

—Galina Petrovna, me huelo problemas —susurró Vasili, señalando hacia el coche con el dedo.

De nuevo, alguien llamó a la puerta. Esta vez más fuerte, como si fuera un bastón, y no un puño, el que golpeará la madera.

—Será mejor que les abras, querida.

—A eso voy, pero dame un segundo. Boroda, a la habitación. ¡Venga!

Galia achuchó a la perra pasillo arriba hasta el dormitorio, donde la escondió en el armario, detrás de una caja con viejas fotografías. Cerró la puerta de la habitación y recorrió el pasillo visiblemente tensa. Se detuvo frente a la puerta justo en el momento en que volvieron a llamar. El sonido resonó por todo el edificio, donde reinaba el silencio. Respiró hondo y descorrió los pestillos.

Bajo la tenue luz anaranjada del pasillo había dos figuras: una baja y fornida, la

de un policía desaliñado y visiblemente borracho, y la otra más alta, más joven, desaliñada también e impregnada de un intenso olor a sudor y caca de perro. Cómo no, era Mitia el Exterminador. Tenía los ojos vidriosos y fijos en algún punto detrás de la cabeza de Galia. Detrás de los recién llegados, un número indeterminado de cabezas grises fueron asomándose a lo largo del pasillo, para luego desaparecer rápidamente en cuanto vislumbraban al representante de la ley y al que lo acompañaba.

—Ciudadanos, siento haber tardado tanto en abrirles, pero es muy tarde. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—*Baba, baba*, no se preocupe —exclamó el policía rechoncho alzando la voz, tambaleándose un poco bajo el peso de sus amables palabras y apoyándose en el quicio de la puerta para no perder el equilibrio—. Ya sabemos que es tarde, pero sean bienvenidos, más que bienvenidos... ¡Adelante, entre!

Galia lo miró y arqueó las cejas. El policía soltó una risita y se llevó un puño rollizo a la boca, consciente de que había metido la pata, pero sin saber muy bien por qué. La risa fue menguando gradualmente hasta ser sustituida por un ceño fruncido y un labio inferior lustroso y prominente.

—¡Se lo advierto, ándese con cuidado, *baba!* —le espetó con una mueca, mientras acariciaba la funda de la pistola con gesto torpe y gesticulaba hacia su cómplice con la otra mano—. Ándese con cuidado, abuelita, que este muerde. Ah, usted... ¡Sí, usted! —Esta vez apuntó a Galia directamente con un dedo hinchado—. Será mejor... ¡que se ande con cuidado! ¡Todos debemos tener cuidado! —repitió entre risas, apoyándose aún más contra la pared y respirando con dificultad—. ¿Tiene algo para beber, *baba?*

Mitia carraspeó e hizo una mueca, como si lo que estaba presenciando le causara dolor. Tendría que haber calentado en el coche, pensó, pero aquel borracho imbécil lo había distraído. Ahora parecía débil, nervioso, un mocososo. Lo cierto era que el prolongado incidente con su madre le había afectado mucho, no se encontraba bien. Pero la lucha continuaba y, por muy cansado que estuviera, los perros debían ser ajusticiados. Aún podía sentir pegada a la ropa la humedad del sótano del lado este. Las aletas de su nariz temblaron al percibir un olor rancio, que atribuyó al policía.

—¿*Orlova*, Galina Petrovna? —dijo Mitia, en un tono un poco más agudo de lo que habría querido.

Galia asintió lentamente, sin apartar los ojos del policía y preguntándose si no conocería a su madre.

—Tiene usted en su piso un perro peligroso y estoy aquí para llevármelo. —Se hizo el silencio y Mitia carraspeó—. Mi colega, como puede ver, está un poco cansado. Ha sido un día muy largo.

—¡Hoy es mi santo, *baba!* —intervino el policía.

—En cualquier caso, nuestras acciones cuentan con el respaldo de la ley, para lo cual mi compañero va armado. Le pido que se aparte a un lado para que pueda

llevarme al perro.

—¡Es mi santo todos los días! ¡Esta Rusia moderna es taaan genial...!

Galia apartó la vista del policía ebrio y la dirigió a Mitia el Exterminador.

—¿Dónde están los papeles, señor? —preguntó casi en voz baja.

Apenas había pronunciado la frase cuando Mitia el Exterminador le plantó siete folios delante de la cara. Todos sellados, timbrados, repletos de firmas oficiales, con su dirección, detalles varios, fecha de nacimiento e incluso el signo del zodiaco. Galia ya se disponía a rendirse y a apartarse para que pudieran entrar cuando, de pronto, Vasia apareció a su lado visiblemente colorado, sin aliento, agitado incluso; resumiendo: en condiciones peligrosas para un anciano a las tantas de la madrugada.

—Escucha, joven Mitia: no queremos problemas —empezó. Los ojos del Exterminador se nublaron y sus mejillas se tiñeron de un rojo mate—. Estoy seguro de que podemos solucionar esto sin necesidad de crear una situación desagradable. Exactamente, ¿qué se le imputa a esta perra?

Hubo un largo silencio, solo interrumpido por el ruido del policía cuando cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro; un movimiento automático pero, en su estado, no exento de capacidad de concentración; tanta, que le caían gotas de sudor desde la punta de su nariz regordeta y respingona. Mitia respiraba profundamente, con la mirada perdida y las manos colgándole a ambos lados del cuerpo. Poco a poco, justo cuando Galia empezaba a preguntarse si estaba del todo consciente, Mitia desvió la mirada de la estancia y la concentró en Vasia unos segundos. Abrió la cremallera de la riñonera de polipiel y sacó una libreta. Se aclaró la garganta, observó de nuevo al anciano y, acto seguido, empezó a leer:

—«Que en la fecha anteriormente mencionada el perro en cuestión mordió al funcionario encargado de la perrera tanto en el dedo como en el tobillo y, al serle ordenado que cesara en su actitud, continuó mordiendo al funcionario en las partes ya mencionadas, además de en la pantorrilla y la muñeca. Puesto que se trata de una infracción tipificada por el artículo 27 del Decreto Presidencial 695 y en directa oposición a las leyes de la Federación Rusa, el perro mencionado, y considerado peligroso, deberá ser exterminado inmediatamente antes de que se convierta en una amenaza para la sociedad.» Es el presidente de la Federación Rusa quien desea ver a su perro muerto, ciudadana, no solo yo —concluyó Mitia, un tanto acelerado y con el ceño fruncido.

—¡Pero Boroda nunca ha mordido a nadie, y mucho menos a un funcionario del Estado! —exclamó Galia, ofendida en nombre de la perra y preocupada ante la posibilidad de que el mismísimo presidente tuviera una opinión tan mala de ella—. Es una perra buena, una perrita tímida. Sabe lo que es ser un perro callejero y respeta a todos los ciudadanos. Es capaz de reconocer a un funcionario en cuanto lo ve.

—¿Ha dicho callejero? —preguntó Mitia.

Galia dudó un instante, con ojos temerosos, sin saber muy bien qué responder.

—Pero, Galia, ¿no es el perro que te has llevado esta tarde al río para ahogarlo?

Galia sintió como si le atravesaran el corazón con una aguja de punto y fulminó a Vasia con la mirada. De hecho, él pensó que de un momento a otro iba a pegarle, pues la anciana había levantado la mano, horrorizada, y se estaba inclinando hacia él. Ante la mirada de ella, Vasia retrocedió un paso, pisándole sin querer el juanete al policía borracho. Craso error, sin duda: el tipo soltó un alarido que provocó un gemido a modo de respuesta desde el interior del piso. El ojo izquierdo del Exterminador empezó a temblar. Galia recuperó la compostura en unos segundos, como si acabaran de propinarle un guantazo, y tosió ruidosamente para que no se oyeran los quejidos. Miró a Vasia y asintió.

—Sí, cierto, Vasili Semiónovich, tienes toda la razón. Dios mío, ¿qué ha sido eso? ¿Tu estómago? Debes de estar hambriento. Hemos tenido una tarde tan ajetreada... La perra... tenía que desaparecer. Sí, se había vuelto un poco rara y yo ya estoy vieja, así que pensé que, bueno, que ya no podía ocuparme de ella, por muy doloroso que me resultara...

—La hemos lanzado al río metida en una bolsa llena de piedras —se apresuró a confirmar Vasia, mientras tiraba de la puerta a su espalda hasta casi cerrarla, pues oía a Boroda protestando desde las profundidades del armario.

—¿El perro está en el río? —preguntó Mitia.

—Sí, sí —respondió Galia, estrujándose levemente las manos y sin apartar los ojos del segundo botón del Exterminador—. Tenía que desaparecer. No quería decirlo... Ya sabe que hoy en día a la gente le encanta hablar de los derechos de los animales y esas cosas.

Mitia sacó una bolita de goma de la riñonera.

—En el río, ¿verdad?

—Sí, señor, en el río. A un par de kilómetros de aquí corriente abajo. Donde las aguas son más profundas.

—Háganse a un lado, venerables ancianos. —Y se inclinó hacia la puerta.

—Y digo yo, ¿tiene usted permiso para esto? —preguntó Vasia con brusquedad.

Mitia apretó la pequeña bola de goma tres veces, enérgica y deliberadamente, hasta que esta emitió un chirrido cargado de puro veneno que recorrió las espaldas de los venerables ancianos como un escalofrío y les hizo contraer el rostro como una corteza de limón. Un breve silencio y después el inevitable sonido de la catástrofe: el rasgueo de unas uñas contra la puerta del armario.

—¡Ven aquí, perrito, perrito! —gritó Mitia con voz extrañamente infantil, mientras apretaba de nuevo la pelota y tiraba unos trozos secos de beicon al suelo, justo al otro lado de la puerta.

—Dígame, joven, ¿quién le ha dado permiso para tirar...? —empezó Vasia.

—Apártese, Volubchik —le ordenó Mitia con cierta violencia, poniendo un dedo en el pecho del anciano.

El chirrido y el beicon ya habían obrado su sensual encantamiento. Con dedos largos y correosos, se habían abierto paso hasta la perra para cerrarse alrededor de su

nariz y arrastrarla, casi contra su voluntad, fuera de la habitación y hacia la entrada, con las uñas arañando sin querer el maltrecho parquet, en dirección al beicon y la puerta, la misma puerta abierta donde su dueña hablaba con unos invitados que le resultaban familiares y, al mismo tiempo, aterradores. Recogió delicadamente la tira de beicon con la lengua y la masticó con una mirada triste mientras todos la observaban. Luego, como si quisiera disculparse, se acurrucó detrás de las piernas de Galia y soltó un débil gemido.

—Con piedras y todo, flota —dijo Mitia—. Por lo visto, ha resucitado.

—Por favor, Mitia, no tienes por qué llevarte a la perra. Estoy convencido de que podemos llegar a un acuerdo —dijo Vasia, y volvió a sacar el fajo de billetes grasientos que guardaba en la camisa; ningún hombre podía resistirse a la llamada del auténtico vodka ruso, y seguro que en la orilla del río encontraba pescado seco.

—Guárdate tu dinero. Agente, esta es la segunda vez en las últimas cuatro horas que este hombre intenta sobornarme a mí, un funcionario estatal y encargado de la perrera. Pero esta vez, ciudadano anciano, tenemos a mano un funcionario de la ley para que sea testigo y ya nada me impide llevarlo ante la justicia. No saldrá indemne por segunda vez de un comportamiento tan antidemocrático y contrario al sistema.

Mitia guardó silencio para que el rechoncho policía pudiera reaccionar. Los tres, más la perra, aguardaron expectantes mirando a Kulakov y esperando a que se diera por aludido. Pero no tardaron en percatarse, Boroda incluida, de que el rollizo policía parecía más interesado en la pelusa que había en su silbato y en el resto de los objetos que llevaba en el bolsillo de la camisa, que en pasar a la acción, por lo que Mitia lo apartó de los demás y le siseó al oído:

—Agente Kulakov, arreste a este anciano: ¡está intentando sobornarme! ¡Y a usted también! ¡Pretende corromper al Estado!

—¿Arrestarlo? ¿Por qué?

—Usted arréstelo y le daré dos botellas.

—Pero ¿por qué?

—¡Por soborno!

—Pero ¿sabe usted qué jaleo, ciudadano Exterminador? ¿Qué cantidad de papeleo? Es demasiado, no me pagan tanto. De verdad, vayámonos.

—Pero acaba de cometerse un delito, agente Kulakov.

—Ah, un delito, ¿qué delito? Ah, sí, sí... ¿Qué era?

—¡Soborno!

—Ah, sí... Bueno, si son tres botellas quizá me lo piense.

—De acuerdo, que sean tres —replicó Mitia.

Soltó el brazo del policía y se limpió la humedad pegajosa de la mano en la pernera del pantalón.

—Eh, usted, ciudadano anciano —le espetó el policía en un tono severo que no se correspondía en absoluto con su aspecto bonachón ni con los modales que gastaba hasta el momento; era como ver a Winnie the Pooh en el papel de Hitler en el

Reichstag—. Está bajo arresto. Acompañeme, no se resista.

El policía se abalanzó sobre Vasia con paso firme y rápido y le retorció el brazo detrás de la espalda con una crueldad que incluso sorprendió a Mitia. El anciano gritaba mientras avanzaban con paso vacilante hacia la escalera. Boroda, la primera en reaccionar ante aquella injusticia, corrió por el pasillo y cargó contra el tobillo del policía justo cuando este se disponía a bajar. Los gruñidos, las dentelladas y los ladridos retumbaron por toda la escalera mientras el policía luchaba para liberar su tobillo de las fauces del perro y Vasia intentaba liberarse a sí mismo sin precipitarse por encima de la barandilla. Los dientes blancos y afilados se hincaron en la carne sudorosa y pecosa hasta que los ojos del policía se llenaron de lágrimas. Mitia se dio cuenta de que Kulakov no podía plantarle cara al chucho y desenfundó la Taser, pero el blanco no estaba claro. Aun así sintió la tentación de disparar, solo para ver qué pasaba, pero acabó de bruces en el suelo bajo el peso de Galia, quien, tras unos segundos de parálisis total, se había dado cuenta de que las cosas estaban empeorando para todos, pero en especial para sus amigos, y había decidido intervenir.

—¡Boroda, quieta! —le ordenó al animal en un tono que hizo temblar las paredes.

La perra soltó al policía y retrocedió hacia la escalera. Mitia se puso en pie y, tras apartar al rechoncho y quejica agente, sujetó a la perra por el pescuezo. Boroda protestó al verse alzada por los aires y suspendida en el hueco de la escalera.

—¡Boroda, quieta! —repitió Galia, al ver que el animal se retorció e intentaba darse la vuelta para hincar al menos un colmillo en la muñeca de Mitia, mientras este observaba los esfuerzos de la perra con una sonrisilla.

—Ciudadana anciana, si no tiro a esta cosa por encima de la barandilla es porque no quiero mancharme las botas cuando tenga que pasar por encima de sus restos al salir a la calle. Los perros salvajes son una plaga y, como tal, deben ser controlados. Desde este momento me hago cargo del animal, que será exterminado. Tiene la documentación en su poder. En ella se detallan sus derechos.

Y empezó a bajar los escalones.

—¿Qué derechos? —gritó Galia, desesperada.

—Sobre el cuerpo: no tiene derecho a recuperarlo. Será incinerado junto con otros especímenes.

Con otra sonrisilla, Mitia enfiló la escalera con Boroda aún suspendida en el aire, sujeta por el pellejo, que se retorció y gimoteaba.

—¡Por favor! —suplicó Galia.

—¡Kulakov! ¡Despierte y lleve al hombre a comisaría! Tres botellas, ¿recuerda? —gritó Mitia desde el piso de abajo.

En aquel preciso instante, Vasia estaba ayudando al agente Kulakov a levantarse y le ofrecía yodo y un poco de algodón para curarse las heridas, ofrecimiento que este rechazó con una imprecación.

—Discúlpeme, ciudadano anciano, pero por lo visto va a tener que venir conmigo a comisaría. Traiga la medicación que necesite, puede que la cosa se alargue. No

tengo más remedio que arrestarlo.

Apoyándose el uno en el otro, los dos hombres empezaron a bajar lentamente los peldaños de cemento, Vasia sosteniendo al tambaleante policía como buenamente podía. De camino a la salida, pasaron junto a Galia, que observaba a Mitia mientras este desaparecía en la oscuridad con su perra.

—Entra en casa, Galia, y cierra con llave. Yo estoy bien, no te preocupes.

Vasia la miró inquieto, pero no consiguió captar su atención: ella seguía sin apartar los ojos de Boroda, a la que se había tragado la oscuridad entre quejidos.

—¡No te preocupes, Galina Petrovna, estoy bien! —repitió, esta vez más alto—. ¡Y liberaré a tu perra! ¡No pierdas la esperanza! Vivimos en una democracia. ¡Los perros han de ser libres como lo son las personas!

Aquellas palabras sacaron a Galia del estado de conmoción en el que se hallaba.

—Vasia, sé valiente —dijo—. Saldréis de allí, ya lo verás. Mañana estaréis en la calle, Boroda y tú, yo me encargo. ¡No hay motivo para arrestaros!

—¿Mañana? Mañana ni siquiera habremos empezado con el papeleo, ciudadanos ancianos —murmuró el agente Kulakov mientras metía a Vasia en la parte trasera del Zhiguli, su coche patrulla, y luego se acomodaba al volante—. Muy bien, ciudadano, ahora nos echaremos una siestecita antes de marcharnos hacia la comisaría. Así que póngase cómodo. No tiene sentido llegar antes de las seis. Allí nunca pasa nada antes de las seis. Será mejor que aprovechemos para echar una cabezadita, así luego iremos más despejados, ¿no le parece?

En el bloque de apartamentos, Galia entró tambaleándose en su piso y cerró con llave. Una vez en la cocina, sin más compañía que la caja vacía de la perra bajo la mesa y el vaso de té de Vasia, aún medio lleno y a la espera de acabar el brindis por un futuro radiante, se puso a temblar. Solo se oía el tictac del reloj, escanciando los segundos en aquella noche solitaria y silenciosa, y de vez en cuando una débil campanada que anunciaba la llegada inevitable del amanecer.

El plan

Galina Petrovna no durmió bien. Se las vio y se las deseó para desnudarse, lo cual hizo que se sintiera como una vieja, quizá la más vieja de la ciudad, o incluso de toda Rusia. Luego se puso un cómodo camión de popelina, su favorito, y se tumbó en la cama, agotada pero sin nada de sueño. Si ni siquiera podía relajar los párpados y cerrar los ojos, aún menos podía dormirse. Los párpados parecían pegados al globo ocular; sus pensamientos no se sosegaban, su cuerpo no se relajaba. Permaneció tumbada sobre la colcha, rígida, con la mirada fija en lo alto del armario. Tras varios minutos escuchando su propia respiración, suspiró y, con cuidado, se puso en pie. Aquello no iba a funcionar.

A medida que la noche fue avanzando, intentó relajarse y dormir haciendo uso de todos los métodos de su repertorio, con la sólida determinación de ser razonable y no ceder a la desesperación. Envuelta en una manta, empezó por sentarse a la mesa de la cocina y ponerse a hacer listas de tareas pendientes tratando de mantener la mente ocupada; luego deambuló por el piso con pasos certeros y deliberados, sin duda molestos para sus vecinos de abajo, que tenían el sueño ligero, pero necesitaba moverse; a las tres de la madrugada se puso a limpiar con gran alboroto los armarios de la cocina, donde encontró cuatro cucarachas muertas, dos botes de tomate de 1975 y una trampa para ratones (vacía); se obligó a beberse una taza de té poco cargado con tanta mermelada que la cuchara se aguantaba sola; se dio un baño con aceite de lavanda tan intenso que a punto estuvo de cortarle la respiración; y al final, resignada, se tomó una pastilla. Nunca le habían gustado los somníferos: el único efecto apreciable sería el color verde de su orina durante toda la jornada. Aun así, siguió sin conciliar el sueño.

A las cinco de la madrugada, tras varios y poco entusiastas intentos de acabar un crucigrama sobre jardinería, regresó a la cama desanimada y muerta de frío, a pesar del prometedor bienestar de los primeros rayos de sol. Dio vueltas en la cama, primero hacia un lado, luego hacia el otro, una y otra vez, mientras repasaba los acontecimientos de la noche y lo que podría haberse hecho de otra manera, pero sobre todo reprochándose a sí misma haber sido tan cabezota y no haberle puesto un collar a la perra desde el principio. Nada de aquello habría pasado si no hubiera insistido en defender sus principios a ultranza. La pobre Boroda no estaría a punto de ser ejecutada y el bueno de Vasia estaría durmiendo en su cama en lugar de languidecer en un calabozo en la otra punta de la ciudad. Sin apenas darse cuenta, y una vez hubo montado y desmontado mentalmente los distintos escenarios a tal punto que ya se confundían unos con otros, empezó a examinar problemas mucho más antiguos:

situaciones, lugares y personas que había dejado atrás hacía ya mucho. El teatro que se representaba tras sus párpados se llenó de escenas y personajes sobre los que raramente pensaba cuando estaba ocupada con las plantas, las partidas de cartas, el huerto y su querida Boroda.

Echaba alguna que otra cabezadita y recordaba sus años de juventud. Por aquel entonces, las cosas eran diferentes, la vida era verdaderamente difícil y su memoria, confusa. Recordó el estrépito de las pisadas en la escalera y el polvo que se levantaba en los caminos durante el verano formando plateados penachos enormes. En aquella época se trabajaba no menos de doce horas diarias y las cosechas estivales, escasas de por sí, tenían que durar todo el invierno. Cuando se instalaron en su primer apartamento, no había electricidad por las noches; aun así, eran afortunados al tenerla durante el día. No suponía un gran problema porque carecían de nevera y televisor, y tampoco solían necesitar luz más allá de las ocho de la tarde. Por aquel entonces, los vagos no conseguían nada a menos que fueran jefes, en cuyo caso se quedaban con lo suyo y con una parte de lo de todos, a veces incluso con más. Se acordó de sus ancianos vecinos: todo el mundo los respetaba, pero no tenían nada y a nada aspiraban, excepto quizá un futuro mejor para sus nietos, si es que sobrevivían. Intentó visualizar las caras de aquellos amigos y vecinos que se habían ido hacía muchos años para siempre, pero eran imágenes borrosas y sin detalles. Había pasado demasiado tiempo. No se había producido ni un solo reencuentro milagroso, por mucho que las películas del cine ambulante insistieran en hacer creer lo contrario. Los desaparecidos nunca regresaban.

La guerra dejó huérfana a Galia, pero le procuró un marido, por lo cual se sentía agradecida. La transición entre el servicio activo y las cargas de la vida marital fue muy rápida. Las tareas del hogar se le antojaban más bien oprimentes: en ocasiones se le aceleraba el corazón y tenía náuseas, se sentía un poco atrapada, un poco desesperada, sentada en un taburete de aquel piso agobiante, esperando a que Pasha regresara de la fábrica.

No tenía vínculos previos con la ciudad de Azov: a Pasha lo habían llamado para que trabajara en la fábrica, destinada a la producción de cosas sobre las que Galia no podía preguntar. Así pues, el gobierno regional los había enviado a vivir allí poco después de terminar la guerra. Al principio compartían una casucha de madera con una anciana, que era la inquilina original, y algunas de sus cabezas de ganado. Cuando la fábrica estuvo completamente reconstruida, las autoridades levantaron bloques de viviendas para los trabajadores a una velocidad pasmosa y Galia supo que había tenido suerte de ser de los primeros realojados. Durante unos meses compartieron las dos habitaciones más la cocina y el baño con otra familia cuya hija lloraba toda la noche, mientras el abuelo hacía lo propio durante el día. Al cabo del año, la otra familia fue realojada y Galia empezó a echar de menos al bebé en cuanto recuperó las horas de sueño perdidas.

Azov era la típica ciudad del sur, abierta y sociable. En verano, la gente paseaba

por las tardes vestida con ropa de domingo, si es que tenían, con independencia del día de la semana. En invierno, cuando el río se helaba y el viento soplabla gélido desde el norte, los lugareños se enfundaban toda la ropa que poseían e iban a patinar sobre los peces y las plantas acuáticas. Los hombres casados buscaban la compañía silenciosa de la pesca en el hielo, siempre que el río helado aguantara su peso, y día y noche, nevara o luciera el sol, se sentaban sobre minúsculos agujeros perforados en la pétreo superficie helada, a la espera de un bocado o un trago de las botellas que ellos mismos habían traído, escondidas bajo un montón de pan y grasa de cerdo preparado por sus leales esposas. Pasha, sin embargo, nunca fue a pescar en el hielo. A Galia le habría gustado, pero cada vez que ella se lo sugería él se encogía de hombros y sonreía sarcástico. A Pasha le gustaba guardárselo todo para sí.

A Galia le encantaba el río, con su aspecto siempre cambiante y sus amplias orillas bañadas por el sol, pero no más que las murallas de la ciudad vieja o que la obsoleta fortaleza en ruinas de ladrillo rojo, que ya no repelía invasiones como en el pasado, pero que estaba llena de historias y fantasmas. De joven, a Galia le impresionaban la Tienda n.º 1, la Tienda n.º 2, la zapatería y el recién levantado Palacio de la Cultura. Sentía que su país estaba construyendo el comunismo y reconstruyéndose a sí mismo hasta convertirse en un lugar mejor, más justo, más alegre. Las fábricas y las escuelas que iban apareciendo estaban a un tiro de piedra de su casa. Todo era nuevo y fresco como el rocío sobre los tomates verdes, o al menos por un tiempo. Galia se sentía parte de aquel resurgir y quería colaborar de forma activa en el trabajo real colectivo, en su unión, la Unión Soviética.

Sin embargo, la vida de puertas adentro nunca había sido fácil; no era reflejo del modelo soviético como ella había esperado, al menos al principio. Cuando Pasha decidía sentarse a beber, ella se quedaba en la cocina y preparaba metódicamente suficientes *vareniki* para todo un mes, que luego repartía entre los ancianos desdentados de su misma planta que aún eran capaces de levantarse a abrirle la puerta. Cuando Pasha se quedaba dormido en el huerto durante la cosecha, ella seguía trabajando todo el día sin descanso, asegurándose de que quedara a la sombra para que su piel, de una palidez casi traslúcida, no se quemase por el sol. Cuando le propinaba un cachete en el trasero con la mano rosada y se la llevaba al cobertizo para tomarse un vaso de cerveza casera y achucharla, ella intentaba no pensar en el dolor de espalda y se concentraba en el amor que esperaba de las atenciones de su marido. De vez en cuando, la barba incipiente y el sabor rancio tras largas horas de sueño en la lengua de Pasha le arrancaban alguna que otra lágrima, pero el roce de la madera contra las nalgas mientras él la penetraba le producía pequeñas descargas de deseo por todo el vientre y piernas abajo hasta los dedos de los pies, y los dedos de los pies y de las manos se retorcían con los espasmos de placer.

Pero lo cierto era que Galia se había dado cuenta casi desde el principio de que Pasha no le gustaba lo más mínimo. Una vez lo hubo aceptado, como la mujer de principios que era, decidió convertirse en una buena esposa, al menos dentro de lo

posible: se ocuparía de que Pasha fuera limpio, llevara los calcetines remendados, comiera y tuviera cubiertas todas sus necesidades. Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones, con el paso de los años su interés por él se fue marchitando como una rosa tardía atrapada por las primeras heladas. En cuanto la cerveza casera se hubo acabado y las únicas que recibían atenciones especiales en el cobertizo eran las plantas del semillero, Galia cobró seguridad y siguió adelante. Con el tiempo, su mantra acabó siendo este: sigue adelante y no te quejes, y todo irá bien.

Pasha ya había empezado a ausentarse de casa desde antes de que los asistentes al banquete de bodas hubieran podido digerir la comida (carne hervida, patatas, *kvas* y manzanas). Tampoco es que aquel día hubiera mucha gente: casi todos sus familiares y amigos estaban desaparecidos, muertos, en la cárcel o construyendo el comunismo en cualquier punto de la mastodóntica Unión. Al principio Galia sufrió por las ausencias de Pasha, pero de forma mitigada. Había imaginado a un marido presente, exigente, que comería lo que ella preparara, dormiría a su lado, le impondría ultimátums, lo desordenaría todo y le exigiría toda su atención cuando estuviera ocupada. Pero, por norma general, solo le veía el cogote: cuando se sentaba al escritorio de la habitación principal y estudiaba los documentos de la fábrica con los dedos y la barbilla manchados de tinta; o cuando estaba de pie en el balcón, mirando la noche mientras el humo de su cigarro se elevaba en línea recta hacia el cielo estival; o mientras dormía en el sofá, aspirando ruidosamente el aire de la estancia y escondiéndolo en la cavidad de su pecho, como un avaro guarda los cabos de las velas. Y luego estaba el desprecio velado del chasquido de la puerta al cerrarse, a veces a mitad de una frase, otras justo antes de comer. A menudo Galia tomaba la comida de los dos. Cuando se tumbaba en la cama a esperarlo, preguntándose si era culpa suya, de su pelo rubio y rizado o de su piel pálida, se acababa el pastel de Pasha, lamía el tenedor y se decía que no tenía importancia. Buena comida, sinceridad, buenos vecinos, razones todas ellas válidas.

Al principio, mientras esperaba, escuchaba las voces de la radio que tan bien conocía, sus tonos siempre autoritarios. A veces, las faenas de la casa o algún remiendo la mantenían ocupada. Observaba a los niños jugar en el patio, entre los bloques de pisos recién levantados, y a veces los reprendía tímidamente. Y cocinaba, también por las noches, a pesar de que sabía que él no vendría. El plato favorito de Galia eran los *vareniki* según la receta de su madre. Hacía conservas con la fruta y la verdura que ella cultivaba, y cuando acababa con lo suyo, aceptaba montones de cerezas, ciruelas, pepinos y tomates de los vecinos y las preparaba para ellos. Su vida era un continuo movimiento, una serie de pequeñas tareas manuales. Se movía metódicamente por la cocina con pasos tranquilizadores y repetitivos como las notas de la balalaica con la que había aprendido a bailar antes de la guerra, bajo la mirada severa de su madre. ¿Cómo había podido olvidarlo durante tanto tiempo?

Poco a poco, Galia pasó de ser una tirillas insignificante a convertirse en una mujer robusta de hombros anchos. No estaba obesa y tampoco gorda: era angulosa y

tenía una fuerza interior que animaba todos sus movimientos. Se comía las cenas de los dos en silencio, impasible, lenta y minuciosamente. Acabó resignándose a la idea de que Pasha tenía una aventura, o quizá varias. Nunca oyó ningún rumor y tampoco sabía con quién, pero era la única explicación racional. La dependienta de la panadería siempre le dirigía una mirada maliciosa. Claro que también podía ser una de las gitanas que vivían río abajo. Quizá una de las trabajadoras de la fábrica, una de las que llevaban pantalones y fumaban en el patio, había conseguido despertar el interés de su marido. Quién sabe, después de la guerra, las mujeres jóvenes superaban a los hombres en una proporción de cuatro a uno, y a algunas no les importaba aliviarse con quien fuera. Tal vez fuera su deber compartir a su marido. Al fin y al cabo, solo le dolía en el orgullo. Aun así, no conseguía quitarse una pregunta de la cabeza: ¿por qué a Pasha no le bastaba con su hogar?

Cuando por fin consiguió dormirse, poco antes de las seis, una serie de escenas extrañas, rebuscadas y descoloridas pobló sus sueños, como si estuviera en el cine rodeada por el sucio humo de los cigarrillos, espeso como la niebla, y con los pequeños altavoces arrancados de la pared y grapados a su cabeza. Gente sin cara hablaba un galimatías incomprendible de palabras cortadas, pronunciadas al revés o aceleradas, y nada tenía sentido. Sentada en aquel sueño cinematográfico y asaltada por un temor que le recorría la espalda lento como un caracol, supo que se había olvidado de hacer algo crucial. No recordaba qué era y estaba angustiadísima. Debido a su estupidez, había provocado una catástrofe. De pronto, aquella sensación se desvaneció y el rostro de Pasha se materializó ante ella. La empujaba, furioso, con las venas de la frente hinchadas y palpitantes. De repente, de su boca salió un ladrido furibundo. Se abalanzó sobre ella, con los brazos extendidos hacia delante y enseñando los dientes, directo a su cara. Galia se despertó del susto, cubierta de un sudor frío.

Se sacudió de encima los últimos restos del sueño, encendió la lamparita y comprobó que sus brazos y piernas aún le funcionaran. Tenía las rodillas y los tobillos hinchados y doloridos, y cardenales en ambas piernas. Necesitaba un poco de compañía, volver a sentirse humana. Por varias razones, hurgar demasiado en el pasado era absurdo; la primera, porque los muertos no tenían cabida en el presente. Fue a la cocina, se preparó un té tan fuerte que por un momento temió que fuera venenoso y miró el reloj. ¿Las siete menos diez era una hora aceptable para telefonar? En su caso sí, de modo que llamó a Zoya para pedirle ayuda, apoyo y que idearan algún plan.

Zoya: conocida amante de la cultura, reina del teatro local y de las artes, solterona, cotilla y, hasta hacía bien poco, luchadora grecorromana. Su pelo, cada vez más ralo y recogido en un frágil moño en lo alto de su cabeza de pájaro, cambiaba de color todas las semanas. La diminuta Zoya, saltando de amistad en amistad, entre citas, dimes y diretes, entre búsquedas de la verdad entre la mentira, entre tentativas de descubrir qué impulsaba a todos y cada uno de sus compatriotas a ir y venir, a

hacer y deshacer. Era puro nervio casi todo el día y en cualquier situación imaginable. De pequeña había querido unirse al circo, pero la obligaron a hacerse costurera o algo así, por suerte o por desgracia o por el Estado, Galia ya no lo recordaba. Zoya: amante del zodíaco, de los Pontiacs, de Shakespeare y de Lenin. Tenía un comentario para cada momento y un momento para cada hora de todos los días.

—Sí —gruñó una voz, como recién salida de la tumba. Aún era pronto para Zoya—. Espero que se trate de algo importante.

Zoya se tomó la noticia de la detención de Vasia y el secuestro de Boroda como Galia esperaba: se oyó un golpe sordo, el de la anciana al desmayarse sobre la mesilla del teléfono, seguido de unos segundos de confusión mientras se reanimaba a sí misma con las sales aromáticas que siempre tenía a mano y una retahíla de palabrotas bastante seleccionadas.

—¡Cómo han podido hacer algo así! ¡Asesinar al pobre... Vasia y a Boroda! ¡Llama a la policía!

—Zoya, no están muertos y ha sido la policía la que se ha llevado a Vasia. No le han pegado, es un anciano... Lo han arrestado, lo han empujado un poco, le han retorcido el brazo. Da igual, es como si fuera de goma, pero Boroda... La ha cogido por el pellejo, Zoya, y la ha levantado en el aire... No sé si está... ¡Zoya, me siento tan culpable! ¿Qué podemos hacer? No sé por dónde empezar. Si no fuera por mí, el tonto de Vasia no estaría detenido. No creo que lleve unos calcetines de repuesto encima. No he pegado ojo... Estoy bloqueada.

—Nunca el camino del amor verdadero ha sido fácil, querida. ¿Y qué hacía en tu apartamento a las doce de la noche, si puede saberse? Siempre me has dicho que no te gustaba, y que debería dejarte en paz con tus coles y tus nabos. He de admitir que estoy muy sorprendida, rotundamente sorprendida, de que estuviera en tus aposentos a medianoche.

—No es lo que crees, Zoya. Ayer se hizo daño en las espinillas cuando me ayudaba a recuperar a la perra, así que le dije que viniera a casa para ponerle yodo en las heridas. No podía permitir que fuera por ahí con las espinillas infectadas, ¿a que no? ¿Qué mujer haría algo semejante?

—Y ahora está detenido y tú te has quedado sin perra. Galia, esto no es propio de ti. La tragedia raramente afecta a tu vida. No eres una mujer trágica. Tú nunca lloras, aún menos dejas que la pasión te atravesara como una revelación caída del cielo. Somos tan distintas... ¡Las cosas que yo he visto, Galia, y ahora vienes tú a empeorarlas todo! Mi queridísima madre ya me advirtió una vez...

Galia miró el reloj y suspiró. Hoy no tenía tiempo para oír las historias de su amiga. Se las conocía todas y, aunque a veces fueran entretenidas, no era el momento adecuado.

—... que los idus de marzo no deben negarse...

—¡Zinaida Artiomovna, haz el favor de callarte un segundo!

Otra vez el ruido de fondo, otra vez el tintineo del tarro de sales seguido de un

hondo suspiro.

—Lo siento, querida, pero es una emergencia y necesito tu ayuda. ¿Qué hago? ¿Cómo puedo sacar a Vasia de la comisaría? ¿Y cómo recupero a mi pobre Boroda... si no es ya demasiado tarde? ¡Por favor, ayúdame!

—¡Ah, cuántos problemas! No me presiones, Galia. Estoy a las puertas de la muerte: a estas horas de la mañana se necesita tiempo para que una pulga vieja salte y las ideas broten. Será mejor que nos veamos en La Hoz Dorada dentro de una hora. Así tendré tiempo de... recobrarme y podremos trazar un plan —dijo Zoya con voz de dormida, y colgó.

Cincuenta y ocho minutos más tarde, Galia estaba sentada en una de las duras sillas de madera de La Hoz Dorada. El local no podía considerarse una cafetería ni un restaurante, ni siquiera un refectorio y, ciertamente, tampoco un bistró. La comida era sencilla pero se dejaba comer, que era lo más importante. A eso iba allí la gente, no a socializar ni a relajarse. Galia bebió un sorbo de té e intentó no jugar con la cucharilla, a pesar de que a su alrededor solo se oía el entrechocar de los cubiertos contra la porcelana. La única voz que se elevaba por encima de semejante estrépito metálico era la del cajero, que ladraba precios incomprensibles a los atónitos clientes que hacían cola para pagar.

Los ojos de Galia se posaron en el hombre de la mesa de al lado, que también bebía té pero sorbiendo ruidosamente mientras leía un periódico local. No le costó reconocerlo: era el teniente de alcalde, un hombre grueso y de aspecto viscoso. Mientras lo observaba, él se puso en pie lentamente, se acercó con calma hasta la puerta como si fuera un pistolero del Salvaje Oeste y, tras permanecer inmóvil unos segundos, soltó un brutal y gorgoteante eructo cuyo eco rebotó contra las paredes y penetró en los oídos de los comensales. El tintineo de los cubiertos se interrumpió un instante, y luego prosiguió aún más fuerte. Solo entonces volvió aquel hombre a su silla, y mientras caminaba aprovechó para recolocarse la bragueta, saludando con un movimiento de la cabeza a Galia y a la camarera de aspecto torvo con quien se cruzó.

Galia se puso en la cola para pedir otro té y, de pronto, se dio cuenta de que habían quitado los carteles de las paredes del local, imágenes enmarcadas de los destinos vacacionales preferidos por los soviéticos. Donde antes había una hermosa vista de Yalta, ahora se extendía el Cáucaso, y donde hasta hacía poco colgaba un impresionante memorial de guerra en Volgogrado, ahora la presa hidroeléctrica de Krasnoyarsk; impactante quizá, pero de otro modo. Galia se preguntó distraídamente por qué la gerencia habría decidido cambiar la antigua decoración. Puede que se debiera a algún nuevo reglamento.

Regresó renqueando hasta su silla e inspeccionó con ojos dolientes la mesa llena de migas. A finales de los sesenta, o quizá fuera a principios de los setenta, había ido de vacaciones a Volgogrado. No lo había decidido ella: en el trabajo, a todas las mujeres de su sección las habían llevado cuatro días allí. Eran sus vacaciones anuales y las habían acogido con agradecimiento. Cuando Galia levantó la vista desde la

orilla del Volga, azotada por el viento, a la sombra del inmenso memorial de la Madre Patria, los ojos se le llenaron de lágrimas. La Madre Patria, con sus sesenta metros de altura, espada en mano, y con la melena y la túnica ondulando en enormes volutas de hormigón, la había hecho enmudecer. La gran dignidad, la llamada a la sangre, al honor y al sacrificio del pueblo la conmovieron. Había cerrado los ojos y recordado a los muertos, incluido a Pasha. Una voz interior le había susurrado que lo mejor habría sido que Pasha hubiera volado por los aires en 1945, junto con su cocina de campaña y sus ojos vidriosos. Los dos se habrían ahorrado muchos dolores de cabeza. Se le había escapado un hipo extraño, mitad sollozo mitad carcajada, que acabó apagándose en un ronco suspiro. Sus camaradas habían asentido con compasión y le habían acariciado la mano. Sabían que Galia nunca lloraba.

Ya casi había apurado el segundo té cuando Zoya llegó envuelta en una nube de perfume con fuertes notas de betún, que era muy útil, pensó Galia, tanto como insecticida como para quitar manchas difíciles.

—Galia, querida, te he solucionado el problema. Tú, tranquila: antes de que te des cuenta, Romeo estará de vuelta en casa.

—Zoya, no es lo que piensas. Ya te he dicho...

—Qué poco sutil eres, Galia, y mira que me sorprende viniendo de ti. En fin, tienes que llamar a mi primo Grigori Mijáilovich de Moscú. Antes estaba... en los servicios, no puedo decirte en cuáles, porque es secreto. Ya es viejo, pero sabrá qué hacer. Nos dirá cuál es el mejor procedimiento. Al fin y al cabo, somos mujeres débiles.

—Pero, Zoya...

—¡Galia, me sacas de quicio! —Y, ciertamente, parecía bastante nerviosa: le temblaban la mandíbula y las yemas de los dedos con el pulso de una energía poco habitual, y no paraba de poner los ojos en blanco—. Esto no tendría que estar pasando. Sabías cómo acabaría. Te dije que la luna estaba en la tercera casa de Acuario. No tendrías que haber salido ayer por la noche. Y el tonto de Vasia... ¡La semana pasada le leí la mano y le dije que evitara emociones fuertes!

Galia observó el fondo de la taza de té y suspiró. Su aliento creó pequeñas ondas en el poso de líquido oscuro. Así que el primo Grigori era la solución al problema. Vasia y Boroda serían liberados y el mundo recuperaría el equilibrio. Galia había oído hablar del primo Grigori durante tantos años, que creía que estaba muerto o en una residencia. La noticia de que fuera a ser su salvador no le infundió demasiado ánimo.

—Pero, Zoya, querida, ¿qué puede hacer Grigori Mijáilovich? Él está en Moscú y nosotras en el quinto pino. Además, ¡es muy mayor! Sus contactos, cuando los tenía (y estoy segura de que los tenía), ya serán demasiado viejos o directamente estarán, mmm... muertos. ¿Cómo va a ayudarnos? Creo que sería más útil ir a ver al fiscal del Estado. —Desvió la mirada hacia el teniente de alcalde, que en aquel momento acababa de recibir un sobre marrón del gerente de La Hoz Dorada—. O pedir un préstamo para un soborno sustancioso —añadió.

—¿Cómo se te ocurre pensar en sobornos? Es una práctica vergonzosa y encima muy cara. Y, créeme, pocas veces funciona. De verdad, no conoces a mi Grigori. ¡Lo suyo es resolver! ¡Le encanta resolverlo todo! ¿Recuerdas las vacaciones en Tambov?

Galia las recordaba, así que asintió. Había sido una excursión memorable, en parte por los mosquitos y en parte por la ausencia total de cualquier diversión.

—¡Nos las consiguió él! ¡Ah, sí, no me extraña que te sorprenda! El mérito fue todo suyo, de nadie más.

—No sé, Zoya, fue muy amable por su parte, pero, vamos, fue un aburrimiento. Ya te dije entonces que habría preferido el mar Negro.

—¡No es verdad! ¡Estabas muy agradecida!

Galia dudó un instante.

—Bueno, quizá no lo dije en voz alta, Zoya. Pero las nubes de mosquitos...

—¡Eso no fue culpa de Grigori Mijáilovich! Y también organizó la visita del Centro Cultural a los Juegos Olímpicos de Moscú. ¿Lo recuerdas? No conseguíamos ni una sola entrada y a él le bastó con mover unos cuantos hilos.

—Ah, sí, Zoya, de eso sí me acuerdo. No sabía que hubiera sido cosa suya.

Galia se detuvo un instante para recordar: los rostros felices de lo mejorcito de Azov mientras subían al autobús para ir a Moscú. El ayudante del subdirector de producción de la fábrica y su número dos nunca volvieron de aquel viaje. Nadie supo qué les había pasado. ¿Habrían llegado a ver la natación sincronizada?

—Zoya, aquello fue...

—Y también fue Grigori quien organizó la visita de Pasha al sanatorio de Kislovodsk cuando se puso mal. Nadie podía conseguir algo así, solo Grigori Mijáilovich. Bueno, ¿qué dices? ¿Es o no es nuestro hombre?

Galia no dijo nada. Le sorprendió enterarse de que el primo moscovita de Zoya le había arreglado una estancia de dos meses en un sanatorio a su marido y su amiga del alma nunca le hubiera habido dicho nada. Había tenido ni más ni menos que cuarenta años para contárselo.

—Zoya, eso no me lo habías dicho. Yo nunca te pedí que organizaras nada para Pasha. ¿Por qué lo hiciste?

El rostro de Zoya se tensó al esbozar lo que pretendía ser una sonrisa inocente, pero que en realidad la hizo parecerse a un perro (con los labios pintados) al que su dueño hubiera sorprendido mordisqueando una de sus zapatillas.

—Vaya, creo que he metido la pata. —De repente, Zoya se puso nerviosa. El brazo le temblaba un poco, y cuando fue a servirse mermelada en el té, un goterón rojo cayó encima de la mesa y le salpicó la bata de pegajosas pepitas de un color intenso—. ¡Mierda! —exclamó. Aquel sonido salió de su boca como un graznido y provocó otra breve interrupción del estrépito de los cubiertos.

—¡Zoya! ¡No hace falta que uses ese lenguaje! Tranquilízate y explícame exactamente qué tuviste que ver en el traslado de mi marido a Kislovodsk, tras el cual, si me permites decirlo, ¡nunca volvió a ser el mismo!

—No puedo —murmuró Zoya—. Es información clasificada.

—¿Información clasificada?

De la incredulidad, la frente de Galia se arrugó como un acordeón, hasta el punto que sus cejas le llegaron a la altura del pelo.

—Clasificada. No nos desviemos del tema y olvidemos el pasado; no es importante. No tendría que haber dicho nada. Solo quería... Lo fundamental, el verdadero problema que tenemos ahora entre manos, es salvar a tu pobre perra de ese malvado Exterminador, y liberar a tu novio, claro está. ¡Quizá ya sea demasiado tarde, Galia! ¿Qué hacemos perdiendo el tiempo? Necesitamos un plan y en eso Grigori Mijáilovich puede ayudarnos. No podemos tener dudas... ¡En serio! ¡Mírate! No tienes ninguna posibilidad contra los órganos del Estado, ¿a que no?

Galia observó su imagen reflejada en la ventana y no le quedó más remedio que coincidir con Zoya: estaba agotada y la idea de batallar en solitario contra el Estado la aterrorizaba. Consideró las opciones que tenía y decidió que, de momento, lo mejor era ser pragmática.

—Está bien, Zinaida Artiomovna. Telefonearemos a tu primo de Moscú. Pero quiero saber más de tu implicación en lo de Kislovodsk.

—Es información clasificada —insistió su amiga en tono áspero y haciendo una mueca—. Y no es importante. Ahora lo que importa es Boroda..., ¿no?

Galia la miró con frialdad.

—Sí, Zinaida Artiomovna, tienes razón. Vamos. No puedo pasarme todo el día aquí contigo, bebiendo té. Tengo una lista de cosas pendientes.

—Y debemos trazar un plan —canturreó Zoya cuando se levantaron de la mesa para ir hacia la puerta, sujetando los bolsos a modo de escudo.

Grigori Mijáilovich

—¡Kolia!

Con su corpachón delante de la ventana, adornada con moscas muertas y migas, Grigori Mijáilovich empezaba a ponerse nervioso. Sus pálidos ojos azules, en otro tiempo tan intensos que hubieran podido agujerear el vidrio, miraban, húmedos, un punto fijo que estaba a medio camino entre el sucio patio y el cosmos. En el regazo tenía un papel arrugado.

—¡Eh, Kolia!

Una corriente de aire agitó el cuello de la camisa del anciano. En ese momento, por la radio, el reloj del Kremlin dio la hora.

—Se revolvería en la tumba, si la tuviera —gruñó el anciano—. Si esos cabrones no hubieran convertido su mausoleo en un puto circo... Kolia, ¿sabías que hay kilómetros de túneles y literalmente montones de laboratorios bajo los muros del Kremlin e incluso debajo del río Moscova? Todos llenos de cerebritos que se dedican a regular la temperatura y la humedad para que se pudra lo justo. ¿Lo sabías? ¡Seguro que no lo sabías!

Kolia no contestó. Recorrió la cocina con sus sandalias marrones, preguntándose qué habría hecho el viejo con el pelador de patatas.

—Pero ¿sabes lo mejor? Que está hecho de cera. Cera... al sesenta o setenta por ciento. ¡Es verdad! Estaba bien, iba tirando, un poco agarrotado quizá, hasta la Gran Guerra Patria. Tuvieron que llevárselo a los Urales porque Moscú no era segura y, bueno, los soviéticos no son faraones precisamente y la conservación fue... poco duradera. —Grigori Mijáilovich pronunció esta frase con dificultad, como si las palabras fueran de pegamento—. ¡Nuestro glorioso hermano, fundador de la Unión Soviética, el primer Estado comunista del mundo y el más grande! Kolia, no sabes cuánto me duele decirlo, pero está podrido. Me lo dijo Sasha Gremianchuk personalmente. Lo vio con sus propios ojos. ¡En serio, no te rías de mí, muchacho! Sasha lo vio todo. La nariz se le puso negra y blanda, los dedos se le cayeron uno a uno y en cuanto a la barriga, pues gases y demás. Un desastre, algo muy antipatriótico... Al final lo rehicieron todo de cera.

—Grigori Mijáilovich, ¿dónde has metido el pelador de patatas? No lo encuentro... otra vez —preguntó Kolia, con su extraña voz nasal y aguda; la nariz le asomaba por la puerta.

El anciano lo miró con sus ojos llorosos.

—También conservaron el cerebro. Eso es verdad. No es ningún cuento chino. Está allí, con los cerebritos, debajo del Kremlin —dijo Grigori Mijáilovich y se

inclinó levemente hacia delante—, esperándonos. Podemos reanimarlo, Kolia. ¡Podemos y debemos! ¡Es nuestro deber! El camarada Sasha puede ayudarnos. Y el viejo Petrov del instituto, que es científico, también. ¡Están preparados, muchacho!

Kolia volvió a la cocina; ojalá no hubieran mencionado a Lenin en la radio, por enésima vez. Minutos después encontró el pelador; estaba al fondo de la nevera, que vibraba a todas horas y parecía un sarcófago, debajo de algo que parecía queso o pescado. Aprovechó que el anciano discutía con la radio para ponerse manos a la obra. Mientras echaba los malolientes trozos amarillos y negros en una hoja de periódico, se imaginó la nariz de Lenin. Por lo visto, él no era lo único que se pudría. Sonrió con sarcasmo y el pelador se le cayó al suelo; el ruido resonó en todo el piso.

—Maldito Borís Yeltsin. Subido a aquel tanque en el 91, animándolos a seguir. ¡Acabad con la Unión Soviética! ¡Acabad con ella! ¡Independencia para todo el mundo! Puto borracho de los Urales...

—No te enfades, Grigori Mijáilovich, o harás mal la digestión.

—¡Claro que la haré mal! Nuestros hermanos y hermanas de los sóviets murieron por una causa. Entregaron sus vidas a miles para que la Unión Soviética prosperara y él vendió su alma por una botella de vodka. Vendió a su madre por un trago y a su abuela por un pepinillo. ¡El cabrón de los Urales! ¡Lenin estará revolviéndose en su mausoleo! ¡Tenemos que resucitarlo!

El anciano se enjugó los ojos, vidriosos e inyectados en sangre, y tosió. Un trocito amarillo de patata golpeó contra el cristal de la ventana y le dio a una mosca aturdida. Kolia envolvió los pedazos podridos de patata y, rodeando al anciano con cuidado, los llevó al contenedor de la basura, que estaba bloqueado de nuevo. Tapándose la nariz con la mano que le quedaba libre, dejó el envoltorio al lado, en el suelo. Quizá alguien les daría algún uso.

—Y la puñetera perestroika. Perestroika de mierda. ¿Quién fue el idiota al que se le ocurrió? Ah, ¿cómo se llamaba? Grom... No, no... Pri... Tampoco. Ya me acordaré. Da igual, no necesitábamos la perestroika para nada, necesitábamos a Lenin. ¡El tío tenía cerebro y un buen par de cojones! Antes quiero decir, cuando tenía cerebro y cojones de verdad, no de cera, ¡ja! ¡En serio, los tenía bien puestos! ¡Y era muy listo!

Kolia buscó en el sarcófago algo comestible. Tardó unos minutos en encontrarlo: un bote de champiñones en conserva, que usaría para rellenar las patatas.

—¡Kolia! Eh, Kolia, acércame el teléfono, ¿quieres, muchacho? Tengo que llamar a mi camarada Sasha. Debemos organizar algo. ¡Pero ya!

Kolia suspiró, dejó el plato en la mesa y fue corriendo a por el teléfono, que estaba en su caja en el vestíbulo. Lo enchufó al lado del anciano. ¿Cuántos años de baba incrustada habría en el auricular?, se preguntó.

Grigori Mijáilovich se disponía a marcar con sus dedos hinchados cuando el teléfono rompió a sonar tan fuerte que pareció que hubiera estallado una granada de mano. Los dos hombres se estremecieron del susto.

—¡Dios mío, Kolia! ¡Está sonando! ¿Quién será, Kolia? ¿Quién llamará a estas horas de la tarde? —rugió el anciano, visiblemente asombrado.

—Grigori Mijáilovich, si quieres saber quién es, tendrás que descolgar.

—¡Enteradillo! ¡No te hagas el listo conmigo! ¡Un poco de respeto, mono de feria! —Grigori Mijáilovich forcejeó con el auricular hasta que al final consiguió separarlo de la base—. ¿Diga? ¿Me oye? ¡Diga!

Empezaron a volar perdigones de saliva en todas direcciones y Kolia, ya demasiado tarde, se retiró a la cocina a acabar de preparar la cena, mientras el viejo gritaba al teléfono. Algo que se movió al otro lado de la ventana llamó su atención. Una chica, muy guapa y con un abrigo rojo, paseaba a un chucho por el patio. Era alta y joven, y miraba alrededor como si estuviera aburrída o se hubiera perdido.

—¡Sí! ¡Soy Grigori Mijáilovich! ¡Zinaida Artiomovna, qué sorpresa saber de ti! ¡Y a estas horas! Pero ¡qué gran placer, qué honor...!

Kolia notó, aunque no prestara demasiada atención, que el tono del anciano había cambiado ligeramente; quizá por respeto, miedo u otro motivo. Siguió observando a la joven, y al chucho, que era cuando menos desconcertante: parecía el típico perro de raza que se meaba en tus zapatos y se tiraba pedos mientras cenabas. Tenía la cola rizada, el hocico chato y un rictus muy definido, como si frunciera el ceño. Se preguntó si el perro le daba alguna alegría a aquella chica guapa.

—El problema es grave. Me alegro de que me lo hayas contado. Ya sabes que tengo contactos.

Kolia observó el pelo castaño de la joven, que esperaba a que su mascota terminara de hacer caca. De pronto levantó la cabeza y lo miró directamente. Kolia se escondió de un brinco detrás del marco de la ventana, con el corazón desbocado.

—¡Kolia! ¡Sácame de esta silla! ¡Nos vamos!

—Grigori Mijáilovich, ¿adónde vamos?

—¡Muchacho, no protestes! ¡Mira!

Kolia miró. A lo lejos, sobre los tejados uniformes, el cielo se teñía de negro.

—Sácame de esta silla. Tenemos que ir a la Duma. Zinaida Artiomovna y otra mujer... espera... no, se me ha olvidado el nombre. Da igual, hemos quedado allí con ellas. Debemos protegerlas. ¡No, espera! ¡Tenemos que ir a la Lubianka! Seguro que lo han llevado allí. ¡Pues claro! De madrugada, en coche... ¡Lo habrán llevado a la Lubianka, no a la Duma!

—Pero ¿a quién, Grigori Mijáilovich? ¿Quién está en la Lubianka?

—Un amigo de Zoya. Un ladrón de perros o un criador, algo así. No sé, me lo ha explicado, pero... lo importante es que se lo llevaron de madrugada. Estará en la Lubianka. Claro que quizá ya sea demasiado tarde..., lo habrán hecho cantar ya a golpes..., ¡pero debemos intentarlo, muchacho! ¡A la Duma!

A Kolia le sorprendió la firme intención de Grigori Mijáilovich de ir hacia la Lubianka, o la Duma, sin haber cenado.

—Pero ¿y las patatas? —Kolia señaló los ingredientes de la cena esparcidos por

la mesa.

—¡A la mierda las patatas!

—Las voy a hacer con champiñones —añadió el joven en voz baja.

Grigori Mijáilovich dudó un instante y se pasó la lengua por los labios.

—¿Y ellos qué? —ronroneó Kolia, arqueando una ceja.

—¿Ellos?

—Sí, ellos.

—Ellos —repitió Grigori Mijáilovich, inexpresivo.

El labio inferior le tembló levemente mientras sus ojos vidriosos escrutaban el pálido rostro de Kolia. Debería saber a quién se refería con lo de «ellos», pero no conseguía recordarlo. Estaba empezando a formarse una vaga imagen cuando, de repente, alguien llamó a la puerta y Grigori Mijáilovich se sobresaltó, y el recuerdo fue expulsado de su memoria como un huevo del culo de una gallina.

—Son ellos —susurró Kolia.

—¡No!

—Seguro que nos han oído. No deberías hablar tan alto, Grigori Mijáilovich. Estabas pegando voces sobre la Lubianka y la Duma, y sobre ellos. Las cosas no han cambiado tanto como crees. Tú quédate aquí, en tu silla, que ya me encargo yo de ellos. No te preocupes, no me pasará nada. ¡Aún soy joven e inocente!

Grigori Mijáilovich se hundió de nuevo en la silla, apretando inconscientemente el periódico. Tenía miedo y no sabía por qué.

Después de limpiarse las manos en los vaqueros y atusarse el pelo en el espejo de la entrada, Kolia miró por la mirilla. Con gesto tembloroso, abrió la puerta.

—Hola.

—¡Hola!

Era la chica del patio con su horrible perro. Era alta como un abedul y desprendía un intenso olor a corteza que se sobreponía al del cubo de la basura y el del perro. Sentía el calor que desprendía, como un radiador en pleno invierno. Intentó mirarla a la cara. Ella lo observó desde el pasillo débilmente iluminado.

—¿Vives aquí?

—No.

—Ah. —La mandíbula de la chica se aflojó levemente bajo sus labios rojos.

—Pero ¿puedo ayudarte en algo? —preguntó Kolia.

—Bueno, solo he venido a saludar. Acabo de mudarme al apartamento de al lado y un poco más tarde voy a celebrar una pequeña fiesta en mi casa, a modo de bienvenida. Solo quería comentárselo al propietario e invitarlo, si les apetece.

—Me temo que no podrá ser. No. Es un anciano, y está enfermo.

—Ah.

En la habitación contigua, a Grigori Mijáilovich la preocupación le reconcomía por dentro. Se agarró con fuerza a los brazos de la silla, impulsó el peso de su cuerpo hacia arriba y luego hacia delante y se tambaleó como pudo sobre unos pies grandes

como zarpas.

—¿Sabes? Te he dicho que no vivo aquí, pero en cierto modo sí. El hombre es mayor. Le echo una mano. Vengo muy a menudo. En realidad es como si viviera aquí. Soy su familiar más cercano.

—Ah. Bueno, pues en ese caso podrías venir tú.

—Sí, sí, puede que vaya. De hecho, seguro.

—*Kroota!* Trae bebida y algo de comer, ¿vale?

—¡Claro! ¿Champán te parece bien?

—*Kroota!*

—¡Sí, *kroota!* —Kolia rio y, al respirar por la nariz, salió disparado un moco que aterrizó en el abrigo rojo de la chica—. ¡Oh!

Con la ayuda de un par de bastones rudimentarios, Grigori Mijáilovich avanzó con paso vacilante hacia la entrada. Oía la voz estridente de una mujer y la de Kolia, que hablaba bajito.

—Entonces, ¿sobre las ocho? —preguntó la chica, que no sonreía.

—A las ocho. ¡Encantado de conocerte!

Ella dio media vuelta y desapareció en la oscuridad del pasillo. Kolia cerró la puerta y apoyó la frente contra ella. Tenía todo el cuerpo electrizado. Cerró los ojos.

—Creo que le he caído bien.

Grigori Mijáilovich llegó por fin al recibidor y comprobó aliviado que Kolia seguía allí, y a solas, aunque era evidente que al muchacho le pasaba algo.

—¿Eran ellos? —preguntó.

—Sí —susurró Kolia al cabo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te han dicho? ¿Estás bien, hijo?

—Han dicho —respondió Kolia, lentamente y enfatizando cada palabra— que nos mantengamos alejados de la Lubianka. Están vigilando el piso. Si intentas salir, nos detendrán a los dos. ¡Era como si lo supieran todo, Grigori Mijáilovich! No sé cómo...

—Las paredes oyen.

—Quizá. Tu Zinaida, ¿era...?

—¿Zoya? ¡No! Bueno... No, no, es imposible. Acaba de llamar desde Azov. No puede ser el topo. ¡Debe de ser el canalla de abajo! ¡Ha estado espiándonos otra vez! —Kolia se dirigió hacia la cocina para encender el fogón y Grigori Mijáilovich se desplomó de nuevo en su silla—. Da igual, de todas formas tenemos que ayudar a Zinaida, muchacho, no nos queda otra. Ese hombre... ¡y el perro! ¡Se los han llevado! ¡Sí, el perro! ¡Debemos liberarlos!

—Hay un problema, Grigori Mijáilovich —dijo Kolia, reapareciendo en la puerta de la cocina—. No quiero que te preocupes, pero esta noche tengo que presentarme en su cuartel general para pagar una multa.

—¿Una multa? Es un método muy poco habitual. —Grigori Mijáilovich entornó los ojos hasta hacerlos desaparecer—. Una paliza, vale; una desaparición, una

confiscación de propiedades... Pero ¿una multa?

—Los tiempos modernos, Grigori Mijáilovich. Lo mejor es pagar. De esa manera nadie resulta herido. Es una multa por... por una llamada de teléfono no autorizada.

Kolia susurró una cantidad y Grigori Mijáilovich se metió una mano nudosa en la camisa y sacó un fajo de billetes muy gastados. Se los puso en la mano al joven y susurró:

—Buena suerte, camarada. Tienes que librar tus propias batallas.

Y se volvió hacia la ventana.

A eso de las diez de la noche, Grigori Mijáilovich seguía sentado frente a la ventana sin parpadear, con aquellos ojos de mirada penetrante que ahora siempre estaban húmedos como carpas. Las patatas y los champiñones reposaban en su estómago, sin digerir e indigeribles. Junto al codo tenía una pequeña botella de vodka Pshenichnaya medio vacía, o medio llena, según el punto de vista. Lentamente y con movimientos deliberados, cogió el antiguo teléfono de plástico que tenía al lado y marcó metódicamente una serie de números.

—¿Zinaida Artiomovna? Buenas noches, soy Grigori Mijáilovich. Perdona que haya tardado tanto en llamarte. Ha sido una tarde especialmente complicada, ya me entiendes. He decidido que tu presencia será necesaria en Moscú para ayudar a resolver la abducción de, mmm..., de la persona... desaparecida. Y del perro. No, nada de excusas. Eres tú quien ha llamado para pedir ayuda. Me temo que antes, cuando hemos hablado, estaba un poco confuso. Creía que habíamos quedado en la Duma, ¿o era en la Lubianka? La verdad, estaba hambriento. Pero ya he cenado y ahora tengo las ideas claras. Tienes que venir tú. Tráete a la otra mujer contigo, la del perro. Ella te ayudará. Tú no estás acostumbrada a las ciudades, Zoya, ya lo sabes. Créeme, Moscú es la reina de las ciudades, una reina con las enaguas sucias y un gusto desmedido por los *blong*, los porros, como dice la gente joven, creo. Reserva los billetes. Si no me equivoco, el Flecha Verde sale de Rostov del Don en dirección a Moscú a la una del mediodía. Es el expreso, así que llegaréis al día siguiente por la tarde. —Grigori Mijáilovich esperó pacientemente a que cesara el parloteo al otro lado de la línea—. Escúchame bien, Zoya: debes estar en guardia. Ya hemos tenido un encontronazo con ellos esta misma tarde. Ya sabes lo que eso significa.

Grigori Mijáilovich colgó el auricular y extendió el periódico sobre su corpachón para que el calor no se escapara. Las caras en blanco y negro de los pobres huérfanos chechenos, enfermos y agotados, lo miraban.

—Seguro que Lenin habría sabido qué hacer —murmuró para sí, y se dejó llevar por la avalancha del sueño.

Un viaje en tren

—No puede ver al prisionero, no. Ciudadana anciana...

—Me llamo Zinaida Artiomovna Krasovskaya, pero puede llamarme «señora», y esta es mi amiga...

—Oiga, señora ciudadana anciana —la interrumpió el agente Kulakov, con una sonrisa desagradable que dejaba al descubierto una hilera de dientes pequeños y sucios, salpicados de algo verduzco y blando—, si sigue dando puñetazos en mi garita como una histérica, tendré que detenerla. Incluso puede que use a los perros policía para reducirla, o quizá me baste con la porra. En cualquier caso, le recomiendo que haga el puto favor de volver a su cueva antes de que pierda el control. De verdad, es mejor que no sepa lo brutal que puedo llegar a ser. Deje las tareas policiales a los órganos del Estado, bruja —soltó Kulakov, escupiéndole las palabras a la cara desde la ventanilla de la garita.

—Maldito canalla, no tienes derecho...

—Señora ciudadana anciana, tengo todo el derecho del mundo. Soy agente del Estado y estoy de resaca. Y usted debería darse cuenta... —continuó, haciendo una breve pausa para sacarse algo verde de entre los dientes y limpiárselo en la camisa—, debería darse cuenta, y me sorprende que no haya pensado en ello hasta ahora, que cuanto más me cabree, peor lo tendrá el otro viejo, su novio, no sé cómo se llama. El que está senil. Ahora mismo le está complicando la vida. Y lo mejor de todo es...

—Pero ¿serás...?

—Lo mejor de todo es que ni siquiera está aquí.

—¿Qué?

—Lo trasladamos al SIZO ayer por la noche. El mejor sitio para él, para un viejo criminal como él. Estará bien allí.

—¡Monstruo! —gritó Zoya.

—No se sentirá solo en su celda, eso se lo aseguro. Mire donde mire, tendrá compañía. Esperemos que sean, ya sabe, amables con él.

—¡Maldita rata de cloaca! —chilló Zoya, sujetándose al borde de la garita con sus manos reumáticas y tambaleándose como si fuera a desmayarse, pero fulminando al policía con una mirada insólita, penetrante.

—Chist, Zoya, no te alteres. Vamos, no tiene sentido seguir perdiendo el tiempo aquí. No queremos complicarle aún más las cosas a Vasia. Lo veremos pronto.

Galia pasó un brazo por debajo del de Zoya y la empujó suavemente hacia la puerta de la comisaría. Enfrentarse al agente Kulakov no parecía la mejor forma de abordar el problema, y llamar «rata de cloaca» a un representante del Estado tampoco

era manera de hacerse su amigo.

—Sí, tienes razón, querida. Después de todo, tenemos que coger el tren, ¿verdad? —Zoya arrastró a Galia de vuelta a la garita—. ¡A Moscú, al ministerio! —Se asomó por la ventanilla y golpeó de nuevo el mostrador para dejar bien clara su postura—. ¡Al ministerio, en Moscú!

Kulakov no levantó la vista, pero cerró la ventanilla de la garita tan de golpe que el panel de cristal corredizo le levantó la piel de la punta de la nariz. Luego, alejándose de ellas, dijo sin volverse:

—Buen viaje, ciudadanas. No se preocupen por su novio senil. Nos ocuparemos de él hasta que vuelvan. Está a salvo en el SIZO. Y, por lo que he oído, está forrado, ¿eh? ¿Por eso corren detrás de él?

De nuevo en la calle, despejada e inundada de sol, las dos mujeres se dirigieron a paso lento hacia la parada del trolebús. Llevaban despiertas desde antes de las seis, tiempo que habían aprovechado para discutir qué metía cada una en el bolso de viaje compartido. Los artículos que habían acordado llevar eran: un copioso pícnic de huevos cocidos, pescado seco, salchichas Doctorskaya (las mejores), dos hogazas de pan moreno, tomates frescos, perejil y melocotones del huerto, un litro de kéfir y dos botellas de té frío; una muda de ropa, cepillo de dientes y un cuaderno de notas para cada una. En algunas cosas no se pusieron de acuerdo, a saber: una bola de cristal, manoplas de lana, una pistola Makarov, una bolsa de costura enorme, un atlas mundial, un par de binoculares y dos pares de katiuskas.

Hacía mucho tiempo que no cogían el tren nocturno y la perspectiva no se les antojaba muy tentadora. Zoya recordaba haber tenido un encuentro muy interesante y prolongado en la cabina del mozo de un tren como aquel, hacía muchos años, encuentro en el que se habló largo y tendido de ballet y arte, comiendo caviar y brindando a la salud de Nijinski. Galia desconectó, convencida de que las probabilidades de que esta vez pasara algo interesante o, como mínimo, remotamente agradable eran más bien nulas. Los vagones, largos y abiertos, con literas para cincuenta personas cada uno, resultaban asfixiantes en verano y ruidosísimos y estaban impregnados de los olores de los desconocidos allí confinados. Estaba bien si lo que querías era intercambiar anécdotas, jugar a las cartas, entablar relaciones comerciales, beber vodka, cantar, aprender chistes verdes o retar a tus conciudadanos a una pelea; no tanto si eras una anciana y querías dormir un poco antes de idear un plan para rescatar a tu perra y a un viejo conocido de un horror indeterminado en el caso del segundo, de una muerte segura en el de la primera.

Subieron al trolebús n.º 3, que pasaba por delante de la comisaría, cada una con un asa del bolso en la mano para repartirse el peso, mientras Zoya, sin dejar de tocarse la punta de la nariz, maldecía las instituciones del Estado. Las dos viajaban en trolebús de forma habitual, pero hasta entonces no se habían percatado de la pasmosa lentitud con que serpenteaba desde Azov hacia la estación de Rostov, a través de toda la zona industrial. La inquietud de Galia, constante compañera desde que se llevaron

a Vasia y a Boroda, se agudizó cuando el trolebús cogió un bache y se soltó de los cables eléctricos. El motor se apagó con un tímido lamento y el trayecto quedó interrumpido. El conductor soltó un taco y bajó del vehículo para intentar reengancharlo a los cables. Se habían quedado bloqueados, cociéndose al sol de mediodía. Galia notó un hilillo de sudor que le corría por la espalda. ¿No sería mejor bajarse del trolebús, por una ventanilla si hacía falta, y olvidarse de Moscú? Porque, al fin y al cabo, ¿a qué iban a Moscú? ¿Por qué no se limitaba a visitar al fiscal del Estado para intentar solucionar las cosas? Buscó la salida de emergencia con la mirada y calculó cuántos empujones tendría que dar para abrirse paso entre aquella multitud empapada en sudor. No le gustaba la idea, pero llevaba dos noches seguidas en blanco y allí hacía tanto calor que había empezado a sentir un hormigueo en los brazos y retortijones. Veía borroso y tenía arcadas; sin duda, el encuentro con el agente Kulakov no había sido de gran ayuda. Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente con gesto tembloroso, preguntándose hacia dónde caería si sus rodillas, todavía hinchadas, acababan cediendo. A un lado tenía a Zoya, a la que sin duda aplastaría con la misma facilidad que a una hoja seca en otoño, y al otro... a un hombre que parecía enmohecido, con la nariz roja y que olía a aguardiente casero. El pobre no sentiría nada.

Un murmullo de contrariedad empezó a extenderse por el trolebús. El conductor seguía peleándose con las cuerdas que hacían las veces de guía, que chocaban contra las ventanillas, desencadenando un coro infernal de lloros infantiles. Los pasajeros empezaban a inquietarse.

—¡Qué dislate! —graznó Zoya y comprobó la hora por enésima vez.

De repente, el motor revivió con un quejido agudo y una sacudida que hizo tambalearse a los pasajeros agarrados a las barras como gallinas en el matadero. Ahora ya era demasiado tarde para moverse. Galia apretó los dientes y se quedó mirando el paisaje que se veía por la ventanilla: calles polvorientas, bloques de viviendas y, de vez en cuando, algún tilo desmedrado. Tras veinte minutos más de tortura, la pareja de ancianas fue escupida en su destino en mitad de una ola de pasajeros desesperados y a medio licuar. Solo tenían cuatro minutos para llegar a su andén. Se miraron a los ojos y asintieron a la vez: prepara los codos, camarada.

En la estación, que parecía una cueva, calurosa, maloliente y extrañamente de color rosa, bullía una muchedumbre de personas y animales que iban y venían, formando como pequeñas células que luego se deshacían. Había gallinas famélicas en jaulas caseras que se pisaban la cabeza unas a otras, pandillas de niños de todas las edades con la cara sucia, montañas de bolsas de lavanderías chinas repletas de artículos secretos, carretillas cargadas de jugosas calabazas y sandías que goteaban, ancianas parapetadas detrás de bidones relucientes llenos de rollos de hojaldre con salchicha, manadas de perros medio cojos que merodeaban por las esquinas menos transitadas esperando algún resto de comida o un golpe de suerte, o quizá planeando, ojo avizor, saltar sobre la anciana más débil, aquella a la que su propia manada había

abandonado. Ve a por el más débil, querido.

—¡Disculpe, ciudadano, perdone! —Con aquel grito de guerra, las mujeres se abrieron paso entre la gente trazando un surco directo de la entrada de la estación al andén desde el que salía su tren; firmes, imparables, los labios fruncidos y los dientes apretados.

—¡Tenemos que coger el tren a Moscú! —exclamó Zoya.

—¡El tren a Moscú! —repitió Galia.

A todo el que no se apartara le gritaban: «¡El tren a Moscú!». Era la réplica para quien se quejara de espinillas golpeadas, maletas volcadas y narices ensangrentadas. Las asas del bolso se retorcían entre sus manos húmedas de sudor, y se les clavaban en las palmas, pero aun así no dejaron de correr hacia el andén. Galia se concentró en el collage de formas que se arremolinaban delante de sus ojos, en caminar con pasos regulares y mantener los hombros rectos, pero le resultó imposible no aminorar la marcha ante semejante muro humano. Zoya notó su indecisión y tiró con fuerza del asa del bolso con un furioso «¡Venga!», que propulsó a Galia directa hacia una nube de estudiantes desgarrados, un amasijo de peinados desafortunados y dientes grandes. Cuando por fin emergieron al otro lado de aquella ristra interminable de dientes, ya estaban por fin en el andén del tren a Moscú. El reloj de la estación dio la una.

—¿Qué vagón? —chilló Zoya, mientras controlaba los billetes con un ojo y la punta de su nariz con el otro.

—El catorce.

—¿¡El catorce!?

—Está al final —añadió Galia, inútilmente, vacilante, intentando conservar la calma y seguir andando, pero Zoya se derrumbó con sus rodillas de gorrión sobre el bolso.

—Ay, Dios mío...

—¡Ahora no! —A Galia le sorprendió la dureza de su propia voz—. No tenemos tiempo para esto, Zoya. ¡Levántate, querida! —Cogió el bote de sales aromáticas que colgaba del cuello de su amiga y se lo enchufó debajo de la nariz, con cierta violencia—. Ya descansaremos en el tren. Podemos ir avanzando por los vagones. ¡Vamos!

El granujiento jefe de circulación tocó el silbato con fuerza suficiente como para despertar a los muertos. Galia lanzó el bolso dentro del vagón, empujó a Zoya y aterrizó encima de ambas con un gruñido justo cuando el tren se ponía lentamente en marcha.

—¿Es que estás tratando de matarme, Galina Petrovna?

Zoya estaba aturdida, irritable y un poco aplastada.

—Perdona, Zoya, era la única manera. Pero no te he hecho daño, ¿verdad, querida?

Zoya se incorporó y reconoció, un tanto altiva, que no tenía nada roto. Se atusó el frágil y ralo cabello del moño en lo alto de la coronilla y escrutó el primero de los

catorce vagones.

—Tú ve delante, Galia, que eres más grande que yo.

Avanzar por los vagones más elegantes fue un proceso lento: sus compañeros de viaje estaban casi todos de pie en el pasillo, despidiéndose de sus seres queridos o sencillamente aireándose un poco, por lo que dos señoras que arrastraban un bolso de viaje eran más bien un incordio. Siguieron adelante entre empujones, golpes, disculpas y tropiezos por aquel tren increíblemente largo, rodeadas de rostros desdibujados, convertidos en borrones vagamente amenazantes, las orejas obstruidas entre el ruido de las ruedas y las vías, y sus propias disculpas cada vez que molestaban a alguien. Catorce vagones más tarde, llegaron a la zona de las rígidas literas maldiciendo haber transportado tanta botella de té y tanto huevo cocido, pues ahora tenían los brazos varios centímetros más largos que al empezar la jornada. Las dos miraron alrededor: era un vagón totalmente abierto, con literas a todas las alturas y en todas las direcciones imaginables. Por suerte, estaba limpio y, de momento, no se veían borrachos. Pensaron que les iría bien.

Encontraron su nicho y, entre jadeos y resoplidos, metieron el bolso debajo de una de las literas, en el suelo. A continuación, una azafata de amplia sonrisa y voz potente, rubia y con las pestañas más negras y largas que jamás habían visto, les dio la bienvenida, comprobó sus billetes y les prometió té recién hecho antes de media hora. Se sentaron una junto a la otra en la litera de debajo y respiraron tranquilas. La azafata no tardaría en volver con sábanas limpias y una taza de té, y el mundo sería un sitio un poco mejor. Hasta entonces, podrían relajarse un rato, recobrar las fuerzas y hacer planes. Su descontento por los acontecimientos de la mañana desapareció gradualmente, y fue sustituido por una creciente sensación de triunfo y bienestar: habían conseguido coger el tren e iban en camino. Dentro de veinticuatro horas, más o menos, llegarían a la capital.

—¿Lanzamos una moneda para ver a quién le toca la litera de arriba? —preguntó Zoya, guiñándole un ojo.

Galia dudó y luego eligió cruz. Perdió, como imaginaba, y dejó el abrigo doblado sobre la litera de arriba para indicar que estaba ocupada. Sin poder evitarlo, chasquéo levemente la lengua al pensar que tendría que encaramarse por aquella diminuta escalera metálica. Sabía que tenía truco, pero también que no estaba hecho para ella. Aún se acordaba como si fuera ayer de la vez que se había quedado atrapada en la escalerilla de un tren, volviendo de unas vacaciones en el mar Negro. Le ardieron las mejillas al recordar al obrero de Azerbaiyán que tuvo que subírsela al hombro para rescatarla, después de que un pie se le hubiera resbalado de los últimos peldaños mientras el otro estaba firmemente plantado en la litera. Habían pasado muchos años. El obrero era un hombre fuerte y bien parecido, de sonrisa fácil, pómulos altos, pelo azabache y piel morena. Apartó aquel recuerdo y fijó la mirada en los ocupantes de la litera de delante.

Intercambiaron los saludos de rigor con la media docena de pasajeros que tenían

más cerca. Minutos más tarde, sacaron el bolso de viaje de debajo de la litera inferior y, como es tradición en todos los países de todos los continentes, las señoras empezaron a devorar el pícnic que habían traído consigo, antes de que su ciudad desapareciese del horizonte. Ofrecieron comida a los vecinos y en cuestión de minutos empezó el ritual de descubrir nombres y profesiones. La anciana menuda de la esquina iba a ver a la familia; el hombre de mediana edad justo delante de ellas era un ingeniero que iba de visita a una universidad, y la pareja de chinos al otro lado del pasillo, aunque no podían explicar el motivo de su viaje, no dejaban de sonreír y compartieron con todos unos huevos hervidos en té, deliciosos además de muy bonitos. Tenían dos vecinos más, una pareja joven; ocupaban la litera más alta e incómoda de todas y prefirieron no decir una sola palabra, así que los demás pasajeros se quedaron sin saber el objeto de su viaje. La chica sonreía con afectación y ponía los ojos en blanco, y él no paraba de hacer gestos señalando el pelo de Zoya. Galia decidió que eran demasiado jóvenes para ser interesantes, pero lo bastante mayores para tener modales.

El té caliente, acompañado de terrones de azúcar en cuyo envoltorio se veía una hoz y un martillo alados (símbolo de los ferrocarriles del Estado), fue debidamente servido con un poco de retraso por la sonriente azafata. El vagón al completo se relajó visiblemente, la gente se quitó los zapatos y se puso sus zapatillas de viaje favoritas. Galia estaba disfrutando de la conversación con el ingeniero de la litera de enfrente, mordisqueando terrones de azúcar con los blancos incisivos y repreniéndolo sin demasiada convicción por las historias inverosímiles que él le contaba sobre cacerías de osos en los Urales y prospecciones en busca de oro en las lejanas llanuras de Yakutia. Zoya, entretanto, le había leído la buena fortuna a casi la mitad del vagón, anunciando con voz ronca posibles premios de lotería, extranjeros altos y morenos, el peligro de meterse en aguas profundas y la posibilidad de que el Spartak de Moscú ganara la liga. Ahora estaba agachada entre la mesa y el lateral del vagón, tirando del bolso que descansaba de nuevo bajo la litera. Sigilosamente, sacó la bolsa enorme de plástico azul llena de instrumentos de costura y empezó a rebuscar frenética entre hilos, lentejuelas y terciopelos varios. Galia frunció levemente el ceño: la muy fresca la había metido en el equipaje sin que ella se diera cuenta.

La conversación con el ingeniero languidecía y el hombre se levantó y excusó diciendo que iba a buscar un sitio donde fumar y donde la azafata no lo encontrara y le golpeará en la cabeza con sus larguísimas pestañas negras. Galia se despidió de él sonriendo y centró toda su atención, menos cálida, eso sí, en su amiga.

—¿Qué estás cosiendo, Zinaida? —le preguntó un instante después.

—Los ojos —contestó Zoya con voz ronca, misteriosamente.

—¿Qué ojos, querida?

—Los ojos de una serpiente marina de mil ojos —repuso Zoya en voz alta, chasqueando la lengua con cierta exasperación, como si Galia estuviera haciéndose la tonta.

En el vagón, una docena de oídos se aguzaron.

—Ah —dijo Galia, y por un momento deseó no habérselo preguntado.

Tres horas más tarde, después de dar por acabada una encendida discusión sobre mitología, religión, política y serpientes en la que había participado casi toda la mitad posterior del vagón y con la multitud ya dispersada, Galia sacó un huevo cocido de la bolsa, rompió la cáscara contra el borde de la mesa y se inclinó sobre el hombro derecho de Zoya.

—Desde que lo mencionaste ayer, no he dejado de pensar en la visita de Pasha a Kislovodsk, Zoya. No tenía ni idea de que había sido cosa tuya. Creía que habían sido los médicos. Al fin y al cabo, estaba enfermo. Cuéntame más. ¿Qué relación tenáis tú y tu primo con mi Pasha? ¿Y por qué no me dijiste nada?

—Nadie tenía ninguna relación con tu Pasha, Galia. Te has equivocado de lo lindo.

—Entonces ¿por qué te dirigiste a Grigori Mijáilovich para que lo enviara a Kislovodsk? Tu primo no es médico, ¿o sí?

Zoya resopló y se pasó la lengua, afilada como la de un reptil, por los labios.

—No, no es médico.

—¿Entonces...?

—Entonces, Galia, resulta que sabía que Pasha estaba enfermo. Era evidente que... algo no iba bien. Quise hacerte un favor. Ayudarte.

—Sí, bueno, es verdad que «algo no iba bien». Me dijeron que era... cáncer, que le había afectado a la cabeza. —Bajó la voz y miró por encima del hombro, como si pronunciar aquella palabra pudiera invocar al diablo del cáncer en persona—. Eso me dijeron.

Zoya siguió cosiendo, sin levantar los ojos del terciopelo y las cuentas, y luego ladeó la cabeza.

—Pues sería eso, Galia —dijo, y de pronto la miró a los ojos.

—Pero ¿por qué era un secreto? —insistió Galia—. ¿Por qué no me has dicho nada en todo este tiempo?

De pronto, la pareja de jóvenes, que no paraban de besuquearse en una de las literas de arriba, las miraron fijamente, con el ceño fruncido y expresión gélida. Las dos amigas no les hicieron caso.

—¡Galia, este no es el mejor sitio para hablar del tema! ¿Recuerdas lo difícil que era por aquel entonces que te derivaran para un tratamiento? ¿Que te concedieran unos días libres? Yo no podía conseguirle una plaza en Kislovodsk, así que le pedí a Grigori Mijáilovich que interviniera, que... moviera sus hilos. ¡Todo esto es material clasificado! No tendría que haber dicho nada.

—Sí, pero lo has hecho, así que ya es demasiado tarde para dar marcha atrás, querida. Estaba agradecida entonces y lo estoy ahora.

Zoya miró de nuevo a su amiga a los ojos, se inclinó hacia atrás para enfocarla mejor, para sopesarla.

—Pasha fue a Kislovodsk a por una cura —murmuró—. Pero no sirvió de nada.

—Sí, eso ya lo sé, Zoya. Pero al menos lo intentaste.

—No creo que lo... —La voz de Zoya crujió como si tuviera una hoja de papel en la garganta. De pronto, un golpe de tos la interrumpió.

—Y he de decir que estoy un poco sorprendida —continuó Galia—. Pasha nunca te gustó, ¿verdad?

Zoya se encogió de hombros.

—¿Y a ti te gustaba, Galia? —preguntó.

—¡Pues claro! —susurró Galia con fiereza, de repente un poco molesta—. Sí, trabajaba muy duro y solía dejarme sola a menudo, y tenía costumbres muy desagradables. Debo reconocer que apenas hablábamos...

—Tengo entendido que hablar no era lo único que no hacíais —la interrumpió Zoya, sonriendo un poco, pero con la mirada pétrea.

—¡Eso no es asunto tuyo! —le espetó Galia, resentida, dándose una palmada en los muslos y volviéndose hacia la ventana un instante, antes de mirar otra vez a la pesada de su amiga—. Era un hombre difícil, y molesto, pero era mi marido. Y su muerte..., su muerte me dejó totalmente sola.

El tono severo de Galia destacó por encima del agradable ruido de fondo del vagón. Los chinos levantaron la vista de su partida de cartas para observar a la anciana, sin comprender las palabras pero conscientes de la tristeza que transmitían. El resto de los viajeros se habían sumido en un extraño silencio.

—Pero tenías a tus amigos, Galia. —Zoya le dio unas palmaditas en la mano, pero sin convicción. Galia lo encontró irritante.

—Tenía a mis amigos, Zoya, pero no tenía... Da igual, no lo entenderías.

—Ah, ¿que no lo entendería? ¿Y cómo estás tan segura? —exclamó Zoya con voz ronca, levantándose de golpe y echándose un kimono por los hombros. Se alejó rápida hasta el final del vagón aferrando con una de sus huesudas manos un paquete de Marlboro.

Galia la observó boquiabierta y con ganas de llorar. Hacía años que no pensaba en la muerte de Pasha y ahora, de pronto, su amiga hacía un comentario tonto y todo tipo de emociones, a cuál más extraña, afloraban como gases en la superficie un lago de aguas estancadas. No le gustaba sentirse así; prefería la rutina, la sucesión de certezas que era su vida. Y no le gustaba que su amiga se sintiera turbada. Apoyó la cabeza contra la pared del vagón, cerró los ojos y deseó tener un cuerpecito cálido y peludo al lado para acariciarlo.

A medida que se acercaba el anochecer, la cola para los dos únicos lavabos fue creciendo en longitud y descontento. Galia y Zoya lo observaban todo desde una misma litera, separadas por un silencio incómodo y un tanto grumoso que se extendía entre ambas como un pudín que no se ha cuajado bien. Galia se refugió en el estudio

del atlas mundial para concentrarse en sus pensamientos. Zoya, por su parte, siguió cosiendo los ojos de la serpiente de los mil ojos, uno detrás de otro; de vez en cuando tarareaba una alegre cancioncilla marinera tratando de dar, como Galia sabía, una impresión de normalidad. No ignoraba que había ofendido a su amiga, pero no entendía por qué. Quizá eran demasiadas cosas para un solo día, habían escarbado demasiado en el pasado. El vagón estaba cada vez más tranquilo, más oscuro, más soporífero. Las colas se habían ido disipando como las sombras de última hora de la tarde y la tetera eléctrica gorgoteaba en una esquina.

—*Blin!* —graznó Zoya. Un puñado de ojos de serpiente se desparramaron por el suelo, alrededor de sus pies, rodando en todas direcciones para ir a meterse en cualquier esquina o rendija de la que ningún dedo humano fuera capaz de sacarlos—. ¡Perdón! —se disculpó sonriendo abiertamente a la pareja de jovencitos de la litera más alta, que la miraron con una mezcla de desprecio y algo parecido a la conmiseración. Se echó al suelo y empezó a buscar casi a tientas. Galia suspiró, cerró el atlas y se arrodilló para ayudar a su amiga.

—¡Ojos de serpiente, por todas partes! Diría que es por la influencia de Júpiter sobre Urano. Oh, sí, Galia, tú ríete, pero está todo en las estrellas. ¡Cuidado, joven!

El grito de Zoya llamó la atención de un marinero que regresaba del lavabo; el muchacho volvió la cabeza justo cuando apoyaba el pie izquierdo sobre un lago de cuentas. Resbaló como si llevara patines, su cuerpo se elevó en el aire con un silbido, y allí permaneció un instante, en horizontal y al mismo nivel que la cabeza de los chinos, que, sorprendidos, alzaron la vista al verlo volar junto a sus cartas, antes de precipitarse de vuelta a la tierra con un golpe sordo y un aullido angustioso. El suelo del vagón se llenó de trocitos de ojos, como los perdigones de una escopeta.

—*Blin!* —graznó de nuevo Zoya, esta vez no tan alto, y las dos amigas agacharon la cabeza y siguieron recogiendo las pruebas.

La azafata del vagón apenas tardó unos segundos en llegar, con los brazos abiertos y negando con la cabeza, mientras evaluaba la situación, respirando hondo y sin sonreír. Sus pestañas registraron los daños sufridos y acto seguido, al detectar los restos de las cuentas, se abatieron sobre Zoya.

—Joven, levántese y deje de hacer el tonto. No ha habido daños. ¿No es usted marinero? Pues ya está bien de lloriquear como un niño. Su madre no está aquí para ayudarle, pero yo sí. Vaya a mi compartimento y quítese los pantalones, que ahora le llevo un poco de yodo. ¡Venga! —Y lo ayudó a incorporarse con un solo brazo, mientras con el otro le sacudía el polvo de la ropa—. Y usted, *babushka*, debería saber que en un vagón de tren no se puede jugar con cuentas de cristal. Es un artículo sometido a restricciones. Haga el favor de leerse las normas.

El joven marinero gimió de dolor y se llevó las manos al trasero, con los ojos llenos de lágrimas, antes de que la azafata lo empujara pasillo adelante. Zoya fingió desmayarse y llorar para poder tumbarse en la litera y esperar tranquilamente a que volviera la calma. Galia y los chinos, mientras tanto, recogieron todas las cuentas que

pudieron, pinchándose los dedos con las astillas de plástico y cristal.

—Está bien, señores, se acabó el té. Hora de dormir —les ordenó la azafata, asomando la dorada cabeza por la puerta de su compartimento.

En el vagón se elevó un suspiro colectivo cuando la azafata apagó la tetera eléctrica y las luces, antes de desaparecer tras su puerta. Zoya no se había movido de su litera, desde la que seguía tarareando canciones marineras, aunque de vez en cuando se acordaba de soltar algún que otro gemido. Entre sus manos diminutas sujetaba una bola de cristal que miraba fijamente, sonriendo unas veces, otras con gesto serio. Galia decidió que ya estaba bien por esa noche y subió con cuidado la escalerilla metálica de su litera, que se hallaba un nivel por encima; un intenso vértigo la sobrecogió cuando ni siquiera había separado el segundo pie del suelo. Una vez arriba, se colocó en posición horizontal y a golpe de codo se puso la almohada bajo el cuello. Hacía tanto calor que hasta le sobraba la sábana encima de las piernas, pero el traqueteo del tren no tardó en obrar su hechizo. A pesar de las partidas de cartas y de las conversaciones que la rodeaban, sintió que se le cerraban los párpados y que sus pensamientos se confundían. Rezó una rápida plegaria, a nadie en concreto, para Boroda y el viejo Vasia, y se acurrucó entre los brazos del sueño. Había sido una jornada muy larga.

Un rescate

A Mitia le gustaban los miércoles. Era el día en que se emitía lucha libre por el Canal 1. Él no era un apasionado de este deporte, pero disfrutaba del silencio de las calles mientras la mayoría de los habitantes de Azov se reclinaban en sus casas a gritar delante del televisor cuando el Pasapurés de Murmansk le hacía de todo a la Trituradora de Krasnoyarsk. Los miércoles podía trabajar sin interrupciones, al amparo de las sombras, sirviendo en silencio a su ciudad, mientras sus vecinos se comían los mejores pepinillos en vinagre que podían encontrarse a este lado del Don, con las barbillas manchadas de *kasha*.

Sin embargo, aquel miércoles en particular Mitia estaba extrañamente cansado. Se sentía como desinflado, como la rueda de un viejo Zhiguli. La semana había empezado mal y el incidente con el perro de las tres patas, los ancianos y su propia madre le habían dejado huella, como las pezuñas de un animal en el barro. Llevaba dos noches durmiendo fatal y con sueños que habían sido un tormento. Aquella especie de fatiga mental se reflejaba en su aspecto. Había descuidado los preparativos para la velada: los pantalones estaban arrugados, la raya del pelo no la llevaba en medio, y lo peor de todo es que se había olvidado la riñonera de polipiel, el elemento más importante de su vestuario laboral. La banda sonora habitual de los miércoles, *Violator*, no le había levantado el ánimo como de costumbre: la música no había conseguido hacer estallar la extraña burbuja que lo rodeaba. Tenía la moral por los suelos. De camino a la calle, se cruzó con un grupo de gatos y les gritó, furioso. Tenía trabajo por hacer, pero por alguna extraña razón hoy se le antojaba más una carga que un placer. Algo no iba bien. ¿Quizá necesitaba más vitaminas? Tal vez debería comprar manzanas en el mercado o ver si a su madre le quedaba algún repollo de reserva.

La luna llena arrancó destellos en el pelo de Mitia, que esperaba agachado detrás de un banco en el Parque Infantil n.º 4. Desde allí oía los leves gimoteos y sabía que el momento era adecuado: los cachorros no tardarían en enseñar sus rosados y temblorosos hociquillos y morder el anzuelo. El lunes se había llevado a la madre, a la que luego había perdido, junto con todas las alimañas caninas que había atrapado aquella noche, durante el penoso incidente con su madre. Inconscientemente, se pasó la mano enguantada por el trasero, lleno de cardenales, todavía hinchado y dolorido. Su madre nunca había comprendido su profesión. A veces lo recompensaba con silencio, y otras, de forma más efusiva. La hoz, sin embargo, era algo nuevo y preocupante. Quizá aquel fuera el motivo por el que últimamente Mitia no dormía. Eso y la certeza de que una manada de perros peligrosos había sido liberada e iban a

aterrorizar nuevamente a los niños de la ciudad e infectar la sociedad con su callejeo y sus ojos asilvestrados. Tal vez bastaría con despachar a los cachorros y comerse una manzana al día para recuperar las energías.

Según sus cálculos, los cachorros ya debían de estar al borde de la inanición. Estaban escondidos debajo de la caseta de material del guarda del parque, una construcción de paneles de madera con base de hormigón de la que Mitia no tenía la llave. No había quien diera con el guarda. Lo más probable era que residiera en el Centro de Rehabilitación n.º 2, pero Mitia había decidido no intentar localizarlo. De todas formas, en aquellos centros de rehabilitación nunca respondían al teléfono y era poco probable que el pobre desgraciado fuera capaz de encontrar las llaves, eso si aún recordaba sus obligaciones como guarda del parque. Así pues, Mitia no podía entrar en la caseta y tampoco meterse debajo sin una pala, de modo que los cachorros tendrían que vencer su cobardía y salir por su propia iniciativa, con la ayuda de algún pedazo de beicon.

Los gemidos de los cachorros no cesaban y Mitia se dio cuenta de que estaba apretando la mandíbula. La relajó y las raíces de sus dientes parecieron renacer, mientras los ojos se le humedecían. Los cerró un instante para ordenar sus pensamientos, pero en la oscuridad de sus párpados imaginó bebés que lloraban con sus rosadas caras contraídas y llenas de babas. Ante él se materializó la imagen de uno de esos rostros de niño pequeño y, de repente, se vio de nuevo en la cola para la leche de la guardería, intentado mantener su turno entre los compañeros. Gosha era rechoncho y tenía unos inexpresivos ojos azules. Siempre le pellizcaba en el brazo y luego le birlaba la leche, y Mitia gritaba y lloraba como..., justo como un cachorro. Más tarde, el profesor le pegaba en las rodillas por ser un cobarde.

Abrió los ojos y miró el reloj: no pudo ver la hora porque el cristal estaba roto. Otra consecuencia del desastre del lunes. Pensó en su madre, escupiendo saliva mientras corría detrás de él lanzándole todo tipo de insultos que volaban en torno a su cabeza como brujas. ¿Alguna vez había sido distinta? Mitia tenía un recuerdo, o quizá solo fuera un sueño, no estaba seguro; una escena, apenas un fragmento de una vida tranquila: ella parecía joven, todavía tenía dientes y una sonrisa que lo hacía feliz. En aquella visión, su madre cocinaba para los dos y había alguien más con ellos, alguien que lo hacía aún más feliz. Alguien peludo. Con dientes blancos y ojos grandes y castaños. Uno que ladraba, tumbado satisfecho al sol que entraba por la ventana de la cocina.

Mitia sacudió la cabeza y se clavó las uñas, que siempre llevaba limpias y cortas, en las palmas de las manos. Mientras había estado escuchando a los cachorros, que gimoteaban y escarbaban debajo de la caseta, se había hecho una pequeña herida con los dientes en la comisura del labio inferior. Un hilillo de sangre caliente y salada se deslizó entre los dientes; escupió en el suelo. Quizá podía utilizar unos perdigones de aire comprimido. No era un método estrictamente legal, pero sí útil en situaciones como aquella. Los cachorros se quedarían aturdidos y morirían plácidamente en el

curso de la noche. Se incorporó y regresó a la furgoneta, con los ojos clavados en el polvoriento camino que serpenteaba delante de él. Al doblar la esquina del parque, chocó de frente con una silueta menuda. Ella levantó las manos para amortiguar el impacto y sus dedos rozaron los pezones de Mitia, bajo el tenso nailon de la camisa, y su nariz acabó aplastada contra el esternón de él. Desprendía un olor intenso y familiar. Al notar el contacto, Mitia retrocedió de un salto.

—¡Vaya! —Bajo la luna se veía el blanco de sus ojos—. ¡Ah, volvemos a encontrarnos!

—¡Katia!

—¡Seguro que crees que estoy siguiéndote!

La chica soltó una carcajada y se llevó la mano al cuello. Los ojos de Mitia se posaron en la cabeza de ella y luego, desde los zapatos, subieron piernas arriba hasta descansar un momento en la mano que aún tenía apoyada en el hueso de la clavícula. Estaba preciosa. Luego bajó la vista hasta sus propios zapatos.

—¿Me estás siguiendo? —dijo tosiendo—. No, no quería decir eso. No sé por qué lo he dicho. —El corazón estaba a punto de estallarle y oía un rugido, como de cloaca durante el deshielo en primavera, o puede que como el mar. Se dijo que quizá tenía la presión baja. Ahora sí que necesitaba más vitaminas—. No estoy pensando en ti, Katia. Estoy ocupado.

—Ah, vale. Lo siento.

Katia se encogió de hombros y su sonrisa se esfumó. Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Qué haces aquí sola, a estas horas? —preguntó de repente Mitia, incapaz de contenerse.

—Ah, vengo de clase..., horario nocturno. Estudio para ser maestra. Justo estaba pensando en los niños y en las cosas raras que hacen. Hay uno, Vadik, que...

—Tengo que seguir con lo mío, Katia.

—Sí, claro. ¿Y qué haces por aquí tan tarde?

—Hay unos cachorros debajo de esa caseta. Tengo que ocuparme de ellos.

—Oh, ¿cachorros? ¡Los vas a rescatar! Qué bonito. Eres estupendo...

—No, Katia, voy a...

—Sabía que tenías algo que me gustaba. A mí también me encantan los animales...

—Katia, escucha...

—Me da igual lo que diga Andréi, ¡yo sabía que eras legal!

—¿Qué?

Mitia abrió los ojos como platos y por un instante se le cortó la respiración. La chica ladeó la cabeza y sonrió.

—No, nada. El tío ese, Andréi, el que vive en nuestro pasillo. El otro día se puso a hablar conmigo. Quería invitarme a tomar algo en su casa. Pero... Bah, da igual.

—Katia, ni se te ocurra entrar en la habitación de Andréi. —La miró con ojos

vítreos, con tal intensidad que Katia retrocedió inconscientemente, escondiendo un pie detrás del otro, tambaleándose encaramada en sus zapatos de plataforma.

—No, tranquilo. Ya sé que es un poco... un poco chungo, vamos, pero solo hablábamos en el pasillo... —replicó ella, encogiéndose de hombros.

—¿Me lo prometes? No entres nunca en su casa. Es malo, malo de verdad.

Katia lo miró fijamente y vio que era sincero.

—Sí, vale, te lo prometo... Si me dejas ayudarte a rescatar a los cachorros.

—Pero, Katia, yo no... —La voz de Mitia se redujo a un leve susurro.

Necesitaba toser cuanto antes, pero no podía hacerlo con total libertad. Respiró hondo y se atragantó con su propia flema.

—¡Ay, Dios mío! ¡Espera, que te ayudo!

Katia se puso de puntillas y le pegó fuerte en la espalda. Mitia se tambaleó y dejó de toser. Tenía los ojos llenos de lágrimas y una película de sudor le cubría la pálida piel. Sin la riñonera, no tenía nada con que limpiarse excepto las manos. Se sentía estúpido.

—Espera, toma esto, cachorrito. —Katia sacó un pañuelo de algodón estampado del bolso y le enjugó las lágrimas—. ¿Eres asmático?

—¡No! Oye, déjame, ¿quieres? —Le apartó de golpe la mano y se recolocó el cinturón y el pelo con gesto un tanto tembloroso.

—Entonces ¿qué?, ¿trato hecho, Mitia? Estoy oyendo a los cachorros. Creo que necesitan nuestra ayuda.

—Está bien, Katia, puedes ayudarme a... hummm... a rescatar a los cachorros.

—Oh, qué bien. Gracias. —Se puso nuevamente de puntillas, pero esta vez para besarle en la mejilla—. Me pregunto qué le habrá pasado a su madre. La habrá atropellado un coche o a saber, ¿no?

—Katia, yo...

—No, ya lo sé, no tiene sentido especular. Manos a la obra, a ver qué podemos hacer. ¿Tienes una linterna?

Mitia vaciló.

—Sí, tengo una, y un saco —dijo al fin.

—El saco no lo necesitamos. Nos vendría bien una caja, si tienes una, con un jersey en el fondo, para mantenerlos calientes.

Mitia reflexionó un momento.

—Tengo un chaleco plumífero en la furgoneta.

—Sí, sí, eso nos vendría muy bien. Ve a buscarlo, así podremos envolverlos con tu chaleco hasta que los llevemos a la protectora.

—¿A la protectora?

De pronto, Mitia fue consciente de la enormidad de lo que estaban haciendo y sintió que se le iba la cabeza; aquellos perros serían llevados a un sitio, vivos. Cerró los ojos, tratando de recordar dónde había una protectora de animales en Azov.

—Seguro que sabes dónde hay una. No podemos llevárnoslos a casa y ya está.

Seguro que a mi prima Marina no le haría ninguna gracia.

—No, Katia. Sí, tienes razón. Un momento.

Mitia caminó con rigidez hasta la furgoneta y, tras un instante de duda, sacó el chaleco de poliéster negro y una guía de la ciudad de la guantera. Encendió la linterna y el haz luminoso recorrió las columnas de información; las palabras se formaban sobre las páginas como minúsculas arañas salidas de entre las sombras.

—Aquí está; tenemos que llevarlos al refugio del malecón de Rosa Luxemburgo. Por lo visto, se ocupan de... cachorros y cosas así. Creo que sé dónde está. Suelen frecuentarlo ancianas solas y niños feroces.

Katia se echó a reír.

—Los niños no son feroces, Mitia, solo tienen menos miedo que nosotros. En su mayoría. Está bien, vayamos a rescatar a esos cachorros.

Le dio una palmada en la espalda y se dirigió con un tintineo hacia la caseta. Mitia la observó un instante, escupió sobre el terreno blando del camino y la siguió. Juntos desaparecieron en el Parque Infantil n.º 4, ella menuda y canturreando, a punto de ponerse a saltar; él lentamente, arrastrando los pies en la oscuridad, como un hombre camino del cadalso.

Invitados

—¡Moscú!

La azafata recorrió el pasillo entre las literas como un maremoto rubio, recogiendo la ropa de cama y devolviéndola a la enorme montaña que casi desbordaba su propio compartimento privado. Algunos pasajeros le regalaron caramelos o le dejaron algunas monedas a modo de propina. Zoya la observaba de reojo desde su litera.

—Tiene la quinta casa, Leo, y con bastante fuerza. Más vale que se ande con cuidado... o no acabará bien: es la Casa del Placer.

—No sabía que estuvieras en contra del placer, Zoya —dijo Galia en voz baja.

—No es eso; es más bien ella, lo que va con ella. Debe tener cuidado.

Galia se encogió de hombros, incapaz de comprender el misticismo de su amiga. Los pasajeros habían pasado una mañana tranquila, contemplando los pliegues color galleta del campo salpicados de vez en cuando por alguna ciudad grisácea mientras leían libros edificantes o discutían con el vecino. Llevaban la ropa arrugada, estaban sedientos y se morían de hambre. Galia rebuscó en el bolso de viaje, pero no encontró nada que beber o comer. Zoya la observaba con sus penetrantes ojos negros.

—¡Moscú!

—Como si no supiéramos que estamos llegando a Moscú. ¿Se cree que somos imbéciles? —protestó Zoya en voz baja.

No había dormido bien. Su litera estaba llena de cuentas de cristal y, por muchas que hubiera quitado del colchón o de entre los pliegues de su piel, siempre aparecían más. Por eso odiaba a la azafata; en realidad, la mujer no tenía nada que ver con aquello, pero Zoya sentía una sed de venganza que le brillaba en los ojos y que la había convertido en una tiquismiquis aquel jueves a mediodía. Se quitó las últimas astillas de ojo de serpiente del moño, se inclinó sobre la mesa y apoyó la frente contra el frío cristal de la ventana.

—Odio los trenes —murmuró, dirigiéndose a nadie en particular.

Galia, en cambio, estaba de lo más animada. Había dormido bastante bien, considerando las circunstancias, y la mañana había resultado productiva. Pensándolo bien, lo del atlas había sido una buena elección. No era tan útil como lo habría sido un mapa de Moscú, pero le había servido para refrescar la memoria sobre una gran variedad de temas, desde la minería o la producción de trigo al mapa político o las poblaciones relativas de las distintas potencias mundiales. Se sentía informada, algo menos una mujer insignificante de una pequeña ciudad de provincias. Era una ciudadana de la Unión Soviética; mejor dicho, de la antigua Unión Soviética. No le

daba miedo nada y en la vida existían más cosas aparte de hortalizas y vecinos. Para empezar, campos de trigo.

El tren había empezado a aminorar la marcha en las afueras de Moscú y ahora se movía tan poco que apenas se notaba. Ya no se oían clics ni clacs ni se percibía el típico traqueteo, solo un suave movimiento hacia delante que iba aumentando muy lentamente. Llevaban muchos kilómetros abriéndose paso entre enormes estaciones desiertas, donde solo había fantasmas, y solares vacíos en los que no hacía tanto se había erigido el comunismo. Allí ahora solo quedaban ratas escondidas entre las grietas del asfalto. Galia sintió que se le revolvía el estómago, y por un momento perdió su recién adquirida seguridad. Se preguntó qué hacían yendo a Moscú y si su pobre perra y Vasili Semiónovich estarían vivos. Y entonces, de repente, sin haber visto siquiera el Kremlin o la catedral de San Basilio a lo lejos, sintió una sacudida y la azafata abrió la puerta del vagón.

—¡Moscú! —exclamó triunfante, y alargó el brazo como si fuera la directora de un circo.

Galia esperaba oír en cualquier momento una fanfarria, pero lo único que oyó fue el «¡Por aquí!» que le ladró Zoya mientras se precipitaba por el pasillo hacia el andén. A Galia ni siquiera le había dado tiempo a levantarse. Cogió el bolso y los abrigos de ambas, se despidió de todo el mundo y se abrió paso rumbo a la cálida tarde moscovita.

Ya en el andén, cerró los ojos y respiró hondo; el aire de la gran capital le irritó la garganta al instante y la hizo toser. Cuando se dio la vuelta para preguntar a su amiga en qué dirección debían ir, la vio correr por el andén en sentido contrario al que indicaba lo que parecía una señal luminosa de salida que colgaba del techo del vestíbulo. Zoya se abría paso entre la marea humana que fluía hacia las salidas como una rata que nada en una alcantarilla, tratando de llegar a suelo firme, con las patitas muy veloces y ojos brillantes.

—¡Espera! ¡Zoya! ¡Espera! —Galia corrió detrás de su amiga tirando sola del bolso, que le rebotaba contra las rodillas—. ¡Espera!

Zoya desapareció bajo un cartel que rezaba PROHIBIDO EL PASO colocado sobre una de las puertas laterales. Sorteando a duras penas la multitud, Galia no se detuvo hasta llegar a la puerta, que había vuelto a cerrarse. Echó una ojeada a su espalda, temerosa de que en cualquier momento un ejército de supuestos jefes de estación le parara los pies, tiró de la maneta con fuerza y cruzó el umbral. Pasó por un oscuro cuartucho de limpieza y luego por otra puerta llena de marcas de manos y huellas de dedos. De repente, ya estaba al aire libre, siguiendo a Zoya por las vías del tren. La niebla de polución que cubría la ciudad la golpeó con toda su fuerza; le picaba la nariz y sintió que se le hinchaban los ojos, como si los párpados ya no coincidieran con el tamaño de los globos oculares. Cada parpadeo le quitaba una capa microscópica del cristalino. El cielo era de un amarillo denso, cargado por una gruesa capa de humedad y del intenso hedor de un millón de motores vibrando al mismo tiempo. Notó la piel

mojada y pegajosa.

—¡Zoya, espera! ¿Adónde vamos por las vías? ¿No sería más seguro coger un taxi? ¿Y si viene un tren?

—¿Más seguro? ¡Ja! No conoces Moscú, ¿verdad, Galia? El vestíbulo de la estación es una trampa mortal llena de asesinos, violadores, espías, terroristas... ¡Dios mío, qué poco sabes! Es mucho mejor por aquí, así encima acertamos, primero por el callejón y luego por el Anillo de los Jardines. —Zoya jadeaba—. No está lejos. Antes siempre veníamos por aquí. He hecho este camino muchas veces. No te preocupes, los trenes no llegan a esta parte. Y si viniera alguno, lo oiríamos.

Galia cargaba con el bolso y los abrigos mientras su amiga saltaba de traviesa en traviesa delante de ella. La vía estaba flanqueada por una sucesión de edificios enormes de ojos vacíos y en silencio. En ese momento Zoya hablaba de ir al teatro mientras estuvieran en Moscú.

—Tengo una amiga que trabaja en el Bolshói; quizá nos consiga entradas. Sería estupendo, ¿verdad, Galia? Sería una lástima venir desde tan lejos y no aprovechar para disfrutar un poco de la cultura.

Galia, que seguía tirando del bolso como buenamente podía, miró a su amiga, asintió y se abstuvo de decirle que en aquel preciso momento lo que menos le preocupaba era ir o no al Bolshói.

—También está el teatro Maly, justo al otro lado de la calle. ¿Lo conoces?

Galia asintió, aunque no tenía ni idea.

—El Maly tiene más espectáculos, pero nunca viene mal un poco de Chéjov, ¿verdad?

Galia se limitó a chasquear la lengua, sin decir nada; una ortiga mustia y punzante le acababa de arañar la espinilla.

—Galia, no estaría de más que demostraras un poco de entusiasmo por la cultura. Ya sé que hemos venido a salvar a la perra, a tu novio y demás, pero sin la cultura nuestras vidas no tendrían sentido. Seguro que estás de acuerdo.

—Mmm... —murmuró Galia, que había parado para recobrar el aliento y estirar un poco la espalda.

El cielo empezó a abrirse y el sol asomó entre la neblina. De pie allí, contemplando el cielo con las manos en los riñones, Galia advirtió una débil vibración bajo los pies que fue extendiéndose lentamente por las piernas hasta el pecho.

—¡Zoya!

Su amiga iba por delante, brincando entre los raíles y hablando de *La gaviota* de Chéjov, completamente ajena al mundo circundante. Las vías empezaron a temblar con más fuerza y Galia sintió que le zumbaban los oídos. Se cargó el bolso al hombro y se volvió. El Expreso de los Urales avanzaba pesadamente hacia ellas, escupiendo vapor y humo, a menos de cincuenta metros de distancia.

—¡Zoya! ¡Ay, Dios mío!

Saltó a un lado y corrió terraplén arriba como buenamente pudo, dejando caer los abrigos. Zoya por fin se detuvo, miró hacia atrás y, de pronto, gritando como una gallina aterrorizada, se puso a correr por las vías, saltando de raíl en raíl.

—¡Dios mío, Zoya, sal de las vías! ¡Sal de las vías!

Galia empezó a hacer gestos frenéticos, pero su amiga seguía yendo de vía en vía con la intención, al parecer, de superar la velocidad del Expreso de los Urales en una huida que solo podía acabar de la peor manera.

Galia se arremangó la falda y corrió tras ella, tan deprisa como pudo, hasta alcanzarla; la agarró del hombro y la empujó a un lado con todas sus fuerzas. Cayeron sobre un lecho de ortigas justo en el momento en que la locomotora pasaba junto a ellas, ciega y enorme, pulverizando los abrigos que se habían quedado sobre las vías y levantando una nube de polvo y basura que les dio de lleno en la cara. El ruido ahogó, aunque no del todo, los rezos y las palabrotas que salieron de la boca de Zoya.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? —le preguntó Galia—. ¿Pretendías ser más rápida que el Expreso de los Urales? ¿Acaso te has vuelto loca?

—No lo sé, estaba confusa. De todos modos, no habría pasado nada. ¿Qué haces sentada encima de mí? ¡Levántate!

—Deberías darme las gracias —murmuró Galia, mientras su amiga sacaba las sales aromáticas.

—¿Y los abrigos?

—No los veo por ninguna parte, Zoya. Creo que se los ha llevado el tren.

—Sí, tienes razón.

—Bueno, esperemos que no llueva.

—Sí, Galia.

—Al menos estamos bien, ¿no?

—Sí, estamos bien. He aprendido una lección, Galia —anunció Zoya solemnemente.

—¿Cuál, Zoya?

—¡Nunca dejes que tu amiga te lleve el abrigo y guarda siempre unas bragas de repuesto en el bolsillo! —anunció sonriente y, sacándose unas bragas del bolsillo (brillantes, carmesíes), se enjugó la frente.

Galia suspiró y la cogió del brazo.

—Venga, vamos. ¿Por dónde seguimos?

Ascendieron por el terraplén y avanzaron por detrás de una hilera de edificios que a Galia le resultaban amenazantes, pero en los que Zoya apenas pareció fijarse. Se veía indicios de vida humana en aquellos patios que daban a la vía, pero ni una sola persona. Atravesaron unos arbustos bajos y llegaron a un callejón que iba a parar a una calle por la que subieron hacia el ruidoso Anillo de los Jardines, la circunvalación interna de la capital, que cruzaron por debajo. Una vez allí, ya estaban a un tiro de piedra del centro de Moscú. A Zoya le parecía oler la cultura; le castañeteaban un

poco los dientes. Las calles secundarias serpenteaban con suavidad y el paseo fue una experiencia agradable. Pasaron junto a viejos edificios por cuyas ventanas abiertas escapaban notas de pianos y oboes, iluminando las aceras como si fueran rayos de sol; los gatos negros proyectaban su sombra sobre ratones satisfechos y sofisticados moscovitas removían el azúcar del té mientras discutían sobre ciencia y poesía en tono alto y franco.

Diez minutos después, llegaron a un bulevar arbolado dividido en dos por un estanque de aguas verdes, estrecho y alargado, que trazaba una línea de colores oscuros y vívidos. Era un paisaje idílico, excepto por los dobles carriles que lo flanqueaban abarrotados de coches y camiones en lucha unos contra otros. Por encima de la nube de polución, Galia divisó una palpitante bandada de estorninos que sobrevolaba las ajetreadas calles de Moscú.

—Hemos llegado, Galia. Es allí. Aquel es el edificio de Grigori Mijáilovich.

Zoya señaló con mano vacilante en dirección a un bloque descomunal, de aspecto amenazador, que se alzaba al otro lado del bulevar. Las ventanas estaban vacías y no reflejaban la luz.

—Esperemos que esté en casa —dijo Galia en voz baja.

Después de varias tentativas fallidas con los números del edificio, los patios, las puertas y los pasillos, con la poca memoria de Zoya y con los distintos vigilantes del complejo, ataviados con un gorrito coronado con una borla, por fin dieron con la puerta correcta. Al largo silencio inicial y a este otro silencio, le siguió una cantidad nada desdeñable de suspiros por parte de Galina Petrovna.

—¡No suspires tanto! —le gritó Zoya—. Está en casa, estoy segura. Tarda un rato en...

De pronto, se oyó el sonido metálico de un pestillo y la puerta se abrió lentamente.

—¡Métanse en sus asuntos! —exclamó una voz ronca, cargada de flemas.

Galia miró detenidamente la puerta, pero no vio nada.

—¡Grigori Mijáilovich! ¡Primo! ¡Soy yo, Zinaida Artiomovna, y mi amiga Galina Petrovna, como habíamos quedado!

Se hizo un silencio, únicamente interrumpido por una respiración lenta y acompasada. Y al instante, una inspiración fortísima, como el ruido que hace un ladrillo al lanzarlo a un estanque.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Sí! Señoritas, señoritas, empezaba a preguntarme si al final llegarían. Llevo un buen rato esperando.

—Perdona, Grigori Mijáilovich. Había un oso parado en las vías —dijo Zoya en tono irónico y, al menos para Galia, innecesario.

Miró de nuevo hacia la puerta e intuyó un par de ojos de un azul tan intenso que solo podían ser de un husky o de un loco. Notó que esa mirada intensa y brillante la envolvía y no pudo evitar sentirse algo cohibida. Carraspeó y se miró las sandalias hasta que se supo liberada.

—Entra, Galina Petrovna, es un placer conocerte por fin —dijo Grigori Mijáilovich.

Al cruzar el umbral y acercarse al anciano, Galia se percató de la gran variedad de cercos repartidos por toda la pechera de su camisa, vestigios todos ellos de antiguas manchas de salsa, y de lo que parecían ser espinas de pescado que asomaban entre su barba, la misma barba que apretó contra la frente de Galia al besarla y que se le imprimieron nítidamente en la piel, dejándole unas marcas que podía notar al pasar el dedo. Zoya entró tras ella como un vendaval y se aupó sobre sus escuálidas piernecillas para besar a su primo en las dos mejillas, dos veces.

La puerta se cerró con un crujido y Grigori Mijáilovich las guió hacia el interior del apartamento, oscuro y frío como un cementerio en pleno octubre. Aquel edificio había sido construido en los años cincuenta, la década dorada de la Unión Soviética, y se notaba: techos altos con molduras florales y lámparas de araña con cristal de verdad; parquet color caramelo que amortiguaba el sonido de los pasos; puertas de roble que se abrían con languidez dando paso a unas amplias estancias, y ventanas hasta el techo con doble cristal de doce centímetros de grosor. El pedigrí del edificio era evidente, pero una mirada más atenta revelaba la decadencia en la que vivía Grigori Mijáilovich. Los candelabros estaban llenos de polvo, entre los paneles de vidrio de las ventanas había auténticas dunas de moscas muertas y el parquet estaba tan gastado que no solo se tragaba el ruido, sino también la luz.

El viejo las guió, con paso lento y vacilante, desde el vestíbulo hasta el salón principal. Pasaron por delante de muchas puertas, todas medio abiertas, detrás de las cuales Galia intuyó un caos de penumbra y naftalina, o el vacío más absoluto.

—Venid a la sala de estar y planearemos la campaña.

Galia esperaba que al menos les ofreciera una taza de té caliente, pero no se atrevió a pedirlo. Intentó cruzar la mirada con Zoya, pero su amiga salió disparada hacia la enorme mesa que ocupaba el centro de la estancia, cubierta de mapas, pisapapeles, tazas vacías, radios rotas, ceniceros y envoltorios de helados de chocolate.

El calor matinal había dado paso a una tarde bochornosa. Se sentaron a la mesa a planear lo que harían al día siguiente, mientras un enjambre de moscas y polillas revoloteaban en círculo alrededor de las bombillas de la lámpara que pendía sobre sus cabezas. Grigori Mijáilovich tomó abundantes notas con un lápiz roñoso respecto a qué contactos, y de qué ministerios, tendrían que convencer. Mantuvieron una larga conversación sobre si debían utilizar enfoques distintos para perro y humano. Distintos, por supuesto, decidieron al final. La perra era salvaje; el hombre no, solo estaba solo y desesperado. La perra no era vieja, pero sí inválida de tercer grado. Quizá podían sacar algo entre los contactos de aquella sección. El Ministerio del Interior, el Ministerio de Justicia, el ministro de los Ancianos, el ministro de los Perros Callejeros... No, no existía un ministro de los Perros Callejeros, eso hubo que tacharlo y sustituirlo por otra medida: entablar conexiones para saber qué ministro se

ocupaba de ellos, sobre todo de los inválidos de tercer grado. Estuvieron así horas, repasándolo todo mil veces de cabo a rabo, con malentendidos y anécdotas de todo tipo. De repente, se les iba el santo al cielo, incluso a todos a la vez, y entonces se quedaban callados, mirándose sin comprender y preguntándose quién tomaría el control de la situación. Uno de ellos siempre acababa por recuperarse, pasados unos segundos, o a veces hasta minutos. Ah, entonces ¿era cierto que le habían robado la perra al Exterminador? ¿Y el animal había mordido al oficial Kulakov, y encima más de una vez? ¿Y quién era aquella loca de la hoz? ¿Era una hoz proporcionada por el Estado? ¿Qué pensaba Galina Petrovna al respecto? ¿El papeleo que le habían entregado contenía un formulario n.º 372c firmado por las partes implicadas? Galia abrió el bolso de viaje y sacó la documentación, casi toda salpicada de ojos de serpiente y polvo del Expreso de los Urales.

—Ay, querida, esto no servirá —murmuró Grigori Mijáilovich.

Galia frunció los labios y Zoya fingió no haberlo oído.

El viejo no les ofreció nada, ni de comer ni refrigerio de ningún tipo.

Galia quería sacar el tema de Pasha y Kislovodsk, y agradecerle a Grigori Mijáilovich su ayuda, pero cada vez que conseguía reunir el valor suficiente, Zoya o su primo salían con algún nuevo elemento del caso y ella se olvidaba de lo que quería decir. Su trocito de historia antigua parecía no tener cabida en la acalorada discusión de aquella mesa. Se sintió estúpida por pretender sacar el tema. Levantó la mirada hacia el mapa de la antigua Unión Soviética que colgaba de la pared y localizó Azov, una mancha minúscula en la zona centro-occidental. De pronto, sintió la necesidad imperiosa de volver a casa.

—¡Perfecto! ¡Pues ya está todo listo! —dijo Zoya, exultante, radiante.

—¿De veras? —preguntó su amiga.

—Galia, tú no tienes la energía física y mental que esto requiere, ¿verdad, querida? Se nota que estás pensando en tus plantas y tu perra.

Galia se ruborizó e intentó negarlo.

—No, es que estaba pensando en lo grande que era la Unión Soviética, nada más.

—¡Ay, pobre! —exclamó Zoya, con cierta ironía, y empezó a enrollar los mapas y a clasificar los papeles en orden alfabético.

La mujer daba saltitos alrededor de la mesa, sus manos volaban de aquí para allá, mientras Grigori Mijáilovich permanecía quieto y en silencio; la única prueba de que seguía vivo era el movimiento de su pecho cada vez que inspiraba el aire y lo expulsaba con un silbido. Sus intensos ojos azules miraban al vacío y sus hinchadas manos descansaban a ambos lados del cuerpo. Galia volvió a preguntarse si aquel perro viejo realmente tendría alguna influencia en los ministerios de la «nueva Rusia».

—Él habría sabido qué hacer, estoy seguro.

—¿Quién, Grigori Mijáilovich?

El anciano posó los ojos en Galia y miró a través de ella al menos treinta

segundos, hasta que en algún lugar dentro de la red misteriosa y calcificada que era su cerebro se encendió un interruptor y, de pronto, recordó quién era la mujer que tenía delante y parpadeó.

—Y ahora, señoras, buenas noches —dijo Grigori Mijáilovich de repente; se dirigió hacia ellas con paso torpe y las guio hacia la puerta como si fueran ganado. Apenas se dieron cuenta de lo que pasaba; avanzaron de espaldas, a pasitos, hasta la puerta, que las esperaba abierta de par en par—. Es tarde y mañana nos aguarda un día muy largo. Pónganse cómodas. Duerman donde quieran. Es lo que suelo hacer. —Y, sin más, les cerró la puerta en las narices y las dejó en el oscuro y retumbante vestíbulo.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Galia, con voz un tanto trémula.

—Bueno, supongo que significa que nos busquemos una habitación y durmamos en ella —respondió Zoya, que también parecía un poco desconcertada—. Es un hombre mayor, seguramente ha olvidado...

—Ha olvidado cómo tratar a los invitados —la interrumpió Galia.

—Sí.

Zoya se sentó un instante en una de las sillas del pasillo e intentó poner en orden sus pensamientos. Las sales aromáticas le dieron el impulso que necesitaba: se levantó y se asomó a una de las primeras habitaciones con la intención de construirse un nido.

—Qué ganas tengo de ir al Bolshói —anunció con una sonrisa casi infantil, y cerró la puerta.

—¿Zoya? —la llamó Galia, pero no obtuvo respuesta, solo el lejano tarareo de un aria soviética, acompañada del ruido de su amiga poniéndose cómoda para pasar la noche.

Se frotó los ojos y luego recordó que no debía hacerlo. Tenía el estómago tan vacío que rugía como un gatito salvaje, pero estaba demasiado cansada y descontenta como para ir de expedición a la cocina del viejo. Respiró hondo y salió a regañadientes en busca de una cama.

Una cita con Mitia

De pie en el centro de su habitación, más caliente y húmeda que la entrepierna de un panadero, Mitia se pasó los dedos de la mano izquierda por el brazo derecho. Aún tenía las marcas del encuentro del lunes pasado con el perro de tres patas y del incidente con su madre. Daba igual. Apenas había notado el picor de los cortes al convertirse en costras que luego se secaban. De hecho, tenía la cabeza en otra parte.

Katia, la chica de la sonrisa torcida y del perfume almizclado. Intentó recordar el olor exacto y, sin darse cuenta, alzó la mano, se olió los dedos y luego lamió suavemente las yemas. Katia ocupaba todos sus pensamientos. Durante el día, la había visto con el rabillo del ojo en todas las calles, aunque nunca era ella. Los nervios lo atenazaban cada vez que veía a una mujer de su misma altura y color de pelo. Aquella misma mañana, había estado a punto de salir corriendo detrás de una rubia menuda en el mercado, hasta que se dio cuenta de que era una *babushka* con peluca. La veía en cualquier sitio, menos donde quería: en la puerta de su casa.

Permaneció allí de pie, mordisqueando un trozo de uña que acababa de arrancarse, y revivió por milésima vez su primer encuentro en el lavabo, luego junto a los contenedores y, por último, la noche anterior, en la oscuridad del Parque Infantil n.º 4. Recordó todos los detalles, las palabras, las miradas y hasta los suspiros. Visualizó la imagen de sus nalgas prietas y en pompa mientras se tumbaba en el suelo y se arrastraba bajo la caseta para sacar uno a uno a los hambrientos y gimoteantes cachorros. Había sido tan valiente, tan alegre y tan organizada... No le había molestado ni el alboroto de los animales ni la suciedad; su objetivo era sacarlos de allí y mantenerlos calientes. Los metió en su chaleco negro, donde los animales se acomodaron en aquella especie de intimidad creada por la mano del hombre, buscando una teta de la que mamar. Entre los dos los llevaron al malecón de Rosa Luxemburgo; Mitia esperó fuera mientras Katia los entregaba a las babeantes ancianas, que contaron los cachorros con la mirada encendida.

¿Cuánto tiempo llevaba allí de pie, en su habitación, con el corazón latiéndole desbocado y reviviendo mentalmente las escenas del día anterior, una y otra vez? No lo sabía, pero cuando por fin volvió en sí, fue consciente con una claridad dolorosa de que aquella noche, la que tenía libre, no podía quedarse en casa a planchar el uniforme. Esa cálida noche de Azov, necesitaba acción y compañía, la presencia y los sonidos de otras personas. No le bastaba consigo mismo. Sentía como si le fuera a explotar el cerebro. Seguro que en la ciudad había movimiento, y él quería estar en algún sitio donde brillaran las luces, hubiera música y el viento soplara entre los árboles. Se quitó la bata como si le estuviera comprimiendo el alma y se quedó allí

plantado, sin más ropa que los calcetines blancos y sus chanclas marrones. Aún le dolía donde su madre le había dado con la hoz. Estaba mirándose la costra, larga y estrecha, cuando un ruido en la puerta lo sobresaltó.

—¡Haz el puto favor de cerrar la puerta, bicho raro, asesino de perros! —rugió Andréi el Cretino desde el umbral, muerto de la risa. Mitia tuvo el tiempo justo de llegar a la conclusión de que lo que Andréi acababa de decir era verdad, antes de que este añadiera—: Eh, Oksana, ¿quieres ver algo divertido? ¡Ven a ver a este desgraciado!

En un solo movimiento, Mitia cruzó de un salto la diminuta estancia y cerró de golpe, empujando la puerta con el cuerpo justo cuando Andréi desaparecía engullido por una nube tóxica de perfume barato y una enorme melena anaranjada. ¿Qué le pasaba? ¿Cómo había podido cometer un error así? Nunca dejaba la puerta abierta. Y, de pronto, un pensamiento le congeló el alma como una sombra que se cierne sobre el bañista tomando el sol en el mar Negro: ¿acaso quería que lo sorprendieran desnudo en su habitación? Pero no Andréi, ¿sino otra persona? Aquella chica estaba ejerciendo un efecto muy extraño en él. La rutina se le antojaba vacía e insatisfactoria y le ardía la carne.

Lo que necesitaba, pensó mientras se miraba los pies, era una copa. Abrió el armario de cartón prensado y sacó el atuendo nocturno habitual: vaqueros desgastados azules, mocasines marrones, camiseta roja y chaqueta de punto grueso. Frunció el ceño y olió la chaqueta: no estaba recién lavada, pero tendría que servir. Se sintió mejor ahora que todo estaba en su sitio: se sintió más él mismo, más con la situación bajo control. La desnudez le aceleraba la mente, le hacía sentir que era otro, o quizá que no era nadie.

Cogió la cartera y las llaves y, tras asegurarse de que esta vez sí cerraba bien la puerta de su habitación, se dirigió hacia la salida del edificio comunal. La música que salía de la habitación de Andréi el Cretino retumbaba por toda la escalera, pero apenas la oyó. Al menos su ángel no estaba allí metido; se lo había prometido. Oyó un extraño chillido procedente de la habitación de Andréi, pero corrió escaleras abajo dejando el edificio al fondo de su mente. Aquella iba a ser una noche especial.

El Bar n.º 2 de Azov (el bar Smile!) era el lugar donde Mitia solía acudir cuando quería interactuar socialmente de manera informal. Hasta hacía poco, era el típico local de siempre. Se llamaba Bar n.º 2, a secas, y no tenía sillas, solo unas cuantas mesas redondas y sucias, llenas de vacíos vasos desportillados y escupitajos. La carta de bebidas era muy sencilla: cerveza que sabía a pescado o vodka. Pero un buen día, los empresarios de la zona, influidos por el espíritu del hedonismo tan evidente en ciudades como Moscú y San Petersburgo (y que ya empezaba a extenderse por zonas más rurales), se dieron cuenta de la oportunidad que tenían ante ellos: lo que Azov necesitaba de verdad era un bar en condiciones, con sofás de cuero sintético y cerveza

importada de Italia o, como mínimo, de Polonia. Así pues, en el nuevo Smile! los sofás rojos y las mesas de plástico blanco se apiñaban sobre un suelo recién alicatado que al mojarse se volvía resbaladizo, todo un riesgo para los borrachos. Ahora, en lugar del viejo Boria, canoso y gruñón, cuyo encanto se limitaba a graznar canciones políticas y a zurrar a los clientes más débiles, había jóvenes camareras, atractivas y malhumoradas, que mascaban chicle sin parar, se olvidaban de las comandas y se pasaban la noche sentadas en grupitos con expresión aburrida. La mayoría de los clientes racionaban las bebidas para que duraran como mínimo dos horas.

A Mitia le gustaba el olor del bar, poco habitual y, sin embargo, familiar: a productos de limpieza y a plástico nuevo, aderezado con queso parmesano y hormonas. Las tiras de leds del techo eran de un blanco cegador y sus haces luminosos rebotaban en el collage de espejos que colgaban de la pared como si fueran rayos láser. Una jungla de plantas y flores de plástico alrededor de la entrada completaba el efecto alegre, aunque también un poco confuso.

Mitia cruzó el bar con los ojos entornados, observando el batiburrillo de rostros borrachos con toda la desenvoltura de que fue capaz: pequeños grupos de hombres de mediana edad se comían con los ojos a grupos más grandes de chicas; grupos grandes de chicos se burlaban de grupos pequeños de chicas; parejas jóvenes se miraban a los ojos con muda devoción o miraban aburridas por la ventana el bullicio de la calle. A Mitia no le sorprendió ver a Petia Kulakov junto a la barra, medio desmayado sobre uno de sus colegas, un tipo conocido como el Gran Vova. Los dos estaban empapados de sudor y el hedor que desprendían se olía desde la puerta, y era más intenso aún que la mezcla de parmesano y detergente.

Sorteó airoso la jungla de plástico y los rayos láser, aunque con un leve palpito en la sien izquierda, y llegó a la barra con una sensación de triunfo.

—¿Qué te pongo? —le preguntó una camarera de melena azabache mientras se miraba las uñas, largas y de color lila.

—Una cerveza... rubia.

—¿Pequeña? ¿Grande? —preguntó ella, alzando los ojos al cielo en busca de asistencia divina, pues el solo hecho de hablar parecía que le resultaba molesto.

—Grande.

Mitia se planteó la posibilidad de añadir un discreto «zorra» a su pedido, pero sabía que si lo hacía no se tomaría la cerveza, ni aquella noche ni nunca, así que se mordió la lengua.

—¡Eh, Mitia! ¡Eh, eh, eh! ¿Qué tal, hermano? —Petia Kulakov invadió, tambaleándose, su espacio vital y le dio una palmada en la espalda con una mano caliente y húmeda.

—Bien, Kulakov. Descansando del trabajo.

Carraspeó y se inclinó sobre la cerveza. Ojalá Kulakov se alejara un poco. Tuvo que hacer una especie de movimiento del limbo para llevarse el vaso a la boca sin chocar con los mofletes de bebé del policía. El tipo desprendía unos efluvios

alcohólicos tan intensos que a Mitia se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca había entendido cómo podía la gente beber vodka. Al ver que iba a encender el cigarrillo medio doblado que le colgaba de la comisura de los labios, se preguntó si no ardería él mismo por combustión espontánea.

—Negocios, trabajo. ¡Ahora somos todos hombres de negocios! ¿Y cómo va el tuyo, hermano? ¿Qué tal los chuchos? Ladrando, supongo —quiso saber Kulakov, riéndose sin motivo.

—Sí, el negocio de los perros va bien. Bueno, me va bien a mí, a ellos no, ya sabes a qué me refiero —respondió Mitia, sin el más mínimo indicio de sonrisa.

—¡Ja! ¡Eres muy grande, Mitia! ¡Te quiero, hermano! —Esta vez Kulakov rio a carcajadas—. Pero, en serio, los negocios son los negocios. Me alegro de que hayas venido. Quería comentarte algo, nada, una cosilla sin importancia —añadió, guiñándole un ojo.

—¿Negocios? —preguntó Mitia, y se le escapó un gallo. Carraspeó, reprochándose por no haber hecho gárgaras en casa para calentar la voz. En realidad era culpa del ángel, que le había impedido prepararse siguiendo su rutina habitual. Pero no podía enfadarse con ella—. ¿Qué clase de negocio? —añadió, y esta vez la pregunta sonó fría y directa, justo como él quería que sonara.

—Tú y yo tenemos un secreto, ¿verdad?

—¿Un secreto?

—Sí, sí, nuestro secreto.

—No sé de qué me hablas.

—¡Ay, Mitia! ¡Claro que lo sabes! Tu secreto... de familia.

Kulakov guiñó de nuevo el ojo y le dio con el codo en las costillas.

—No sé de qué me hablas —repitió Mitia, más alto, intentando sonar arrogante y casi consiguiéndolo. Luego le dio la espalda al policía borracho y echó un vistazo al local con los ojos entornados.

—No intentes apartarme, hermanito. Mishka, Mitia, conozco tu secreto.

Mitia se volvió y Kulakov lo miró directamente al ojo izquierdo, y en ese instante el Exterminador tuvo la desagradable sensación de que en realidad sí existía una especie de secreto, aunque no tenía ni la menor idea de cuál podía ser.

—¡Estás borracho! ¡No dices más que tonterías!

—No, sabes muy bien que no son tonterías. Kulakov nunca dice tonterías, hermano. Venga, acábate la cerveza que te invito a otra. Y no te preocupes; puede seguir siendo nuestro secreto, si quieres. Y creo que sí quieres. Nadie tiene que saberlo, hermano. Tú solo tienes que... hacerme feliz, tenerme contento. Podemos negociar.

Mitia bebió un trago de cerveza y buscó desesperadamente en los rincones más olvidados de su memoria cualquier cosa que hubiese hecho o cualquier sitio al que hubiese ido que no pudiera resistir el escrutinio de Kulakov. Pero se quedó satisfecho: en toda su vida adulta no había nada en su pasado que pudiera serle útil al policía.

Llevaba una vida intachable, consagrada a su vocación. En general, evitaba a las chicas, nunca se emborrachaba, no tomaba drogas ni aceptaba sobornos, y tampoco hablaba con los oficiales del gobierno de la región. Ni siquiera cruzaba la calle si el semáforo le decía que esperara.

—Kulakov, no tengo secretos y no me apetece escuchar tus absurdas mentiras de alcohólico. El vodka que tienes en el cerebro es el que te llena la cabeza de secretitos. Deberías dejarlo una temporada. Conozco un sitio donde te pueden echar una mano.

Le complació su respuesta, que había emitido en un tono firme y grave, mirando al frente. Dio otro trago de cerveza, pero cuando se disponía a cambiar de tema, la cara de Kulakov se retorció y de su boca salió un extraño aullido, muy agudo. Golpeó la mesa con ambas manos, como uno de esos monos tamborileros, con tanta fuerza que despertó a una de las camareras.

—¡Ja! ¡Qué divertido eres! Tu madre estaría orgullosa de ti. Al menos, de esto sí. Estará loca como un ganso siberiano, pero seguro que le encantaría ese tonito tan firme. Es una lástima que con ella no puedas usarlo, para tenerla un poco a raya. He oído que es incontrolable. Deberíamos llevarla a comisaría para administrarle un buen tratamiento, ¿no crees? Pero la cuestión es que te equivocas por completo. Esto, este secreto, es muy interesante, y, de hecho, también afecta a tu madre, que Dios la tenga en Su Gloria.

—No está muerta, Kulakov.

—¡No, pero lo estará en cuanto se entere de esto! ¡Se morirá de un puto ataque al corazón! —La voz del policía se convirtió en un susurro empalagoso—. Creo que, cuando sepas qué es, querrás que quede entre tú y yo. Sobre todo si aspiras a ascender o incluso a conservar tu trabajo, o tu piso, o cualquier cosa en realidad. Y si quieres que tu mami esté... tranquila.

Esta vez Mitia entornó los ojos sin querer. ¿A qué secreto se refería Kulakov?

—No sé de qué me hablas, Kulakov. Soy un tío normal y corriente.

—¿Normal y corriente? Ah, Mitia, cuánta modestia. ¡Eres el mejor exterminador de toda la ciudad! También el único, eso es verdad, ¡pero el mejor, sin duda! No, pero da igual, no es sobre ti, es sobre un miembro de tu familia. ¿Quieres adivinarlo?

—No.

Mitia se inclinó sobre su cerveza e intentó apartar el codo de la caricia suave y húmeda de Kulakov. La mirada astuta del policía amenazaba con tragárselo en cualquier momento. Se concentró en el pequeño cuenco de frutos secos que tenía delante y escogió uno redondo y de un marrón uniforme. Quería que Kulakov se marchara.

—Eh —le susurró el agente a la cara, tan cerca que notó su aliento alcoholizado mezclado con los trocitos que Mitia tenía en la boca—, ¿no quieres un ascenso? Ya no eres tan joven... Si quieres subir de categoría, tendrás que impresionar a tus jefes.

—No busco un ascenso, Kulakov. Me gusta mi trabajo.

—¿Y no quieres impresionar a las chicas con un trabajo mejor? He oído que no

eres muy popular entre ellas. Los chicos dicen que eres un marica de esos, ya sabes, un gay, pero yo les he dicho que no, que eres hetero, pero que —Kulakov le olfateó la chaqueta— hueles a mierda de perro. ¿Lo sabías? Siempre hueles a mierda de perro. ¿De verdad quieres pasarte el resto de tu vida oliendo a mierda y dejando que los chuchos te muerdan los tobillos? Tarde o temprano, encontrarás uno que tenga la rabia y ella te encontrará a ti. Lo sabes, ¿verdad?

Mitia no apartó los ojos de la cerveza y se metió otro fruto seco en la boca.

—Necesitas un ascenso, hermano, que te den un trabajo de oficina para poder inventar estrategias de exterminación y no tener que ejecutarlas tú mismo. Así es como funciona el mundo, hermano. Y si quieres un ascenso, debes impresionar al personal. Y para impresionar al personal, necesitas una familia como Dios manda.

—Vale, vale, ¿qué es? ¿Qué es eso de mi familia que tantas ganas tienes de contarme, Kulakov? Dilo ya y vete a tomar por culo —dijo Mitia, incapaz de contenerse.

Las pullas sobre el olor a perro y el trabajo de oficina le habían afectado de verdad. Todas las noches hacía cuanto estaba en su mano para eliminar el olor a mierda de perro de su cuerpo y su ropa, pero era difícil, sin luz en el cubículo de la ducha y solo con una bañera vieja y roñosa que compartían las diez personas que vivían en su misma planta. Hacía lo que podía, pero el detergente Omo no era muy bueno y no podía permitirse comprar Ariel. Sí, hacía cuanto podía, pero al final no era más que un hombre que se las apañaba solo; pasaba tanto tiempo en la calle que no tenía tiempo de diseñar estrategias de exterminación y a veces, solo a veces, echaba de menos una presencia femenina. Si tuviera un ángel a su lado, ella se ocuparía del olor a mierda de la ropa y le plancharía las camisas mientras él ideara planes nuevos. Estaría orgullosa de Mitia.

—Eh, Mitia, un momento. Primero, no hace falta decir palabrotas. Soy un hombre paciente y además tu amigo. Pero también soy un agente del Estado y tú, como exterminador de perros, no. Podría detenerte solo por haberme mandado a tomar por culo. Así que, compórtate. ¡Tú a mí no me mandas a tomar por culo, amiguito! —Kulakov deslizó uno de sus dedos rechonchos por la cara de Mitia y le pellizó la barbilla, en broma.

—¿Qué quieres decirme, Kulakov? —Sentía tanta rabia y frustración que la pregunta sonó como un graznido entrecortado.

—Quiero decirte —comenzó el agente, inclinándose hacia Mitia y sonriendo como una ancianita, con los ojos clavados en la pared de detrás— que tenemos a tu papaíto, al de verdad, en el SIZO. ¡Es un delincuente común! ¿Qué te parece?

Mitia respondió propinándole un puñetazo con todas sus fuerzas, justo entre los ojos, y luego siguió golpeando su cuerpo rollizo, desplomado sobre la barra del bar, con la ceja y la nariz ensangrentadas. Fue vagamente consciente de los gritos desgarradores de las camareras de aspecto aburrido, pero solo eran eso, ruido. Mitia y Kulakov cayeron al suelo con un tremendo golpe sordo de huesos, grasa y piel contra

los azulejos, justo en el momento en que El Gran Vova salía pesadamente por la puerta del lavabo con la bragueta abierta y los puños preparados. Mitia golpeó la cabeza de Kulakov contra los tachones verdes y malvas de la barra, mientras el policía intentaba sacarle los ojos con sus rechonchos pulgares. A su alrededor, los clientes del Smile! corrían como cucarachas.

El Gran Vova entró enseguida en acción: los separó y mandó a Mitia al suelo de un solo puñetazo que hizo temblar la colección de figuritas de porcelana de su madre, al otro lado de la ciudad. Luego le propinó una patada en el vientre como si estuviera chutando un penalti contra los cabrones del Spartak de Moscú, se paró a escuchar los gritos del público que resonaban en su cabeza y lo levantó del suelo para aporrearle la cara unas cuantas veces más. Kulakov se pasó toda la paliza arrastrándose por el suelo, jaleando a su amigo para que golpeará más fuerte y más abajo mientras buscaba las dos fundas de metal de sus incisivos. Las encontró debajo de un taburete y volvió a ponérselas en los muñones ennegrecidos que tenía por palas.

—¡Acabemos con él!

El Gran Vova tiró a Mitia de nuevo al suelo y Kulakov celebró la maniobra con una palmada. Las camareras contemplaban la escena en silencio, mientras los pocos clientes que quedaban se esfumaban en la noche. La música seguía sonando. Mitia, acurrucado en posición fetal mientras dos pares de botas lo pateaban sin piedad, creyó reconocer a Depeche Mode: «Master and Servant» siempre había sido una mierda de canción. Los policías se pasaron un buen rato machacando al Exterminador, hasta que estuvieron demasiado cansados para continuar.

Una vez aplacados, el Gran Vova lanzó a Mitia a través de la jungla de plástico fluorescente a la noche de Azov, donde quedó tumbado en la acera, boca abajo, mientras los mosquitos y las polillas le colonizaban sus capilares y su chaqueta verde, respectivamente. No notó que salía disparado desde la puerta del bar y apenas se dio cuenta de que era su cara la que había impactado contra el adoquinado. Estaba soñando, muy lejos de allí: veía perros que flotaban en la oscuridad insondable que lo rodeaba por completo. Perros viejos con el hocico lleno de cicatrices y heridas abiertas; perros de raza con la cadera descoyuntada y agujeros horribles en el cráneo; madres agotadas con docenas de tetas hinchadas; cachorros hambrientos cuyas costillas sobresalían del pelaje y con los ojos devorados por las infecciones. Y más allá, detrás de ellos, un perro viejo, llamado Sharik, meneando la cola con una pelota roja entre los dientes y mirándolo con los ojos rebosantes de amor.

«¡Sharik, Sharik, ven aquí, bonito! ¡Buen chico! ¡Vamos, Sharik!», lo llamó Mitia con la voz aguda. El perro parecía incapaz de ir hacia él. Volvió a llamarlo, pero el animal se puso a gemir y a temblar. Metió el rabo entre las patas y empezó a dar vueltas de aquí para allá, con la pelota roja todavía en la boca, pero asustado y muy perdido.

«¡Sharik, Sharik, ven aquí, bonito! ¡Buen chico! ¡Vamos, Sharik!». Sin embargo, el animal iba en la dirección equivocada, directo hacia un lugar muy muy oscuro e

infinito. «¡Sharik, vuelve!», intentó llamarlo Mitia de nuevo, pero no podía mover la boca. «¡Vuelve!».

Sintió algo frío en la mejilla y el oscuro mundo canino perdió sus contornos y se llenó de borrosas lucecitas naranjas. Notaba el sabor de la sangre y no tardó en darse cuenta, gracias a la ayuda de la nariz, las pantorrillas, la cadera y la barriga, de que estaba tendido sobre un charco de vómito.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó una vocecilla por encima de su cabeza.

Mitia no podía abrir los ojos, pero reconocía el olor, a pesar de la sangre, el vómito y la calle. Era su ángel.

—¿Qué te ha pasado, cachorrito? No has tenido una buena noche.

—He encontrado a mi padre —susurró Mitia con los labios rotos y palpitantes, antes de deslizarse de nuevo en la oscuridad.

Una carta de Vasia

Miércoles o jueves, creo, pero igual me equivoco

Mi querida Galina Petrovna:

Te escribo estas líneas para que sepas que estoy bien y que las cosas aquí me van bien, aunque no puedo hablar por Boroda porque, por lo que tengo entendido, nos han mandado a dos centros distintos.

De momento, la vida aquí en el SIZO es de lo más interesante. Me trasladaron desde la comisaría de policía cuando apenas llevaba veinticuatro horas en el calabozo, y ya estoy dos días aquí, creo, aunque no hay muchas ventanas y no tengo reloj, así que es difícil saberlo con exactitud. Todo es bastante confuso, como podrás imaginar. Quizá ya lo sabes, pero por si acaso SIZO son las siglas de *Sledsvenny Izolyator* (centro de detención preventiva), así que la idea es que me quedaré aquí hasta que las instituciones del Estado investiguen mi delito y decidan si quieren presentar cargos formales o no. A juzgar por la actuación del agente Kulakov en la noche de mi detención, la investigación podría durar muchos meses y requerir un montón de informes, por no hablar de un gran número de contrafirmas y botellas de vodka. No creo que salga antes de Año Nuevo, en cuyo caso tendré que traspasar la presidencia del Club de la Tercera Edad a otro par de manos dispuestas a ocuparse (¿las tuyas, quizá?) y, obviamente, buscar a alguien que se ocupe de Vasik. Anoche soñé con él, Galia. Era igual que cuando estaba en casa. Tenía el hociquito lanudo metido en su plato, entusiasmado masticando espinas de sardina. Realmente es un animal adorable. Lo echo mucho de menos.

En fin, deja que te cuente un poco cómo es la vida aquí. Las galerías son largas y oscuras y, como te imaginarás, todo hiede. Las celdas son aún más oscuras que las galerías y están muy mal ventiladas. No son celdas pequeñas, no es el caso en absoluto; son grandes, como aulas, cada una ocupada por cincuenta personas. Sin embargo, solo hay literas para la mitad, por lo que los demás tienen que esperar su turno apoyados contra las paredes o paseando de aquí para allá, aunque a algunos internos esto les resulta muy molesto y ayer mismo por la noche fue causa de una pelea en la que hubo heridos. Mis compañeros me han acogido muy bien hasta ahora y muestran mucho interés por mi caso, que es, en términos generales, un poco distinto de los suyos. Parece ser que comparto celda con un número elevado de ladrones, gamberros, violadores, estafadores y envenenadores. Diría que es poco probable que en sus casos haya perros involucrados, y mucho menos gatos.

En las paredes de la celda hay algunas ventanas, pero están siempre cerradas con contraventanas de metal (creo que es para evitar que los prisioneros se pasen mensajes de celda a celda o intenten comunicarse con el exterior). Eso vuelve el ambiente sofocante. Hay un retrete; está en la esquina, protegido de las miradas por una cortina marrón bastante roñosa. Al lado hay un pequeño lavamanos. Es cuanto tenemos en una celda de cincuenta hombres. No hay otras instalaciones donde asearse, al menos que yo sepa. No hace falta que te diga que a algunos de mis compañeros les vendría bien una buena ducha y un afeitado. Intento no darle demasiada importancia, aunque lo mío me cuesta. Sé que técnicamente no tienen la culpa de estar sucios. No les he dicho nada al respecto. Creo que es lo mejor, ¿verdad?

¿Qué más puedo contarte? Las paredes son marrones y están llenas de manchas: humedades por aquí y por allá, y algunos pósteres y recortes de periódico, incluso algún dibujo, que nos sirven para entretenernos. Quizá aporte algo de mi cosecha a los dibujos, si mis compañeros me lo permiten, aunque no estoy seguro de que tengamos gustos parecidos en cuanto a la decoración. Podría intentarlo con una diosa Venus, por aquello de introducir la cultura clásica en la celda, o con un dibujo de Vasik.

Este es un sitio solitario, a pesar del número de personas que hay en la celda. Algunos hombres llevan más de un año esperando juicio. Unos cuantos han contraído tuberculosis debido a las condiciones en que vivimos. Es un tipo de tuberculosis que no tiene cura; ha mutado dentro del sistema de prisiones y resiste todos los medicamentos que los doctores prueban en los enfermos. Tampoco es que abunden las medicinas, o eso parece. Galia, algunos de los que padecen esta horrible enfermedad son casi niños. Conozco a un par de mis días de profesor en la Escuela n.º 2. Tosen como mendigos y tienen la cara macilenta y los ojos rojos. Debo admitir que he intentado mantenerme lejos de ellos. Sé que soy viejo y que mi vida ya casi ha terminado, pero aun así no tengo intención de acortarla. ¿Crees que hago mal?

¿Qué más puedo explicarte? Mi amigo Yegor Platkov me ha traído lápiz y papel. Tengo permiso para escribir

una carta a la semana, pero debe verla un oficial de prisiones antes de cerrarla para su envío. Comemos todos los días. Sirven la comida los presos de confianza directamente en las celdas. Estos presos son los más desaliñados de todos y siempre están llenos de llagas. La calidad es más bien mala y la comida en sí, imposible de identificar. Al fin y al cabo, dependemos de la caridad del Estado. Me han contado que el *Kommandant* de este SIZO es nuevo, un hombre un tanto extravagante por lo que cuentan, y que se avecinan cambios, pero de momento no he visto nada que pueda calificarse de progresista o extravagante. Lo que sí sé es que cuando declaran a alguien culpable, si es que llega a pasar, y lo envían a la cárcel, las condiciones allí son mucho mejores porque están muy bien equipadas con talleres, huertos, granjas y fábricas. Están diseñadas para estancias largas, mientras que los SIZO son temporales. Son como máquinas de hacer salchichas, por decirlo de alguna manera, listas para alimentar al sistema y expulsar caracteres debidamente reformados. Antes creía en el sistema, Galina Petrovna, pero reconozco que ya no estoy seguro de que pueda producir nada aparte de miseria y delincuentes mejor formados. Espero que mi caso sea juzgado cuanto antes. Así podré salir de esta mazmorra, en un sentido u otro, antes de que la tuberculosis o las ratas acaben conmigo.

Déjame que te repita, querida Galia, que los demás prisioneros me tratan con mucho respeto, casi todos, y que hasta ahora nadie me ha maltratado de ningún modo. Soy como un abuelo para ellos, así que confío que mientras sea capaz de mantener la boca cerrada y los ojos en el suelo, todo irá bien.

Yegor me ha dicho que has ido a Moscú para intentar liberarnos a Boroda y a mí. Gracias, querida; ¡eres tan valiente y audaz! Si tuviera tu misma fuerza, ¡escaparía de esta prisión tirando abajo los muros con mis propias manos! Echo de menos a mi gatito Vasik, a mis vecinos y, por supuesto, a ti. Me pregunto qué dirán de todo esto en el Club de la Tercera Edad. Me estremezco solo de pensarlo. Pero es inevitable. Si sobrevivo al SIZO y a la cárcel, yo mismo tendré que desechar la posibilidad de ejercer cualquier cargo dentro del club, puesto que pesará sobre mí una condena por soborno y corrupción. Quizá no quieras saber nada de mí cuando me liberen. Lo ignoro, pero no me atrevería a culparte si ese fuese el caso. Puede ocurrir que regrese a mi antigua vida cubierto de tatuajes carcelarios. De momento me he librado, pero por los pelos. Cuando mi vecino, Shura, despierte de la siesta, me temo que insistirá otra vez en adornarme de alguna manera. Podría pedirle un dibujo de mi gato Vasik; lo echo mucho de menos, ha sido mi fiel compañero los últimos diez años. ¿Crees que podrías pasarte a visitarlo cuando vuelvas de la gran capital? Seguro que te lo agradecería.

Siento nostalgia del sol y del viento. ¿Ya han pasado tres días? De momento es poco tiempo, pero noto que todo esto me está chupando la vida lentamente. Sería tan triste morir aquí, en esta celda, sin haber visto el sol de nuevo ni haber oído la brisa sobre el río... Lo siento, Galia, esta carta pretendía ser alegre y reconfortante, pero como puedes ver, soy un cobarde y en lugar de ahorrarte los detalles y animarte, estoy hundiéndote con mis miedos y mi cobardía. Por favor, perdóname.

Te deseo un buen viaje a Moscú y mucha suerte con la misión, aunque sé, en lo más profundo de mi ser, que de esto no saldrá nada bueno. Los de Azov siempre hemos sido gente muy humilde y no creo que a nadie en Moscú le importe lo más mínimo un viejo y una perra con tres patas, por muy educada que sea esta.

Cuídate mucho y cuida de Zoya mientras estéis allí. Pensaré en vosotras. Gracias por no olvidarme. Lo más fácil habría sido dejarme aquí hasta que me pudriera, un pobre y viejo maestro como yo, que a nadie interesa.

Vasia releyó la carta bajo la tenue luz de las bombillas que colgaban abatidas del techo, un par de metros por encima de su cabeza. Suspiró y recolocó los pies sobre el suelo pegajoso de la celda. Observó la letra, clara y precisa al principio, pero luego cada vez más confusa y borrosa. Después hizo una bola con ella y la lanzó debajo del catre. Apretó los dientes, con la mirada perdida, alzó la barbilla y esperó a que el sueño llegara. No era un cobarde, se negaba a enviar una carta tan lastimera a una mujer tan fuerte como Galia. Mañana lo vería todo de otra manera y aprovecharía para escribir otra totalmente distinta. Su vecino de catre se agitó en sueños y apoyó una de sus manos enormes sobre el muslo de Vasia, que permaneció inmóvil, sin atreverse siquiera a respirar, y que en silencio le deseó las buenas noches.

El ángel de Mitia

Mitia se secó la cara con la toalla que le ofrecieron y tuvo la impresión de que se frotaba la boca y la nariz con el escroto húmedo de alguien. Sintió arcadas otra vez, y apretó con fuerza la frente contra el suelo. De su estómago vacío y tenso solo salían burbujas de aire fétido en una sucesión de potentes eructos que le sacudían los labios, la cabeza, el pecho e incluso las nalgas. Se dio cuenta de que estaba despatarrado en el linóleo de su casa, pero se notaba raro, abotargado, y no paraba de temblar. No lograba controlarse. Se aclaró la garganta con cuidado, sintiendo el escozor de la bilis en las amígdalas.

—¡Esta toalla no es mía! —susurró entre los dedos, blancos como el papel, de la mano con que se protegía los dientes que se le movían.

Mantuvo los ojos cerrados, resguardados de la intensa luz anaranjada y de las sombras que se movían a su alrededor. No recordaba el trayecto de vuelta a casa, no sabía con quién estaba ni si iba a recibir más patadas y puñetazos, pero tampoco tenía intención de usar una toalla que podría haber estado cerca del escroto de Andréi el Cretino, eso seguro. No lograba controlarse, pero tenía sus normas.

—Vaya, cachorrito, lo siento. La he encontrado en el lavabo y tampoco es que hubiera mucho donde elegir, la verdad. Simplemente he pensado que necesitarías algo para limpiarte. O sea, que no me he dado cuenta. Para mí, una toalla es una toalla. No llevo un registro de toallas... Tómatelo con calma, campeón. Nada de vomitar en el suelo, ¿vale? Al casero no le gustará ni un pelo. Y a mí tampoco. No se me dan bien los vómitos.

Katia se inclinó sobre él. Por un momento, sintió el calor de su cuerpo, la oyó respirar por la nariz, percibió su olor envolviéndolo en una cálida nube, y una increíble sensación de tranquilidad se extendió desde el centro del pecho hacia todos los órganos vitales y más allá, hasta los dedos de las manos y los pies. Sin embargo, la sensación no duró mucho: de pronto, la habitación se movió hacia un lado y Mitia sintió que el estómago le subía hasta la garganta. Katia se había alejado de él, como un planeta remoto fuera de su órbita, oscuro, desconocido, inalcanzable al otro lado de la estancia. Intentó levantar las piernas hacia la cabeza. Necesitaba desesperadamente hacerse un ovillo y convertirse en la nada, fundirse con el suelo, pero un dolor intenso en el abdomen y la cadera le impidió moverse más de cuatro o cinco centímetros y lo dejó desparramado, larguirucho y manchado de vómito bajo la luz anaranjada, con los ojos cerrados para protegerse.

—¡Me sorprendes!

Intentó sonar viril, pero le salió una voz esdrújula, con una nota aguda como un

sollozo hacia el final. Respiró hondo para intentar contener el sollozo, que amenazaba con romperle las ya de por sí maltrechas costillas, y poco a poco consiguió calmar la agitación que le revolvió las entrañas. Con mucho cuidado, se incorporó hasta quedar sentado, con la espalda apoyada contra la pared, y respiró de nuevo, aunque esta vez notó que se relajaba el diafragma. Apoyó los codos en las rodillas y se preparó para hacer frente a la oleada de arcadas que le subían por la garganta mientras lograba una posición erecta. Poco a poco, fragmentos de lo ocurrido aquella noche fueron acumulándose en su mente como hojas en la esquina de un patio otoñal. Vio que tenía la pernera derecha de los vaqueros rajada y los brazos llenos de magulladuras de tonos que iban del rojo al púrpura. Revivió en los nudillos la sensación de haberlos estampado contra la cara rolliza y babosa de Kulakov.

Katia colocó un cubo metálico verde entre las piernas temblorosas de Mitia y le apartó el pelo de la frente, llevándose en sus dedos cálidos el sudor que le perlaba la piel. Luego se acercó la yema del índice a los labios y la chupó delicadamente.

—Estás fatal. Creo que deberíamos llamar a una ambulancia.

Luego dobló su cuerpo y se puso en cuclillas delante de él, mirándolo, observando los moratones y las palideces de su piel. Mitia apartó la cara, incapaz de mirarla a los ojos, y apretando las manos entre las rodillas para controlar el temblor.

—No. No necesito un médico, solo dormir.

—Bueno, no sé... ¿Y si la palmas durante la noche, eh? Nunca me lo perdonaría. Podrías ahogarte con tu propio vómito, o algo así. A mucha gente le pasa.

Mitia abrió los ojos, hinchados como pelotas, para mirar a su ángel, apenas un instante, una fracción de segundo, tratando de mantener la sangre fría. Él no lo sabía, pero la suya era la mirada que el perro al que le acaban de propinar una patada dirige a cualquiera que no lleve botas. Katia no se dio ni cuenta: estaba ocupada buscando un cigarrillo en el bolso y hablando con su leve ceceo.

—Vale, mira, hagamos un trato, cachorrito. Me quedo contigo una hora más o menos, hasta que tengas mejor color y dejes de vomitar. Me refiero a un color de vivo. Aún estás palidísimo. Y no creo que pueda dejarte así. —Encontró un paquete de Pall Mall en el bolso y sacó uno—. No deberías fumar, aunque te apetezca. En serio, sé que a los hombres os gusta fumar y haceros los machitos y esas cosas, pero no creo que te ayude a sentirte mejor. ¿Tienes tintura de yodo?

—No.

Mitia solo pudo pronunciar esa palabra, que sonó pesada y espesa. Su cerebro vagaba lentamente tras los párpados, tratando de adivinar qué estaba haciendo ella, hasta que no pudo aguantarlo más y echó otro vistazo hacia el suelo, en su dirección. Sus ojos se pasearon lentamente por los tobillos hasta las rodillas y luego por el vientre y los pechos, que apenas cubrían una falda minúscula y una camiseta.

—¿Qué ha pasado en el bar, cachorrito? ¿Te has olvidado de pagar la cuenta o qué?

Mitia bajó la mirada hasta el brillante linóleo color mostaza, insólitamente lleno

de regueros de su propia saliva, y luego se llevó de nuevo las manos a las rodillas.

—No es... No lo entenderías.

—Ajá. —Katia expulsó el humo por encima del hombro, hacia la ventana—. ¿Estás seguro de que no lo entendería?

—No tiene nada que ver con pagar o no la cuenta. Nadie lo entiende.

—Vaya, Mitia, así que nadie te entiende. No me extraña, cariño. Sobre todo si no explicas lo que te pasa.

Katia chasqueó la lengua, apagó el cigarrillo y buscó dentro del armario de cartón hasta dar con una manta marrón decorada con unas rosas enormes de un rojo estridente. Se acurrucó en ella por un instante, volvió la cabeza para olerla, y luego se la quitó de los hombros y la puso con cuidado sobre los de Mitia.

—Toma, así estarás caliente. ¿Sabes? Creo que estás en estado de shock. Recuerdo algo de eso de la escuela. Tienes que bajar la cabeza y levantar las piernas.

—No pienso levantar las piernas —replicó Mitia, tajante.

Ella se encogió de hombros.

—Vale, como quieras. Te encontrarías mejor, pero bueno... Quédate la manta un rato. Es algo que tiene que ver con la presión sanguínea, más o menos.

—Entonces ¿no eres enfermera, Katia?

—No, ya te lo dije, estoy estudiando para ser maestra. De guardería. Pero he hecho muchas cosas. En fin, sin tintura de yodo estamos apañados. Seguramente lo que necesitas es un té. El té lo cura todo, ¿verdad? ¿O es el tiempo? ¿Ambos?

Mitia no respondió. La cabeza le palpitaba y el ruido que se filtraba a través de la pared desde la habitación de Andréi el Cretino bloqueaba sus facultades para pensar o sentir. Inundaba su cerebro, como una reacción en cadena, y ahogaba las palabras de Katia por mucho que él se esforzara en escuchar, que lo hacía. Los párpados se le cerraban mientras el ritmo sordo se separaba de la pared y le atravesaba el pecho hasta llegar al cerebro, arrastrándolo hacia el fondo con su nefasta corriente, adormeciéndolo como si ya nunca más fuera a despertar.

—Cuando te he encontrado..., me refiero a antes, en la acera..., ¿has dicho algo sobre haber encontrado a tu padre?

Katia lo miró por debajo de las pestañas y vio que se sobresaltaba al escuchar sus palabras.

Se despertó de golpe con una sacudida, con la cara aún ensangrentada y un hormigueo en las orejas, que le ardían como ascuas. Boca y cejas se contrajeron en una equis profunda y adusta, y clavó los ojos en el borde del cubo. Katia recorrió con la mirada la habitación de paredes color naranja en busca de unos sobres de té, unas tazas y un poco de azúcar.

—Nada de té. Nada de preguntas. ¡Déjame en paz! —Mitia se arrebujó en la manta y apoyó la cabeza en una de las rosas rojas.

—No me grites, cachorrito. Acabo de salvarte la vida, que no se te olvide. Y necesitas beberte un té. Pero no pretendía meter las narices donde no me llaman. No

hace falta que hablemos si no quieres.

Y se puso a canturrear. Era un sonido agradable apenas audible frente al ruido de la habitación del vecino. La breve descarga de adrenalina desapareció tan rápido como había llegado y, de pronto, Mitia supo que no tenía fuerzas ni para discutir. Después de respirar hondo, con un pinchazo intenso, y de espirar, con un dolor sordo, se dio cuenta de que no quería que ella se fuera a ninguna parte. Se apartó despacio del cubo y apoyó la espalda contra la pared. Esta vez sí se oía la voz de Andréi el Cretino rebuznando por encima de la música disco, balando como un Benny Andersson de pezuñas hendidas. Su cabeza se llenó de visiones de colores estridentes y casi se sintió arrastrado a la pesadilla de la habitación de al lado por unas manos invisibles que atravesaron la pared y lo sujetaron con dedos infantiles bajo la rugosa manta marrón. Luchó para mantener los ojos abiertos y evitar así el sueño, pero la oscuridad se cernía sobre él y los brazos eran pequeños, aunque enjutos y fortísimos. Intentó abrir los ojos; no podía respirar. Quería gritar, pero estaba paralizado.

—Eh, te gusta mucho Depeche Mode, ¿verdad?

Por segunda vez, las palabras de Katia lo trajeron de vuelta a la realidad y, de pronto, se sintió preparado para luchar. Apretó la mandíbula y sus ojos dieron vueltas hasta concentrarse únicamente en ella. Estaba listo para rebatir los sarcasmos, las ironías y cualquier tipo de crítica. Sin embargo, no estaba preparado para lo que vio: Katia estaba inclinada sobre su colección de casetes, sincera, entusiasta, su largo pelo caía como cintas doradas alrededor de su rostro alegre y perfecto. Levantó la vista y sonrió.

Con una punzada en el corazón, Mitia se dio cuenta de que estaba profundamente enamorado y supo que su vida había terminado.

—Gustar no es la palabra..., Katia —replicó en voz baja—. No forma parte de mi vocabulario. A mí no me gustan las cosas. Gustar es...

—A mí también me encantan. Los vi en Moscú hará un par de años. Fue increíble. El mejor día de mi vida.

Mitia cerró los ojos e imaginó el mejor día de la vida de Katia. Le gustó. Le encantó. Lo sentía en los huesos y lo visualizaba como si hubiera estado presente. Había sido un día soleado en la capital, en compañía de amigos, con algodones de azúcar, banderines, Depeche Mode, perritos calientes, vaqueros limpios, calcetines nuevos, orden, aire fresco, pulcritud y amor. En resumidas cuentas, había sido un día lleno de risas y certezas. El de Mitia, en cambio, no había sido así y nunca lo sería. El mejor día de su vida había transcurrido exterminando perros. No tenía dudas.

—Será mejor que te vayas.

Katia se volvió, sorprendida, y la cuchara tintineó contra la taza que tenía entre las manos.

—Venga... No quiero tu té ni tu compasión. ¡Que le den por culo al mejor día de tu vida! ¡No tienes ni puta idea de quiénes son Depeche Mode!

Ella lo miró fijamente y le aguantó la mirada hasta que él acabó apartándola.

Mitia respiraba como entre sollozos y apretó los dientes para intentar contenerlos.

—Háblame mal si quieres; se nota que estás enfadado por algo. Puede que tengas una herida en la cabeza y eso te haya provocado una contusión. Da igual, porque te vas a tomar el té, te guste o no, Mitia. Necesitas meterte algo en el estómago. En cuanto lo hagas, me voy. Y para tu información, me encanta Depeche Mode.

Acabado el discurso, Katia dio media vuelta y se concentró en preparar el té mientras tarareaba un popurrí de canciones de Depeche Mode.

Mitia se sintió pequeño. Se quedó allí sentado, sin moverse, escuchando los sonidos que hacía Katia mientras preparaba el té. Temía el momento en que aquellos ruidos cesaran, pero se odiaba al mismo tiempo por ello. Sabía que no podía soportar que ella se marchara, que no concebía la idea de quedarse solo en aquella caja de zapatos de color naranja, con el linóleo salpicado de vómito y de fondo los gritos de Andrei el Cretino tirándose a alguna de sus niñas putas al otro lado de la pared. No podía soportar quedarse allí comparando el mejor día de su vida con el mejor día de la vida de Katia, en un concurso que perfectamente podría acabar llevándolo a lanzarse por la ventana y estamparse contra el frío asfalto cuatro pisos más abajo antes del amanecer. No podía soportar que lo mirara, ni mirarla a ella.

Una cuchara tintineó en una taza.

—Toma. Bébetelo mientras aún esté caliente.

Katia dejó la taza humeante en el suelo, al lado de Mitia, y luego se levantó para recoger sus cosas. Se movió lentamente, con gestos metódicos, y él la miró con el rabillo del ojo, deseando que se moviera más lento aún, que se convirtiera en una secuencia a cámara lenta, en un elemento fijo, que se quedara. Por un instante, se la imaginó despertando a su lado y se preguntó qué aspecto tendría, cómo olería. Pero antes de que pudiera descubrirlo, ella ya se dirigía hacia la puerta y una sensación similar al pánico le puso la piel de gallina y le volvió a llenar la garganta de bilis.

—Katia, lo siento, no hablaba en serio.

—Lo sé, cachorrito. —Ella se dio la vuelta, ladeó la cabeza y esperó.

—Yo... quiero... quiero que me ayudes. ¿Puedes ayudarme? —Su voz sonó como un susurro ronco y agudo al mismo tiempo. Intentó aclararse la garganta, pero era demasiado tarde, como siempre.

—Sí, claro que puedo. ¿Cuál es el problema? —preguntó Katia, el ángel, y retrocedió sobre sus pasos iluminándolo todo con su luz celestial.

Con los ojos llenos de lágrimas, Mitia miró al techo y parpadeó con fuerza.

—No estoy seguro. No sé decírtelo, pero tengo unos temas pendientes y creo que ha llegado la hora de ocuparme de ellos.

Katia tenía los ojos abiertos como platos. Cuando respondió, lo hizo salivando levemente.

—Guay. Me gustan las aventuras. Y claro que me gustaría ayudarte. Mi vida es muy aburrida, en serio.

Mitia escrutó su rostro buscando algún indicio de sarcasmo. No encontró

ninguno.

—Pero ¿por qué, Katia?

—Somos amigos, Mitia. Eres un chico divertido. Te gusta hacerte el duro, pero... Vi la cara que ponías cuando salvamos a los cachorros. Vi con qué cuidado los cogías. Eres una buena persona.

Mitia pensó en lo que Katia acababa de decir y cerró los ojos de nuevo. Oyó cómo se acercaba a él, soltaba el bolso y se sentaba en el suelo. La oyó rebuscar entre su colección de casetes, canturreando, y decidió que le gustaba. Era raro, pero a la vez extrañamente familiar, como si Katia siempre hubiera estado allí, haciendo aquello mismo, pero en otra habitación, lejos de su alcance, donde no podía oírla.

—¿De dónde eres, ángel? No vives aquí, ¿verdad? Estoy seguro de no haberte visto por aquí hasta esta semana.

—Estoy en casa de mi prima. Tiene una habitación al fondo del pasillo. Es una chica basta y grandota, con la piel fatal y un montón de críos. Seguro que la has visto. Se llama Marina. Si te soy sincera, no me cae demasiado bien, pero necesito un sitio donde quedarme mientras estudio, y ella es todo lo que tengo.

—¿Qué quieres decir con lo de todo lo que tienes?

—Que soy huérfana. No soy nadie.

—Pero ¿de dónde eres? ¿No eres de Azov? Nunca te había visto. Creo que... me acordaría.

—No. Digamos que he crecido en muchos sitios, pero no soy de ninguno en concreto. He vivido en muchas casas distintas, en muchas ciudades. Azov me gusta. No me importaría ser de aquí. Es un sitio agradable, ¿verdad, cachorrito?

—No me llames cachorrito, Katia. Puedes llamarme Mitia.

—Mitia el Exterminador. Sí, ya lo sé.

—¿Lo sabes? —Mitia se sorprendió.

—Mi prima me dijo que te llamabas así. Prefiero lo de cachorrito.

Mitia se miró los pies por debajo de la manta, y el remiendo en el calcetín blanco, y se preguntó qué le habría contado la prima.

—¿Qué exterminas, Mitia?

Él dudó un largo instante y luego respondió:

—Recuerdos, Katia. Recuerdos.

Ella lo miró y desplegó su sonrisa de medio lado.

—Eres un hombre ruso de verdad.

—¿Tú crees? Ni siquiera me gusta el vodka.

—Un hombre capaz de ponerse sensiblero sin una gota de alcohol en las venas es un ruso de verdad —bromeó ella.

Mitia le devolvió la sonrisa y, al sentir que los músculos de la cara se contraían y estiraban, se dio cuenta de que no recordaba la última vez que había sonreído de verdad, a otro ser humano, mientras compartían algo.

—Entonces, Mitia, ¿vamos a vivir una pequeña aventura?

—¿Una aventura? No lo sé. Antes tengo que aclarar las ideas. ¡Y no puedo pensar con esta porquería de música a todo volumen! —Pegó un puñetazo en la pared e hizo una mueca de dolor cuando las costras de los nudillos entraron en contacto con el papel pintado naranja, dejando marcas rosadas en su superficie.

—Tengo auriculares. Toma, cógelos, son de mi walkman. Enchúfalos aquí, escucha Depeche Mode, planea nuestra pequeña aventura. No es tan difícil, Mitia. No te des por vencido antes de empezar.

Mitia estiró un brazo, aún dolorido, cogió los auriculares y se los puso. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? De repente, Andréi el Cretino desapareció de la habitación y Dave Gahan y sus chicos se instalaron en el centro de su cerebro. Cogió el lápiz que Katia le pasó desde la mesa y poco a poco empezó a redactar una lista de cosas pendientes para recobrar la cordura. No solía usar lápiz y papel muy a menudo; la letra era confusa y la lista, necesariamente corta.

Cuando terminó la canción, se quitó los auriculares y se vio transportado de vuelta a la agobiante desesperación del mundo en el que coexistía con Andréi el Cretino. Soltó el lápiz.

—Bueno, esta es la lista, ángel, pero, no sé, en realidad todo es una mierda.

—¿Qué es una mierda, cachorrito?

—Mi vida. Ya es demasiado tarde. Lo he jodido todo. Era inevitable. Nos odiamos los unos a los otros. Es una pérdida de tiempo, una vida perdida.

—No tiene por qué ser así.

—Ya, claro, el rollo del final feliz.

—Puede suceder.

—No, no lo entiendes. No puede haber un final feliz. Soy incapaz de ponerle un punto y final a todo este despropósito. No me merezco nada mejor y tampoco puedo mejorar.

—Eso no es verdad.

Mitia apartó la mirada de ella y se volvió hacia la pared.

—Todo el mundo puede mejorar.

—Eres demasiado inocente.

—Y tú estás convirtiéndote solo en un perdedor.

—No, ellos me convirtieron en un perdedor. Fueron ellos.

—Ellos, quienesquiera que sean, solamente pusieron la primera piedra, tú estás haciendo el resto. No tiene por qué ser así. A mí me da igual quién seas: todo tiene solución.

—Quizá me lo merezco. No te imaginas las cosas que se me pasan por la cabeza. A veces me doy miedo a mí mismo. Tú no me conoces y yo ni siquiera sé de qué soy capaz.

—Y tú no tienes ni idea de lo que se me pasa a mí por la cabeza. Tú me llamas ángel; pues no lo soy, cachorrito. Pero sé que valgo mucho más que esto. Y tú también. Todos, Mitia.

Katia dio un trago al té de Mitia y se frotó la frente con los dedos, cortos y un poco torcidos.

—Todos valemos más. Tienes que respetarte... Yo trabajo con niños pequeños, ¿sabes?, y todos se merecen una buena vida.

—Pero eso no les pasará, ¿verdad?

—A algunos sí...

—Y otros serán alcohólicos, y pegarán a sus mujeres, y se dedicarán a timar a la gente, y serán gamberros.

—Y otros serán médicos, profesores o, no sé, arquitectos y cosas así. Interioristas.

—Katia miraba de nuevo alrededor—. Parece que te gusta el naranja, ¿eh, cachorrito?

—Me recuerda al sol —respondió él, serio. Arrugó el papel donde había escrito la lista y lo tiró a la papelera.

—¿Por qué?

—Solo es una lista. Da igual. No tiene sentido.

Katia cogió la bola de papel y la estiró con cuidado.

—¡No la leas!

—Bueno, tampoco es que pueda, ¿no, cachorrito? ¡Has escrito por todas partes! Tendrás que decirme tú por dónde empezamos.

Mitia apuró el té e hizo una mueca cuando el líquido cayó en su estómago vacío. Reprimió un eructo llevándose un puño a la boca y se quedó contemplando un buen rato las marcas rojas de los nudillos.

—Ya te lo he dicho, Katia, no servirá de nada. Ya da igual.

—Y yo te he dicho que sí servirá y es cierto. No pienso irme hasta que me digas por dónde empezamos. ¡Hablo en serio! Deja de jugar conmigo. Me has pedido que te ayudara, ahora apechuga. No puedo irme sin más. Me recuerdas a los niños del colegio, los más traviosos, tan valientes y tan duros, pero luego... —Katia se arrodilló y se inclinó hacia Mitia, enseñándole sus diminutos dientes blancos en una sonrisa con los ojos entrecerrados, una sonrisa que expresaba resolución más que alegría—, luego son los que necesitan más ayuda que nadie. Aunque os duela mucho pedirla, ¿eh?

Era una mirada que Mitia reconoció también en otras mujeres importantes de su vida: sobre todo en su abuela, su madre y su profesora de primaria, la señora Krizanovskaya. Se limpió un coágulo de sangre seca de dentro de la nariz y, de pronto, supo que no tenía sentido resistirse.

—Vale, vale, tú ganas. Si de verdad quieres perder el tiempo... Empezaremos con una visita al SIZO, encanto, si realmente estás... preparada.

—¿Al SIZO?

—El centro de detención preventiva.

Katia se echó a reír.

—Sé perfectamente qué es, gracias, cachorrito. He estado allí, pero no en el de Azov. Dime dónde está y te llevo el sábado que viene, si te encuentras mejor. Tengo

coche.

Fue pronunciar la palabra «coche» y la envolvió un aura, como si fuera una santa.

—¿De dónde lo has sacado?

El aura de santa se esfumó y Katia frunció ligeramente el ceño.

—Da igual, los coches van y vienen, pero lo importante aquí es que es mío, al menos por ahora. Tengo las llaves y todo. El permiso de conducir. La gasolina. No puedes decir que no.

Mitia no tenía intención de negarse.

—Vale, pero ¿podemos ir mañana? Es bastante... urgente. La visita que tengo que hacer. No sé si podré esperar hasta el sábado.

—Vaya, mañana tengo que estudiar, Mitia. Y, la verdad, no creo que estés para viajesitos. Mejor el sábado, confía en mí.

Y, extrañamente, Mitia confió en ella. El té le había dado sueño, y el cansancio y la conmoción le pesaban en los párpados y tiraban de sus doloridas extremidades. El temblor había desaparecido, dando paso a una pesadez dulce y cálida que parecía que nunca acabaría. Con movimientos rígidos y cautelosos se levantó del suelo y, como a cámara lenta, se dejó caer hacia delante, sobre su estrecha cama naranja; cayó boca abajo y los ojos se le cerraron antes de que su cabeza formara un surco en la tersa almohada de nailon. Con un esfuerzo titánico, volvió la cabeza hacia un lado y dijo:

—Iremos al SIZO, pero no te gustará. Y a mí tampoco.

—Gustar, no gustar... Ese no es el objetivo, ¿verdad? Es un comienzo. Y, si te soy sincera, prefiero eso que tener que ayudar a mi prima Marina a lavar a sus críos en un cubo. Vaya, al menos eso creo. Buenas noches. Descansa. ¡Dulces sueños, Mitia!

Se volvió para mirarlo desde el umbral, pero solo le vio la nuca, con el pelo corto erizado sobre el cuello de la camisa que se movía al ritmo de su respiración, profunda y regular. Cerró con cuidado la puerta. Andréi el Cretino la esperaba en el pasillo, apoyado contra el marco de su puerta.

—Katia, muñeca, ¿dónde has estado toda la tarde? Te hemos echado de menos, hemos organizado un baile. ¡Sveta ha traído *vint* y la cosa está subiendo de tono!

Andréi estaba colocado, como de costumbre, como el resto de los ocupantes de la habitación. Katia pasó de largo, según le había prometido a Mitia, y volvió con su prima Marina, que le contaría su jornada en la fábrica de quesos.

En la habitación de color naranja, Mitia no había oído la puerta al cerrarse ni despedirse a Katia: ya estaba soñando con perros, pelotas y pozos. Y con gritos, lágrimas y un día de verano que había empezado muy bien, pero que había terminado de otro modo. Y algo que Mitia no consiguió ver, algo que estaba detrás de él, o fuera de su campo visual; una presencia que se hallaba firmemente allí, pero que era intangible. Ese algo le provocaba un sudor frío y un escalofrío. Ese alguien lo hacía mirar atrás, aunque él no quisiera, y correr sin detenerse. ¡Corre, pero no tropieces! Sigue corriendo, Mitia. ¡Corre, Mitia, corre!

El ministerio

Galia se levantó temprano, como siempre. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba. La sorprendió el silencio que la rodeaba. Parecía increíble que estuviera en medio de la capital con una avenida de cuatro carriles a escasos veinte metros del edificio. En el apartamento reinaba una extraordinaria inmovilidad e incluso el polvo que flotaba en el aire, dorado a la luz de la mañana, estaba quieto, suspendido en hilos de un tenue silencio. Con mucho cuidado, apartó la cara de la almohada forrada de plástico que había encontrado la noche anterior y se frotó la mejilla, esperando oír pasos al otro lado de la puerta y los normales movimientos matutinos antes de levantarse, pero el silencio era absoluto. Se incorporó poco a poco, un tanto dolorida por lo inusual de los preparativos para dormir: había elegido una colchoneta inflable del ejército con unas ásperas mantas color caqui y un par de toallas rosas relativamente limpias debajo, para no pegarse a la goma, además de la ya mencionada almohada enfundada en plástico. Seguía convencida de que no había sido una mala elección, a pesar de que durante la noche se había salido de la colchoneta varias veces y una de ellas se la había encontrado encima. No había tenido el sueño más reparador de su vida.

Apoyó la espalda contra una pila de periódicos viejos y reflexionó sobre el plan del día. Repasó mentalmente la lista de ministerios y ministros de la que habían hablado la noche anterior y pensó que estaría bien hacerse con un mapa de la ciudad para marcar el recorrido.

A las ocho, el apartamento seguía sumido en un silencio absoluto y Galia no pudo soportarlo más. Salió al pasillo de puntillas y se asomó a todas las habitaciones en busca de señales de vida. Abrió cada una de las puertas, incluso la de la despensa (y se llevó un buen susto), pero no encontró rastro alguno de Grigori Mijáilovich. Había desaparecido.

Zoya estaba acurrucada en un enorme sofá de estilo francés de respaldo alto, roncando bajo un montón de abrigos de colores, sombreros de pieles, calzones largos y un surtido de ropa vieja. Galia la zarandéó del hombro.

—¡Zoya! ¡Zoya, despierta!

Su amiga protestó e intentó librarse de la mano de Galia.

—Déjame, no me toques —murmuró medio dormida—. ¡Soy funcionaria!

—¡Zoya! ¡Despierta! ¡Grigori Mijáilovich ha desaparecido!

—¡Fue Fanny quien le dio la mantequilla al cerdo! —se limitó a responder su amiga, en un tono agudo y lastimero.

Galia intentó zarandearla de nuevo y la montaña de ropa vieja resbaló hasta el

suelo. El cuerpo esmirriado de Zoya quedó casi al descubierto, solo tapado con una bandera de terciopelo rojo con el rostro imponente de Leonid Brézhnev.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Galia horrorizada, y se dejó caer sobre una pila de viejas cajas de pasteles, de lo que se dio cuenta demasiado tarde.

—Tranquila, Galia, tranquila. Seguro que está en el lavabo —gruñó Zoya, repentinamente lúcida, mientras se desperezaba bajo el abrazo mohoso de Brézhnev.

—No, Zoya, no está en ninguna parte y... y... no ha dormido en su cama.

Zoya abrió un ojo y miró a Galia.

—¿Qué cama? Además, ¿cómo sabes si alguien ha dormido en su cama o no, Galia, querida? A mi primo Grigori le gusta levantarse temprano, desde siempre. Cuando éramos jóvenes...

—Llevo despierta desde antes de las seis y no he oído nada, ni un solo movimiento. Nadie ha entrado ni salido del piso. ¿De verdad estás diciéndome que se ha levantado y se ha ido a las cinco? ¿Ese oso viejo? Tiene las articulaciones tan fastidiadas que dudo que sea capaz de salir de la cama él solo.

—Vaya, no sabía que fueras aficionada a vigilar a la gente, Galina Petrovna. ¡Eres una caja de sorpresas!

—Lo que quiero decir es que esta mañana no ha salido y que no está aquí.

—¿Y eso qué significa? ¿Que nos lo hemos imaginado?

—No sé lo que significa, pero la cuestión es que llevo dos horas esperando para levantarme, tengo la cabeza llena de planes y preguntas, y cuando por fin me levanto... no está. ¿Qué vamos a hacer? No podemos ir solas a los ministerios, ¿verdad?

Zoya puso en el suelo sus pálidos pies color lila y se hizo una toga con la cara de Brézhnev.

—Lo que vamos a hacer, Galia, es desayunar primero y ponernos en marcha después.

Galia suspiró resignada, enfundó sus pies hinchados en las zapatillas que había tomado prestadas y que le venían grandes y siguió a su diminuta amiga a la cocina. Cuando entró, Zoya estaba junto a la mesa con expresión melodramática.

—Aquí hay una nota, Galia, querida. Parece que tu búsqueda de pruebas no ha sido demasiado exhaustiva, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

—Que ha dejado una nota. Dice que nos vemos en el Ministerio del Interior a las nueve.

—Pero ¿cómo...? —Galia se dio cuenta de que su boca seguía abierta en una prolongación de la «o», pero no entendía qué pasaba.

—No tenemos tiempo de desayunar —dijo Zoya.

Sacó un bote de pastillas del bolso, se metió dos en la boca y se las tragó con un lingotazo de kéfir verdoso que encontró en una nevera de aspecto amenazante. Luego pasó junto a Galia ágilmente y se dirigió hacia su nido exclamando con vivacidad:

«¡Una vez más en la brecha, queridos amigos, una vez más! ¡Ármate de valor, mujer!».

Galia frunció el ceño y fue a su habitación a ponerse unas medias limpias y un pañuelo en el pelo. Iba a ser una jornada larga y las posibilidades de éxito habían disminuido considerablemente. Oyó el aullido de un perro en algún lugar del edificio, un grito sordo, solitario y desesperado, y sintió un escalofrío.

Hacía más de veinte años que Galia había estado en Moscú en un viaje cultural organizado por la fábrica. La habían paseado a la carrera por la Plaza Roja y la tumba de Lenin, el Museo de Moscú y el Kremlin. Se había quedado fascinada ante los viejos y centelleantes monumentos salpicados de memoriales modernos dedicados a la gloria de los soviéticos, la cálida y rosada materia viva sustituía a los esqueletos en blanco y negro de las imágenes que llenaban las páginas de los libros compartidos del colegio. Los edificios le habían resultado misteriosos, etéreos e intocables. Sin embargo, la guía se había encargado de estropear la visita con su entusiasmo desmesurado. Galia se sintió arrastrada por el grupo, que se movía como una compacta unidad de una etapa a la siguiente, sin tiempo para preguntas, sin poder aventurarse a solas, ni siquiera cruzar unas palabras con el resto de las turistas. La mujer acallaba sin piedad cualquier intento de conversación entre los miembros del grupo. Otros puntos de interés fueron la mole gris del Rossiya, el hotel turístico más grande del mundo, y Bassein Moskva, la piscina al aire libre más grande del mundo. Aquellas cosas tan modernas no le gustaron: eran ostentosas, frías y estaban demasiado masificadas. El hotel se hallaba infestado de cucarachas y malos olores, el personal era desagradable y la comida, repugnante. Y la piscina desprendía tanto vapor hacia el cielo de otoño que parecía el infierno impregnado de cloro. De vez en cuando, Galia creía ver las caras de los pecadores retorciéndose bajo las nocivas nubes de vapor, con las bocas abiertas y las manos alzadas, en silenciosa súplica. Pero sobre todo los moscovitas se le antojaron maleducados y engreídos, gente a la que era mejor evitar.

Ahora, en los años noventa, era todavía peor. El metro estaba invadido de anuncios de mujeres con enormes dientes blancos y de pañales desechables. Todos los carteles de todas las esquinas bombardeaban a los ciudadanos para que compraran acciones de una mina de diamantes, de una petrolera o de una fábrica de chocolate. Las calles, ya fueran amplios bulevares o callejuelas estrechas que servían para conectarlos, estaban repletas de sucios coches que competían para pasar primero, a pesar de que no parecían ir a ninguna parte. En las tiendas del centro solo se vendían la clase de cosas que la gente honesta no puede permitirse, y que nadie necesita. Y entre tanta grandiosidad y consumismo sin límite de horas, alrededor de las estaciones de metro ancianas andrajosas que formaban una hilera intentaban vender cualquier cosa para poder llevarse un trozo de pan a la boca: un zapato desaparejado,

unos cordones gastados, una cuchara.

—Zoya. ¡Eh, Zoya! —gritó Galia y le dio un codazo a su amiga, mientras el vagón del metro rugía por el túnel, varias decenas de metros por debajo de la Lubianka—. ¿Qué parada es la nuestra?

—Relájate, Galia, lo tengo todo bajo control. Es la siguiente.

Zoya estaba ocupada observando a la pareja que tenía sentada justo delante, preguntándose qué verían el uno en el otro. Uno de los dos estaba leyendo una agenda cultural de la ciudad y Zoya deseó tener tiempo para echarle un vistazo. Estaba extasiada con aquel nuevo Moscú. Le encantaba la aglomeración de colores brillantes, el bullicio, la música tranquila que salía por las puertas de los cafés y la algarabía de artistas callejeros; la juventud, tan arreglada, con su desodorante y sus zapatos de piel; los perros pequeños y los exóticos estudiantes extranjeros que olían a tabaco y a perfume caro. Moscú albergaba docenas de teatros, una academia de ballet en cada esquina y numerosas galerías de arte y museos de historia por doquier. Zoya confiaba en no tener que pasar todo el día deambulando por polvorientos ministerios llenos de gente que debería llevar mucho tiempo bajo tierra; sería una lástima no empaparse de cultura, aprovechando que estaban allí. El metro se adentró aún más en la oscuridad del túnel; Zoya sintió que se le tapaban los oídos. Las luces del vagón parpadearon y el espacio se inundó de una extraña penumbra. Quizá era su última oportunidad, pensó Zoya.

Para salir de la estación, las dos amigas se subieron a una escalera mecánica tan larga que, cuando por fin vislumbraron la luz del día, casi ni recordaban por qué se habían subido en ella. Galia se volvió para mirar a su amiga desde arriba y sintió un repentino e intenso vértigo que se extendió desde el estómago hasta las piernas y al resto de sus extremidades. Cuando consiguieron salir de la abarrotada estación, de vuelta a la soleada mañana moscovita, todavía le temblaban las piernas.

De nuevo en la superficie, resultó que el Ministerio de Asuntos Internos era un anónimo edificio en el Anillo de los Jardines: sólido, desproporcionadamente bajo y cuadrado, y gris bajo el sol, poco atrayente o interesante. Galia se sintió decepcionada por el hecho de que no estuviera en uno de los rascacielos de Stalin, las Siete Hermanas. Siempre había sentido un profundo respeto por aquellos edificios tan siniestros que se elevaban hacia el cielo firmemente anclados en la certeza de que la Unión Soviética era, había sido y siempre sería eterna. Góticos y amenazantes, al menos tenían presencia, pensó Galia, no como aquel edificio de tercera. Zoya avanzaba delante de ella, arrastrándola con fuerza de la muñeca.

—Venga, Galia, ahora no te vengas abajo. Podemos con esto y con mucho más. Esta mañana he echado las cartas y todo eran buenos augurios.

Dieron con la puerta correcta al cuarto intento, lo que a ambas les pareció una buena forma de empezar.

—Te he dicho que las cartas no mienten —susurró Zoya.

Todas las puertas de roble, manetas de metal incluidas, parecían estar a seis

metros del suelo y pesar no menos de cien kilos, de modo que, cuando por fin se plantaron frente al desvencijado mostrador de recepción de ASUNTOS INTERNOS: ZONA SUR (EXCEPTO EL CÁUCASO), estaban sudadas y jadeantes. El mostrador se hallaba cubierto de formularios de distintos colores, formas y grosores, muchos abandonados a su suerte a medio rellenar. Un joven pálido y delgado, con ojos llorosos y enrojecidos, comprobó la documentación y apuntó sus nombres.

—¿Quieren un número de referencia? —preguntó sin alzar la mirada.

—¿Necesitamos un número de referencia? —replicó Zoya, arrugando la nariz para enfatizar la pregunta.

—Bueno, depende de ustedes. Este ministerio es un órgano del Estado al servicio de la Federación Rusa moderna: aquí no tratamos a la gente como números. El presidente Yeltsin ha decretado que todos los ciudadanos sean tratados como individuos y abolido el uso obligatorio de números de referencia.

—Eso es bueno —intervino Galia, sonriendo al pálido joven.

—Sí, lo es —asintió él, todavía sin levantar la vista.

—Entonces ¿por qué habríamos de querer un número de referencia? —preguntó Zoya con el ceño fruncido.

—Bueno —repuso el joven, dejando por fin el bolígrafo y mirándolas—, en la nueva Rusia todo se basa en las decisiones de los individuos. Pueden elegir no tener número de referencia y simplemente ponerse a la cola. O elegir comprar un número de referencia y ponerse a la cola.

—¿Comprar? —corearon las dos amigas al unísono.

—Sí, comprar. Así es el capitalismo.

—¿Por qué habríamos de querer comprar un número de referencia y luego ponernos a la cola? —preguntó Galia, un tanto confundida.

—Bueno, depende del tiempo que quieran pasar en la cola.

—¿Y si no quiero hacer cola? —replicó Zoya.

—En ese caso tendrá que comprar un número de referencia de Tarifa Platinum.

—¿Y si quiero hacer cola una hora?

—Para una hora necesitará el de la Tarifa Oro.

—Que Dios nos pille confesadas. Esto no es más que un soborno legal, ¿verdad? —preguntó Galia, alzando los ojos hacia el techo pintado de beis.

—Venerable ciudadana, así es el capitalismo: servicio al cliente, meritocracia, riqueza individual. Y bien, ¿quieren comprar un número de referencia, sí o no?

—Mi primo, Grigori Mijáilovich Semechkin, no tardará en llegar —anunció Zoya con voz entrecortada, encaramándose al mostrador hasta donde sus piernas de gorrioncillo se lo permitían y escrutando los ojos del joven en busca de una chispa de miedo, de reconocimiento, de vida; pero no vio nada—. Así que, hasta entonces, puede meterse su número de referencia por el samovar.

—Esperen allí —replicó él sin inmutarse, señalando al otro lado del pasillo.

Galia se sentó al lado de una mujer muy fornida y rubicunda. Cuando la saludó

con una inclinación de la cabeza, se fijó en que todas las venas de la cara, hasta las más diminutas, eran carmesíes y muy visibles. Se quedó embobada observando la compleja red de líneas de la cara de su vecina, siguiéndolas con los ojos, desde las fosas nasales hasta las mejillas, pasando por los labios y la verruga peluda que despuntaba en la barbilla. De pronto, se dio cuenta del escrutinio al que estaba sometiendo a la pobre mujer y no pudo evitar ruborizarse. Seguramente tenía una granja, trabajaba en la construcción o algo así. Era probable que ni siquiera dispusiera de un espejo en casa. Se había pasado la vida trabajando duro en el campo para que la gente de la ciudad pudiera llevarse un trozo de pan a la boca o tirar tranquilamente de la cadena del retrete. Galia se volvió en su asiento y miró al frente. ¿Quizá deberían haber invertido en un número de referencia? Los números seguían siendo muy importantes y, si no tenías uno, era como si no existieras, a pesar de lo que hubiera dicho el joven de los ojos enrojecidos sobre la meritocracia. Se fijó en los pasillos que la flanqueaban: amplios, marrones, cavernosos y muy muy largos. Ni siquiera alcanzaba a ver el final; era como si no acabaran nunca, una infinita secuencia de puertas marrones, paredes también marrones, neones y suelos brillantes. Sin gente, sin curvas y sin vida.

Zoya se aburría. Ya había analizado a todas las personas que podía ver desde su asiento y a todas les faltaba algo. No había nada interesante en sus rostros, su ropa o su forma de hablar. Gente del montón. Se sacó la bolsa de la costura de debajo del poncho impermeable. Había insistido en ponérselo, a pesar del sol y el calor. Sabía que iba a llover, y sin el abrigo tendría que apañárselas con el poncho de plástico.

—Por Dios, Zoya, no te pongas a coserle ojos a la serpiente de los mil ojos en pleno Ministerio del Interior. Son ganas de buscarte problemas. Guarda eso, ¡ahora mismo! —le susurró Galia con los ojos abiertos como platos, tratando de no llamar la atención hacia sí misma y consiguiendo exactamente lo contrario: todas las cabezas presentes se volvieron hacia ellas soltando un frufú de los tejidos sintéticos y una leve nube de caspa.

Con la cabeza baja, Zoya miró furtivamente los rostros pálidos que tenía alrededor y que la observaban perplejos. Resopló entre ofendida e incómoda, y guardó la bolsa de la costura.

—Esta gente no está preparada —admitió, dirigiéndose a Galia—. Este ministerio no está preparado. Podría ser, no sé, mmm... —añadió, y la frase acabó en un suspiro que luego dio paso a una vaga melodía antigua y ligeramente conmovedora.

Una hora más tarde, seguían sin saber nada de Grigori Mijáilovich y Zoya había empezado a pasearse de aquí para allá, repiqueteando en el suelo de granito pulido con sus diminutos pies de pajarillo. Los zombis que la rodeaban observaban su deambular moviendo la cabeza al unísono, primero hacia un lado, luego hacia el otro, como si fueran espectadores de un partido de tenis muy muy lento en el que no había puntos. Galia había intentado concentrarse, a ratos, en el crucigrama que llevaba en el bolsillo antes del viaje en tren, pero ya no era más que un batiburrillo de cuadrados y

garabatos que ofendía su propio sentido del orden. Hizo una bola con él y la tiró a la papelera rebosante.

—¡Bien hecho! —exclamó Zoya—. Los crucigramas no ayudan en nada. Da igual el problema que tengas; nunca son la solución. Como planchar: planchar nunca soluciona nada. O el golf.

«Derrame cerebral», pensó Galia, pero no dijo nada y fijó la vista en las manos, apoyadas sobre el regazo. De pronto, se abrió una puerta en el pasillo número 1, el de la izquierda, y apareció un hombre con traje gris. La tensión en la sala de espera aumentó a niveles insoportables —con mandíbulas que se desencajaron, ojos con tics nerviosos y la respiración contenida al unísono de los presentes—, para desaparecer cuando el hombre se alejó lentamente en dirección contraria, dejándolos solo con el eco de sus pasos.

Al cabo de un rato, aunque nadie sabía exactamente cuánto tiempo había pasado, puesto que el tiempo en los ministerios se comporta de forma extraña y tiende a ralentizarse o incluso a detenerse (sobre todo a la hora de la comida, que suele durar dos o tres horas, y nunca coincide con la del común de los mortales), el joven del mostrador recibió una llamada y miró a Zoya. Habló en voz baja para que no pudieran oírlo, solo distinguieron alguna ese y alguna te, acompañadas de alguna que otra sonrisa.

—¡Está hablando de nosotras! —susurró Zoya, emocionada y nerviosa al mismo tiempo, como una niña en el parque que se está haciendo pis encima—. Ya verás, seremos las siguientes. Pero ¿dónde se ha metido Grigori Mijáilovich? Tiene que estar en la reunión. No podemos entrar sin él.

—Zoya, claro que podemos. Tampoco es que haya sido de mucha ayuda hasta ahora, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, hemos cogido el tren sin él, nos hemos procurado una cama sin él, hemos desayunado o, mejor dicho, no hemos desayunado sin él y hemos venido hasta aquí sin él. No veo cuál ha sido la contribución de tu primo hasta ahora, Zoya.

—Vaya, a eso se le llama ser agradecida.

—Si te soy sincera, me ha resultado... bastante decepcionante.

Galia sabía que aquellas palabras molestarían a Zoya, pero no podía evitarlo: era la verdad.

—¡Serás víbora! —le espetó Zoya, apartándose como si Galia se arrastrara por el suelo y escupiera veneno—. ¡Eres una desagradecida!

—¡Siéntate, Zoya! Siéntate y explícame qué tengo que agradecer, y te prometo que haré lo que pueda. ¿Ves? No dices nada, así que debo de tener razón. Y encima no veo a tu primo por ninguna parte. ¿Y tú?

—Llegará en cualquier momento —murmuró Zoya; se llevó el frasco de sales aromáticas a la nariz y miró su reloj.

El chico del mostrador había colgado el auricular y estaba escribiendo algo en un

trozo de papel color lila.

—Papel de color lila, ¿lo ves? —dijo Zoya, dándole un codazo a su amiga—. ¡Va a pasar algo!

Una hora después, aún no había pasado nada. Nadie había sido recibido y nadie se había ido. Zoya se puso a comprobar cuánto tiempo podía aguantar la respiración, siguiendo el movimiento del segundero en el reloj de su vecino, y a veces, cuando se acercaba al minuto, notaba que la cabeza le daba vueltas. Galia, por su parte, pasó el rato observando a Zoya y preguntándose por qué cada cierto tiempo sus mejillas cambiaban del gris al ceniza y luego al rojo.

Al final, Zoya se levantó, tambaleándose un poco, y miró hacia las puertas de roble.

—Voy a fumar, Galia. Avísame si pasa algo.

Y así, sin más, salió por la puerta del ministerio hacia una de las urnas de yeso, llenas de arena y colillas, que atraían a los ahumados fumadores hacia el exterior del edificio para echar unas caladas bajo la brisa amarillenta del verano. Zoya encendió un pitillo y enseguida se sintió mejor.

Lo cierto es que no podía negar que empezaba a estar preocupada. ¿Dónde se había metido su primo? ¿Por qué no había llegado a la hora acordada? Después de todo, la idea de quedar a las nueve había sido suya. Y más preocupante aún: ¿por qué se había llevado su Makarov? Ella había escondido la pistola en el fondo del bolso de viaje, pero por la mañana no había rastro de ella. Apretó con fuerza el filtro del cigarrillo: un oso con una pistola nunca era buena idea.

Era media tarde y el calor en el pasillo se colgaba pesadamente de los hombros y los párpados de las señoras. El sol, apenas visible entre la mugre de las ventanas, proyectaba una suerte de neblina ocre. Unos pájaros de aspecto andrajoso tosían sobre las ramas del único árbol que embellecía los jardines del Ministerio del Interior, y el joven de ojos enrojecidos había sido sustituido por un hombre corpulento de mediana edad con el pelo engominado y sin cuello, cuyos ojos estaban perdiendo la batalla contra las mejillas. Algún día las mejillas ganarían la guerra, pensó Galia, y el pobre se quedaría ciego. Se convertiría en el increíble burócrata sin ojos.

—¿Alguna vez piensas en la muerte, Galia? —Zoya llevaba sentada como mínimo quince minutos sin levantar la vista del suelo, así que Galia ya se había olido algo.

—Pues claro que pienso en la muerte, Zoya. Pero no a diario. Y nunca cuando estoy en el huerto, o cocinando, o jugando con... —De pronto le falló la voz—. O jugando con Boroda en el patio.

—¡Seguro que cuando estás en el Club de la Tercera Edad sí piensas en ella! Es inevitable. Está por todas partes, mirándote a la cara.

—No, no es cierto. En el club lo que veo es vida. Vieja, cierto, pero vida al fin y

al cabo. Veo gente que sigue con sus vidas, haciendo lo que pueden, disfrutando de los puzzles de dificultad media que no precisan de demasiada destreza manual.

—Pues yo veo un montón de pasas secas malgastando los últimos días de su vida entre crucigramas infantiles y colecciones de enfermedades tan largas como la tenia de Sasha Smirnov. ¡Ja! ¿Te acuerdas de él? Salió corriendo del ambulatorio...

—Estás harta porque llevamos mucho esperando —la interrumpió Galia, tratando de eludir la historia de la tenia.

—Sasha Smirnov. Era un hombre agradable, ¿verdad? —Zoya tenía los ojos vidriosos y muy lejos de allí—. Nadie habría dicho que tenía la tenia, ¿no te parece? Parecía tan fuerte... Solías darle de comer a menudo, ¿no, Galia? Si no recuerdo mal, le gustaban tus *vareniki*.

—Es verdad, Zoya, le gustaban mis *vareniki*, pero no tanto como tus sesiones de espiritismo. Era uno de los habituales, ¿me equivoco?

Galia sonrió al recordar a Sasha Smirnov, rubicundo y ancho como la puerta de un granero, sentado tras la minúscula mesa de Zoya, rodeado de mujeres sonrientes y de ojos brillantes, listas para llamar a los espíritus de sus maridos, de sus padres y de sus hijos muertos. Ella nunca había participado en aquellas reuniones, pero se pasaba por casa de su amiga para dejarle unas manzanas, unos ajos o un poco de menta y, de paso, se quedaba un rato a curiosear. Sasha Smirnov, que mordía una manzana, sus dientes grandes y blancos, que desmentían su avanzada edad, y su aparente robustez que enmascaraba el secreto del gusano que tenía instalado en el intestino. Sasha Smirnov, que le había traído a Zoya cuentas y pañuelos de lejanos mercados y había trotado detrás de ella por las calles de Azov, con una lealtad, al parecer, evidente para todo el mundo menos para Zoya. Sasha Smirnov, que había salido corriendo del ambulatorio como si hubiera visto al mismísimo diablo, y que se había ido poco tiempo después.

—Me era muy útil sentado a la mesa, no te lo negaré, Galia. Atraía a los espíritus y consoló a muchas mujeres.

—¿Te consoló a ti, Zoya? —preguntó Galia sonriendo, consciente de lo que iba a responder su amiga.

—No había nada entre nosotros, te lo aseguro. Mi destino me pertenece únicamente a mí y así es como quiero que sea. Nunca podría compartir todos mis secretos con un hombre, Galia. —Cogió la mano de su amiga entre las suyas y la apretó levemente—. Pero noté su ausencia cuando se fue. Era... una presencia tranquilizadora, no sé si me explico, como los anillos de Saturno.

—Te entiendo, Zoya. —Y Galia pensó que comprendía lo que su amiga quería decir.

Permanecieron en silencio un minuto.

—¿Te acuerdas de las vacaciones que pasamos en Cheliábinsk, Zoya? Justo el otro día pensaba en ellas. Bueno, en realidad en esas vacaciones y en todas. No sé por qué pero, al acordarme de esas en concreto, me entró la risa floja. Estaba en casa,

lavándome, y Boroda vino a ver qué pasaba. Me parece que creyó que me había dado un síncope.

—¡Ja, Cheliábinsk! Claro que me acuerdo. Las termas con barro que no tenían agua corriente.

—¡Uf! Y la visita de cuatro horas a la fábrica de tractores...

—¡Por Dios! El pícnic en el bosque, devoradas por los insectos.

—Y la visita al koljós donde no tenían ninguna cosecha que enseñarnos. Qué decepción —recordó Galia entre risas.

—¿Y el planetarium? Me encantó. —Zoya miró melancólica hacia la ventana, hacia el cielo amarillo.

—Ah, sí, el planetarium. Se estropeó el monitor y el narrador tuvo que hablarnos de Orión seis veces seguidas porque no le estaba permitido cambiar el guión. —Galia rio al recordarlo—. Durante un tiempo podía recitarlo de memoria: «Orión es una famosa constelación situada en el ecuador celeste y visible durante...».

—Sí, pero me encantó. Los planetas, Galia, el universo..., todo a nuestro alrededor, sin movernos de Cheliábinsk. Lleno de misterio, posibilidades y tan grande...

—Supongo que sí, Zoya. —Galia no quería admitir que se había llevado un buen chasco con el planetarium—. Parece que haya pasado tanto tiempo... —Bostezó y aprovechó para desperezarse—. Y aquí estamos, en este sitio que nos pone sensibleras, como si el sistema solar nunca hubiera existido. Los edificios públicos siempre son deprimentes. Te sientes como si la muerte estuviera a la vuelta de la esquina. Creo que los diseñan así a propósito.

—Quiero ir a la Luna, Galia. ¿Vendrás conmigo?

Galia miró a su amiga, perpleja, divertida y frunciendo el ceño al mismo tiempo. Zoya seguía con la vista fija más allá de la ventana.

—Pues claro, pero aún no podemos irnos. Antes tenemos que poner fin a esta pequeña aventura.

De repente, Zoya bajó la cabeza y la sacudió levemente antes de mirar de nuevo alrededor.

—Debería estar prohibido que los ancianos tengan que esperar en edificios públicos —anunció con un suspiro.

Galia asintió.

—Seguro que si tuviéramos acceso a los datos, descubriríamos que la tasa de mortalidad entre mayores de setenta años aumenta exponencialmente tras una espera de ocho horas en una silla dura de madera, en un pasillo marrón con corrientes de aire y esperando a que el tercer subalterno del secretario haga acto de presencia. —Zoya añadió—: ¡Tengo el culo totalmente dormido!

Llevaban mucho, muchísimo tiempo esperando. Al parecer, el tercer secretario de Asuntos Internos: zona sur (excepto el Cáucaso) estaba teniendo un día de lo más ajetreado. De vez en cuando entraban otras personas por las puertas de roble y se

dirigían al mostrador, enjugándose el sudor del cuello y la frente mientras esperaban a ser atendidas. La hora de llegada no guardaba relación con el orden de entrada. Cada vez que aparecía un burócrata en el pasillo y se dirigía hacia la sala de espera, asegurándose de que se oyeran sus pisadas e incluso, en ocasiones, llegando a dar un par de rodeos a propósito, el nivel de ansiedad en la sala de espera aumentaba al máximo. Una vez allí, ladraba un número de referencia, solo eso. Algunas personas entraban en menos de una hora. Otras salían enseguida. Pero hacia última hora de la tarde, nadie había esperado tanto como ellas dos. La granjera rubicunda había entrado a las dos y aún no había salido. Quizá aún seguía en el edificio, en alguna entrevista con algún funcionario o rellenando formularios con bolígrafos de los malos, en el orden establecido y con el color adecuado, cosa que no tenía sentido excepto para los propios funcionarios. Galia cerró los ojos y empezó a asentir con la cabeza. Ante sus ojos pasaron montones de papeles, bolígrafos que no funcionaban, relojes colgados de la pared y números mágicos, policías malcarados y perros que gemían. El sistema en su totalidad era un misterio y el hombre que lo conocía desde dentro, el único capaz de desentrañar sus secretos, el muy apreciado Grigori Mijáilovich, se había negado a hacer acto de presencia. Una lagrimilla rodó por su mejilla desde su ojo derecho, y Galia echó una cabezadita. Eso necesitaba, un buen sueño reparador que la ayudase a olvidarse de Moscú y a soñar con su huerto y con Boroda.

Al otro lado de la ciudad, el hombre en persona, el oso con ojos de lobo, estaba teniendo un buen día. La limusina, negra y brillante (una ZIL), había aparecido en la esquina a la hora acordada y él, por su parte, se las había arreglado para llegar justo a tiempo. Los días buenos escaseaban en aquella excrescencia en que se había convertido su vida. Saboreó el fruto de su trabajo y disfrutó de la sensación de éxito moderado, o al menos la certeza de que nada había salido mal, en lo más profundo de su pecho cavernoso. Los días buenos eran los que lo animaban a seguir adelante cuando la única cita que le esperaba era con la muerte o, peor aún, con uno de los estofados tan indigestos de Kolia, por si fuera poco amenizado con su cháchara de sabelotodo.

Grigori Mijáilovich llevaba a Kolia en el corazón, junto con la memoria de su abuela, la prima Elizaveta, y hacía cuanto podía para educar al chico y honrar así el nombre de su prima, largo tiempo ya desaparecida. Pero las habilidades culinarias del muchacho eran una pesadilla, mucho peor que cualquier cosa que el NKVD hubiera imaginado. Peor que los peores años de las décadas de los setenta y los ochenta, cuando el arroz era un lujo y el valor de la comida se medía únicamente por la grasa que contenía. La grasa de aquellos años seguía aferrada a las arterias de Grigori Mijáilovich como un abrigo grueso y cálido, pero aun así él seguía vivo, lo que dejaba estupefactos a médicos y antiguos colegas.

Uno tras otro, sus subalternos habían ido sucumbiendo a derrames, ataques al

corazón, extraños accidentes, tumores cerebrales, almorranas grandes como ciruelas y verrugas con sus propios y maquiavélicos planes. Y Grigori Mijáilovich los había sobrevivido a todos, para gran disgusto suyo, hasta convertirse en un anciano al cuidado de un familiar joven que tenía poca conversación y ningún interés más allá de la electrónica, las películas extranjeras con pretensiones artísticas y las chicas.

Así pues, la limusina había llegado pronto y la pasta de Kolia, recalentada un millón de veces, seguía en la nevera. El resto del día había ido sobre ruedas, siempre según lo previsto, al menos hasta donde Grigori Mijáilovich recordaba. La visita matutina a la *banya* había sido muy provechosa. Había salido de allí como nuevo, después de sudar, chapotear y dormir unas cuantas horas. Sin embargo, estaba intranquilo: tenía la impresión de que se había olvidado de hacer algo, como apagar la tetera o sacar al gato, aunque no era exactamente eso. Quizá Kolia podría recordárselo más tarde. La comida en el club había sido excesiva y el posterior paseo en coche por los bulevares de Moscú, lo bastante lento como para que le diera tiempo a hacer la digestión antes de llegar a casa.

De vuelta en su apartamento, Grigori Mijáilovich decidió prepararse el té él mismo, ya que no había nadie más en casa que pudiera hacerlo. Mientras esperaba junto a los fogones, vio una nota sobre la mesa escrita de su puño y letra. Se acercó lentamente a cogerla, esforzándose en recordar qué decía. Al leer las pocas palabras que había garabateado en ella, de pronto recordó la noche anterior, el plan y el motivo por el que las dos mujeres, Zoya y su amiga, más callada, se habían quedado a dormir en su casa. Apagó el gas, corrió a la entrada y cogió el maletín. Tras introducir la combinación, comprobó el contenido: todo estaba en orden, incluida la pistola que le había chorizado a Zoya de su bolso de viaje, por algún motivo que ahora no lograba recordar.

Sacó el viejo teléfono de plástico de la caja y lo enchufó a la roseta. En cuanto tuvo línea, marcó una ristra de números con una seguridad que ya raramente experimentaba.

—Ven a buscarme, cuanto antes. He de ocuparme de un asunto.

Colgó el auricular y se dirigió hacia la puerta con la mirada resplandeciente. La partida había comenzado.

En las profundidades del SIZO

Bañado por la luz amarillenta que rezumaba desde la exhausta bombilla del techo, Vasia pasaba las páginas del libro, lentamente y con cierto cuidado. Las viejas hojas estaban un poco arrugadas, pegadas aquí y allá por obra de alguna sustancia de origen dudoso, y tan desgastadas en otras partes que casi eran transparentes, como las alas de una mariposa muerta atrapadas entre sus dedos. Las imágenes eran oscuras y borrosas, reproducciones antiguas que a Vasia le recordaron, hasta cierto punto, los libros del colegio con que había trabajado en su etapa de maestro; reproducciones en que las personas siempre tenían un aire alienígena, o quizá cadavérico. Nunca le habían molestado las ilustraciones pobres; aquellas caras no se parecían a la realidad y, por tanto, no les había dado más importancia. Sin embargo, en aquella celda repleta de sombras susurrantes y fisonomías solo visibles a medias, o presentes solo a la mitad, lo que necesitaba era colores vivos, líneas claras y sonrisas inocentes que hedieran a frescura mentolada y a manzana. La celda era como la fiel reproducción de las imágenes del libro. Vasia ansiaba el consuelo de unas líneas radiantes como prueba de que el exterior que él recordaba era real. ¿Cuánto tiempo llevaba encerrado en aquella apestosa celda?

—Son buenas, ¿eh?

Shura se inclinó sobre el hombro de Vasia y su aliento, dulce y fétido, acarició la mejilla del anciano, dejándola impregnada de una película de humedad. Fiel a su espíritu jovial, Vasia se volvió para asentir y sonreírle, y a punto estuvo de rozar con la suya la nariz de su vecino y compañero de litera. Se encontró con unos ojos pálidos. Shura, técnicamente un hombre joven, parecía haber pasado toda la vida encadenado en algún patio trasero o entre los cubos de basura de la estación. La piel de su pecho era pálida como el mármol y la del cuello hacia arriba, así como la de las manos, estaba ajada y flácida. La carne le colgaba de los huesos formando bolsas de piel rojiza, impregnadas de vodka, destruidas por las peleas. La nariz era plana y casi tan ancha como la frente, y se abría hasta lo poco que quedaba de los pómulos. Shura sonrió.

—Joven, este libro es magnífico. Hacía muchos años que no veía nada igual. En todo el tiempo que fui maestro nunca tuve libros como este. ¿Dónde lo has conseguido?

—De aquí. Estaba aquí. —Shura alargó el brazo y se lo arrancó a Vasia de las manos—. Puedo usarlo para comprar cosas. ¿Lo ve?

Vasia pensó que sí, que claro que lo veía: Shura hacía valer su condición de guardián del libro para mercadear con todo tipo de cosas. Los ojos del joven seguían

fijos en los suyos, lo cual era una costumbre bastante desconcertante y muy habitual en Shura: sus ojos se posaban en un objetivo humano, y brillaban, sin soltar jamás la presa. Minutos después de haber dado por finalizada una conversación, ahí seguía Shura, observando, esperando, sin parpadear, demasiado íntimos, demasiado cercanos, como si intentara ver qué se ocultaba en la mente de Vasia y olfatear lo que allí se encontraba.

—Hoy es viernes —anunció Shura.

—Sí... ¿Ya? ¡Dios mío! ¡Viernes!

—Nos gustan los viernes.

—Bueno, sí, a mí me gustan. Todos los lunes y los viernes suelo ir al Club de la Tercera Edad. Los lunes montamos una rifa y organizamos charlas con ponentes serios, normalmente sobre cuestiones vegetales y problemas medioambientales, y luego los viernes hacemos cosas más divertidas como ver películas, leer poesía o bailar.

Shura lo observaba con mirada cómplice mientras le acariciaba suavemente la mano.

—El baile siempre me ha parecido un poco difícil, pero lo hago lo mejor que puedo. Tampoco es que haya demasiados hombres disponibles de mi edad para bailar con las señoras los viernes por la tarde, ¿sabes? —Vasia era consciente de que estaba desvariando, pero no podía parar. La mirada de Shura lo animaba a seguir, por mucho que intentara concentrarse en la cabeza de su bastón para no levantar la vista—. Quizá podrías pasarte algún día, Shura, cuando salgas de aquí. Aún te falta mucho para la vejez, pero quizá en algún momento llegues a ser una especie de anciano honorífico. Estoy convencido... —Vasia se quedó encallado porque sabía que estaba diciendo tonterías— de que te encantaría. Y el té que servimos en el baile está delicioso. Las galletas también, y a veces hay pastel.

Vasia calló y se aclaró la garganta. Quizá Shura creía que estaba siendo sarcástico, aunque no era en absoluto su intención. Simplemente era incapaz de cerrar la boca cuando se ponía nervioso. Y los ojos de Shura lo ponían nervioso. Especuló un instante sobre el motivo por el que a los prisioneros les gustaban los viernes, pero se lo pensó mejor antes de decir nada.

—Club de la Tercera Edad. ¿De verdad cree que me gustaría?

El anciano asintió avergonzado, sin demasiada convicción. A Shura no le gustaría el club.

—Puede que tenga razón, aunque no estoy muy seguro: nunca he sido una persona de clubes. Prefiero divertirme por mi cuenta. Me expulsaron de los Pioneros. No se me daba bien.

—¿En serio?

—En serio. Mataba gatos.

Vasia se sobresaltó visiblemente, pero intentó controlar su indignación.

—Ah, vaya, eso no está bien, Shura, pero nunca es demasiado tarde. No, de

verdad. Hay muchas personas en los clubes de la Tercera Edad que no..., vaya, que no han triunfado en la vida como esperaban, pero que están vivas y quieren divertirse un poco mientras la salud aguante y puedan subir escaleras.

—Estos muchachos —dijo Shura, señalando con la mano flácida a los hombres que tenían alrededor, cojos y malolientes como trapos sucios—, estos muchachos nunca irán a un Club de la Tercera Edad. No llegarán a la tercera edad, y punto. Yo no llegaré a viejo.

—Bueno, eso nunca se sabe, Shura. Si los trasladan a la cárcel, trabajan duro y no beben, no se drogan ni se meten en peleas, quizá todo vaya bien. No hay motivo alguno para pensar que la vida se ha terminado solo porque...

Vasia se interrumpió. Su vecino se había quitado la camiseta y estaba mostrándole con gesto lánguido una ristra de cicatrices entre rojizas y plateadas que le atravesaban la pálida piel del vientre, del abdomen y de la parte baja de la espalda.

—Esto me lo han hecho en la vida real, viejo. ¿Le gustan? A mí no... Aún recuerdo cómo me las hice. ¿Cuántas veces cree que puedo sobrevivir a esto? ¿A qué clase de club cree que puedo ir con marcas como estas? Al club del infierno, ahí acabaré.

Vasia tragó saliva y notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Y quién sabe lo que habrá por dentro —añadió Shura, chasqueando la lengua mientras se pasaba la mano por la barriga. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se extendió por su catre, desde donde pasó, para su disgusto, al pobre Vasia.

—Pero los guardas de la prisión ya no apalean a los convictos, ¿no? —susurró Vasia.

—¡Ay! Esto no tiene nada que ver con los guardas. No son ellos los que deben preocuparle.

Shura guiñó un ojo y se echó a reír hasta que sus ojos azules se velaron y Vasia creyó que se iba a desmayar, tan fuerte era el hedor a dientes y muerte. Su compañero reparó en su palidez.

—No se preocupe, viejo, usted no irá allí. No habrá campo de internamiento para usted. Se quedará aquí, a salvo con nosotros, con los chicos. Cuidaremos de usted. Nos cae bien. No se lo llevarán de aquí.

El brazo de Shura se deslizó por el hombro de Vasia y lo apretó con fuerza en lo que pretendía ser un gesto de ánimo, pero que no lo fue, un poco como el café de achicoria que servían en el comedor del colegio, pero mucho mucho peor. Vasia intentó no levantar los ojos hacia la mirada azul de Shura ni pensar en el café.

Un ruido metálico, seguido del movimiento de docenas de pies pobremente calzados, anunció la apertura de las celdas para servir la cena. Los guardas ordenaron a gritos a los prisioneros que se apartaran de la puerta y que mantuvieran las manos y cualquier otra cosa en su sitio. Un aire rancio se coló desde el pasillo y trajo consigo el inconfundible olor de las gachas de trigo y el estofado de carne. Las sombras de las paredes se alargaban y encogían con la oscilación de las bombillas, provocada por la

corriente de aire, añadiendo una nota de mareo a la creciente sensación de náusea de Vasía. Sabía perfectamente que el estómago nunca había sido su punto fuerte, pero aquello era extraño. La misma comida que la que estaban a punto de servir lo había mantenido en pie a diario durante los casi cuarenta años que había sido profesor, pero ahora, en aquella celda, aquel olor se le antojaba un símbolo de pérdida, de muerte, y le cerraba el estómago, obligándolo a apretar los labios para no vomitar.

—¡Coja! —Shura apartó el brazo de su hombro y le plantó delante un plato metálico con la cena.

—Gracias, Shura, pero esta noche no tengo hambre.

—Tiene que comer. —Los ojos de su compañero se pasearon por el débil pecho y las enclenques piernas de Vasía—. Tiene que comer, viejo.

—Tienes razón, lo intentaré a partir de ahora, pero esta noche no. Tengo la cabeza llena de recuerdos y, sí, por qué no decirlo, de remordimientos. No tengo hambre. He hecho cosas malas, Shura.

—No me diga. ¿Qué clase de cosas?

Vasía se arrepintió al instante de su afirmación.

—Pues... cosas. Nada malo de verdad, obviamente. No quiero que pienses que soy...

—¿Como yo?

—No quería decir eso. Pero no, no soy un delincuente. Es que... —La voz del anciano se apagó mientras trataba de arrancar un trozo de ternilla del estofado gris que rodaba lentamente por el plato.

—Soy un hombre de familia, ¿sabe? —anunció Shura inesperadamente.

—¿De verdad? Vaya, no lo habría dicho, Shura. Cuéntame más.

—No hay mucho más que contar, viejo. Mi mujer está como una puta cabra. Le da a la botella. Cuando empieza a beber, no puede parar.

Vasía asintió y masticó con más fuerza hasta que le dolió la mandíbula.

—Tengo un hijo, pero nunca lo veo. No me dejan acercarme a él. Vive con su *babushka*. Ni siquiera me escribe. Es como si yo nunca hubiera existido, pero yo sí me acuerdo. Lo bañaba cuando era pequeño.

Vasía intentó tragarse aquel trozo, pero se le quedó atravesado en la garganta y lo hizo toser.

—Venga, viejo, no la palme durante la cena, que la liaría gorda.

Vasía bebió un trago de agua rancia de su jarra y consiguió tragar. Dejó el plato en el suelo, más convencido que nunca de que el potaje de aquella noche no era para él.

—Eso es muy triste, Shura. Lo siento por ti, pero seguro que la abuela se ocupa de él.

—Ah, está seguro, ¿eh? —La mirada especialísima de Shura fulminó al pobre Vasía.

—Quiero decir que el amor de una abuela es un lazo muy fuerte y... y que estoy seguro de que no tienes que preocuparte por el pequeño.

—Tiene catorce años. Ya no me preocupo por él. Si sobrevivió a su madre es que puede con todo, pero llevo demasiado tiempo lejos de él. Ya ni siquiera me acuerdo de su cara. Ni de su voz.

Vasia se miró los pies un buen rato, incluso minutos. Quería decir algo, pero por una vez en su vida no se le ocurría nada.

—¿Te vas a comer eso? —quiso saber otro vecino de litera, golpeando con la cuchara el plato del anciano.

Vasia negó con la cabeza y el plato desapareció como por arte de magia.

—Seguro que hiciste lo que pudiste, Shura. Y seguro que su abuela lo ha hecho muy bien.

Shura soltó una carcajada y se dio la vuelta para jugar a las cartas con el vecino del otro lado. Vasia recuperó la litera y permaneció sentado con aire ausente, observando a su compañero de celda, mientras grupitos de cuerpos sin cabeza empezaban a moverse nerviosos por la celda: se acercaba la hora del intercambio vespertino. No era una actividad ordenada. En noches anteriores, Vasia se había puesto un poco nervioso en aquella fase del procedimiento, pero hoy le daba todo igual. Siguió mirándose los pies e intentó recordar la cadena de acontecimientos que lo habían llevado a hacer cosas malas. Tenía que haber razones de sobra: en el momento le debieron de parecer sólidas, convincentes incluso, pero ahora, al volver la vista atrás, no recordaba ni una. Si miraba en las aguas turbias de su propio pasado, solo veía la capa de mugre en la superficie: el resultado de sus actos, todas las consecuencias —tanto reales como imaginadas— emergían a la superficie como ratas muertas. Apoyó la cabeza en las manos y respiró hondo.

Mucho más tarde, cuando ya llevaba un buen rato durmiendo sentado, el vecino lo sacudió por el hombro.

—Tengo que contarle algo.

—¿El qué?

Vasia notaba la boca pegajosa por el sueño.

—Tengo que contarle algo, viejo.

—Shura, perdóname, pero es tarde. Ya hablaremos...

—No, me atormenta. Debo contárselo. Antes no le he dicho toda la verdad... sobre las cicatrices.

—¿A qué te refieres, Shura?

—A cómo me las hice.

—Entonces sí fueron los guardas de la prisión, ¿verdad?

—No.

Al reparar en la mirada de Shura, al anciano le dio un vuelco el corazón. No había duda: era imposible malinterpretar semejante concentración de dolor, miedo, pena y, sobre todo, vergüenza.

—Fue mi mujer.

—¿Tu mujer? —Vasia se horrorizó.

—No se lo cree, ¿verdad? Ya se lo he dicho: le gusta beber. Y cuando bebe, se vuelve loca. No sé, yo también bebo, pero a mí me da por cantar y robar y caerme redondo por los sitios. Pero ella se convierte en un animal. ¡Mire!

Shura se subió de nuevo la camiseta y esta vez, al mirar más de cerca, Vasia localizó entre el entramado de marcas algo que le puso los pelos de punta. Eran cicatrices que dibujaban pequeños arcos en un patrón perfectamente reconocible: señales de dientes humanos.

—Es horrible, Shura. ¿Cómo es posible?

Él se encogió de hombros.

—Yo la quería; era la mujer de mi vida. Pero no lo olvide, abuelo: las personas son animales. Yo lo sé. Me arrancaba trozos de carne, me tiraba botellas, apagaba cigarrillos en mi piel. Me tenía aterrorizado y yo... lo aguantaba todo. Cuando ya no pude más, me fui. Y dejé a mi hijo... con ella. Me merezco estar aquí. Fue la *babushka* quien lo salvó. Ah, sí, debería estar muerto por lo que hice. Y espero estarlo bien pronto.

Shura le dio la espalda y, tapándose con la manta marrón, se acurrucó en su litera. Vasia sintió que un vacío enorme crecía en su interior, desde la boca del estómago subía a la garganta e iba más allá, hasta las puntas del pelo y las uñas de las manos y los pies. Era un hombre vacío: una carcasa, la nada, menos que nada. Una lágrima inútil rodó mejilla abajo desde su ojo izquierdo; la limpió con la mano, la boca abierta. De pronto miró el techo, deseando con todas sus fuerzas ver el cielo, pero allí solo había telarañas, hollín y viejas imágenes pornográficas pegadas por las paredes. No había consuelo, ni líneas limpias, ni estrellas rutilantes, ni Dios. Bajó la vista y pensó intensamente en sí mismo.

Aún no se sentía valiente. No se merecía a Galina Petrovna, y empezaba a pensar que nunca se la merecería. Pero no era un animal. Shura estaba equivocado: las personas no tenían por qué comportarse como bestias, ni cargar con la culpa hasta el lecho de muerte. Se podían hacer muchas cosas hasta entonces. Cogió papel y lápiz y empezó a escribir, esta vez con una seguridad que no había sentido antes. Escribió únicamente la verdad, sin palabras superfluas ni explicaciones, y suplicándole al lector que acabara de leer antes de tomar una decisión. Escribió y escribió hasta que se sintió en paz consigo mismo y pudo hacerse un ovillo en la litera, al lado de Shura, casi acurrucándose contra él, y dormir con la conciencia limpia y el corazón liberado.

Un triunfo menor

Zoya advirtió que se acercaba la limusina ZIL antes de verla u oírla. Llevaba un buen rato rondando frente a las pesadas puertas de roble, observando a un niño que, en su opinión, había sido un gran sacerdote egipcio en otra vida. Estaba ensimismada intentando encontrar el ángulo justo para verle las orejas y comprobar si su intuición era correcta, mientras pensaba cómo preguntar lo más sutilmente posible si el niño había estado alguna vez en Heliópolis, cuando, de pronto, sintió un cosquilleo en la nuca que se fue extendiendo columna abajo hasta detenerse en la faja. Aquel cosquilleo hizo que se le erizara el escaso cabello de color lila que le quedaba y que le temblaran las aletas de la nariz.

—Galia —dijo en voz alta pero con complicidad, guiñándole el ojo izquierdo a su amiga, que dormitaba y babeaba ligeramente en el hombro de su propio vestido de estampado floral—. ¡Galia! —Esta segunda vez añadió una nota más aguda, no muy distinta del chillido de las gaviotas que se lanzaban sobre los herrumbrosos barcos de pesca que aún faenaban solitarios en las aguas desiertas del mar de Azov.

Galia despertó al grito de «¡Quita! ¡Sucia criatura!» y todas las cabezas se volvieron hacia ella. Zoya le indicó con un gesto que se acercara a la puerta.

—Está a punto de pasar algo. ¡Lo sé!

Galia miró alrededor, a las caras salpicadas de manchas blancas y rojas, y luego se levantó y se alisó el vestido, preguntándose qué había dicho en voz alta mientras dormía. Había soñado con Pasha y Boroda, incluso con Vasia. El bueno de Vasia, que aún conservaba sus propios dientes, con su bastón y su gatito, además de con su eterno ofrecimiento de amistad y compañía que Galia siempre había pasado por alto categóricamente. Encontró un caramelo en el bolsillo de la falda, se lo metió en la boca, con papel y todo, mientras pensaba en si habría micrófonos en la sala de espera.

—¡Galia! ¡Mueve el trasero! —susurró Zoya, echándole una mirada enigmática.

Cuando llegó a la ventana, que se abría justo al lado de las enormes puertas de roble, las dos amigas divisaron una brillante limusina ZIL que estaba aparcando junto a la acera. Zoya canturreó de alegría y palmoteó, lo cual levantó espirales de motas de polvo que brillaron entre las dos cabezas que asentían bajo el débil sol de la tarde, atrapadas en los pasillos del ministerio. Galia contuvo una exclamación de sorpresa al ver a Grigori Mijáilovich bajarse lentamente del asiento de detrás con la ayuda de un hombrecillo con uniforme oscuro y gorra de visera. A continuación, apoyándose en dos bastones, el viejo oso inició la laboriosa subida por la rampa hasta el ministerio, balanceándose rítmicamente, dispersando palomas y nubes de saliva a cada paso que daba. El sonido de los zapatos al golpear los adoquines parecía producir en Zoya un

temblor en lo más profundo de su pecho a modo de respuesta.

—¡Ha venido! —susurró, agarrando el brazo sudado de Galia con gesto tembloroso.

—¡No doy crédito a lo que veo! —exclamó Galia.

—¡Deberías tener más fe!

—Puede que tengas razón —replicó Galia sonriendo, y abrazó a su amiga.

Dieron media vuelta y se enfrentaron al mar de caras que las observaba.

—¡Está aquí! —exclamó Zoya, triunfante—. ¡Dejad pasar a Grigori Mijáilovich! Necesitará un asiento, o puede que dos. ¡Tú, chaval, levántate de la silla! Estaba equivocada. No tienes un sacerdote del sol egipcio dentro de ti, mocosito repelente. Vete a jugar al pasillo. ¡Venga!

La madre del niño levantó la mirada del crucigrama que tenía entre manos y chasqueó la lengua en señal de desaprobación, mientras Zoya echaba al niño de su silla. El labio inferior del pequeño empezó a temblar.

—Extiende las manos. Toma. —Zoya sacó un puñado de cuentas del bolsillo y se las puso en las palmas—. Venga, con esto basta. Juega con ellas, pero no le digas a nadie que te las he dado yo. Y no te las comas.

El niño contempló el puñado de cuentas y, con movimientos lentos y precisos, cogió una, la examinó y luego se la metió en el orificio izquierdo de la nariz.

—¡Así se hace, Sun Ra, así se hace!

Zoya lo hizo girar levemente sobre sí mismo y luego lo empujó hacia el pasillo mientras Galia limpiaba de migajas y moscas muertas el asiento, ahora libre.

El suspiro interminable de las puertas de roble anunció la llegada de Grigori Mijáilovich. Todos los ojos se volvieron cuando su gigantesca silueta se recortó contra la puerta, emanando un olor sutil pero inconfundible a naftalina, alforfón, vodka y pepinillos en vinagre.

—Ah, señoras, señoras, buenas tardes. ¡Ciudadanos todos! —dijo suspirando Grigori Mijáilovich, e inclinó la cabeza en un gesto que abarcaba a todos y cada uno de los cuerpos, cálidos y excesivamente abrigados, que ocupaban el vestíbulo.

Se dejó caer en el asiento recién liberado y abrió las piernas de par en par, molestando así a las mujeres de los granjeros que lo flanqueaban.

El hombre rollizo de las mejillas que se sentaba detrás del mostrador, y cuyos ojos ya casi estaban tan rojos como los de su predecesor, observó con cierto recelo a Grigori Mijáilovich y, al mismo tiempo, fingió no prestarle atención.

—Tenemos que ver al viceministro Glujov cuanto antes —anunció Grigori Mijáilovich desde su asiento, dirigiéndose al hombre de las mejillas.

—Tiene que pasar por el mostrador para registrarse, ciudadano —replicó el hombre en una especie de susurro ahogado, sin devolverle la mirada.

—No, no lo entiende... Tenemos que ver al viceministro cuanto antes. —Y plegó los dedos de la mano derecha sobreponiéndolos en una figura, extraña y retorcida.

El funcionario ni se inmutó.

—Me temo que es imposible. No está en la ciudad. Ha salido a pescar a su dacha. Estamos en agosto, ciudadano: todos los ministros y viceministros están de vacaciones.

—Tú no lo entiendes, maldito engendro del demonio. Está hablándote Grigori Mijáilovich Semechkin y tenemos que ver al viceministro cuanto antes —dijo Zoya, precipitándose hacia el mostrador.

El funcionario se llevó un buen susto. Se acercó tanto a él que por un momento Galia pensó que le iba a morder la nariz.

—Es imposible, señora. No se encuentra en la ciudad.

—No, no lo entiende, tenemos que ver al viceministro cuanto antes —insistió Grigori Mijáilovich, e introdujo una de sus enormes pezuñas de oso bajo la chaqueta de la que extrajo una especie de pase que colgaba de un viejo cordel. El pase reflejó los rayos del sol y el rechoncho funcionario entornó los ojos y leyó. Acto seguido, dio un respingo y se puso pálido. Un dedo invisible acababa de apretar el botón mágico.

—El viceministro Glujov está en su dacha pescando durante todo agosto, pero veré qué puedo hacer. Por favor, tome asiento, señora.

Zoya retrocedió y Grigori Mijáilovich se acomodó en la silla, mientras Galia observaba al burócrata. Parecía enfermo, con las mejillas recubiertas de una fina capa de sudor y una palidez malsana. Deseó que esta vez no hiciera falta llamar a una ambulancia y decidió que una dieta poco saludable en la juventud podía llegar a ser peligrosa. La ausencia de fibra y la dependencia exagerada de los alimentos industriales de importación podían tener efectos terribles en el cuerpo en su conjunto. Asintió en silencio y observó cómo el funcionario levantaba el pesado teléfono de plástico y hacía una serie de cortas llamadas balbucientes.

—Acérquense al mostrador, por favor —anunció, y su voz sonó mucho más agradable.

—Joven, no puedo acercarme al mostrador como tampoco puedo bajar a Laika de su órbita. Ya es demasiado tarde para eso. Las rodillas no me lo permitirían. Sea educado y acérquese usted a decirnos lo que sea.

Se notaba que Grigori Mijáilovich sufría de verdad de las rodillas. El funcionario miró fijamente los papeles que tenía delante unos segundos y luego, sin alzar la vista, se levantó de la silla con un quejido de plástico húmedo y se dirigió, con los ojos clavados en el suelo, hacia las rodillas de Grigori Mijáilovich. Zoya miró a Galia y le guiñó un ojo.

—El viceministro Glujov, Roman Serguéyevich, lo siente mucho, pero ahora mismo se encuentra en su dacha en una reunión con el primer ministro y el viceprimer ministro y, por tanto, le resulta imposible recibirle. De todas formas, el viceministro Glujov, Roman Serguéyevich, me pide que le dé este número de teléfono al que podrá usted llamar a las ocho de la tarde para saber dónde se encuentra exactamente y quizá dar con una solución para... para el... problema que tienen

ustedes ahora mismo, que el señor Glujov, Roman Serguéyevich, desconoce, pero que me asegura, o mejor dicho, le asegura que tiene el máximo interés en solucionar. Inmediatamente, de hecho.

—¿A las ocho de la tarde? Señoras, ¿qué les parece? ¿La situación seguirá teniendo solución a las ocho?

—Sinceramente, eso espero, Grigori Mijáilovich, pero no tengo forma de saberlo. —Galia estaba muy decepcionada; tanto, que le temblaba el labio inferior. Aun así, reconocía que era un avance considerable que tener en cuenta—. Eso espero.

—Dígale a Glujov que llamaremos a las ocho. Y que de verdad esperamos que no sea demasiado tarde. —El burócrata venido a menos y sus mejillas fueron despachados, y luego Grigori Mijáilovich le ofreció la mano a Zoya—. Vamos, prima, vamos, Galina Petrovna, ya hemos perdido demasiado tiempo con esta buena gente. Es hora de perderse en la ciudad.

Las puertas de roble se cerraron tras el trío y el joven que se sentaba al otro lado del mostrador suspiró aliviado.

El aire rancio y estancado del piso flotaba sobre la mesa, aún llena de mapas, comunicados oficiales y envoltorios de galletas. Zoya y Grigori Mijáilovich llevaban toda la tarde jugando al póquer y fumando unos puros enormes que hacían lagrimear a Galia. Grigori Mijáilovich había rechazado cualquier posible plan cultural con gesto serio, insistiendo con solemne vehemencia en que sus rodillas no podrían aguantar más paseos y añadiendo que los monumentos más importantes estarían cerrados. Era agosto, por el amor de Dios, y cualquiera con un poco de instrucción estaría fuera de la ciudad, a ser posible en el campo. Galia se sentía muy lejos de casa. Intentó llamar a Azov, a Yegor Platkov, para tener noticias de Vasía o Boroda. Cada vez que sus dedos testarudos marcaban los números, ella se negaba a creer que todas las líneas telefónicas entre la capital y su ciudad del sur estuvieran ocupadas, con un zumbido de mosca que recorría de una punta a otra de la Rusia europea. Pero cada vez que marcaba los números se producía una pausa larga y agonizante, seguida de un chirrido agudo: era imposible realizar la conexión. Comprobó varias veces que el teléfono estuviera bien conectado, pero todo parecía en orden. A punto estuvo de preguntar a Grigori Mijáilovich si se había acordado de pagar la factura; tenía la leve sospecha de que no estaba siendo sincero. Las llamadas dentro de Moscú eran gratuitas, pero las de larga distancia había que pagarlas. Era otra preocupación más, sumada a todas las otras, que ahora llevaba sobre los hombros formando un montón tan alto que casi llegaba al techo, si no al cielo.

Se dirigió hacia la ventana del enorme salón y miró el patio. No había niños jugando, solo un andrajoso grupo de viejos adornaba los bancos con sus caras grises, marrones y amarillentas. Galia sintió que la desesperación se apoderaba de ella y dejó que la engullera lentamente. Se llevó la mano al bolsillo, casi por instinto, en busca

de un caramelo, que se lo metió en la boca. De vez en cuando era bueno recuperar el sabor del hogar. Observó a los jugadores de póquer: puro en ristre, cartas en forma de abanico delante de la cara, mirada fija. Hizo una lista de cosas positivas: al menos seguían sobrios y vestidos de la cabeza a los pies.

—Grigori Mijáilovich, son casi las ocho. Deberíamos llamar ya, ¿no te parece?

Galia estaba deseando actuar. Perder el tiempo esperando en aquel apartamento no iba con ella. Detrás de una nube de humo, el viejo frunció el ceño y tosió con un estertor viscoso que hizo temblar los marcos de las ventanas. Galia sintió el impulso de ir por la fregona.

—¿Dices que ya son casi las ocho, Galina Petrovna? Bueno, pues entonces, ¡que empiece la función!

Galia colocó el teléfono sobre la mesa, delante del anciano, mientras este se pasaba una zarpa por los recovecos de la camisa y rebuscaba entre la colección interminable de trozos de cuerda, llaves y recortes de periódico que guardaba en los bolsillos del chaleco. Galia apartó la mirada y se cruzó con los ojos brillantes de Zoya. Su amiga se regodeaba con el botín conseguido, que incluía dinero en efectivo, botones, cerillas y lo que parecían ser dos escarabajos muertos, aunque tal vez no lo fueran.

—¡Tiene muy mal perder, Galia, para ser alguien que pierde tan a menudo!

—Ah, aquí está, señoras, el número. Uy, no, este no es, es el de... Nada, da igual. ¡Ah, este sí es! En el bolsillo de los números importantes. A veces creo que Kolia tiene razón cuando dice que se me empieza a ir la cabeza, pero luego me digo: ¡una mierda! ¡Solo se vive una vez!

Grigori Mijáilovich rio a carcajadas y Zoya se le unió, sacudiéndose arriba y abajo como una marioneta que colgara de sus hilos. Galia no entendía qué les parecía tan divertido; levantó la muñeca y dio unos toquitos a su reloj de pulsera.

—Por favor, Grigori, debemos apresurarnos. Vasia y Boroda dependen de nosotros. ¡Dependen de ti!

Un perro ladró en el patio y enseguida se oyó un aullido desde una ventana cercana.

—Galina Petrovna, tienes razón, como siempre. Procederemos con sobriedad.

Y los dedos grandes y gruesos de Grigori Mijáilovich empezaron a marcar uno a uno los números mágicos. Galia contuvo la respiración hasta que empezó a marearse, entonces volvió a respirar, lenta y profundamente, a ritmo. Zoya se colocó junto a su primo y acercó la oreja para enterarse de todo. Galia no se atrevía a escuchar ni la mitad de la conversación. ¿Qué diría el viceministro cuando supiera que había interrumpido las reuniones, el viaje de pesca y la estancia en la dacha para hablar de un anciano y una perra retenidos a cientos de kilómetros, en el polvoriento sudoeste del país? Ella era incapaz de imaginarse una sola escena en la que su reacción fuese positiva. Observó al perro del patio tirando de la correa para ladrarle a un pensionista que pasaba a su lado y se preguntó si Boroda aún respiraba, si aún parpadeaba con

sus preciosos ojos oscuros y observaba a la gente con su sabiduría canina, o si Kulakov y Mitia ya se habrían encargado de ella. Cerró los ojos un instante y, acto seguido, se quedó petrificada cuando oyó que Grigori Mijáilovich colgaba el auricular con un golpe seco.

—Se ha ido de discos.

—¿De discos?

—¡De discos!

—Qué curioso, ¿no? Pero ¿de vinilo o de lanzamiento olímpico?

—No, vieja estúpida, de discos. Está en la ciudad, en una disco, bebiendo, bailando y, bueno, haciendo lo que se hace en las discotecas.

Zoya negó con la cabeza, sin acabar de entender.

—El viceministro Glujov no está en su dacha, ha vuelto a la ciudad para irse de fiesta. Por lo visto, no podemos decírselo a nadie. Nuestros labios, por decirlo así, están sellados.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, Grigori Mijáilovich? —exclamó Galia, alzando ligeramente la voz—. Esta tarde nos ha prometido que hablaría con nosotros hoy mismo. Zoya y yo volvemos mañana a Azov. No puedo quedarme más tiempo, de verdad que no. Tengo que ocuparme del huerto y...

—Galina Petrovna, ¿puedo llamarte Galia? Galia, tus plantas no se van a escapar y tampoco a marchitarse. Tu amado será liberado y la perra te será devuelta... quizá, si Dios quiere. Nos reuniremos con él donde haga falta. Nos vamos de discos. Todo irá bien, ya verás.

La voz de Grigori Mijáilovich sonaba segura, potente, tranquila, como si lo tuviera todo controlado. Por un momento, Galia se sintió reconfortada.

Zoya aplaudió y, acto seguido, sonrió de oreja a oreja.

—¡Una disco! ¡Una discoteca! ¡En Moscú! ¡Tengo que cambiarme de ropa! ¿Tienes algo de lentejuelas, Grigori Mijáilovich? Debemos encajar en el ambiente.

—Zoya, refrena tu entusiasmo, prima. Me temo que el club en cuestión no es de los mejores de Moscú. Es del tipo... bohemio, no sé si me explico. Ni pizca de oro por ninguna parte.

Galia negó lentamente con la cabeza.

—No sé a qué te refieres, Grigori Mijáilovich.

—Si no me equivoco, quiere decir que está infestado de cucarachas y que no hay puertas en los lavabos —terció Zoya, cariacontecida.

—Me temo que no te equivocas, Zoya —asintió su primo.

—Grigori Mijáilovich, no quiero parecer maleducada, pero me sorprende tu conocimiento de los clubes nocturnos de Moscú. ¿Los frecuentas? —preguntó Galia, muerta de curiosidad.

—Nunca he ido, ¡qué disparate! Pero sé cosas, Galia. Y conozco a un joven que sí frecuenta las discotecas. Debo llamar a Kolia, tiene que acompañarnos. Me temo que sin él no pasaremos el *feiskontrol*.

—¿El qué?

Zoya se llevó la mano a la cara y tiró con expresión preocupada del labio y luego de la ceja.

—Kolia sabrá qué hacer. Ya debería estar aquí. Es vago, tonto y bastante intrigante, pero tendremos que conformarnos. Es sangre de mi sangre, al fin y al cabo. Ahora, señoras, echad un vistazo en el vestidor a ver si encontráis algo que os haga parecer más...

—¿Bohemias? —aventuró Zoya.

—Sí. Yo haré lo mismo. Estoy seguro de que tengo un fez por algún sitio.

Y dicho esto, Grigori Mijáilovich levantó su enorme peso de la mesa, apagó el puro cubano en un plato conmemorativo de los cincuenta años del comunismo y se encaminó al pasillo.

—Todo esto no me gusta un pelo —susurró Galia.

—Cultura, aventura, salvación... ¡y vodka! —cloqueó Zoya—. ¿Qué no te gusta?

La maestra quesera

El charco de sudor que se acumulaba debajo de los ojos de Mitia le provocaba la extraña impresión, cuando se hallaba entre el sueño y la vigilia, de estar ahogándose en un mar de aguas saladas y anaranjadas. Era como si una ola densa y pegajosa se le hubiera pegado a la cara. Casi notaba la presencia de los cangrejos que correteaban a su alrededor, sobre la espesa arena que se acumulaba alrededor de sus ojos. De pronto, sintió que se mareaba y abrió los párpados lentamente, antes de despegar la cara de la almohada con sumo cuidado. Tenía todo el cuerpo cubierto por una película de sudor e incluso el aire que respiraba estaba impregnado de una humedad cálida. Se llevó una mano hinchada a la cara y con la yema de los dedos acarició las marcas que le habían dejado las sábanas. Era una textura de rallador de queso. Intentó enfocar la vista, no sin cierta dificultad. Por las estrechas rendijas que eran sus ojos, enmarcados arriba y abajo por los bordes rosados de los párpados, consiguió localizar el reloj: era casi mediodía. Se puso boca arriba y contempló los brillantes paneles de poliestireno del techo. Era viernes: debería estar trabajando. De hecho, era su obligación. Pero hoy Mitia el Exterminador no pensaba fichar.

Algo en la habitación le resultaba extraño, aunque al principio no fue capaz de descubrir qué. Permaneció inmóvil. El sol cubría de motas la pared mientras la brisa jugaba con el borde de la cortina de nailon, y en algún lugar un anciano conversaba con su radio en un tono muy serio. De pronto, Mitia supo de qué se trataba: reinaba un silencio total en la planta. Ni un solo grito del vecino alcohólico de nombre desconocido, ni una sola nota disco retumbando al otro lado de la pared en la habitación de Andréi el Cretino, ni una sola pelea de gatos en el pasillo que amenazara con hacerle sangrar los oídos. Un pájaro trinaba en el patio y el abedul mecía sus ramas al ritmo de la brisa. La paz era absoluta. Mitia cerró los ojos y abrió los oídos: por encima del zumbido de las células latiéndole en los tímpanos, oyó canturrear a una mujer. Era Katia tarareando «Enjoy the Silence». Estaba seguro de que era ella. Abrió los ojos y relajó los músculos faciales para esbozar una sonrisa dulce. De pronto, un perro ladró en el patio. Mitia se sorprendió al escuchar aquel sonido: ¿qué estaría diciendo? Quizá le estuviera gritando: «Levántate, Mitia. Tienes trabajo pendiente». O tal vez ladraba porque no tenía nada peor que hacer.

«¿Los perros no hablan debido a la forma de sus bocas?». Recordaba habérselo preguntado una vez a su madre hacía mucho mucho tiempo, cuando todavía hablaban durante las comidas y compartían rebanadas de pan moreno con mantequilla. Ella se rio tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas, y Mitia se sintió un poco ridículo, aunque también había sonreído. Pero su madre no le había respondido. Quizá porque

no sabía la respuesta.

Se duchó en el baño comunitario del final del pasillo. Le costó meterse en la bañera y sujetar el mango de la ducha sobre la cabeza fue una tortura para sus doloridos brazos. Todo el proceso resultó más desagradable que de costumbre a causa de la rigidez que le atenazaba el cuerpo. En más de una ocasión, al intentar llegar a las zonas más magulladas, estuvo peligrosamente a punto de tocar con la cara las fecundas paredes del cubículo. Una vez limpio y seco, se puso el único atuendo presentable que le quedaba (un conjunto invernal de pantalones color violeta de lana y camisa gris de manga larga) y empezó a sudar otra vez. Miró los pantalones: algo no lo convencía. Quizá pudiera pasarse luego por la tienda de segunda mano y buscar unos más apropiados para el calor. Necesitaba unos pantalones cortos. Al agacharse para atarse los cordones, se dio cuenta de que casi no llegaba a los pies. Olvidando los problemas de vestuario, se concentró en atárselos. Se acordó otra vez de su madre. Después se encaminó a la puerta.

Una vez en el pasillo, ya no oyó el canturreo de Katia. Pero estaba seguro de que era ella: lo había sentido en lo más profundo de su alma, había notado sus dedos acariciándole el corazón. Tras un instante de vacilación, se dirigió lentamente hacia la puerta mágica, al final del pasillo. Nunca se había fijado en ella ni recordaba haber visto a nadie entrar o salir por allí, aparte de a Katia hacía unos días. Levantó una mano y llamó sin demasiada convicción. No se oyó nada. Se sintió vacío. Carraspeó y volvió a intentarlo, esta vez un poco más fuerte. Al oír un ruido, el corazón le dio un vuelco. Se preguntó cómo se habría vestido Katia hoy y si llevaría el pelo recogido en una coleta o suelto sobre los hombros. Sintió la necesidad imperiosa de tocarla.

Un eructo brutal hizo temblar la puerta, que se abrió bruscamente. Ante él se alzaba una chica enorme, de aspecto basto y manazas rojas. Tenía la piel fatal y desprendía un fuerte olor a queso.

—Qué —rugió, y Mitia no pudo evitar dar un paso atrás.

—Hola. ¿Está Katia?

—¿Katia? —repitió ella, que parecía enfadada.

—Sí, Katia.

Mitia intentó curvar los labios en una sonrisa para convencer a la chica de que sus intenciones no eran malas.

—¿Para qué quieres verla, eh?

Entornó los ojos y sonrió de una forma especialmente desagradable, con la boca medio abierta y sacando la lengua color crema, de la que chorreaba saliva al suelo. La sorbió y luego se limpió la boca con el dorso de la mano, grande como un bloque de piedra. Mitia decidió arriesgarse.

—¿Eres su prima, Marina? —preguntó, intentando sonreír por segunda vez.

—¿Qué clase de pregunta absurda es esa, Mijaíl Plovkin? ¿Vas a hacer como que no me conoces?

Ahora le tocaba a él quedarse boquiabierto. Seguramente se habían conocido en

algún momento, pero no lo recordaba. Quizá en la cocina: si él estaba vigilando sus fideos ramen de importación, probablemente no la habría ni visto. O bien al salir del lavabo, en cuyo caso seguro que había apartado la mirada. De pronto supo que era importante seguir comportándose como una persona civilizada.

—No, pues claro que no... Eres Marina, claro. ¿Te has hecho algo en el pelo?

Marina resopló.

—Katia no está —anunció, lanzándole la información como si fuera una corteza del queso.

—Ah, gracias. Ya me... —Mitia dio media vuelta en dirección a la puerta principal.

—Puedes pasar a beberte una copa de *kvas*, si quieres. La necesitas, se te nota.

Mitia frenó en seco, paralizado a medio pasillo por sus palabras. Volvió la cabeza hacia ella, intentando no mirarla directamente, pero aun así no pudo evitar percibir la mancha rosa llena de cráteres que era su cara y aquella sonrisa babosa. Tenía los dedos, gordos como anguilas, metidos debajo de las axilas, de donde arrancaba las bolas de pelusa que cubrían la bata de estar por casa. Mitia se estremeció y murmuró que estaba muy ocupado en aquel momento.

—Te crees que eres mejor que los demás, ¿verdad, Mijaíl? —Ya no sonreía.

—No sé a qué te refieres.

—Haciéndote el misterioso. La puerta, siempre cerrada. Nunca vas a las fiestas de Andréi, ¿verdad?

Mitia sabía que sería poco diplomático contestar con sinceridad, así que pegó la lengua contra el paladar e intentó sonreír.

—Nunca demuestras interés. Te he visto en la cocina cinco o seis veces..., creo que seis, y jamás saludas.

Mitia se encogió de hombros y clavó los ojos en el suelo.

—No se me da bien cocinar. Cuando lo hago, necesito concentrarme en lo que tengo entre manos. Si uno se distrae, las cosas suelen acabar quemadas, creo...

—Lo sé todo de ti —lo interrumpió Marina—. Mitia el Exterminador. Sí, sí.

—¿En serio, Marina? —Volvió a encogerse de hombros, pero la sangre le empezó a fluir por el cuello hacia las mejillas—. No hay mucho que saber, te lo aseguro.

—Ella no lo sabe, ¿verdad?

La maestra quesera sonrió mientras se sacudía unas partículas cremosas del escote que fueron a parar al suelo.

—¿Qué?

—Katia. No sabe a qué te dedicas. Si se enterara, no se dignaría ni a escupirte a la cara.

—Sabe que soy exterminador.

—Sí, Mijaíl, pero no sabe de qué, ¿a que no? Lo sé, piensa que matas cucarachas, pero creo que tendré que sacarla de su error.

—No, prima Marina, no lo hagas, por favor. —Regresó junto a la puerta con paso

decidido.

—Tiene que saberlo.

—Sí, ciudadana vecina, pero prefiero decírselo yo. —Mitia trataba por todos los medios de no enfadarse.

—Al final acabará descubriéndolo, ¿sabes?

—Hablaré con ella —replicó él, muy serio.

—Que sea cuanto antes.

—Sí, le...

—Te odiará.

—Se lo explicaré.

Notaba la capa gelatinosa de sudor que empezaba a formarse en su frente y sobre su labio superior. El esfuerzo que le costaba intentar convencerla, y no ir a buscar la percha que usaba con los perros para sujetar a esa zorra, era más de lo que podía soportar.

—Sería una conversación digna de escuchar —dijo Marina, sonriendo con satisfacción—. ¡Y corta! ¡Eres un perdedor, Mijaíl Plovkin! ¡Y aquí no se te ha perdido nada! —exclamó, y le cerró la puerta en las narices.

Mitia parpadeó con fuerza, respiró hondo e intentó relajar los dedos, que se habían contraído hasta convertirse en garras a ambos lados de su cuerpo. La prima Marina era una mujer formidable y daba un poco de miedo. Y le había dicho algo que él ya sabía. Miró la puerta en silencio, tratando de recobrase. Levantó la barbilla y se dirigió escaleras abajo hacia la furgoneta.

Como cualquier tarde soleada, un grupo de niños correteaba por el patio, dibujaba con palos en el suelo y hacía pasteles de tierra, saliva y hojas. Sus *babushkas* ocupaban los bancos en una fila irregular, embebiéndose del sol con las caras arrugadas como nueces. Mitia recordó a su propia *babushka* y su dacha. Hacía años que no pensaba en ella. Apenas se acordaba de su cara, pero sí de su voz mientras le regañaba por coger las fresas de la planta y comérselas. Su jardín era un refugio seguro para Mitia. Sonrió y se abandonó a la sensación mientras se dirigía con paso ligero hacia la furgoneta. Cómo habían disfrutado de aquellos días en el jardín, él y su mejor amigo.

—¡Asesino!

El grito fue como una bofetada en la cara. Alzó la cabeza de golpe y le sorprendió ver a una niña pequeña, con dos coletillas en lo alto de la cabeza y la cara sucia de tierra, plantada delante de él, bloqueándole el camino. Sujetaba un palo bastante grande que iba deslizando por el lateral de la furgoneta, manchando a su paso la pintura inmaculada y poniéndole los pelos de punta a Mitia. Su cara le resultaba familiar.

—Ciudadana niña, por favor, apártate de mi furgoneta.

—¡Eres un asesino! —repitió la pequeña.

—No sé de qué estás hablando, pero, por favor...

—Eres el Exterminador. ¡Te conozco! Mi *babushka* me ha hablado de ti. ¡Tú has matado a Boroda!

—Me encargo de eliminar plagas caninas, o al menos eso he hecho hasta ahora, como parte de un servicio que...

La niña golpeó la furgoneta con el palo y gritó:

—¡Asesino! ¡Boroda no era un perro callejero! *Baba Galia* la quería. Y solo tenía tres piernas.

—Ah, te refieres al trípodo, ¿verdad? —murmuró Mitia, más para sí mismo que para ella—. Oye...

—¡No era un trípodo, era una perra! —exclamó la niña, y golpeó de nuevo el lateral de la furgoneta.

—Sí, vale, para ya.

Intentó coger el palo, pero la niña se apartó de un salto y él falló.

—Y ahora la *baba Galia* ha ido a Moscú para decírselo al ministro.

Mitia ladeó la cabeza y la miró sorprendido.

—¿En serio? ¿A Moscú?

—Y tú irás al infierno.

La niña le tiró el palo y salió corriendo hacia el abedul para reunirse con su pandilla, que le hicieron muecas y representaron todo tipo de muertes terribles a base de mímica, bajo la atenta mirada de sus *babushkas*. Mitia miró a la pequeña boquiabierto. ¿Sería verdad que la ciudadana de la tercera edad había ido a Moscú a presentar una queja? ¿No debería estar llevándole paquetes de comida a... al anciano, Volubchik? Hacía unos cuantos días que estaba en el SIZO y seguramente necesitaría provisiones. ¿De verdad lo había abandonado para ir a quejarse por un perro? ¿Un perro que, en cualquier caso, independientemente de quién tuviera la razón, lo más probable era que ya estuviese muerto? Abrió la puerta de la furgoneta y se sentó con cuidado en el asiento del conductor. Dentro apestaba a heces y a pelaje de perro, sobre todo al haber estado todo el día al sol. El hedor era tan fuerte que por un instante no pudo respirar. Bajó la ventanilla y miró al patio. ¿Sería verdad que la anciana había ido hasta Moscú por el perro? Por el retrovisor vio a los niños a lo lejos, amenazándole de muerte y haciendo todo tipo de gestos obscenos. Se reían y apostaban entre ellos a ver quién se acercaba más a la furgoneta. Mitia giró la llave y metió marcha atrás. Los niños se dispersaron por el polvoriento patio, aullando y gritándose los unos a los otros, mientras la radio sonaba de fondo: «Walking in my Shoes», de Depeche Mode. Si Mitia hubiera entendido la letra, la habría encontrado adecuada.

Petia Kulakov había pasado una mañana agotadora lidiando con la mierda de otros. La casera no le había hecho la colada, porque su hermana había muerto (o eso decía ella), así que hoy llevaba el uniforme sudado de ayer. Le daba igual: a veces, un

policía apestoso valía más que uno limpio. Y no era que Petia Kulakov hubiera sido «limpio» alguna vez. ¿Qué sentido tenía si siempre volvías a ensuciarte? Aquella mañana en el quiosco, donde normalmente solía tomarse unas copillas para neutralizar la resaca del día anterior acompañadas de una bolsa de galletas, solo había oído protestas y malos augurios, quejas sobre las dificultades para mantener el negocio y la falta de protección. Y la gota que colmó el vaso había sido las noticias de la dentista. Ay, Kulakov tenía problemas en la boca. Durante semanas se había resistido a la tan temida conclusión, pero ahora ya no podía negar más la evidencia. Tenía un diente podrido que le causaba un tormento continuo. El dolor desaparecía casi por completo durante horas, se convertía en un simple zumbido, pero luego remontaba hasta transformarse en un latido agónico que le llenaba los ojos de lágrimas y hacía que la emprendiera a puñetazos con lo primero que se le cruzaba por delante. Ay, sí, aquel cabrón de Plovkin le había hecho saltar dos fundas la noche anterior; si hubiera apuntado un poco más a la izquierda, habría hecho saltar el incisivo que tantos dolores de cabeza le estaba dando. Se lo habría agradecido. Y ahora las noticias no podían ser peores: cuando por fin se decidió y llamó a la dentista, resulta que había emigrado a Israel. ¡A Israel! Tanto tiempo yendo gratis a la consulta de una judía y ni siquiera se había dado cuenta. No pudo reprimir una mueca.

Cuando llegó la hora de la comida, no podía masticar. Se tomó un par de vodkas más para mantener a raya el dolor y se reclinó en la silla de la oficina, con los pies descalzos sobre la mesa y la boca abierta. De vez en cuando notaba el vuelo de una mosca cerca de su cara; su única preocupación en aquel momento, una preocupación menor, era no acabar tragándose una mosca. Las había a patadas en la oficina, y todas acababan alrededor de la mesa de Kulakov. Algo que había debajo las atraía. Claro que no sería la primera vez que se tragaba una, y en las ocasiones anteriores no había sufrido consecuencias nefastas.

—¡Kulakov!

El nombre fue acompañado de un golpe de nudillos en la mesa y de una brusca inspiración. El policía ni se inmutó. Mitia recordó las marcas en sus nudillos y optó por dar una patada a la silla.

—¡Eh, Petia! ¡Despierta! Te he traído una botella.

Golpeó de nuevo la pata de la silla y agitó la botella de alcohol ante la cara del policía. Kulakov cerró la boca y abrió un ojo, luego el otro. Contempló la visión de la ofrenda, el cristal empañado por el frío. Supuso que acababa de salir de una nevera. ¿Le quedaban pepinillos en el cajón? ¿Y qué hacía allí el cabrón de Plovkin?

—Solo he venido a decirte... que no me tengas en cuenta lo de anoche.

Mitia carraspeó y apoyó una mano en la mesa. Kulakov permaneció inmóvil, mirándolo con evidente desconfianza y, al mismo tiempo, con cierta avidez. Se pasó la lengua por los labios agrietados pensando en dónde estaría el Gran Vova, por si acaso necesitaba su ayuda.

—No sé qué me ocurrió. —Mitia no se atrevía a mirar al policía a los ojos, así que decidió fijar la vista lo más cerca posible de la cara: en el lóbulo de la oreja izquierda—. Normalmente no soy una persona violenta.

La cara de Kulakov se contrajo en una sonrisa.

—Vaya, Mitia, hermano, menuda sorpresa. —Se pasó la lengua por los dientes y reparó en que, al menos en aquel preciso momento, no le dolían—. Pensaba que no te vería en una buena temporada, después de la paliza de ayer. Me ofendiste gravemente, ¿sabes? Yo solo quería ayudarte. —Alzó la mano y acarició el cuello de la botella; al sentir el frío en los dedos, tragó saliva—. Disculpas aceptadas. Puedes dejar la botella encima de la mesa.

—Hay otra cosa, Kulakov. Quiero que sepas... que voy a retirar la denuncia contra los ciudadanos ancianos de los que nos ocupamos el lunes por la noche. No presentaré pruebas. Ya he rellenado el formulario, aquí está. —Y Mitia señaló el documento de diez páginas, impreso sobre papel gris, que descansaba como un pez muerto sobre la red de la bandeja de entrada del policía.

—Vaya, vaya. —Kulakov bajó los pies de la mesa y con un ruido sordo apoyó las cuatro patas de la silla en el suelo. El impacto despertó de golpe el incisivo y una descarga de dolor le recorrió la boca como lava derretida—. ¡Arrggg! —gritó, llevándose las manos a la cara.

Mitia destapó la botella de vodka y la acercó a los labios de Kulakov.

—Bebe, Petia. Te ayudará.

Mitia levantó el culo de la botella y el policía dio un trago y luego otro. De pronto se atragantó con la fuerza del alcohol que le subía por la nariz y le bajaba por la garganta y se empapó la camisa y las mejillas de vodka. Tomó aire y se echó a reír.

—Eres patético, Plovkin. Pero haz lo que te dé la gana: ya he tramitado el papeleo. No necesito tus pruebas, tengo más que suficientes. ¡Como siempre! —Bebió otro trago—. No puedes detener este tren, hermano. Él se pudrirá en la cárcel y el perro ya es carne para gato. —Los carrillos de Kulakov temblaron con las sacudidas de sus carcajadas.

Mitia bajó la mirada hasta el suelo de cemento manchado y asintió lentamente. Era demasiado tarde. Kulakov no tenía por qué ayudarlo y él tampoco podía hacer mucho más. Dio media vuelta y se dirigió hacia la salida, repentinamente dolorido de los pies a la cabeza y cargando con el peso de sus propios huesos.

—¿No quieres saber cómo lo descubrí?

Al oír a Kulakov, se detuvo junto a la puerta.

—La verdad es que no.

—¡Me lo dijo él! Así, sin más. ¿Qué te parece? ¡No tuve que tocarle ni un pelo!

—¿Qué quieres decir?

—Estábamos sentados en el coche. Yo empezaba a estar un poco más sobrio; tenía que hacer el papeleo, ya sabes. Voy y le ofrezco un trago de vodka, para que se tranquilice. Creo que no bebe mucho, a diferencia de otros padres, ¿eh? Y me dice

que lo siente..., que siente que hayas salido tan mal.

Mitia se volvió y atravesó la puerta gris de la entrada hacia la luz cegadora que inundaba el patio de la comisaría.

El Tercera Vía

—No va a funcionar. —Kolia estaba en el pasillo, contemplando boquiabierto a los tres ancianos bohemios que tenía delante—. Vale que no sea uno de esos locales pomposos donde te cobran treinta dólares por entrar y te hacen sentir privilegiado, pero aun así... hay unos mínimos. Señoras, Grigori Mijáilovich, con el debido respeto, pero parece que se hayan escapado de un manicomio. ¿Qué tal si pongo a hervir la tetera y preparo un té para todos? Luego podríamos freír unas patatas...

—¡Cachorro insolente! Necesitamos entrar en el Tercera Vía como sea. Tenemos que hablar con el viceministro sobre la perra de esta señora y su novio...

—No es mi novio.

—Novio potencial.

—No.

—¿Amigo del género masculino?

—Bueno, eso implica algo más, ¿no te parece?

—¿Conocido?

—Un poco frío.

Kolia alzó los ojos y resopló. Creía saber manejar a Grigori Mijáilovich, por muy insoportable que fuera a veces, pero los tres a la vez eran imposibles. Había previsto pasar una tarde tranquila tirándole los trastos a la vecina, si conseguía cruzar el umbral de su casa y deshacerse del puñetero perro, y de pronto las cosas empezaban a complicarse. El abuelo estaba delirando, como siempre, pero el hecho de que hoy tuviera dos cómplices femeninas era muy extraño. Y encima estaban bastante cuerdas, aunque la más baja de las dos, la que casi no tenía pelo, era un poco rara.

—¿Podemos volver al tema que nos ocupa?

Galia se subió la cinta del pelo por encima de la frente y se concentró en Kolia, mientras intentaba no frotarse los ojos. El rímel que Zoya le había aplicado, al principio, picaba a rabiar, y ahora pesaba como si estuvieran creciéndole cuerpos extraños en las pestañas. Las fibras flotaban en los márgenes de su campo de visión, y seguían pareciéndole moscardones que volaran a su alrededor. Resultó que los pantalones de montar que encontró en el fondo de un viejo baúl del ejército, una vez le hubo quitado los cadáveres marchitos de arañas, le sentaban bastante bien, a pesar de que no estaba acostumbrada a llevar pantalones de ningún tipo, y también le picaban un poco. La opinión generalizada era que no combinaban bien con las sandalias que llevaba, pero no había otra opción. Galia confiaba en que la blusa a rayas verdes y amarillas le diera un aire artístico, pero tampoco estaba muy segura. No tenía mucha experiencia con la bohemia, así que todo eran conjeturas.

—Señores, ¿qué es esa tontería del viceministro? ¿Qué viceministro es y por qué creen que está en el Tercera Vía? He estado en esa discoteca y les aseguro que allí no hay ministros. Ni siquiera el de Cultura o el viceministro de Asuntos Musicales. —Kolia soltó una risita nasal y Galia decidió que aquel chico no le caía bien—. Grigori Mijáilovich se desorienta un poco de vez en cuando. Quizá a ustedes también les pase. Un buen té y un poco de descanso...

—Nosotras nunca nos desorientamos, jamás. Controlamos a la perfección todas nuestras facultades. Simplemente necesitamos colarnos en esa discoteca y tú nos ayudarás a hacerlo —dijo Zoya, inclinándose hacia Kolia y reteniéndolo contra la pared con sus brillantes ojos oscuros.

—No tengo dinero —repuso el joven, con una sonrisa socarrona—. Soy estudiante.

—Yo tengo dinero. Toma, cincuenta mil rublos. Hemos de ir a Novokuznetskaya, y rápido, así que baja a la calle y para un taxi. Enseguida vamos nosotros.

Kolia se dirigió hacia la puerta suspirando con resignación, mientras los otros tres se agachaban para recoger bolsos y demás accesorios, que en esta ocasión incluían una paleta de maquillaje y varios pinceles, los binoculares de las señoras y un paquete de galletas para mantener a Grigori Mijáilovich en movimiento.

—¿De verdad es sangre de tu sangre este Kolia? —preguntó Zoya, frunciendo el ceño.

Grigori Mijáilovich asintió y eructó disimuladamente tras una de sus enormes zarpas.

—Me duele reconocerlo, pero... sí. Me decepciona, la verdad. No me molestaría tanto si fuera un poco pícaro, pero es que encima ha salido pánfilo.

El sol ya se ponía cuando los tres morbosos bohemios, acompañados de un Kolia de aspecto un tanto furtivo, se apearon del angosto espacio del taxi Zhiguli y pisaron las calles de la encantadora y vieja Novokuznetskaya. Nubes de estorninos surcaban ondulantes el cielo teñido de rosa. Era una parte muy antigua de la ciudad, bastante céntrica, pero que parecía estar a kilómetros de distancia de los transitados bulevares y de los rascacielos de Stalin. Aquí las calles serpenteaban alrededor de bonitas plazuelas rodeadas de árboles y los bloques de pisos apenas tenían tres plantas de altura. Pequeñas galerías de arte y talleres de orfebrería se apiñaban a ambos lados de la estrecha vía. A Galia no le pareció el típico sitio donde encontrar una discoteca, claro que su experiencia al respecto era más bien limitada: la única vez que había pisado una había sido en el sótano de un complejo turístico, durante las vacaciones en Cheliábinsk, de hecho. Recordaba los vasos de plástico rojos, el zumo que sabía como si viniera de Marte, el chumba-chumba a todo volumen y un profesor de baile que los animaba a construir un comunismo perfecto mientras los bailarines, sudados y con la cara roja, intentaban no tropezar con sus propias piernas en aquella especie de samba frenética. No fue una tarde especialmente agradable. Galia necesitó echar mano de sus conocimientos de primeros auxilios muchas veces a lo largo de la velada

y, aunque no tuvo que ocuparse de ninguna fractura seria, el hielo y la tintura de yodo habían corrido por doquier. Galia no era una gran amante del baile.

—Kolia, llévanos. ¿Dónde está ese sitio? —preguntó Grigori Mijáilovich con su voz cavernosa, mientras se recolocaba la boina en lo que esperaba fuese un ángulo más desenfadado y se subía los pantalones de cosaco, muy voluminosos y de satén rojo, hasta sacarlos de la caña de sus botas color verde brillante—. Esta cosa me está matando. Perdona, Galina Petrovna, ¿te importaría metérmelos en los calcetines un poco más adentro?

Galia hizo una mueca, pero cumplió con la petición lo mejor que pudo.

—Seguidme —les pidió Kolia, con el aspecto del muchacho que se ve obligado a llevar a sus padres, o a unas tías solteronas, a una discoteca de rock para jóvenes.

Avanzaron unos cien pasos por aquella calle tan tranquila hasta una puerta de metal en un bloque de pisos de aspecto corriente. Junto a la puerta había una chica de unos dieciséis años con el pelo largo y oscuro, toneladas de lápiz de ojos y una expresión enfurruñada con la que quizá había nacido. Parecía muy ocupada en no hacer caso de un chico de aspecto serio, con barba y bigote enmarañados y con las gafas sucias. El chico miró a Galia a los ojos y, al darse cuenta de que pretendía entrar en la discoteca, la mandíbula se le desencajó. Nada en la vida lo había preparado para semejante impresión. El eje de su mundo acababa de desplazarse y ya nunca nada volvería a ser igual. Los seguratas del Tercera Vía no eran los típicos gorilas de discoteca.

—¿Cuánto? —preguntó Zoya con su vocecilla de pájaro más aguda y chirriante.

La boca del joven se abrió y se cerró sin que saliera de ella ningún sonido, dos veces. Sus ojos, abiertos de par en par, se pasearon de Galia a Zoya, de Zoya a Grigori Mijáilovich, y luego vuelta a empezar. Al final se posaron en Kolia, que esperaba detrás de los tres ancianos discotequeros, fingiendo no estar allí.

—¿Y bien? —insistió Zoya.

—Ah, ciudadanos, no sé si... Es decir, somos gente abierta, pero...

—*Feiskontrol?* —preguntó Grigori Mijáilovich, adelantándose y acercando su peluda cabeza hacia el joven.

—Bueno, no es eso exactamente, señor. Es que... bueno, ya sabe, queremos que todo el mundo se lo pase bien en el Tercera Vía. Nos gusta la gente; aquí nunca hay malas vibraciones, pero... ¿por qué quieren entrar?

—¡Queremos bailar! —exclamó Zoya, indignada.

—¿Bailar?

El joven arqueó las cejas y su mirada se paseó por las piernecillas de gorrión de su interlocutora, por cada articulación, vena y tendón que se escondían gracias a las mallas moradas efecto mojado que Zoya había comprado especialmente para la ocasión (y para vergüenza de Galia) en un quiosco en la esquina de la calle de Grigori Mijáilovich. Había conjuntado las mallas con la toga de Brézhnev del día anterior y un par de puntas de ballet que había encontrado en la nevera de su primo. Galia creía

que las mallas eran preferibles a las piernas desnudas de su amiga, cuya propuesta inicial había sido precisamente esa, pero aun así entendía muy bien la consternación del chico.

—Somos de Cheliábinsk —mintió Galia, sonriendo para animarse.

El escrupuloso joven asintió ligeramente y a su vez esbozó una media sonrisa, como si la procedencia bastara para explicar la extraña apariencia del trío. En aquel momento, la chica levantó la mirada después de inspeccionar un buen rato sus propios zapatos y una bola de chicle gris se le deslizó de la boca abierta hasta la acera.

—Son de Cheliábinsk —repitió Kolia con su voz nasal haciendo una mueca.

—Dios mío —susurró la joven—, debe de haber llegado el circo a la ciudad.

—Está bien, chicos, pueden entrar, pero no creo que les vaya el rollo. Al menos intenten no asustar a nadie, ¿eh?

Zoya sujetó a Kolia del brazo para evitar que desapareciera por un callejón cercano y lo empujó hacia la puerta, escaleras arriba, delante de los tres.

Galia se preguntó si realmente el viceministro Glujov, Roman Serguéyevich, podía estar en un lugar como aquel. Parecía un edificio de apartamentos corriente, viejo y un poco destartado, de no ser por la vibración sorda que retumbaba por la escalera y que en la cabeza de Galia anunciaba algo emocionante y desagradable al mismo tiempo, como un trueno en una tarde de verano, o un bonito matorral con algún tipo de infección severa. Al llegar a lo alto de la escalera, se toparon con una puerta grande de madera, abollada y revestida de algo parecido a papel de plata. Kolia la empujó lentamente y, de repente, todos los miedos de Galia se confirmaron.

La enorme sala, que en el pasado había sido sin duda una elegante alcoba, latía al ritmo de la luz y la música. Parecía que el techo se ondulara al entrar en contacto con las frondas de música, grandes como tractores, que salían de los altavoces y lo acariciaban suavemente. Había jóvenes bailando, haciendo extraños movimientos angulares con los brazos y sin apenas mover los pies. Tenían la cara sudada y sus ojos parecían nublados por la alegría o el dolor, imposible saberlo. Un joven con unos pantalones amarillos estaba inclinado sobre un montón de cajas, cables y pequeñas luces parpadeantes en lo que parecía ser una tarima montada artesanalmente al fondo de la sala. Galia se preguntó qué estaría haciendo. Al parecer, manipulaba una serie de pequeños interruptores. Alrededor de la pista de baile había grupitos de jóvenes cuyos ojos reflejaban las tonalidades rosas, naranjas y verdes de las luces del techo.

Grigori Mijáilovich permaneció inmóvil en la puerta, igual que un gigante, observando el mundo que lo rodeaba como si acabara de despertar para encontrarse en un sueño. Galia se tapó las orejas e intentó seguir a Kolia con la mirada: el chico estaba cruzando la sala en dirección a una puerta y el oscuro pasillo que se abría tras ella. Zoya, por su parte, estaba al borde de la pista de baile paralizada, con los ojos brillantes, contemplando las proyecciones de luces en la pared y siguiendo con la cabeza más o menos el ritmo chispeante. Galia cogió la mano de su amiga y la

arrastró por los pequeños bancos de cuerpos calientes y ojos saltones, siguiendo a Kolia mientras este se abría paso por un laberinto de pasillos y vestíbulos en pos de su objetivo final: la barra. Grigori Mijáilovich permaneció perdido como un náufrago delante de uno de los altavoces, con el pelo de la nuca de punta por el ruido de la caja detrás de él, sintiendo que el latido de la música le atravesaba el pecho hasta el corazón, sin entender muy bien por qué.

—¿Lo has visto ya? —le gritó Galia a Zoya volviéndose, mientras se abrían paso a través de la gente hacia la barra.

—¿A quién?

—Al viceministro Glujov, Roman Serguéyevich, ¡a quién va a ser!

—No sé qué aspecto tiene.

—Vaya. ¿Y Grigori Mijáilovich lo sabe?

—Lo dudo, querida. Creo que no se conocen.

—¿Y Kolia?

—No digas tonterías.

—¿Y cómo se supone que vamos a encontrarlo?

—No debería ser difícil dar con un viceministro de la Federación Rusa en un lugar así. Mira a tu alrededor, Galia; utiliza la cabeza. Es lo que yo pretendo hacer, pero antes nos vendría bien una copichuela. Para aumentar las conexiones sinápticas y tal. ¡Y calentar un poco los motores! —parloteó Zoya a toda velocidad.

Cuando llegaron a la barra, Galia se aferró a ella como si su vida dependiera de ello. Zoya pidió al camarero cuatro vodkas y luego pidió a Kolia que liberara a Grigori Mijáilovich del embrujo del altavoz y lo llevara a la barra. Al chico la idea no pareció gustarle, pero obedeció.

—¡Mira, Zoya!

Les habían servido las copas en vasos de cristal con forma de botas de invierno. Galia sonrió: ella también había tenido aquel mismo juego de vasos, hacía ya mucho tiempo.

—¡Arriba, abajo, al centro y adentro! —exclamó Zoya, muy sonriente.

Galia brindó con su amiga, apuró el vodka de un trago y dejó el vaso sobre la barra con un golpe seco. En condiciones normales era mucho más recatada, pero esta vez agradeció el frío abrasador. El efecto fue casi instantáneo: le ardió el estómago, se puso colorada y las cuatro extremidades de su cuerpo se desacoplaron del tronco y flotaron cada una en una dirección distinta. Su cerebro emitió un leve zumbido y la frente se le perló de sudor.

—¡Eh, quizá sea ese de ahí! —le dijo a Zoya entre risas.

Cerca de la barra, en una sala aparte, había un hombre de mediana edad y aspecto serio, con jersey de cuello de cisne y fumando de una pipa, sentado a una mesa con forma de seta y jugando al ajedrez con un perro pequeño y aburrido. Al parecer, el animal iba perdiendo. Mientras las dos amigas observaban la escena, el perro inició el delicado proceso de comerse la cabeza de su propio rey.

—No conozco a ningún ministro que sepa jugar al ajedrez, ni siquiera contra un perro —comentó Zoya.

—¿Has conocido a algún ministro?

—Eso es información clasificada —respondió Zoya con arrogancia.

Galia estaba reflexionando sobre la contestación de su amiga con el ceño ligeramente fruncido cuando, de pronto, divisó a Grigori Mijáilovich abriendo una zanja entre los juerguistas como la orina de un perro sobre la nieve. Las chicas retrocedían, tirándose la bebida encima, y los chicos se volvían para mirarlo, incrédulos, abandonando sus discusiones acaloradas. Grigori Mijáilovich se había quitado la camisa con chorreras y el horrible chaleco para dejar al descubierto un pecho cubierto de vello cano, migas de pan y recortes de papel de periódico amarillento que brillaba al calor de la sala. Estaba como poseído, entonando una canción largamente olvidada, mientras de sus ojos manaban sendos torrentes de lágrimas.

—Por el amor de Dios, Kolia, ¿qué ha pasado? Si aún no se ha tomado ni una sola copa... —Zoya brincó alrededor de su primo, buscando señales de juego sucio o alguna herida.

—«¡Oh, la carretera es larga!...» —cantó Grigori Mijáilovich con su voz de barítono.

—Creo, Zinaida Artiomovna, que alguien ha estado compartiendo su bebida con Grigori Mijáilovich y que no le ha sentado del todo bien —respondió Kolia sonriendo, y condujo al anciano lentamente y con cuidado hacia atrás, hasta una butaca vacía cubierta con una enorme manta de pelo.

—«Con polvo y niebla, en la adversidad...» —continuó Grigori Mijáilovich.

De pronto miró alrededor, visiblemente desorientado, y se relajó y empezó a acariciar la butaca con el dorso de la mano, como si fuera un gato.

—«No tengo más que un amor verdadero».

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Kolia en tono lastimero y visiblemente contrariado.

—Buen chico, buen chico —murmuró Grigori Mijáilovich, sin apartar la vista de la butaca y rascándole cariñosamente bajo el mentón.

Kolia chasqueó la lengua fastidiado y alzó los ojos hasta que Zoya y Galia lo fulminaron con sendas miradas que prometían dolor físico si persistía en su actitud.

—Eres un insolente, joven Kolia —le espetó Zoya.

—Pero la gente se está riendo de él —protestó el joven, indignado.

—Zoya, querida, no creo que esté en condiciones de entender nada, al menos no hasta dentro de un rato —dijo Galia con un suspiro—. Parece que la música ha obrado un efecto muy extraño en él. Grigori Mijáilovich, ¿me oyes? —le gritó al oído, con los labios a escasos centímetros del orificio ceroso, pero no obtuvo respuesta; Grigori Mijáilovich siguió acariciando la butaca y cantando con la mirada perdida.

—En esta ocasión, Galia, me temo que tienes toda la razón: ahora mismo no nos resulta de ninguna utilidad, ¡pero no nos demos por vencidas! Uno de estos hombres es el viceministro Glujov, Roman Serguéyevich. Solo tenemos que deducir cuál. Somos mujeres inteligentes: somos capaces de esto y de mucho más. ¡Una vez más en la brecha, querida amiga!

Galia asintió con decisión, tanta que la cinta del pelo le resbaló sobre los ojos. Se sentía con fuerzas renovadas gracias al vodka y al pepinillo en conserva que le acababa de ofrecer una diminuta azafata en patines que justo pasaba por allí.

—Que comience la búsqueda, Zinaida Artiomovna —dijo Galia.

Fueron de sala en sala, escrutando todas y cada una de las caras (algunas sonrientes, otras amenazadoras, pero la mayoría sumamente desconcertadas), tratando de descubrir algo que probara la existencia de otra vida, una vida acostumbrada a los pasillos polvorientos, a las reuniones interminables con ciudadanos de mejillas sonrosadas, o discusiones con representantes de la Duma procedentes de las vastas llanuras heladas; una vida recibiendo y pagando sobornos a cambio de cualquier tipo de trabajo. Buscaron pruebas de un hombre acostumbrado a los trajes sucios y baratos, alguien que no había sido popular en sus años de colegio aunque sí bastante brillante, nunca el mejor ni el más trabajador pero sí el que mejor sabía jugar con el sistema y sacar buenas notas en los exámenes de fin de curso. Alguien que había entrado en la universidad en el momento idóneo y sobrevivido dentro del sistema soviético hasta estar en el sitio adecuado cuando toda la estructura fue desmantelada, listo para resguardarse bajo el estandarte de la democracia y conseguir un ascenso a viceministro, Asuntos Internos: zona sur (excepto el Cáucaso). Alguien que quizá era amigo de Yeltsin, o de los varones del petróleo, o de la nueva raza de banqueros que parecían gobernar en la capital y que no tardarían en apoderarse también de las provincias.

Escudriñaron todos los rincones de todas las salas, pero cada cara que veían solo hablaba de vodka, de ritmos, de éxtasis y de amor. En un pasillo tortuoso, una joven vestida de tigresa le acarició el pelo a Zoya y le susurró algo al oído. Zoya abrió los ojos como platos y asintió con vehemencia, antes de desaparecer en dirección a la pista de baile. Galia estuvo a punto de seguirla, pero algo la retuvo. No sabía quién era aquella joven, pero estaba convencida de que la tigresa no la llevaría hasta el viceministro. Miró su reloj: ya eran las diez de la noche y, de repente, sintió que el pánico se apoderaba de ella; el día se acercaba a su fin y no habían conseguido nada. Eran las diez de la noche también en Azov, pero la pobre Boroda y el pobre Vasia no estaban pasándose en grande en una discoteca, rodeados de vodka y de mujeres disfrazadas de tigresas. Ante los ojos de Galia se materializó una imagen del honrado Vasia rodeado de asesinos y violadores, y de la noble Boroda rodeada de perros callejeros enseñándole los dientes. Tenía que concentrarse, encontrar al viceministro y explicarle su caso, con más razón ahora que Grigori Mijáilovich y Zoya estaban... ocupados con otras cosas.

Galia deambuló por la discoteca, escudriñando cada sala lo mejor que podía: la sala del ajedrez, con sus mesas en forma de seta y los extraños cuadros de las paredes, cuyos múltiples ojos te seguían si te movías; la barra, tan llena de gente que hasta las paredes estaban húmedas y calientes al tacto; la pista de baile, todavía palpitante, una miríada de colores del arcoíris; los pasillos que recorrían el local de un extremo a otro sin descanso, arriba y abajo, repletos de gente apoyada contra las paredes, sentada en el suelo, todos sordos, todos mudos, todos moviéndose a cámara lenta o completamente inmóviles; los lavabos, oscuros y hostiles, en lo alto de una sinuosa escalera que amenazaba con tirar a cualquier juerguista entusiasta que estuviera desprevenido. Al final, Galia regresó a la esquina de la barra donde Kolia había dejado a Grigori Mijáilovich en la silla-gato. Esperaba que se hubiera recuperado y pudiera darle al menos una pista sobre el aspecto del viceministro Glujov, Roman Serguéyevich. Sin embargo, cuando regresó junto a la silla, el anciano no estaba allí.

Su lugar lo ocupaba ahora un hombre joven y delgado, de mirada ladina, pómulos altos y una interesante cicatriz en la mejilla. Tenía los dedos entrelazados sobre el regazo y los ojos medio cerrados, como si estuviera a punto de dormirse. El pelo de la silla-gato acariciaba la seda negra de su sencilla camisa.

Galia lo miró, dudó un instante y se dio la vuelta, a punto de marcharse.

—Señora, ¿está buscando a Grigori Mijáilovich?

La anciana se volvió, un tanto sorprendida por la voz melodiosa del desconocido y por haber sido capaz de oírla a pesar del barullo.

—Ah, hummm..., sí, estaba aquí hace un rato. Se encontraba un poco... indispuerto.

—Está perfectamente bien, señora. De hecho, ha ido a la pista a bailar.

—¿Qué?

—Está en la pista de baile. Su amiga Zoya, si no me equivoco, ha venido a buscarlo, pero él no parecía muy dispuesto, la verdad. Creo que la música le sienta bien a su alma, como a todos nosotros, ¿no cree?

—Eh... sí, supongo —asintió Galia, sorprendida de su propia afirmación; reconocía que aquel estilo musical no parecía obrar nada positivo en su alma.

—¿Quiere sentarse? Por favor, póngase cómoda.

El joven se levantó de golpe y Galia ocupó su lugar en la silla-gato. Casi pudo oír cómo ronroneaba al acomodarse entre sus pliegues, pero resistió la tentación de acariciarle los bigotes. Eso sí, tuvo la extraña sensación de que tenía escamas de pescado en la barbilla.

—Permítame que me presente. Me llamo Roma. —El joven se puso de cuclillas junto a la silla y le tendió la mano. La sonrisa le frunció un lado de la cara, no especialmente agraciada, y los ojos desaparecieron detrás de sus pómulos.

A Galia le gustó su sonrisa.

—Yo soy Galina Petrovna. Encantada. ¿Y de qué conoce a Grigori Mijáilovich?

—Vaya, Galina Petrovna, creía que era evidente —respondió Roma, arqueando las cejas y fingiéndose sorprendido.

Galia estaba decidiendo cómo responder a aquella desconcertante afirmación cuando, de repente, una idea la asaltó igual que una descarga de un enchufe medio roto: aquel hombre se llamaba Roma, diminutivo de Roman..., y quizá, con un poco de suerte, también de Roman Serguéyevich Glujov. No tenía aspecto de viceministro, claro que, hoy en día, tal como estaba la vida, ¿quién podía saberlo? Se armó de valor y decidió utilizar su nombre de pila y su patronímico. Si se equivocaba, la ofensa sería imperdonable para el joven, pero tenía que intentarlo.

—Roman Serguéyevich, ¿hacia dónde ha ido Grigori Mijáilovich?

El joven no parpadeó. La miró con sarcasmo, sonriendo de medio lado.

—Hacia la pista de baile, Galina Petrovna, por allí... ¡Mire, está allí! ¡Y a salvo! Bailando, de hecho.

Los ojos de Galia siguieron la indicación de Roma. Era cierto: allí estaba, en la sala contigua, visible a través de la arcada, la enorme silueta de Grigori Mijáilovich retorciéndose al ritmo de una música que Galia percibía a través del suelo, pero que no lograba distinguir con los oídos. El anciano aún estaba medio desnudo, con el pecho al aire, pero ahora llevaba una especie de guirnalda en el cuello. Tenía los ojos cerrados y movía las manos como si dirigiera una sinfonía que solo él podía escuchar. Las chicas jóvenes se arremolinaban a su alrededor, llenas de curiosidad y sin miedo, ahora que estaba claro que era inofensivo. Zoya estaba también por allí, bailando junto a un joven con un corte de pelo estilo Pompadour, gafas gruesas y una nuez del tamaño de Venus. Parecía contenta y el chico, visiblemente cautivado. Ya no llevaba la toga de Brézhnev, que iba pasando de mano en mano para que todo el mundo pudiera probársela. Zoya estaba en sujetador, con la faja y las mallas de licra como único complemento. Galia se estremeció.

—Galina Petrovna —dijo Roma, acariciando la silla-gato—, tengo que admitir que no he entendido nada de la historia que me han contado Grigori Mijáilovich y su prima, aquella señora de allí con aspecto de gorrioncillo. Sin embargo, sí he entendido que quiere hablarme del problema en que se ha metido un amigo suyo, ¿es así?

Galia asintió con tanta energía que la cinta de su pelo salió volando y aterrizó en la copa de Roma.

—No pasa nada, de verdad, no se preocupe. Hay más cerveza. Pero me temo que su cinta se ha echado a perder.

—No me importa la cinta, Roman Serguéyevich. Lo cierto es que no soy una bohemia de verdad. Solo quiero que mi amigo, Vasili Volubchik, sea liberado del SIZO. Es un hombre mayor y nunca ha hecho nada malo. ¡Es un profesor jubilado y tiene cuatro nietos! Dios sabe cuánto ha hecho por los ancianos de Azov, con el club y las rifas que organiza y las charlas sobre el huerto...

—Tranquilícese, Galina Petrovna. ¿Le apetece otro vodka y un poco de cerveza

para acompañar? Y un par de pepinillos. ¡Pidamos unos pepinillos!

Roman Serguéyevich Glujov hizo un gesto apenas perceptible con la mano y en cuestión de segundos la chica de los patines apareció a su lado.

—Cuénteme más. Todo esto ha pasado en Rostov, ¿verdad?

—En Azov, Roman Serguéyevich. Es mucho más bonito que Rostov. Y los repollos son mejores —afirmó Galia.

—Seguro que los repollos son muy buenos. Pero, si no me equivoco, hay un perro involucrado en toda esta historia y yo soy un gran amante de los animales, Galina Petrovna. De hecho, tengo un perro salchicha que se llama Eric.

—¡No!

—Oh, sí. Por eso, amiga mía, cuéntemelo todo, del principio al final.

Llegaron las bebidas y los pepinillos y Roman Serguéyevich acercó una silla para sentarse, pero antes levantó la copa y brindó por la vida y los animales fieles. Galia repitió el brindis, se bebió el vodka de un trago y luego se limpió la boca con un extremo de la cinta del pelo.

—Todo... —repitió, bastante impresionada—. Bueno, primero déjeme que le hable de mi perra Boroda, que se llama así porque tiene una barba fina y puntiaguda...

—Es importante conocer cada uno de los detalles.

—Ay, lo es, Roman Serguéyevich, es verdad. Siempre he pensado que el diablo está en los detalles.

—Cierto, sí —asintió Roman Serguéyevich, sonriendo—, siempre se lo digo a mis empleados.

—Bueno, pues la encontré hace unos años, cerca de la estación. O más bien fue ella la que me encontró a mí de esa forma tan propia que tienen los perros...

Y así fue como la bohemia de los pantalones de montar a caballo le contó su historia al encantador viceministro de la cicatriz en la mejilla, y entre los dos repasaron la historia de Azov, la de los perros y los humanos, de la Gran Guerra Patria, de Volgogrado, de la fábrica, de la serpiente de los mil ojos, de los policías corruptos, de los maridos molestos, de la mosca de la col y de las ancianas con hoces más grandes que la luna. En aquella sala llena de humanos con ojos saltones como peces que bailaban sobre pares de piernas que acababan de evolucionar para tal fin, arreglaron el mundo entre los dos y solucionaron una injusticia.

Mientras tanto, en otra sala distinta, Grigori Mijáilovich, sin dejar de girar sobre sí mismo al ritmo de la música como buenamente podía, le guiñó un ojo a Zinaida Artiomovna y esta, a su vez, hizo lo propio.

Una vida de perros

La vida de un perro no es tan mala. No todo es bueno, pero en general hay un equilibrio, dependiendo de los humanos que tengas alrededor, la época del año, cuántas uñas te queden para rascarte y qué clase de ladrido seas capaz de emitir.

Boroda tenía uñas suficientes para rascarse, patas de sobra para correr y dientes intactos con que comer, así que se consideraba una perra feliz. Tenía mucha vida a sus espaldas: se había calentado junto a radiadores de espesa pintura verde, había lamido envoltorios vacíos de caramelos de dulce de leche, había contemplado el interminable cielo del sur y disfrutado con el exquisito chirrido de la puerta de la nevera al abrirse. En algún momento de su existencia había conocido ratas grandes como gatos a las que perseguir y ríos gélidos y profundos donde bañarse. Los humanos habían ido cambiando y las cajas en las que dormir, también. Algunas veces le había faltado la caja y otras, la comida. Se lamió la pata.

La vida en la granja era ruidosa y muy activa. Los otros perros con los que vivía le habían enseñado un par de trucos y se esforzó cuanto pudo por adaptarse y hacer lo que se esperaba de ella. Pero era un alma cándida por naturaleza, y no especialmente lista: no tardaron en darse cuenta de que no servía como guardiana y tampoco como perro de caza. Ella seguía al grupo y no se metía en problemas, pero no era un animal apreciado. Le gustaban las mujeres y los niños, pero en la granja solían estar separados. De vez en cuando recibía la caricia de una manita regordeta y rosada, o le lanzaban un mendrugo por encima de la valla, a veces untado en mantequilla, pero no disfrutaba de ninguna de las comodidades que había aprendido a amar en su etapa madura. La granja implicaba trabajo.

La granja también estaba llena de maquinaria y de todo tipo de objetos afilados, punzantes y ruidosos. Cuando las máquinas se ponían en marcha, Boroda se escondía entre los terneros; la suavidad de su pelaje negro hacía que se sintiera protegida y a salvo. Quizá había sido su destino, lo que tenía que pasar. Pero las máquinas fueron su perdición. Aprendió por las malas que no había que subirse a ellas, aunque estuvieran frías y no hicieran ruido, por mucho que las ratas corretearan por el granero.

Boroda no sabía qué orden seguía su vida. Recordaba sitios y personas, pero no cuándo las había conocido. Recordaba vías de tren y quioscos, vientos fríos, pulgas y garrapatas en su pelo. Y calor: un piso tranquilo con mucha luz y linóleo en el suelo, un montón de trocitos de beicon para comer y agua limpia. ¡Ah, el beicon, siempre tan traicionero! A pesar de que le encantaba, sabía que no tenía que fiarse. Era una tentación, la obligaba a moverse cuando debería estar quieta y, al final, había

entristecido mucho a su anciana señora.

Y ahora no había anciana ni beicon. Ahora todo eran jaulas alineadas en una habitación oscura. Podía ponerse de pie en la suya y estirar un poco las patas, con los músculos temblorosos por el esfuerzo, pero otros perros no tenían tanta suerte. De vez en cuando, un par de botas negras recorrían el pasillo y se llevaban a unos cuantos perros de sus jaulas. Los elegidos aullaban y ladraban, algunos incluso gemían. Pero nunca regresaban. Quizá los llevaban a casas nuevas con otras ancianas. Quizá esas casas nuevas estaban siendo racionadas y por eso todo iba tan lento. Lo cierto era que allí no había nadie que le rascara a una detrás de la oreja o le dijera algo dulce cuando meneaba la cola. Boroda suspiró y se dio la vuelta en la jaula, esperando que le tocara pronto una nueva casa.

Añoraba la mesa de la cocina y a la anciana. Oyó una radio a lo lejos, el sonido amortiguado detrás de varias paredes y ventanas. Un reloj dio la hora. Boroda pensó en su casa. Los compañeros de las otras jaulas empezaban a ponerse nerviosos: tenían agua, pero no comida. Algunos ya estaban allí cuando ella llegó. El vientre de Boroda hacía tiempo que se había convertido en una pequeña bola. Ya no tenía hambre. Bostezó y se le escapó un leve gemido. Quería ver a su anciana, oler su falda floreada y lamerle los dedos de los pies.

Unos pasos avanzaron por el pasillo. Boroda se levantó al ver que las botas se detenían delante de su jaula y una mano se disponía a abrir el candado. Dudó un instante y se movió de nuevo. A través de los barrotes, Boroda percibió una forma humana caótica, con un fajo de papeles en una mano y unas gafas rotas en la otra. El humano se rascó la cabeza e intentó leerlos.

—Pero ¿qué...? Mierda, ¿dónde están los documentos? ¡Han mandado unos que no son!

Se oyó un frufú de piel contra papel y luego de papel contra hormigón, cuando el montón se le escurrió entre los dedos y se precipitó al suelo con efecto cascada. Boroda gimió a modo de respuesta. Ella no sabía nada de documentos. El humano se agachó para recogerlos del suelo y soltó un sonoro «¡Ay!», provocado por un doloroso crujido de la espalda.

—¿Por qué no pueden hacer bien su trabajo, aunque solo sea una vez? —protestó incorporándose con cuidado. Luego dio media vuelta, se alejó por el oscuro pasillo y cerró de un portazo.

Boroda esperó a que volviera, pero todo quedó en silencio. Dio un par de vueltas en la jaula, lentamente y con dificultad, y se sentó otra vez a esperar. Cerca de allí, un perro aulló.

El regreso

—Olia se va a enfadar.

El taxista se inclinó hacia delante en su asiento y le pegó un buen mordisco, prolongado y rotundo, a una de sus uñas amarillentas. Los bordes afilados se le clavaron en la punta de la lengua, pero no fue nada comparado con la confusión que tenía en la psique. De entrada, le había parecido una buena carrera: un grupo de forasteros, en plena noche, buscando a alguien que los llevara a casa. Ahora, sin embargo, desearía no haberlos recogido.

Miró de nuevo la hora y murmuró para sí: eran casi las seis de la mañana. Los tres abuelos jueguistas, sentados en la parte trasera, llevaban un buen rato dormidos, tumbados como buenamente podían sobre el plástico negro y brillante del asiento. No paraban de fruncir los labios y hacer mohínes; por el retrovisor y a los ojos cansados del taxista, parecían una hilera de bebés espantosos y marchitos mamando las últimas gotas de leche de las tetas de la noche, mientras las luces de Moscú giraban alrededor, hora tras hora, kilómetro tras kilómetro. De vez en cuando gimoteaban en sueños o se les escapaba un eructo. Al principio, al taxista se le había despertado cierta simpatía, pero no había durado mucho. Ahora lo único que quería era deshacerse de ellos. Cuando les había preguntado por la ruta, no había recibido instrucciones claras. El joven de la cicatriz que se había subido al taxi con ellos parecía más directo: sabía exactamente dónde quería ir y se había apeado al poco rato, frente a un edificio moderno en la zona de las embajadas. Y luego las cosas se habían empezado a complicar. El viejo le había gritado algo de forma insistente, pero totalmente incomprensible. Y las dos ancianas parecían no tener ni idea de quiénes eran, no digamos ya de dónde estaban.

Le habían pagado por llevar a los viejos a casa, así que no quería ponerse borde con ellos, pero los tres se habían negado en redondo a decirle dónde estaba la casa a la que debían volver. Por su culpa se le había hecho tarde y se había quedado sin combustible, y la gasolinera más cercana estaba a varios kilómetros de allí. Olia iba a ponerse hecha una fiera. El taxi estaba varado junto a la acera engullida por la vegetación con el indicador de la gasolina a cero. El motor había muerto justo cuando daba la vuelta, lentamente y por tercera vez, alrededor del enorme edificio de la Universidad Estatal de Moscú. Tan hacia arriba, hacia el cielo, apuntaban las torres puntiagudas de la universidad, como tan hacia abajo lo hacía la aguja de la gasolina, aunque el taxista no se hubiera dado cuenta, preocupado como estaba porque no sabía qué hacer con aquellos pasajeros y sin percatarse de cómo iba a terminar la noche.

Los tres ancianos seguían roncando.

—¡Olía se va a poner furiosa! ¡Malditos... viejos holgazanes! —Con gesto tembloroso, cogió la botella de agua y, volviéndose en el asiento de plástico con un chirrido agudo de los pantalones, les echó un buen chorro en la cara—. ¡Todo el mundo fuera! ¡Que se bajen! Tengo que ir a poner gasolina, voy a llegar tarde y no son más que un puñado de viejos apestosos. ¡Olía me va a matar y ustedes tendrán la culpa!

Al contacto con el agua, los tres ocupantes del asiento trasero se revolviéron ligeramente y una mano se irguió sin demasiada convicción para protegerse de las gotas.

—¡Ah! A que no les ha gustado, ¿eh? ¡Pues habrá más si no se bajan de mi coche ahora mismo! ¡Venga! ¡Largo! Aquí huele a cerveza. ¡Olía no soporta el olor a alcohol, sobre todo por las mañanas! ¡Se pondrá nerviosísima! ¡Y encima llego tarde!

El taxista se volvió de nuevo en el asiento y empezó a sacudir al trío de jubilados, a tirar de las togas y a empujar sus rodillas hinchadas y cubiertas de licra morada.

Galia intentó sacudirse el agua con la mano y, sin querer, le propinó un manotazo a Zoya en la nariz. Esta, a su vez, soltó un graznido y se apartó del golpe con tanta energía que le dio un cabezazo a Grigori Mijáilovich, que despertó como un volcán de una isla tropical dormido durante siglos. Un hilo de sangre brotó de su nariz bulbosa; al verlo, el taxista se santiguó.

Grigori Mijáilovich emitió un rugido empapado en vodka y, a cámara lenta, levantó sus dos enormes puños a la altura de la cara como si fuera a arrancarle la cabeza a su prima.

—¡Ay, que Dios nos pille confesados! Ahora es cuando vienen los problemas de verdad. ¡Fuera de mi coche! —chilló el taxista.

Grigori Mijáilovich abrió los ojos, primero uno y luego el otro, y guardó silencio, con los puños todavía en alto, pero mirando lentamente alrededor como si el movimiento de los ojos le causara un dolor insoportable. Galia también abrió los suyos, que hasta ahora estaban sellados gracias a una sencilla mezcla de rímel, aire moscovita y sus propias legañas. Chasqueó la lengua, parpadeó varias veces e intentó recordar dónde estaba y cómo había llegado allí. Grigori Mijáilovich tosió repetidamente y luego abrió la puerta del taxi para escupir a placer. Zoya seguía dormida entre ambos.

—¡Fuera de mi taxi o llamo a la policía! Ya he tenido suficiente. Me han dejado sin gasolina y se han dado un buen paseo. Ahora, ¡bájense! Soy un hombre honrado, he de pensar en mi negocio. Tengo que llegar al mercado. Olía se va a poner hecha una furia...

Galia forcejeó con el tirador de la puerta. Quería alejarse de aquel agricultor tan gritón, o taxista, o lo que fuera, pero era como si la mano ya no perteneciera a su cuerpo: de pronto, no recordaba qué tenía que hacer para que se moviera, ni siquiera por qué quería moverla. Al final, la puerta se abrió sola y Galia se impulsó al exterior apoyándose en la huesuda rodilla de Zoya, quien soltó un chillido y le propinó un

tortazo al taxista, que justamente se había asomado entre los asientos delanteros.

—¡Fuera! ¡Fuera!

El taxista cada vez tenía la presión más alta. Una especie de espuma amarillenta le salía por la comisura de los labios y parecía a punto de sufrir un ataque de nervios. Galia supo que había llegado el momento de irse. Arrastró a Zoya hacia fuera, principalmente por el pelo, y luego se miró los pies en silencio. En vez de su sandalia izquierda llevaba una zapatilla infantil de plástico rosa. No era nada cómoda. Respiró por la nariz y cerró los ojos. Tenía la cabeza llena de helicópteros y el ángulo de su cuerpo con respecto al suelo no parecía el correcto. El estómago se le estaba encaramando por la garganta y, mientras respiraba, notaba cómo las arrugas de la cara se le hacían cada vez más profundas, formando una especie de mapa en relieve del Himalaya. Advirtió el ruido que hacía Grigori Mijáilovich, al que el taxista estaba sacando del asiento trasero de su coche, y lo oyó toser y maldecir a gritos desde el otro lado del coche. Por un momento sintió la tentación de sentarse en el asfalto, allí mismo, pero algo en el aire, no tan sólido como un olor pero parecido, la disuadió. La calidad de la luz que rozaba sus párpados, aún cerrados, hizo que el corazón le diera un vuelco y que alzara la vista con ojos entornados.

—Apartémonos del coche, Zoya. Este taxista es un maleducado. No hacía falta ser tan grosero.

Zoya gruñó una vaga respuesta afirmativa y las dos amigas se alejaron del taxi tambaleándose.

—Yo me pongo a gatear —susurró Zoya, doblando las rodillas y estirando los dedos hacia las losas grises del suelo.

—No, no vas a gatear. Te detendrían y, entonces, ¿qué nos pasaría? Tú respira y pon un pie delante del otro. —Galia la ayudó a enderezar la espalda.

—Consejos doy que para mí no tengo —murmuró Zoya con voz pastosa, al ver que la zapatilla de plástico de Galia le bailaba en la punta de los dedos como un pescado muerto, a punto de salir volando—. Así aprenderás a no jugarte el calzado —añadió con malicia.

Galia no recordaba haberse jugado nada la noche anterior, pero creyó que, llegados a ese punto, era mejor no hacer más preguntas. Avanzaron unos metros más hasta toparse con la primera barrera: un parapeto.

Cuando por fin consiguió acostumbrarse a la enérgica luz de limón de primera hora de la mañana, levantó la mirada y, con una exclamación de sorpresa, contempló las vistas que se extendían a sus pies y hacia el horizonte. Su cerebro, aturdido aún por el alcohol, se concentró en la amalgama de colores y luces que tenía delante. Respiró hondo y, con cada bocanada de aire, su cabeza se fue elevando sobre los hombros y la barbilla se separó del pecho. De pronto se sentía un poco más persona y un poco menos muerta viviente. Zoya se apoyó en ella, gimoteando, y le pasó el brazo por los hombros. El coche se había quedado seco en una especie de terraza que marcaba el límite de una enorme escarpadura cubierta de verde. El terreno descendía

en verdes ondulaciones hacia un río ancho y hondo que discurría un poco más abajo. La perspectiva desde allí era absolutamente perfecta. A sus pies se extendía la ciudad de Moscú al completo, delimitada por las aguas plateadas del río Moskva. A lo lejos, recortada sobre el cielo rosado, se alzaba la torre Ostankino, famosa en toda la Federación: un símbolo del progreso, la homogeneidad y de la mediocridad de la televisión pública. Galia contó los rascacielos de Stalin: desde allí se divisaban seis, aunque todo el mundo sabía que era siete. Lo intentó de nuevo, pero no encontró el que faltaba. ¿Qué estaba haciendo mal? Y entonces, de repente, recuperó la cordura, miró atrás y arriba, sin volverse, y chasqueó la lengua. Se giró en dirección opuesta y contempló la majestuosidad de la Universidad Estatal de Moscú elevándose por encima de su cabeza. El corazón le dio un vuelco, sintiendo una mezcla de orgullo y miedo. La séptima de las Siete Hermanas era impresionante y estaba muy cerca, casi abalanzándose sobre ella. La saludó con la cabeza y luego se giró lentamente hacia las vistas que tenía delante. Contempló el destello de los tejados dorados del Kremlin y el perfil de las cúpulas con forma de helado de la catedral de San Basilio. La mancha verde salpicada de atracciones multicolores debía de ser el parque Gorki. Y mucho más cerca, a sus pies, descansaba el estadio olímpico Luzhnikí, enorme, oscuro y vacío. Como colofón, a la derecha, una pequeña sorpresa en el verde del verano, Galia divisó una pista de saltos de esquí.

El cielo azul, recién estrenado, aún conservaba algunas manchas rosadas a lo lejos, en el horizonte, y era como si el aire hubiera cobrado vida y estuviera cargado de rocío y promesas. Galia oyó acercarse por las calles cercanas a los equipos de limpieza, que limpiaban las aceras y la basura de la noche anterior, barriendo el polvo y la mugre. Limpiando la ciudad hasta que resplandeciera, lista para un nuevo día.

—¡Mira allí, Zoya! —exclamó Galia, sonriendo—. ¿No tienes la sensación de que nada puede ir mal en esta vida? ¡Cuánta belleza!

Zoya no dijo nada. Galia pensó que quizá se había quedado dormida de pie y la empujó un poco con el hombro, justo debajo de la cabeza.

—Eh, Zoya, mira qué vistas. ¡Es mágico!

—No me importan las vistas —replicó Zoya con voz grave, y luego se agachó lentamente hasta sentarse en el suelo.

—¡Pero mira!

Zoya no quiso mirar y se tumbó sobre el asfalto con las manos cruzadas bajo la nuca. Estaba a punto de quedarse dormida cuando, de pronto, con un soplido inesperado, un regimiento de surtidores dispuestos delante de la universidad dispararon sus chorros de agua cristalina hacia el cielo y cubrieron a los tres juerguistas de un denso y gélido rocío. Galia aplaudió y se echó a reír. La reacción de Zoya fue igualmente entusiasta, pero no en el mismo sentido.

—*Stuzun dul muz!*

—¿Qué dices, Grigori Mijáilovich? —preguntó riendo Galia.

El hombre mayor, que llevaba un top naranja que le había pedido prestado a una

gruesa jovencita la noche anterior, estaba intentando decir algo, gruñendo y gesticulando hacia el este insistentemente con el dedo.

—*Stuzun dul muz!*

Tosió repetidamente e intentó recuperar el aliento, pero sin dejar de señalar.

—No te entiendo, Grigori Mijáilovich. ¿Puedes explicarlo por señas?

El anciano la miró en silencio y luego, lentamente, se llevó las manos a la altura del pecho, en paralelo, con las palmas encaradas, y simuló un movimiento rotatorio, hacia delante, en círculos. Empezó poco a poco, pero fue cogiendo velocidad y añadió también el movimiento de los pies.

—¿Qué está haciendo? ¿Una especie de cabaret? —preguntó Zoya, abriendo un ojo.

—¡Eso parece, querida! —exclamó Galia.

—¡Uuuh, uuuh! —replicó Grigori Mijáilovich con su voz de barítono.

—¡Es un cabaret! —celebró Zoya, y se echó a reír—. ¿Es que tiene habilidades para todo? ¡Si es casi tan bueno como el joven de anoche!

—¿Qué joven?

—¡El que invitaste a venir a casa!

—Estás loca —le espetó Galia; chasqueó la lengua, frunció los labios y le dio la espalda a su amiga.

—Creo que intenta representar un tren. ¿Es un tren, Grigori Mijáilovich?

El interpelado estaba tan ocupado con su imitación que no la oyó.

—Grigori Mijáilovich, ¿es un tren? —gritó Galia tan alto como pudo, tras lo cual se interpuso en su camino, asustando a una bandada de palomas que alzaron el vuelo.

Grigori Mijáilovich paró, reflexionó un segundo, asintió y luego hizo una mueca. A media distancia, Galia divisó la gran silueta de la Estación del Sur.

—¿Ya tenemos que coger el tren? Vaya, tiene razón, sí. ¡Zoya, levántate! ¡Debemos ir a la estación! ¿En qué estaría yo pensando, aquí contemplando el paisaje tan tranquila...?

De pronto se interrumpió y luego gritó y metió la mano en el bolsillo de los pantalones de montar. Sintió que se le paraba el corazón mientras sus dedos rebuscaban entre los pliegues de la tela. ¡No estaba! Probó de nuevo, introduciendo los dedos hasta el fondo del bolsillo. Y allí, en el punto más remoto, doblado varias veces y aplastado bajo la calderilla, sus dedos se cerraron alrededor de lo que buscaba con tanto desespero: el VIPP (*Very Important* Pedazo de Papel), firmado por Glujov, Roman Serguéyevich, y timbrado con su sello oficial. Hasta donde recordaba, establecía, en términos oficiales, que la perra, Boroda, y el hombre, Vasili Semiónovich Volubchik, debían ser liberados inmediatamente en su condición de amigos y camaradas del viceministro, Sección Sur, y del Estado en general. Galia desdobló el papel y levantó el mentón.

—Venga, Zoya, levántate, que nos vamos. Tenemos que llegar a la estación. ¡Hay que volver a casa!

—*Stuzun...* —resolló Grigori Mijáilovich, antes de estallar en un ataque de tos que le hizo lanzar una cantidad generosa de flema al aire prístino de la mañana, donde brilló brevemente como una estrella roja en lo alto del tejado del Kremlin antes de desaparecer sobre el parapeto hacia la umbrosa vegetación que descendía hacia el río—. ¡Mucho mejor así! —Grigori Mijáilovich se limpió la cara con el dorso de la mano y se apoyó en el parapeto para no perder el equilibrio—. A veces... siento las vías... un poco... entumecidas por la mañana.

—¿La estación, Grigori Mijáilovich? —preguntó Galia.

—Galina Petrovna, tenemos poco tiempo.

—¡Pero hay que intentarlo al menos!

—¡No, demasiado tiempo perdido! Os aconsejo que cojáis un avión. El tiempo es vital, sobre todo para la perra, y... ¿qué día es hoy?

Galia reflexionó y luego respondió:

—Sábado, creo. Sí, sábado.

—Vaya, pues ya está decidido. Tenéis que coger un avión y llegar hoy. Mañana es...

—Domingo —apuntó Galia.

—Domingo, exacto. El domingo no es un buen día ni para el humano ni para el animal. Nadie querrá recibirte en domingo. Debéis daros prisa; os puedo conseguir los billetes. Pero tenéis que iros hoy.

—En avión —murmuró Zoya—. Me encanta volar.

—¿Ah, sí, querida?

—¡Volar! ¡Uiii! —Zoya se levantó del suelo y extendió los brazos, corriendo hacia Grigori Mijáilovich y asustando una vez más a la pobre bandada de palomas—. ¡Uiii, uiii, arriba y abajo, por encima de las nubes! ¡Remontando el vuelo! —De pronto se quedó quieta y su cuerpo se tambaleó ligeramente, al tiempo que el escaso color de sus mejillas desaparecía por completo—. Oooh, oh, de hecho, creo que no me encuentro bien.

—¡Por el amor de Dios, Zoya, no vomites aquí en medio, delante de la universidad! Es la cuna del conocimiento. ¡Oh, por favor!

Ya era demasiado tarde. Los rosales recibieron el impacto directo y el taxista, que acababa de regresar con una lata de gasolina, protestó amargamente:

—¡Con la edad que tienen, y qué poco conocimiento! ¡Son una vergüenza!

—¡Métase en sus asuntos! —le espetó Galia, mientras frotaba la espalda de Zoya y se preguntaba cómo conseguiría meter a su amiga en un avión aquella misma mañana—. Venga, Zoya, ánimo. Tenemos que volver al piso para coger las cosas. El avión no espera y Vasía y Boroda dependen de nosotras.

—No podemos decepcionarlos —murmuró Zoya, antes de vomitar de nuevo sobre las pobres flores.

—No, querida, no podemos decepcionarlos, así que vamos, y deja de vomitar, que no tenemos tiempo.

—Lo haría si pudiera, te lo aseguro, Galia. Creo que algo me ha sentado mal. Esto es muy raro.

—Voy a buscar un taxi —anunció Grigori Mijáilovich, y partió hacia el bulevar con una parsimonia extrema.

Contra todo pronóstico, el trío llegó al aeropuerto cuando aún no se había evaporado el rocío, el aire todavía era fresco y el día apenas acababa de empezar. Galia había metido en el bolso de viaje todo lo que habían llevado, al menos lo que recordaba y lo que pudo encontrar en la oscuridad temblorosa de la cueva que era el hogar de Grigori Mijáilovich. Zoya pasó un buen rato buscando algo en concreto, pero se negaba a decir qué, solo rascaba las esquinas en silencio como un gato que lleva demasiado tiempo encerrado. Fuera lo que fuese, aquel objeto no apareció, lo cual generó una profunda arruga en la piel de papel de Zoya que iba desde la coronilla hasta el puente de la nariz. Grigori Mijáilovich no se movió de su butaca, desde la que de vez en cuando divagaba sobre lo mucho que le habría gustado la música electrónica a Lenin y preguntaba a las dos mujeres si creían que era posible resucitar al antiguo líder, cual monstruo de Frankenstein, en caso de encontrar las piezas de repuesto idóneas. Los desvaríos se alternaban con momentos de silencio únicamente roto por sus ronquidos.

Ya casi habían acabado de preparar el equipaje, cuando Kolia emergió de una de las estancias del fondo del pasillo, justo en el instante en que empezaban a reunir la fuerza necesaria para partir. Cuando se dio cuenta de que aún estaban allí, intentó escurrirse de nuevo dentro de la habitación, sonriendo y felicitando a Galina Petrovna por haber conseguido identificar al viceministro Glujov.

—Aunque es una lástima que no me lo presentara, Galina Petrovna. Sería un gran contacto. Los estudiantes necesitamos contactos. Pero enhorabuena por haber conseguido volver a casa y por haberse quitado los disfraces ridículos anoche. —Y así, sin más, desapareció tras la puerta.

El trayecto en taxi hasta el aeropuerto transcurrió, gracias a Dios, sin sobresaltos. Zoya, que parecía haber gastado todas sus energías sobre las desventuradas rosas, se quedó dormida, con la cara pálida pero con el surco de la frente intacto, mientras el coche avanzaba a trompicones por las afueras de la ciudad, haciendo giros absurdos de un lado a otro de la calzada para sortear baches tan grandes que hubiera cabido en ellos una ballena entera. La brisa veraniega mecía las ramas plateadas de los abedules. Dejaron atrás los límites de la ciudad y pasaron junto al impresionante memorial, compuesto por varias equis gigantes de metal, que marcaba el punto hasta el que habían avanzado los nazis durante la Gran Guerra Patria. Tan cerca de la capital, tan cerca de la sede del poder; Galia no pudo reprimir un escalofrío de respeto al imaginar a Stalin paseando arriba y abajo por el Kremlin, con las manos a la espalda y moviendo el bigote, negándose a la evacuación, negándose a dejar

Moscú a pesar de que los fascistas estaban casi a las puertas de la ciudad. Había que dar gracias a Dios por el clima ruso, y porque los soldados soviéticos habían seguido luchando, mal equipados y casi desnutridos, para defender la patria.

También había que dar gracias a Dios por Pasha, largamente olvidado, pero no tan invisible en el pasado de Galia. Pasha, que asimismo había luchado a su manera alimentando a los soldados que encontraba. Pasha, que vivía con ella, compartía su cama y se sentaba a la misma mesa de la cocina, pero que tras su muerte solo había dejado tras de sí zapatos vacíos y camisas grises con el cuello deshilachado.

Galia puso delicadamente el hombro debajo de la cabeza vacilante de Zoya y observó el rostro dormido de su amiga. ¿Cómo era posible que aquella vieja amiga a la que conocía tan bien, cuya mano había estrechado en las peores adversidades y con quien había compartido risas todas las semanas en los últimos cuarenta años siguiera siendo un misterio? Zoya era un enigma, pero divertido, tenía que admitirlo. Observó la parte posterior de la cabeza de Grigori Mijáilovich, gris y monumental, sentado en el asiento delantero del taxi. Debería darle las gracias por haber arreglado la estancia de Pasha en el sanatorio de Kislovodsk, a pesar de que no hubiera servido de nada. No parecía correcto no mencionarlo. Él había sido amable, a su manera, y ahora que habían conseguido el objetivo de reunirse con el viceministro, o Roma, como Galia se refería a él mentalmente, se sentía agradecida.

Se abrieron paso por la terminal de salidas, entornando los ojos para protegerse del sol e intentar descifrar la información de los paneles en busca de indicios sobre qué dirección tenían que seguir y sobre los horarios. El aeropuerto era un edificio alto y diáfano, lleno de cromados y luces brillantes. Como otro planeta. Zoya estaba mal y apenas podía levantar la vista del suelo reluciente y embaldosado. Galia tuvo que guiarla como una madre a una niña pequeña, de pelo lila un tanto desgreñado. Sin embargo, esta vez no atrajeron las miradas de la gente. El aeropuerto estaba lleno de sujetos curiosos, poco habituales y un tanto bizarros. En aquel edificio no solo se gestionaban vuelos interiores; desde allí se podía volar a cualquier punto del planeta y conocer a cualquier clase de persona. Y, de pronto, Galia se hartó de las luces brillantes y del ruido y de la gente rara, y deseó con todo su corazón volver a casa, a la normalidad.

—¡Grigori Mijáilovich! Es la Rov Avia, si no me equivoco, para ir a Rostov del Don, y la ventanilla para comprar los billetes está allí, en la esquina. ¿La ves, la del cartel rojo y blanco?

Galia debía hacerse con el control y regresar cuanto antes a casa o los tres acabarían vagando por aquella monstruosidad reluciente durante días y días.

Grigori Mijáilovich asintió con aire ausente y atravesó el vestíbulo al ritmo de una cabra muerta. Galia dejó a Zoya sentada en una silla de plástico y cromo de aspecto muy incómodo y examinó el panel de salidas mientras su amiga se escurría lentamente hacia el suelo. Solo una hora más y estaría camino de su casa. Cruzó los dedos para atraer la buena suerte y luego se santiguó con la misma mano para

aumentar el efecto. De pronto, oyó un graznido y vio que Zoya se había resbalado de la silla y estaba sentada en el suelo. La levantó, la puso de nuevo en la silla y se aseguró de que no se volviera a caer utilizando el bolso de viaje a modo de cuña entre su amiga y la pared.

—Gracias, Galia. ¿A qué hora sale el vuelo?

—Dentro de una hora, Zoya.

—Estupendo. Puedo dormir, dormir, acaso soñar. —Y, acto seguido, se acurrucó sobre el bolso de viaje y cayó en un profundo y oscuro sueño, más impenetrable que el bosque más profundo o el pozo más oscuro.

Galia le deseó buenas noches y, suspirando, miró alrededor en busca de Grigori Mijáilovich. Lo localizó descansando en una tienda en la que vendían revistas femeninas, redecillas para el pelo y botes de yogur llenos del vodka más barato del mundo.

—Lo mejor para la resaca es el alcohol, Galina Petrovna.

Se limpió la boca con el dorso de la mano, tiró dos botes de yogur vacíos a la papelera, enderezó el pin con la bandera roja que llevaba en la solapa y dejó que Galia lo llevara con cuidado al mostrador de la Rov Avia.

—Compra los billetes, por favor, Grigori Mijáilovich. Zoya y yo tenemos un avión que coger.

—Sí, señora. Será un placer —replicó él, y empezó el laborioso proceso de compra con una señora como interlocutora que no parecía muy interesada en facilitarle nada que no fueran miradas mezquinas y suspiros de exasperación.

—Grigori Mijáilovich... —dijo Galia, y se interrumpió.

Él se dio la vuelta a cámara lenta y le preguntó por su tono dubitativo simplemente frunciendo un poco el ceño. Sus ojos azules se clavaron en los de ella.

—Me gustaría darte las gracias, Grigori Mijáilovich, por un favor que me hiciste hace ya mucho tiempo. Seguramente ya no te acuerdas...

El anciano arqueó una ceja y esperó la pregunta en silencio, la expresión ausente como un mostrador vacío.

—Te ocupaste de organizar una visita al sanatorio de Kislovodsk para mi marido, hace mucho. No le salvó la vida; de hecho, volvió peor que se había ido, pero aun así fue un gesto muy amable por tu parte. Hasta el otro día no supe que Zoya y tú estuvisteis involucrados.

—¿Kislovodsk? ¿Tu difunto marido, buena mujer? No tengo ni idea de lo que me dices. Estoy aquí para comprar unos billetes, y eso es todo, si no me equivoco.

—Me lo contó Zoya, Grigori Mijáilovich. Me dijo..., bueno, que era información clasificada, pero que tú lo habías organizado.

Él siguió mirándola fijamente, sin acabar de entender.

—¿De qué año estamos hablando?

—De 1956, Grigori Mijáilovich, hace cuarenta años. Toda una vida. Hacía siglos que no pensaba en ello, pero el otro día Zoya lo mencionó y, de repente, fue como si

hubiera sido ayer.

Grigori Mijáilovich se sacó un pañuelo amarillento del bolsillo de los pantalones y tosió contra él, pero no dijo nada. La mujer del mostrador le lanzó varios trozos de papel, que él firmó con sumo cuidado y gesto tembloroso. Luego se los devolvió y se giró hacia Galia, a punto de decir algo.

—¡No, ciudadano anciano! ¡Ha firmado en la casilla equivocada! Tendré que rehacer todo el formulario. —La mujer del mostrador le arrancó el bolígrafo de la mano y empezó a romper los papeles con tal violencia que los trocitos volaron por todas partes—. Los comunistas de la vieja escuela son todos iguales: incapaces de enfrentarse a la vida moderna. ¡Hagan el favor de ponerse al día de una vez! Lenin ya no está, ¿vale?

—¿Lenin? ¿Dónde está? —Grigori Mijáilovich miró alrededor, visiblemente alterado y con la papada temblorosa por el esfuerzo—. Tenemos que llamar al camarada Sasha, si Lenin está...

—No, no, Grigori Mijáilovich, estamos aquí para comprar los billetes —terció Galia, preocupada ante la posibilidad de que la búsqueda de Lenin aplazara su vuelta a casa. El anciano la miró a los ojos—. Has venido a comprar los billetes, ¿lo recuerdas?

Grigori Mijáilovich guardó un silencio larguísimo, tratando de reflexionar.

—Has dicho 1956, ¿verdad?

A Galia le sorprendió la pregunta, pero asintió.

—Sí, pero...

—Fue un año muy interesante para todos, sí. Teníamos varios proyectos en marcha. Lo recuerdo perfectamente.

—Vaya, qué bien, Grigori Mijáilovich. ¿Eran proyectos médicos? Mi Pasha tenía..., bueno, tenía cáncer, así que nuestra única esperanza era que pasara las vacaciones de verano en el clima más fresco del sanatorio.

—Buena mujer, no recuerdo haber enviado a nadie de «vacaciones» en 1956. En 1956 estaba reuniendo voluntarios para un programa de experimentación.

—¿Qué clase de experimentación?

—Experimentación médica.

Al oír aquellas palabras, la mujer del mostrador levantó la cabeza y chasqueó la lengua. Galia sintió como si la sangre se le espesara en las venas y, de repente, le pesaran los brazos y las piernas. Respiró hondo y luego dijo:

—Entonces, ¿mi marido se presentó voluntario para un experimento médico, Grigori Mijáilovich?

—Bueno, Galina Petrovna, depende de lo que entiendas por «voluntario». Nuestros sujetos eran declarados como voluntarios por su propio bien, por el Estado, no sé si me entiendes... Normalmente eran personas de carácter más bien... escaso.

Galia abrió los ojos como platos.

—¿Y qué pasó con mi Pasha?

—Bueno, no recuerdo su caso en concreto, obviamente, pero es probable que fuera un soplón, ya sabes, que no fuera uno de los nuestros. —Grigori Mijáilovich enfatizó la última palabra con un tono especialmente grave—. Lo más seguro es que se dedicara a hacer cosas que... acabarían llamando nuestra atención. No sé, no lo recuerdo. Pero debe de ser así.

Acto seguido, sacó un trozo de galleta rancia del bolsillo del abrigo y se la metió en la boca. La mujer del mostrador le entregó otro fajo de papeles y retiró la mano a toda prisa, y él volvió a firmar en cada una de las casillas con su enorme y temblorosa mano.

—Mi marido no era un soplón, Grigori Mijáilovich. Es lo único que sé.

A Galia le temblaban las manos. De hecho, temblaba toda ella, ligerísimamente. El anciano miró alrededor, alzó la vista hacia el techo de cristal y luego la bajó hacia el suelo pulido, cuya superficie reflejó su papada. Se rascó la cabeza.

—Bueno..., supongo que si lo mandé a Kislovodsk fue porque tenía un motivo de peso. Y si la que me habló de él fue Zoya...

—¿Qué te dijo?

—No tengo ni la menor idea, querida, pero algo me dijo, seguro. Quizá fuera espía. Sí, supongo que fue eso, aunque de verdad que no lo recuerdo.

Grigori Mijáilovich intentó darle unas palmaditas en la mano, pero Galia retrocedió como si se hubiera quemado. Los billetes aparecieron sobre el mostrador, seguidos de un cartel en el que se leía: MOSTRADOR CERRADO.

—¡Por fin! —exclamó alegremente Grigori Mijáilovich.

Galia intentó abrir la boca para hablar, pero su lengua seca solo consiguió emitir un ruido similar al que hace un ratón que corre entre la hierba seca. Se había quedado petrificada y con los ojos muy abiertos, mientras una oleada de ira se extendía por su cuerpo, hasta las yemas de los dedos. Sus manos se apretaron en sendos puños y, por un momento, se vio capaz de propinarle un puñetazo a Grigori Mijáilovich.

—¿Qué ocurre, Galina Petrovna? No tienes por qué avergonzarte. Todos formamos parte del progreso. Y sin ciencia, no hay progreso. Te sorprendería la de cosas que son capaces de inventar los cerebritos, Galina Petrovna, cuando ponen sus viejos cerebros a funcionar. ¿Sabes cuántos científicos hay debajo del Kremlin solo para mantener a Lenin de una sola pieza? ¡Centenares, literalmente! Te quedarías estupefacta si vieras el...

—¡Grigori Mijáilovich! Ya estoy estupefacta... ¡Estupefacta por tus experimentos! ¿Quién te ha dado derecho a...?

—Éramos la Unión Soviética, señora —la interrumpió—. ¡Nunca nos equivocábamos! ¡Trabajábamos por el bien común! ¡En nombre de Lenin! —Grigori Mijáilovich se había puesto a gritar. De pronto, se le escapó un hilo de saliva por la comisura de los labios, que se escurrió sobre el abrigo y fue a parar al pin de la bandera roja. Galia sintió un escalofrío en la espalda y, por primera vez, tuvo un poco de miedo del primo de su amiga.

—Era un hombre enfermo, Grigori Mijáilovich. Necesitaba descansar. El mismísimo Lenin se lo habría reconocido.

—¡Necesitábamos cuerpos! ¡Yo necesitaba a mis cobayas humanas! ¡Estábamos edificando el comunismo! ¡Y aún seguimos haciéndolo! Y todos ellos cumplieron con su cometido, todas las cobayas. Ojalá hubiera podido continuar con los experimentos...

Galia le arrancó los billetes y las etiquetas de la mano y atravesó disparada el vestíbulo, tratando de alejarse por todos los medios de aquella voz estentórea y sus ideas delirantes. Se abrió paso entre la muchedumbre bañada por el sol, entre un laberinto de sillas, maletas envueltas con film de plástico y cajas enormes llenas de bienes de importación, hasta que por fin encontró a Zoya, todavía dormida en su asiento, ajena a los dedos miserables de la historia que se cernían alrededor de su pescuezo y del de su primo. Galia la sacudió por el hombro.

—Venga, tenemos que ir a la puerta de embarque. Nos vamos. Tengo que volver a casa cuanto antes. Me espera un perro hambriento. Y un anciano al que rescatar. No todos debemos morir.

—¿Morir?

—Bueno, todos morimos tarde o temprano, pero cuando nos llega la hora. Y a nosotras aún no nos toca. ¡Vamos!

—¿Tendrán cerveza? —maulló Zoya.

—¿En el avión? Pues claro. Y frutos secos.

—¿Y toallitas para las manos?

—Seguro que sí. Grigori Mijáilovich se ha encargado de todo. Venga, debemos apresurarnos, querida. Por cierto, me ha pedido que te diga adiós. —Y arrastró a Zoya hacia la puerta de embarque tan rápido como pudo, teniendo en cuenta el estado de aturdimiento de su amiga y sus pasos minúsculos.

Dejaron a Grigori Mijáilovich plantado en medio del vestíbulo, solo y confundido. Allí permaneció diez minutos, veinte, media hora, intentando recordar qué hacía allí y con quién estaba, murmurando en voz baja, una y otra vez: «¡Mis cobayas! ¡Dónde están mis cobayas! ¿Dónde están mis cobayas?». Al final, otro pensamiento se coló en su mente y el mantra cambió. «¡Kolia!», rugió, primero en un susurro y luego cada vez más fuerte, más insistente, hasta que se convirtió en un grito y después en un rugido:

—¡Kolia! ¡Kolia! Tenemos que irnos... Kolia, ¿dónde estás? ¡Kolia! ¡Kolia!

Una mano invisible, a petición de unos ojos invisibles, llamó a seguridad y unos tipos con camisa azul marino fueron a encargarse del anciano que estaba montando un escándalo en medio del vestíbulo como si se acercara el fin del mundo. Hubo carreras y empujones, y el hombre se mojó los pantalones mientras lo retenían. Los dos vigilantes más jóvenes se rieron de él, le sujetaron las manos a la espalda y lo obligaron a avanzar, dejando su charco detrás, camino de las puertas que conducían a las entrañas del edificio y la oficina de seguridad. Grigori Mijáilovich suplicó con

voz lastimera que no se lo llevaran, que no se lo diría a nadie, que no se volverían a ver las caras. Solo quería devolver el cuerpo de Lenin al lugar que le correspondía. El más joven le guiñó un ojo y le dijo al abuelo que se quedara tranquilo. Ellos cuidarían de él.

Al traspasar la puerta se oyó un fuerte zumbido: el detector de metales había saltado. Al parecer, aquel día la pistola de Zoya no iba a serle de gran ayuda.

De mariposas, perros y hombres

El pequeño coche levantaba una nube de polvo a su paso que, bajo la luz de una mañana en el sur, le daba el aura de arbusto rodador que avanzara a toda velocidad por los campos desiertos y cubiertos de maleza. Mitia apenas veía la carretera, en parte porque uno de sus ojos aún no se abría del todo, pero principalmente porque el parabrisas estaba cubierto por una gruesa capa polvorienta. De vez en cuando, Katia, que llevaba unos guantes de cuero negro, un pañuelo en el pelo a cuadros rojos y verdes y las gafas de sol más grandes que Mitia había visto en su vida, paraba el coche y limpiaba el cristal con una copia amarillenta del *Pravda*. Mitia no estaba seguro de aprobarlo. Ciertamente, los limpiaparabrisas eran un producto muy caro en la Rusia moderna y, por tanto, susceptible de ser robado, pero habría preferido que Katia los hubiera desmontado ella misma porque así no se los habrían robado. Su falta de previsión significaba que aquel viaje iba a ser mucho más largo e incómodo de lo estrictamente necesario. Claro que, por otro lado, a Mitia le daba igual. Estaba dispuesto a perdonarle cualquier cosa.

Se había pasado la noche anterior dando vueltas en la cama, con la cabeza repleta de dudas, pero al final había llegado a una conclusión y, una vez alcanzado ese punto, había dormido de un tirón. Fueron los golpes de Katia en la puerta sobre las diez de la mañana los que lo devolvieron al mundo de los vivos. Sabía que había soñado y que los sueños habían sido profundos y amenazadores, pero nada más despertar, los detalles se dispersaron como ratones que huyen de las zarpas del gato. Se lavó, se afeitó y se peinó siguiendo su ritual diario, pero con resultados nada satisfactorios: le quedaron calvas rojas con barba donde tenía los cardenales y un mechón en punta en la cabeza, que parecía una cresta y se negaba a bajar por mucha agua que le echara. Se vistió, lentamente y con fuertes dolores, con la ropa nueva que había comprado la tarde anterior: camiseta azul, pantalones blancos hasta la rodilla, calcetines del mismo color y zapatillas marrones de cordones. Tenía la ligera sospecha de que no quedaban bien con el resto del atuendo y le habría gustado preguntarle a Katia, pero prefirió abstenerse. Katia no comentó su atuendo, claro que tampoco sabía que lo había comprado pensando en ella.

Aún le dolía todo. De hecho, era como si hasta la última partícula de su cuerpo estuviera dolorida e hinchada. No podía llevar gafas de sol debido a las heridas, así que optó por ponerse un sombrero de ala ancha que Katia le dejó. Se lo quitaría en cuanto llegaran al centro de detención; era naranja, lila y blanco, y adornado con espirales psicodélicas. Mitia creía que le venía demasiado pequeño.

—¡Bueno! —exclamó Katia con una alegría capaz de retar al mismísimo sol; la

conversación durante todo el trayecto estaba siendo más bien inexistente.

—Bueno —gruñó Mitia, mirando por la ventanilla con ojos apagados.

—Vamos camino del SIZO, cachorrito, como tú querías.

—No es que quiera ir, Katia. Más bien... tengo que hacerlo.

—De acuerdo. ¿Me puedes contar por qué?

—Bueno...

—¿Una pista?

—Es una historia muy larga. Tengo asuntos pendientes.

—¿Acaso te debe algo un delincuente? ¿Vas a amenazarlo? ¿Chantaje, quizá? Déjame que te diga que creo que no me gustan esas cosas. No es nada agradable. Puedes meterte en problemas. Créeme, he...

—¿Chantaje? —Mitia vio una vaca solitaria en un campo, meneando la cola entre las moscas que revoloteaban alrededor de sus cuartos traseros—. Vaya, es buena idea.

—Pero no deberías involucrarte en esa clase de cosas, ¿sabes? No creo que...

—Siempre hay formas de hacer dinero, Katia. Solo que aquí el amigo dinero nunca está donde debería. Quizá podría probarlo, no sé. A los polis les funciona.

—Pero creo que técnicamente es ilegal, cachorrito. —Katia tenía el ceño fruncido—. Me refiero al chantaje. Ya sé que todo el mundo lo hace, pero no es nada agradable.

—¡Katia, te estoy tomando el pelo! Lo siento, no has entendido la broma —dijo Mitia, sin levantar la mirada de las rodillas.

—Ah, vale, ¿era broma? ¡Ja! Vaya, Mitia, ¡mejor, mejor!

Él sonrió, pero enseguida tuvo que parar porque se le había vuelto a abrir el labio y sentía ya el sabor de la sangre en la lengua. El coche tomó un bache grande como Siberia que hizo levantarse a sus ocupantes en el aire hasta tocar el techo con la cabeza, para luego lanzarlos de nuevo hacia abajo hasta besar el fondo con sus coxis. Mitia sintió una descarga de dolor subiéndole desde el culo hasta la cabeza pasando por el estómago, y se mordió el labio ensangrentado.

—¡Uy! —exclamó Katia, tratando de mantener las manos en el volante.

—Vale, para el coche. Necesito estirar las piernas. ¡Ya, Katia!

Se detuvieron en un lado de la carretera, a la sombra de un tilo. Un silencio abrumador lo inundaba todo, hasta que Katia empezó a hablar.

—Qué bonito es esto. Podríamos haber hecho un pícnic, así seguro que te sentirías mejor, cachorrito. Unas salchichas y un poco de pan de centeno, huevos cocidos, té. Quizá hasta un poco de fuego y unos *shashlik*. ¿Sabes qué? Cuando era pequeña, mi tío Boria nos llevaba al bosque todas las semanas y...

Mitia asintió sin prestar demasiada atención y se dirigió hacia una pequeña arboleda para mear tranquilo. A Katia le gustaba hablar y a él también, pero hoy necesitaba un poco de tranquilidad para aclarar sus pensamientos. Sintió el verano alrededor en aquella pequeña arboleda, verde y cálido. Una mariposa azul se posó en el dorso de su mano mientras orinaba encima de las plantas con un leve balanceo.

Sintió la suave caricia del insecto sobre la piel y lo miró más de cerca, contemplando sus diminutas alas y sus antenas en continuo movimiento. En vez de sacudir la mano, la levantó a la altura de los ojos y miró a la mariposa cara a cara, de hombre a hombre..., de ser a ser.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué estamos aquí? —La mariposa abrió las alas y luego las cerró lentamente—. ¿Qué sentido tiene todo esto?

La mariposa desenroscó la trompa sobre la piel húmeda de Mitia que, de pronto, tuvo la certeza, fuerte como el olor a lavanda en los cajones o a lejía en el suelo del lavabo, de que aquella mariposa y él ya se habían encontrado. Algo en sus ojos le resultaba familiar, algo en su forma de lamerle la mano, algo que se comunicaba con él a través del silencio, del batir de las alas, de la forma en que desenroscaba la trompa. La mariposa ladeó la cabeza levemente y levantó una patita.

—¿Sharik? —preguntó Mitia con voz entrecortada, y los ojos, aún hinchados tras la paliza, se le llenaron de lágrimas.

La mariposa abrió las alas y, ayudándose de la brisa, remontó el vuelo por encima de su cabeza. Por un instante, danzó ante sus ojos y luego fue ganando altura hacia las ramas de los árboles que, a su vez, la recibieron meciéndose al viento. El sombrero de Mitia cayó sobre la hierba mojada. Sus ojos escudriñaron entre las ramas en busca de la mariposa, pero ya había desaparecido. El sol que se filtraba a través de las copas de los árboles lo envolvió en un abrazo cálido y dulce como la miel. Mitia sintió que se le hinchaba el corazón hasta llenarle por completo el pecho.

La voz de Katia se abrió paso a través de la fina piel de su consciencia, como la piedra que rompe la superficie del lago, y el silencio de la mariposa se desvaneció. Era como si aquella voz lo hubiera traído de vuelta. Mitia se estremeció, a pesar del sol, arrancó un puñado de hierba para masticarla y siguió la llamada de Katia fuera de la arboleda y de vuelta a la pista de tierra.

—... ¿Y sabes qué? ¡Nunca volvió a ser la misma! Era ver un melón y ponerse enferma. Él le pidió perdón, claro, pero dio igual. ¿Estás bien, cachorrito? —Katia se calló y lo miró fijamente—. ¿Dónde está el sombrero?

—¿Quién dice que somos mejores que las mariposas, Katia?

Por un instante, la pregunta la dejó perpleja.

—¿Quién dice que la vida de un hombre vale más que la de... una hormiga, por ejemplo? ¿Por qué ha de ser mejor un hombre que un perro? ¿Por qué hay normas distintas para los animales y para nosotros, Katia?

—¿Hay normas distintas, Mitia? Solo debes tratar bien a todo y a todos y verás como todo va bien, cachorrito.

—¿A todo y a todos?

—Sí, no sé. Ser bueno en general, supongo.

—Ser bueno. Sí. Pero ¿qué pasa con la suciedad?

—¿Qué pasa, Mitia? Está en el ojo del que mira, ¿no? Bueno, no es que esté en tu ojo, obviamente. A los cerdos les encanta; a las viejas, no tanto. Supongo que es

cuestión de hacer lo que te haga feliz, siempre que no hagas daño a nadie. ¿Dónde está mi sombrero, cariño?

—Pero los animales generan suciedad. Desorden. Y eso no... no puedo soportarlo. ¿Crees que los animales pueden aprender a ser más limpios?

—Los animales tienen su propio orden, Mitia. Son animales, con su propio código. Actúan según sus instintos hasta que los humanos se interponen. Es a los humanos a los que debes vigilar. Al fin y al cabo, solo nosotros matamos y torturamos.

Se miraron un momento en silencio por encima del techo del coche.

—Eso ha sido muy inteligente, Katia.

—Soy una chica lista, cachorrito. Pero dime, ¿dónde está mi sombrero?

—Lo he dejado en la arboleda. Se me ha caído y no podía agacharme para recogerlo. Perdona.

Katia se inclinó hacia él para revolverle el pelo, rozándole el cuero cabelludo delicadamente con las uñas, y luego se dirigió hacia la arboleda para recoger el sombrero. Mitia alzó la mirada hacia las ramas del tilo en busca de su mariposa, con los ojos entornados para protegerse del sol que se colaba entre las hojas. No la vio, pero sabía que estaba allí. Lo notaba.

—Está mojado, cariño. ¿Qué le has hecho? ¿Te has meado encima? No hacía falta...

—Katia, debo decirte algo —la interrumpió Mitia, con tono apremiante.

—¿Qué pasa? ¿Te has meado en el sombrero? ¡No puede ser! —exclamó Katia, y se echó a reír tapándose la boca con una mano.

—No, escucha. Es algo... importante. —Mitia tragó saliva. Le temblaban las manos como si en su interior se hubiera desatado un terremoto.

—Vale, cachorrito. Somos amigos, puedes contarme lo que quieras —replicó ella, y lo miró con sus grandes ojos claros y el ceño ligeramente fruncido.

—Sabes que me dedico a la exterminación, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Crees que mato cucarachas y cosas así, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no es verdad.

—¿Ah, no?

—De hecho... yo...

—¿Qué?

Katia se detuvo y volvió levemente la cabeza al oír un rugido lejano, pero que se acercaba a toda velocidad. Algo grande se aproximaba por la carretera, desde la ciudad y en dirección a ellos, levantando a su paso nubes de polvo y moscas.

—Mato perros.

Fue apenas un murmullo, que se perdió bajo el estruendo del motor que se acercaba.

—¿Qué has dicho?

Katia dio media vuelta y lo miró boquiabierta. Mitia se abalanzó sobre ella y la sujetó del brazo justo en el momento en que un viejo tractor rojo aparecía detrás de ellos.

—¡Que mato perros! —gritó con todas sus fuerzas.

El tractor tomó la curva y avanzó por la carretera, lanzando barro seco sobre el coche y asustando a los animales salvajes a su paso.

—¿Perros?

—Perros... Soy... controlador... de plagas caninas.

Los dos guardaron silencio. Katia apartó el brazo, juntó las manos, tiró de un padrastro con los dedos y luego lo arrancó con los dientes.

—Pero tú me...

—Lo siento, Katia. Intenté decírtelo.

—¿Ah, sí?

—Mírame.

Ella lo miró con ojos encendidos.

—Toda mi vida me ha parecido lo correcto, lo que debía hacer. Bueno, no toda mi vida. Creía que era... mi vocación. No podía soportar ver perros vagar por la calle. Para mí eran sinónimo de enfermedad, dolor, miedo.

—Pero la otra noche estabas salvando a aquellos cachorritos.

—Katia...

—Estabas salvándolos, ¿no?

Mitia miró hacia el árbol y vio el batir de unas alas azules.

—Katia, no... no estaba salvándolos. Iba a gasearlos.

Katia soltó un pequeño «¡Oh!» y le dio la espalda.

—¡Pero no lo hice, Katia! Los salvé... porque... algo cambió. No puedo explicarlo.

—Inténtalo, Mitia. Inténtalo, por lo que más quieras. —Su voz era gélida como el invierno y sus ojos, dos trozos de hielo. El suave ceceo había desaparecido.

—Fuiste tan dulce con ellos. Te buscaban... como bebés peludos. Y al ver aquello, recordé... cosas en las que hacía muchos años que no pensaba. De cuando era pequeño. Y recordé lo bonito que es sentir afecto. Y, de repente, me dieron pena. Y me di cuenta de que ellos no tenían la culpa de nada.

—Tienes razón. La culpa no es suya, es nuestra.

—Katia, por favor... quiero que seamos amigos. Perdóname. Te lo explicaré todo, contestaré a todas tus preguntas, pero tienes que creerme: no volveré a hacerlo. Renuncio a ser Mitia el Exterminador.

Katia frunció el ceño.

—Bueno, es un buen propósito, Mitia, pero ¿quién serás en vez del Exterminador?

Él reflexionó un instante mientras sus ojos buscaban entre las hojas y las ramas

del árbol que se elevaba sobre sus cabezas.

—Seré... un defensor de los animales. Seré... un defensor de la especie humana, Katia, y de la compasión. Seré... Me haré veterinario.

—¿Veterinario? ¿De verdad? —exclamó ella, y no pudo evitar sonreír—. No lo dices en serio. Estás intentando quedarte conmigo. No quieres ser veterinario.

—No, de verdad, hablo en serio. Puedo hacerlo. Ayer por la noche estuve pensando en ello. Mis profesores siempre me decían que utilizara mis habilidades para hacer el bien... Aún no es demasiado tarde, ¿no?

—Bueno..., no lo sé. Puede que nunca sea demasiado tarde, Mitia. Necesitamos mantener la esperanza.

—¿Podrás... podrás perdonarme, pequeña? Te prometo que no volveré a mentirte. De verdad que no quería... hacerte daño.

—¿Me lo juras? ¿Que ayudarás a los animales y no les harás daño?

—Sí, lo juro.

—¿Y que realmente me consideras una amiga, Mitia?

—Sí, lo juro, te considero una amiga.

—En ese caso, somos amigos —le dijo Katia, sujetándole la cara con las manos—. Te perdono. Pero no vuelvas a tomarme por tonta.

Mitia le cogió las manos y le besó las palmas.

—Gracias.

—Bueno, será mejor... será mejor que sigamos o no llegaremos nunca al SIZO. Es casi mediodía. Y tú tienes asuntos pendientes.

Katia llevó a Mitia de vuelta al coche y ella se subió por el lado del conductor. Hizo girar las ruedas y el coche se incorporó de nuevo a la polvorienta carretera, levantando un penacho marrón a su paso que se elevó hacia el cielo de verano.

En lo alto del tilo, la mariposa abrió las alas, las cerró de nuevo y suspiró.

Rov Avia

—Bueno, Zoya, ¿ya te encuentras mejor?

—Sí, Galia, querida, un poco mejor, gracias.

Zoya asintió lentamente y se acurrucó aún más en el abrazo del asiento del avión. Se la veía pequeña, vieja y frágil. También era verdad que se había aprovechado de su estado a lo largo del proceso del embarque. Insistió en que le trajeran una silla de ruedas y la empujaron por la pista hasta el Tu-154 destartado que los esperaba, y por un buen rato Galia creyó que iba a pedir también que la subieran en volandas por la escalerilla hasta la puerta del avión. Sin embargo, y por suerte para todos, un encargado del equipaje especialmente corpulento y alegre, con el vodka de la noche anterior todavía en los ojos, la tomó amablemente por el brazo y la hizo flotar escaleras arriba, y antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que ocurría ya la había metido por la puerta del pasaje con la facilidad del mago que saca una moneda de detrás de la oreja de un espectador. Después, Zoya permaneció un buen rato sin decir palabra, para alivio de Galia.

Una vez a bordo, y a pesar de las promesas de Galia, descubrieron que allí no había toallitas de papel para las manos ni frutos secos, aunque sí cerveza. En cuanto se apagó la señal de «cinturón de seguridad» y la azafata se abrió paso por el pasillo, Zoya reunió provisiones. Los demás pasajeros eran casi todos hombres de negocios que volvían al sur tras negociaciones maratonianas o peleas de bar en las que se habían partido la cara. A Galia le alegró comprobar que no había animales en cabina. No había olvidado lo que le sucedió una vez en un vuelo de regreso de los Urales, cuando un grupo de gansos había escapado de su jaula en el portaequipajes, justo sobre su cabeza. Su pelo tardó semanas en recuperarse y a día de hoy aún no podía mirar a un ganso a los ojos. Pero los tiempos cambian. Los gansos ahora viajaban en bodega, o en el lavabo, según la compañía aérea.

—Pues si ya te encuentras un poco recuperada, querida, necesito hablarte de algo: de Pasha.

—¿Qué quieres decirme, querida? —preguntó Zoya, tras bajar la lata de cerveza y, con los ojos vidriosos, eructar contra el dorso de su mano casi translúcida.

—En el aeropuerto he tenido una conversación con Grigori Mijáilovich, y no ha sido muy agradable.

Zoya permaneció inmóvil unos segundos.

—¿Por qué?

—Si lo he entendido bien, Zoya, me ha dicho... —Galia hizo una pausa, sin acabar de creerse que fuera a pronunciar aquellas palabras—, me ha dicho que tú le

dijiste que Pasha era un espía.

La cabeza de su amiga vibró levemente sobre el cuello con un ligero crujido.

—¡No es verdad! —exclamó Zoya; su respuesta fue inmediata y firme.

—¡Un espía!

—¡No, Galia, qué absurdo! —exclamó, y se echó a reír. La risa no tardó en convertirse en carcajadas y sus dedos, minúsculos y huesudos, hicieron crujir levemente la lata de metal que sujetaba. Los ojos desaparecieron en un nido de arrugas debajo de las cejas y se rio con tal fuerza que las filas de cabezas grises que tenían delante se volvieron, entre molestas y curiosas.

—No tiene gracia, Zoya. Es lo que ha dicho Grigori Mijáilovich.

—Ah, Galia, ¿es que no eres capaz de reconocer a un viejo loco en cuanto lo ves? Si apenas recuerda en qué día vive, imagínate lo demás. —Zoya siguió riéndose y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Encima es Escorpio, Galia; se supone que son sabios, pero tú hazme caso: por norma general, son unos fantasmas de campeonato, querida.

—Entonces, ¿crees que me ha mentido?

—Mentido no, Galia, que es una palabra muy fea. Seguramente estaba... muy confundido.

—¿Demente?

—Bueno, quizá. ¡Anda, mira esa casa, y los cerditos que corren por el jardín!

Zoya se inclinó aún más hacia la ventanilla, lejos de Galia, y clavó el dedo torcido en el plexiglás.

—¡Esto es serio, Zoya! ¡Déjate de cerditos!

—No uses ese tono conmigo, Galia, que no te pega. Y me gustan los cerditos —replicó la amiga, antes de beber otro trago de cerveza.

—Hace dos días, Zinaida Artiomovna, tu primo iba a ser nuestro salvador, pero luego se le olvidó acompañarnos al ministerio.

—Técnicamente, eso no es verdad. Es...

—Y ahora, ahora resulta que es un viejo mentiroso y demente. Un giro bastante radical, ¿no crees? ¿Cuál de los dos es tu primo en realidad, Zoya?

Zoya carraspeó y siguió mirando por la ventanilla, con los ojos clavados en un punto intermedio. Al final habló:

—¿Ha mencionado a Lenin antes de que dijera que Pasha era un espía?

—¿Qué quieres decir con lo de la mención a Lenin? Estábamos comprando los billetes en el aeropuerto en la década de los noventa, no clasificando repollos en un koljós en los años treinta.

—Sí, ya lo sé, pero a veces, cuando oye el nombre de Lenin, es como si se le activara algo en la cabeza. Ya lo he visto antes. ¿Alguien ha hablado de Lenin?

Una insólita sinceridad en los ojos de Zoya hizo que Galia se parara a pensar en la conversación que habían mantenido delante del mostrador.

—Ah, pues sí... Sí, sí, la mujer del mostrador. En realidad, ha hecho un

comentario bastante feo sobre él. Yo no le he prestado demasiada atención y creía que Grigori Mijáilovich tampoco...

—Ay, Galia, basta con muy poco, pero el efecto puede ser terrible.

—Pero estaba muy lúcido, Zoya. Me ha dicho que tuviste que ser tú la que le habló de Pasha... porque era un espía. ¡Me ha dicho que hizo experimentos médicos con él! Pasha no era un espía, Zoya. Era débil, sí; problemático, incluso un poco deshonesto a veces. Un incordio casi todo el tiempo, bastante mentiroso, no muy limpio, vago con el huerto..., pero no le interesaba la política.

—Sí, Galia, lo sé. ¿De verdad me crees capaz de denunciar a tu marido por espía y no decirte nada durante cuarenta años? No soy tan mala persona, Galia.

Zoya miró a su amiga con resolución, rompiendo así las defensas de Galia, que bajó la mirada hasta sus manos y rebuscó en el bolsillo un caramelo.

—Bueno, Zoya, puede ser, pero tampoco dijiste nada del viaje a Kislovodsk. En cuarenta años no lo mencionaste ni una sola vez.

Galia encontró el último caramelo de azúcar que le quedaba y lo chupó como si le fuera la vida en ello.

—Eso es diferente. Le dije que Pasha necesitaba unas vacaciones.

—¿De verdad? ¿Eso es todo?

El aeroplano zumbaba sobre los campos y los árboles, las fábricas y las granjas, siguiendo el curso del río Don en dirección sur. Zoya miró de nuevo por la ventanilla.

—Sí, puede que en algún momento expresara mis dudas sobre las cualidades del carácter de Pasha, pero nada más. Fue una conversación, solo eso. No presenté ningún... informe. Por aquel entonces, mi primo buscaba gente para probar unas nuevas instalaciones en el sanatorio de Kislovodsk, así que le dije que Pasha necesitaba unas vacaciones y añadí algo con respecto a su condición de vago insoportable, si no recuerdo mal.

—Grigori Mijáilovich me ha contado que Pasha formó parte de un experimento, Zoya. Que estuvo allí como cobaya. ¿Lo sabías?

—No me has escuchado, Galia —replicó Zoya con uno de sus graznidos, parpadeando muy rápido—. Grigori Mijáilovich no sabe lo que dice. No hubo tales experimentos médicos. Galia, querida, sabía que pasabas apuros en casa con Pasha. —Zoya paró para respirar, estornudó y se dio un par de golpes en el pecho—. Recuerda, Galia: por aquel entonces ya no había amor entre vosotros. Pensé que unas semanas en la montaña, comiendo cosas sencillas y rodeado de manantiales, le vendrían bien. Y que ese descanso también te vendría bien a ti.

—Pero ¿por qué, Zoya? ¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó Galia, arqueando una ceja.

—¡Oh, Galia, Pasha no te merecía! —Zoya tomó las manos de su amiga en las suyas y la miró a los ojos.

—¡Era mi marido!

—Sí, y también era débil y egoísta y miserable y... eso no era todo. —Zoya

terminó la frase con un pequeño suspiro y soltó las manos de Galia. Cogió el frasco de las sales aromáticas, respiró hondo y se estremeció.

—¿Qué quieres decir? —Galia siempre había pensado aquellas cosas de su marido, pero no estaba preparada para oírlas en boca de otra persona y mucho menos de su amiga.

—Espera..., no puedo respirar. —Zoya puso los ojos en blanco y sacó un poco la lengua.

—Deja de hacer eso —le espetó Galia con decisión—. Menuda cuentista... Respira y empieza a hablar.

—Ay... ¡Qué dura eres! Espera un momento. —Zoya apuró la cerveza de un trago y eructó disimuladamente dentro de la lata. El hombre rollizo que se sentaba en su misma fila chasqueó la lengua con desaprobación y, al notar la mirada de Galia, se escondió otra vez detrás del *Pravda*—. Era... todo un elemento... Vamos, lo sabes. ¡Seguro que lo sabes!

—¿Qué es lo que sé? —preguntó Galia, muy desconcertada.

—No te hagas la tonta. Sabes perfectamente a qué me refiero.

Zoya cruzó los brazos y miró otra vez por la ventanilla. Había recuperado el color habitual en las mejillas gracias a las sales aromáticas y a la cerveza.

—No sé a qué te refieres. ¿Qué debería saber?

—Ay, Galia... ¡Venga ya! Que Pasha era... uno de ellos —susurró rápidamente, inclinándose hacia su amiga con aire cómplice.

—¿Uno de ellos?

—Sí.

—¿Un espía? Pero acabo de decirte que...

—¡No! De esos no, ¡de los otros!

—Pero ¿uno de quién? —Galia estaba hecha un lío.

—¡No levantes la voz! Ya sabes... ¡Uno de ellos!

Zoya miraba alrededor de una forma que ponía muy nerviosa a Galia, pero no le daba pistas sobre el porqué de tanto misterio.

—¡No, no lo sé! ¿Te importaría explicármelo?

Zoya puso los ojos en blanco y buscó a la azafata con la mirada con intención de conseguir más cerveza.

—Suéltalo ya, Zoya.

—Ay, por el amor de Dios. —El nido que llevaba en lo alto de la cabeza se inclinó hacia Galia—. ¡Era homosexual!

Galia abrió la boca de par en par. Fue como si de repente, mientras miraba a su amiga a la cara, roja como la sangre de un buey, el tiempo se hubiera detenido dentro del avión.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó, pronunciando cada palabra con sumo cuidado.

—Seguro que lo sabías.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Bueno, ya me has oído.

—No hablas en serio.

—¿Quieres decir que no lo sabías?

—¡Cómo te atreves! —Galia tuvo el desagradable presentimiento de estar a punto de darle una bofetada a su amiga.

—¿De verdad que no lo sabías? —preguntó Zoya, con una mirada preocupadísima.

—¡Pero es ridículo! —Galia se dio un manotazo en su propia frente, en lugar de hacerlo en la de su amiga.

Zoya se estremeció.

—¿Cómo puede ser que no te dieras cuenta?

—¡Pero si estaba casado conmigo!

—Eso no significa nada, Galia..., y lo sabes. La gente se casa por muchas razones: para tener un piso, para que le hagan la comida o porque simplemente creen que es lo que deben hacer. Estoy segura de que le gustaste... en algún momento, y por eso pensó que era una buena idea.

—¡Vaya, gracias por el cumplido, Zoya!

Galia apartó la mirada y contempló las cabezas canas a lo largo del pasillo mientras los rayos de sol resaltaban la caspa. Se hizo un largo silencio.

—Galia, tampoco es que estuvieras locamente enamorada de él, ¿verdad? Al poco tiempo ya no lo soportabas. Al menos eso recuerdo. En tu casa todo eran silencios y problemas. No era un... hogar feliz.

—Si sirve de algo, eso no es del todo cierto, Zoya. Creo que al principio sí lo quise. Bueno, no estoy segura..., pero lo necesitaba, eso seguro. Siempre podía acudir a él, sí. Bueno..., supongo que ambos nos necesitábamos. A veces...

—¡Exacto! Él necesitaba una esposa que cocinara y limpiara, y tú necesitabas un hombre que hiciera lo que hacen los hombres. Aunque, teniendo en cuenta que era...

—¡Basta, Zoya! ¿Cómo te atreves? ¡No son más que chismes! ¿De verdad crees que lo conocías mejor que yo? —Galia había empezado a jadear de indignación.

—Me has pedido que te dijera la verdad y te la he dicho. Es mi verdad. Pensé que necesitabas un descanso y que a él también le vendría bien. Sabía que Grigori Mijáilovich podía ingresar a gente en el sanatorio, así que usé mis contactos.

—No era homosexual, Zoya.

—Puedes creer lo que quieras, Galia. Ahora ya da igual. Yo solo quería ayudaros..., pero parece que no hice más que empeorar las cosas.

—¡Ay!

—Pero lo siento, Galia, siento que te haya molestado lo que te he dicho. —Zoya levantó una mano temblorosa y arrugada y sujetó el brazo de su amiga.

Galia apartó la mirada y contempló las ventanillas ovaladas que se abrían al cielo azul a lo largo del pasillo. Aún se veía el espectro de la luna de la noche anterior

suspendido en el aire.

—Creía que eras modista, Zoya. Es lo que siempre has dicho, desde que nos conocemos. ¿Eras modista, Zoya?

—En parte.

—¿Y qué era la otra parte?

—Tenía que descubrir cosas, Galia. Mantener los ojos abiertos y los oídos atentos, y descubrir cosas.

—¡Ay, Zoya!

—Entonces era lo correcto.

—Vigilar a todo el mundo.

—Ayudar a construir el comunismo. Y no era nada comparado con lo que hacía mi primo.

—¡Ay! Y yo que pensaba que no era más que un pobre anciano inofensivo.

—Lo es... ahora. Está un poco desorientado.

—¿Desorientado? Bonita forma de decirlo. —Galia se recolocó en el asiento y empezó a girar la boquilla del aire acondicionado para intentar que el chorro de aire frío llegara a su cuerpo recalentado—. Bueno, ¿y qué opinas ahora de tu querido comunismo, camarada Zoya?

—Era una buena teoría, Galia, pero la ejecución no estuvo a la altura de las expectativas. Y la cerveza capitalista está más buena.

Los ojos de Zoya buscaron de nuevo a la azafata, una mujer gruesa y sudorosa que se dirigía hacia ellas empujando un carrito metálico que se negaba a rodar en línea recta e iba golpeando los pies de todos los pasajeros.

—Eres insufrible —murmuró Galia, y le pidió una cerveza a la azafata.

Se sirvió el dorado líquido en un vaso de plástico y dio dos tragos largos. Las burbujas le cosquillearon en la lengua y la espuma le subió por la nariz. Estornudó con fuerza, los ojos se le llenaron de lágrimas y chasqueó la lengua.

—Galia, piensa que por aquel entonces todo el mundo lo hacía: espiábamos a los amigos, pasábamos información sobre los vecinos, usábamos los contactos...

—Yo no, Zoya. —La voz de Galia sonó monótona—. Y Pasha tampoco.

—Solo era... parte de la realidad —continuó Zoya, como si la hubiera escuchado—. Algo que se esperaba, creo. No hacíamos daño a nadie. ¡Y era interesante! —añadió casi en un susurro, con la sombra de una sonrisa aflorando a sus finos labios.

—¿Interesante? Pero ¿no te das cuenta de que las intromisiones y los chismes solo empeoran las cosas, Zoya? Interferíais en las vidas de la gente sin ningún tipo de fundamento ni pruebas.

—¿Pruebas? Bueno... —Zoya murmuró para sí misma y se alegró de que Galia no la oyera. En voz alta, añadió—: Pensé que el viaje a Kislovodsk os vendría bien a los dos, querida. No me di cuenta de que el cáncer estaba tan avanzado. Solo quería lo mejor para vosotros.

—¡Pero lo mandaste allí porque creías que era homosexual! ¿Cómo no se te

ocurrió decírmelo?

—Te habría molestado, Galia.

—¡Pues sí, Zoya, bien visto! Creíste que sabías qué nos convenía a los dos, pero te equivocaste.

Galia bebió otro trago de cerveza. Tenía el estómago vacío, así que le estaba subiendo directamente a la cabeza. El avión emitió una especie de quejido y se inclinó hacia la derecha, levantando un ala hacia el cielo mientras que el lado opuesto del aparato sobrevolaba una sucesión de campos y granjas. De pronto, Galia tuvo ganas de vomitar y se sintió cansadísima.

—¡Cuánta tontería! ¡Un día es espía y al siguiente homosexual! Tú y tu primo... Os creéis que lo sabéis todo y no es así. No sabéis nada. No sois más que un par de viejas arpías desorientadas. —Notaba la lengua espesa y las palabras salieron despedidas unas sobre otras.

—A veces es mejor enterrar el pasado, querida —dijo Zoya, dándole unas palmaditas en la mano.

—¡Arpías con el cerebro como repollos, ja!

—Nos espera una mañana muy ajetreada, querida. Quizá deberías aprovechar para dormir un rato.

—Tú y tus contactos, tus ministerios y tus limusinas, pero he sido yo quien ha llegado a un acuerdo con Roman Serguéyevich. Y ahora sé la verdad sobre Pasha, sobre mí misma y sobre ti, Zoya —le espetó, clavando los dedos, gruesos y oscuros, en el pecho de su amiga.

—Sí, querida, ahora sabes la verdad. Y tienes que estar en plena forma.

—Ah, lo sé, lo sé. No espero que te ocupes tú. Si me descuido, acabarás inventándote historias sobre Boroda. ¡Te plantarás en el SIZO y les pedirás que la encierren también a ella!

—Ya estás diciendo tonterías, Galia. Creo que la cerveza no te ha sentado bien. —Zoya se estaba indignando por momentos, pero intentó mostrarse paciente. Le habría encantado tomarse otra cerveza, pero pensó que sería una imprudencia pedirla.

—¿Sabes que ella también es una desviada? Ah, sí, ve corriendo a contárselo a Grigori Mijáilovich. Mi perra también necesita ir a un sanatorio.

—No tengo nada que añadir.

Galia estrujó la lata de cerveza con una mano y la metió en el bolsillo del asiento de delante.

—Piensa en los vivos, en el aquí y el ahora. Piensa en Boroda y en Vasia. Te necesitan, Galia, así que aprovecha para dormir un rato.

—No tengo ganas de dormir, Zoya. Estoy demasiado enfadada.

Exactamente treinta segundos después de pronunciar aquellas palabras, Zoya oyó el suave ronquido de Galia. La cabeza le caía sobre un hombro y tenía las manos laxas a ambos lados del cuerpo. Pasaron treinta segundos más y esta vez fue Zoya quien cayó rendida. Soñó con el ballet, con viejos amigos, un policía y un montón de

secretos.

El gatito de Vasia

Vasia Volubchik contempló su plato de gachas con atención. Había pasado muy mala noche. No era tanto por la falta de ventilación, que volvía la ropa pegajosa, ni por el continuo ruido de los compañeros, que no dejaban de moverse de aquí para allá, entre insultos e imprecaciones, o gritos de dolor o rabia. Tampoco era por su vecino Shura, cuya mirada, extrañamente curiosa y solícita, permeaba casi todos los momentos de vigilia que ambos compartían y le llegaba al alma. La culpa la tenía la fina línea que separaba el día y la noche, el crepúsculo de su existencia en aquel agujero. Su realidad, la luz que había iluminado la vida de Vasia Volubchik con sus reuniones en el club, su gatito, su huerto y sus pantalones perfectamente planchados, parecía haberse extinguido. A veces, en los peores momentos, se preguntaba si todo había sido fruto de su imaginación. Quizá estaba loco y nada de aquello había pasado. Quizá llevaba demasiados años allí metido y en realidad era un delincuente, un matón de poca monta, que había imaginado una vida más allá de los barrotes cuando, en verdad, su destino era permanecer entre cuatro paredes, comiendo gachas y escuchando la cháchara del resto de los prisioneros, el rugido de sus tripas y los pedos que escapaban de ellas como los gases de los cadáveres en la morgue.

Vasia siguió mirando las gachas con la cuchara suspendida en el aire. Los días, a pesar de la penumbra constante y el olor, los soportaba. Pero por las noches todo se le caía encima. No podía dormir y no paraba de moverse en su estrecho camastro, consciente de todo lo que tenía alrededor, encima y debajo. Sin embargo, aún eran peores los horribles sueños que su mente imaginaba cuando por fin conseguía dormirse.

La noche anterior había soñado que estaba tumbado en su cama, en casa. Todo era tan real, tan familiar, tan reconfortante como una vieja colcha de retales o su comida favorita. Todo era como debería ser: los sonidos eran los correctos y los olores también. Oía a su vecino, Petr Grigorievich, cantando con Chaliapin de fondo y su espectacular voz de barítono y, de vez en cuando, discutiendo con su mujer con ese tono tan afable que solo usan las parejas de ancianos. El olor a flor de manzano y a lluvia reciente le inundó la nariz mientras una cálida brisa se colaba por la ventana del balcón. Vasia sabía en lo más profundo de su ser que en la nevera le esperaba un bol de cerezas que él mismo había recogido el día anterior. Sintió el suave tacto del algodón de su almohada favorita, azul marino, debajo de la cara y la acarició con la barba que empezaba a crecer. Lo mejor de todo era que el pequeño Vasik, con sus manchas blancas y negras, estaba acurrucado en su cojín especial, en una esquina de la habitación, durmiendo profundamente. Miraba el conjunto, luego de nuevo al

gatito, llamándolo para que acudiera a su lado.

—¡Vasik, Vasichka! ¡Ven aquí, renacuajo!

El gato ni se movió. De hecho, ni una sola molécula del felino parecía moverse. Vasia alzó la cabeza de la almohada, dejando tras de sí una estela húmeda de la baba que se le había deslizado durante el sueño, y metió los pies en sus viejas y suaves zapatillas de piel.

—¡Vasik! ¡Gatito travieso! ¡Ven a hacerle unas carantoñas a papá!

Se acercó al pequeño Vasik, pero el gato no lo oía. Era una mancha blanca y negra de quietud.

—¡Vasik! ¡Serás perezoso!

El anciano se inclinó sobre el animal para acariciarlo y, justo en ese momento, el gato alzó la cabeza y, con un chasquido, la giró hacia él. Vasia retiró la mano como si se la hubiera mordido.

—¡No! ¡No, gatito, no!

En lugar de ojos, Vasik tenía dos bolas idénticas de gusanos que se retorcían. Abrió la boca, pero en vez de un maullido, el animal escupió litros y litros de gachas. El espeso líquido fue extendiéndose por la habitación hasta cubrir el suelo por completo, incluidas las zapatillas de Vasia, que de pronto estaban frías y pegajosas.

—¡Fuera de aquí! —gritó el anciano mientras retrocedía, presa del pánico.

Justo entonces, el gato zombi empezó a gritar como un alma atormentada, arqueando el lomo y haciendo tanto ruido que sus chillidos no podían pasar inadvertidos ni en el cielo ni en el infierno. Vasia intentó darle una patada, pero descubrió que tenía las piernas atadas a la altura de los tobillos. Luchó por liberarse, extendió los brazos en un intento desesperado para no perder el equilibrio, pero acabó desplomándose como un árbol en pleno bosque, de bruces sobre el vómito de gachas del gato. Sintió la sacudida de la caída en todo el cuerpo y aquella sustancia pegajosa que le tapaba la nariz y la boca, haciéndole difícil respirar.

—¡Ayúdame, gatito! —gritó como pudo—. ¡Ayúdame, gatito!

Justo entonces, Vasia despertó como si emergiera del fondo del mar y se encontró con una mirada intensa, íntima, que lo observaba fijamente desde no más de veinte centímetros de distancia. Shura estaba tan cerca que Vasia podía sentir el latido de su corazón a través de la ropa de cama. Detrás de él, la litera estaba rodeada de mirones.

—¿Me has llamado «gatito», viejo? —murmuró Shura, pero Vasia no supo qué estaba pasando—. ¿Necesitas ayuda?

—Eh... no, Shura, estaba soñando. Con mi gatito.

Shura lo miró sin mucha convicción y una sonrisa afloró a sus labios grasientos.

—¿Tu gatito?

—Sí, mi gatito, Vasik. Perdona si te he molestado.

—¿Tu gato? ¿Estabas gritando y retorciéndote como un loco por un gato?

Shura se echó a reír y los demás prisioneros, que se habían levantado de sus respectivos camastros, lo imitaron, todos mirando a Vasia desde arriba, con la boca

abierta, salivando y riéndose de él. Vasia se alegraba mucho de ser la causa de sus risas y no el objeto de sus iras... o de cualquier otra cosa.

—Es blanco y negro, con un collarcito rojo. Ay, sí, siempre me aseguro de que lleve puesto el collar. Por lo general, es un gato muy bueno. Pero en el sueño se comportaba de una forma muy extraña. Por lo visto, se había puesto hasta las botas de gachas y no se encontraba muy bien. Ay, sí, menudo sueño. No me gustaría repetirlo. Me pregunto cómo le irá sin mí. —Vasia era muy consciente de que estaba desvariando, pero se sentía más tranquilo mientras hablaba.

—Lo más seguro es que se lo hayan papeado ya, abuelo.

—¿Quién? ¿Un perro?

—Más bien un vecino. Pero quizá tu barrio sea mejor que el mío, menos hambriento.

—Nunca había oído que alguien se comiera un gato para cenar, Shura. Bueno, no desde la guerra.

—¿No? Donde yo vivo, es la dieta básica.

Los demás presos se habían echado a reír, se habían puesto a maullar como gatos, a hurgarse la nariz, y poco a poco se habían ido dispersando.

Así pues, ahora estaba sentado en su litera, con la luz beis de la mañana, con la cuchara suspendida sobre las gachas y con la imagen de un gato zombi vomitando como un poseso. Los que ya estaban despiertos se movían, mascullaban y daban patadas a las paredes; los que seguían dormidos, sudaban sobre sus ásperos colchones o directamente en el suelo. Vasia sabía que los rayos del sol chocaban contra las ventanas, pero solo un leve rastro de luz conseguía adentrarse hasta las profundidades de la celda.

Algo pasaba en un rincón de la celda. Los sentidos de Vasia fueron registrando el barullo gradualmente hasta que por fin sus ojos grises se dirigieron hacia la puerta, de donde venía todo el ruido.

—¡Atrás, atrás!

Junto a la puerta había dos guardas de la prisión, uno muy mayor y el otro muy joven, ambos con sendos uniformes color caqui tan poco favorecedores que parecían haber sido diseñados para una especie que no existía sobre la Tierra. Desde donde estaba, Vasia veía perfectamente las espinillas en el mentón del joven: brillaban con una luz sobrenatural y rivalizaban en tamaño con la nuez de su garganta. «Una mala dieta», pensó. «Necesita más verduras y mermelada».

El alboroto remitió en cuestión de segundos y los prisioneros permanecieron expectantes, repartidos por la celda y casi todos en silencio.

—Aquí pasa algo —le susurró Shura al oído—. Nunca vienen tan pronto y menos así. Será un incendio.

—¿Un incendio? —repitió Vasia en voz alta.

Y eso fue suficiente. La mitad de los prisioneros, los que estaban despiertos, empezaron a repetir «fuego» y despertaron a la otra mitad. Los gritos se multiplicaron

y los cuerpos empezaron a pisotear con fuerza el suelo y a avanzar hacia la puerta, que estaba abierta. Los dos guardas fueron engullidos por la multitud, que se movía como un solo hombre, hasta que, de pronto, una voz se elevó por encima de las otras:

—¡Atrás! ¡No hay ningún incendio! ¡No hay ningún incendio, maldita sea! ¡Silencio!

El segundo guarda, que era un hombre muy mayor, transmitía una autoridad sorprendente y además tenía un revólver reglamentario en la mano, listo para ser usado. Su colega, el colegial, llevaba un látigo, que hizo restallar contra la pared que tenía detrás.

—Haced el favor de calmaros. No se ha declarado ninguna emergencia. ¿De verdad creéis que estaríamos aquí si hubiera un incendio? —dijo el más joven de los dos, y se echó a reír.

—Hemos venido a buscar a un prisionero. ¿Cómo se llamaba, Ponchikov?

—Volubchik, Vasili Semiónovich —respondió Ponchikov, aspirando por la nariz.

—Volubchik, un paso adelante. Obedezca inmediatamente.

Los prisioneros se movieron, abriendo una especie de túnel, y Vasia avanzó por él, obedeciendo al instante pero sin saber qué le esperaba.

—*Blin!* —murmuró Shura—. ¿Qué has hecho, abuelo?

Sin responder, Vasia siguió caminando hacia la luz anaranjada del pasillo.

—¿Están seguros de que es a mí a quien buscan? —le preguntó al mayor de los dos guardas cuando lo tuvo delante.

Los ojos turbios del funcionario se clavaron en los suyos y el anciano se encogió de hombros.

—Si ese es su nombre, es a usted a quien buscamos. Ponchikov nunca se equivoca con los nombres. Sígame. Las manos fuera de los bolsillos, la espalda recta, la mirada al frente.

La puerta de la celda se cerró con un estruendo metálico y Vasia y los dos guardas desfilaron con paso desigual por el pasillo, mientras el sonido de sus pisadas rebotaba en las paredes color naranja de la prisión.

El SIZO del Sol

—Bueno, vale, ya basta. He estado pensando y creo que necesitamos renovar esto un poco. ¡Claro que sí, lo digo en serio! Ya han pasado tres meses desde mi llegada y, echando un vistazo a fondo, he visto que esto es un desastre, ¿sabes? Sí, tenemos una reputación pésima y a la gente no le gustamos. A los empleados no les gusta esto y a los prisioneros, menos. Ya sé que es un poco precipitado y que a algunos de los vejstorios de la oficina central no les hará ninguna gracia, pero, Grisha, quiero dejar huella y quiero que el distrito de Azov esté orgulloso de su SIZO. Que este sea el centro de la excelencia. ¡Quiero ver un rótulo con nuestros nombres!

El *kommandant* Krapivin tenía un buen día. Llevaba desde las siete y media de la mañana en la oficina y ya se le habían ocurrido más de una docena de Buenas Ideas que habían sido recibidas por buena parte del personal con un silencio perplejo. Sabía que algunos nunca podrían comprender sus Buenas Ideas, dada la escasa educación que habían recibido y la ausencia generalizada de conocimientos; otros, en cambio, solo necesitaban tiempo para asimilarlas, como la idea del concurso de talentos entre el personal o la de cultivar calabacines ecológicos para repartirlos entre los pobres. Al *kommandant* Krapivin le gustaba hablar con su amigo Grisha (que también era *kommandant* pero en otro SIZO, río abajo) todas las mañanas sobre las once, mientras se bebía su café turco y se comía una fruta fresca y madura recogida en el jardín del SIZO.

—Ah, eso me recuerda que quería comentarte una cosa. Ya sé que hemos de mantener el nombre de SIZO número 24 Sección Sur, pero quería añadirle una línea, algo así como un titular, y se me ha ocurrido una genial. No, espera. Ya verás, te va a encantar...

La secretaria del *kommandant* Krapivin apareció con aire crispado al otro lado de la pequeña ventanilla que la separaba de la oficina de su superior y golpeó insistentemente el cristal. Krapivin la despachó con un gesto de la mano, una sonrisa y un guiño insolente. Ya se ocuparía de las típicas y aburridas rutinas del SIZO después del café y la fruta: nada podía interponerse entre él y su festival de ideas de las once. Respiró hondo y meditó un instante sobre el agradable olor que le subía por el cuello: jabón de lavanda, hecho con la planta cultivada allí mismo y grasa del rebaño de vacas del SIZO. ¿Quién iba a decir que unas cuantas vacas y plantas podían servir para crear un olor tan maravilloso? Pues él, el *kommandant* Krapivin.

—Da igual, el lema es... ¡«El SIZO del Sol»! Oh, sí, te gusta, ¿eh? Se nota que te gusta. ¡A mí también! Creo que define a la perfección nuestros valores. Por un lado, estamos en la región del sur, que siempre es más soleada, pero eso no es todo: los

reclusos en prisión preventiva y el personal encarnan a la perfección las energías positivas del sol. Oh, sí... Me refiero a que el sol es el que se encarga de que crezcan las cosas, el que da vida, y nosotros podemos ser como él: vigorizantes, regenerativos, ¡felices, en definitiva! Y sí, Grisha, es una palabra: regenerativos. Búscala en el diccionario si te parece tan rara.

La secretaria volvió a llamar en el cristal, pero esta vez también apretó la cara contra él y abrió los ojos como platos. El cristal se empañó. El *kommandant* Krapivin la ahuyentó de nuevo y giró la silla para mirar por la ventana que daba al jardín, donde un grupo de presos de confianza raspaban con azadas la tierra seca con la actitud menos enérgica que uno podía imaginar.

—¡Grisha, ni te imaginas el tamaño de las uvas que esta gente es capaz de cultivar! ¡No, en serio, grandes como pelotas de golf! ¡Y muy jugosas! Estamos dejando escapar una oportunidad más que evidente: ¡podríamos abastecer los mercados o directamente crear un mercado propio, aquí en el SIZO del Sol! ¿Qué te parece? Y quizá podríamos traer huérfanos para...

El *kommandant* Krapivin se interrumpió y giró de nuevo la silla: su secretaria acababa de entrar en el despacho y estaba frente a la mesa fulminándolo con la mirada.

—*Kommandant*, tiene visita y no creo que pueda retenerlos ni un segundo más.

—¿Visita? ¿Qué visita? Estoy al teléfono con Grisha, estábamos hablando de fruta...

—¡*Kommandant*, se lo pido por favor, me están poniendo nerviosa!

—Está bien, está bien, ya veo que está enfadada conmigo. Grisha, escucha, tengo que dejarte. Por lo visto, tenemos visita. Hablamos luego. *Ciao!*

Krapivin colgó el auricular en la base del teléfono de baquelita y miró a su secretaria.

—Está bien, Masha, ¿cuál es el problema? ¿Quién ha venido a vernos?

—*Kommandant*, me llamo Julia. JULIA.

—Ah, sí, perdone, guapa, se parece usted mucho a Masha. Algún día me acostumbraré. —El *kommandant* se paseó por la estancia mientras decía—: En fin, ¿cuál es el problema?

—Pues verás, *kommandant*, han venido dos ancianas...

—¿Dos ancianas? ¡Maravilloso!

—¡Aún no las conoce! Diría que están locas o al menos seniles. Huelen a alcohol y no paran de chasquear la lengua, graznar y hablar del viceministro, zona sur (excepto el Cáucaso)...

—¿De Glujov?

—Roman Serguéyevich, ajá.

—Interesante. Siga. ¿Qué quieren?

—Dicen que han venido a liberar a un prisionero.

—¿De verdad? Pero ¡qué maravilla! ¿A cuál?

—Volubchik.

—¿Volubchik? No he oído hablar de él.

—Llegó el martes pasado.

—¿Es problemático?

—No, *kommandant*, es un anciano.

—¡Un anciano! Otro más. ¡Maravilloso! Pero está aquí prisionero. ¿Qué se supone que ha hecho?

—Intentar sobornar a un oficial de la policía y estar en posesión de un perro peligroso.

—¡Vaya, me toma el pelo! ¡No! ¿De veras? No puedo creerlo. ¡Sobornar a un oficial de policía! Supongo que ese día no tuvo suerte. ¿Quién fue el agente que lo detuvo?

—El oficial Kulakov, *kommandant*.

—¡Vaya, ahora sí que me deja muerto! ¡Qué delirio! Vale, entonces no sabe por qué quieren verme exactamente, pero tiene que ver con el anciano, ese tal Volubchik.

—Eh... sí, *kommandant*. Y un perro.

—Aquí no hay perros, ¿verdad?

—No, señor.

—Bueno, pues entonces no puedo encargarme de lo del perro. De hecho, ¡se me acaba de ocurrir una idea genial relacionada con eso, Masha! ¡Podríamos tener perros! Oh, sí, criarlos. Perros con pedigrí, y entrenarlos. Oh, sí, ya lo estoy viendo. Con la de gente rica e influyente que hay en Rostov, o incluso en Moscú: perros exconvictos, entrenados para proteger. Y podrían llevar tatuajes. Oh, sí, serán increíbles. Póngalo por escrito, ¿quiere, Masha?

—Julia.

—Sí, para la llamada de mañana a Grisha: perros exconvictos con tatuajes y carácter. —El *kommandant* Krapivin se recostó en la silla y dio unas cuantas vueltas, sin dejar de morder un lápiz.

—Sí, *kommandant*, pero ¿podemos volver al tema de las visitas, por favor? Están bloqueándome la recepción y, bueno, huelen mal.

—Ay, Masha, es usted la monda. ¡Que huelen, dice! En ese caso, será mejor que pasen cuanto antes. Todo esto es fascinante. Y que traigan a Volubchik de su celda, por si acaso. Que espere en el pasillo.

—Sí, señor. Supuse que lo pediría, así que ya he dado orden de que vayan a buscarlo, señor.

—De acuerdo, veamos qué nos depara la mañana en el SIZO del Sol, Masha. ¡Dios mío, me encanta mi trabajo!

—Julia.

—¡Lo que usted diga, jefa!

En la sala de espera, el aire denso caía sobre las dos ancianas con el peso de un sudario de plomo. Galia estaba sentada con un puño en cada rodilla, respirando hondo y sin apartar los ojos del suelo pulido. Zoya, para quien la resaca era ya como un vago recuerdo, caminaba de un lado a otro, marcando un ritmo de *staccato* con los pies. Apenas se habían dirigido la palabra en todo el trayecto en taxi del aeropuerto al SIZO. Galia había decidido reservarse las fuerzas para la reunión que estaban a punto de tener y Zoya era consciente de que no era buena idea seguir hablando de Pasha. Galia aplastó un mosquito contra la pantorrilla, lo que hizo sobresaltarse del susto a Zoya, que aspiró a fondo sus sales aromáticas.

La puerta roja que había al otro extremo de la sala se abrió hacia dentro con una violencia inusitada y una joven se dirigió hacia ellas con paso decidido; deteniéndose a poco más de un metro de ellas, les anunció prácticamente gritando:

—¡El *kommandant* Krapivin las recibirá ahora!

El despacho del susodicho era luminoso y diáfano en comparación con la sala de espera, y enseguida se sintieron, si no tranquilas, al menos no tan tensas. Allí apenas se percibía el intenso olor a suciedad que habían notado al pasar por la primera puerta del SIZO, y los colores estaban más en la línea del espectro natural, lejos del amarillo sucio que parecía impregnarlo todo, ya fuera animal, vegetal o mineral.

—¡Señoras, señoras! ¡Bienvenidas al SIZO del Sol! ¡Por favor, tomen asiento! ¿Les apetece una taza de té con limón? Es producción local, ¡lo hacen los prisioneros con sus propias manos!

Galia y Zoya se instalaron en las minúsculas butacas de piel que les indicó el *kommandant* Krapivin.

—Cómodas, ¿verdad? En el futuro, espero fabricarlas aquí. Soy muy partidario de la innovación, señoras, seguro que ya lo saben.

Galia asintió levemente y sonrió.

—Eh... sí, *kommandant*. Lo cierto es que creo que sí que he oído hablar de usted y sus innovaciones.

—¿Quién le ha hablado de mí? ¿Glujov? Nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¡Oh, sí! Claro que él acabó en el ministerio, pobrecillo, ¡y yo conseguí el mejor trabajo del mundo! Seguro que me tiene un poquito de envidia, pero, ay, ¡qué le vamos a hacer!

A Zoya se le escapó la risa e intentó disimular fingiendo un acceso de tos, que acabó convirtiéndose en real, y por un momento pensó que se iba a romper cada hueso de su cuerpo hasta quedar reducido a polvo.

—Vaya, menuda tos. Debería tomarse un té con limón, le vendrá bien. ¡Masha, eh, Masha!

La secretaria abrió la portezuela que separaba las dos oficinas.

—Té con limón para todos, por favor. ¡Y rápido!

La joven cerró con un portazo. Galia creyó oír cómo crujía la madera del marco.

—*Kommandant* Krapivin, me temo que esta no es una visita de cortesía.

—Claro que no, buena mujer, me lo imaginaba. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Hemos venido a liberar a nuestro amigo, Vasili Semiónovich Volubchik.

—Ya veo. ¿Y qué le hace pensar que puede hacerlo...? Perdone, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Galina Petrovna Orlova.

—Muy bien, Galina Petrovna, el suyo es un propósito muy noble, o eso parece. Cree realmente que el viejo es inocente, ¿verdad? Espero que no sea usted del crimen organizado ni nada de eso. No lo aparenta, pero ¡por todos los demonios!, debemos ir con cuidado. ¡Ni se imagina la cantidad de gánsteres que tenemos aquí!

—No, *kommandant* Krapivin, no somos gánsteres.

Galia miró a Zoya de reajo para asegurarse de que su amiga no le llevaba la contraria y confesaba ser una mafiosa o delataba a una tercera persona. Zoya parecía relajada, con los ojos entornados y el pico bien cerrado, esperando su té con limón.

—*Kommandant*, tengo en el bolsillo un *Very Important* Pedazo de Papel que he traído directamente de Moscú esta misma mañana.

—¿Un VIPP? Vaya, vaya, el día se está poniendo interesante. ¿Puedo verlo?

Galia desencajó el trasero de la butaca para ponerse de pie y poder meter la mano en el bolsillo del vestido. Sacó el *Very Important* Pedazo de Papel y se lo entregó al *kommandant*.

—Como verá, *kommandant*, está firmado por el viceministro Glujov, Roman Serguéyevich, en persona y con fecha de hoy. Vasili Semiónovich Volubchik no es un delincuente, señor. No es más que un anciano que intentó ayudar a sus amigos. Su sitio no está en la cárcel, sino en su casa, con su gato y sus amigos. Y este documento lo prueba. —Galia estaba de pie, más alta que el *kommandant*, pero antes de seguir se inclinó hacia delante hasta quedar cara a cara con él y poder mirarlo a los ojos—. Es un ciudadano ejemplar. Se ocupa del Centro Cultural y el Club de la Tercera Edad de Azov; sin él estaríamos perdidos. Más de cuarenta señoras mayores dependemos directamente de él, *kommandant*. No nos decepcione. ¡Libérelo, *kommandant*, para que los miembros del club podamos reunirnos de nuevo y discutir sobre plantas y celebrar los viernes con una película y la rifa del fin de semana!

Cuando Galia terminó su arenga, el *kommandant* Krapivin aprovechó para enjugarse una lágrima del ojo izquierdo.

—Sí, y además es la última esperanza de Galia de tener un amigo del sexo masculino en los años que le quedan. Ya ha esperado demasiado tiempo, *kommandant*. ¡No le niegue un poco de amor en el otoño de sus días!

Galia se volvió hacia Zoya y le espetó un sonoro «¡Chis!».

—¡Solo intento ayudar! ¡Y encima es la verdad!

—Señoras, son ustedes encantadoras. ¿Dónde se habían metido hasta ahora? Esto es sencillamente perfecto. Y sí, tienen razón: está todo aquí, por escrito, con la firma

del viceministro y su sello oficial. No veo motivo alguno por el que Vasili deba seguir en el SIZO ni un minuto más. Que lo traigan los guardas.

El *kommandant* le devolvió el papel a Galia, que estuvo a punto de besarlo antes de guardárselo de nuevo en el bolsillo del vestido. Suspiró muy aliviada y tuvo la sensación de que era la primera vez que respiraba tranquila desde hacía siglos. Se le enderezaron los hombros y sintió que su ánimo remontaba con la ligereza del humo.

—*Kommandant* Krapivin, no sabe cuánto le agradezco...

De pronto, la secretaria llamó a la puerta y entró sin esperar. Al ver a Galia casi de rodillas delante del *kommandant*, se quedó boquiabierta.

—Vaya, siento la interrupción, *kommandant* Krapivin, pero tiene más visitas y también quieren salvar al tal Volubchik. Y, si le soy sincera, ¡son todavía peor!

—¡Pare el carro, Masha, deme un segundo!

—Me llamo Julia.

—Sí, por supuesto, Julia, era una broma. ¿Dice que tenemos más visitas?

—Sí.

—Y que también quieren ver a Volubchik.

—Sí.

—Parece usted afectada. ¿Son peligrosos? ¿Huelen mal?

Julia se sentía visiblemente incómoda.

—Su aspecto es un tanto agresivo, sí, señor. Uno tiene el cuerpo lleno de cardenales y lleva una pabela de mujer. Y la otra, la mujer, sonrío como el gato de Cheshire y apesta a perfume barato.

—Mi secretaria es una mujer tan sensible... No le gustan las sonrisas ni los olores. En fin, señoras, ¿tienen idea de quién se podría tratar?

Galia y Zoya lo miraron desconcertadas.

—¡Es estupendo! ¡Que entren! ¡Que entren! Aquí todos somos amigos, no nos pongamos ceremoniosos.

Mitia el Exterminador entró cojeando en el despacho. Su aspecto era radicalmente distinto desde la última vez que Galia lo había visto. Aquel día, mientras sujetaba a su querida perra por el pescuezo en el hueco de la escalera, Galia pensó que si alguna vez volvía a verlo, le gritaría con todas sus fuerzas, le tiraría de las orejas y quizá llegaría a odiarlo. Ahora, sin embargo, lo que sentía era una dolorosa compasión: tenía la cara hinchada y llena de cardenales, que se extendían por los brazos y las manos. Caminaba con excesiva rigidez y encorvado. Hasta cierto punto, parecía un viejo, pero con los ojos de un niño. Mitia interceptó su mirada y, para sorpresa de Galia, la saludó con un gesto de la cabeza.

—Galina Petrovna, debí imaginar que estaría aquí.

La chica que iba con él era guapa, pero parecía un poco asimétrica. Sonrió a la pareja de ancianas con un gesto un tanto torcido. Tenía un hombro un poco más alto

que el otro y parecía andar sobre la punta del pie izquierdo. Sin embargo, a pesar del extraño aspecto de la pareja, a Galia le pareció que irradiaban algo, una especie de calma. ¿Era felicidad o ternura?

—Bueno, jovencitos, ¡encantado de conocerlos! Masha, ¿dónde está el té? ¿Les apetece un poco de té con limón, pareja? Lo hacemos nosotros mismos.

—Sí, por favor, *kommandant*, sería perfecto —replicó Katia con un leve ceceo y una sonrisa de oreja a oreja.

—Para mí no, gracias —contestó Mitia con un hilo de voz.

—Estupendo, pues pidámoslo y en cuanto nos lo traigan estaremos frescos como una rosa. Y bien, también han venido por el viejo canalla de Volubchik, ¿verdad? Pero ustedes no pueden ser miembros del Centro Cultural y Club de la Tercera Edad de Azov, así que, ¿cuál es la conexión?

—Sí, Mitia, ¿cuál es la conexión? —Galia lo miró con una expresión sorprendentemente cargada de malicia, inclinándose hacia delante en la butaca. El frufú de sus medias contra la polipiel resonó en el silencio del despacho como un trueno—. Eres la última persona que esperaba encontrarme hoy.

Mitia se aclaró la garganta y cruzó las manos encima del regazo.

—Bueno, Galina Petrovna, *kommandant* y ciudadana anciana bis, esta ha sido una semana muy extraña, al menos para mí. Se podría decir que ha sido una semana de revelaciones y a muchos niveles.

—No me digas que has descubierto la religión —intervino Zoya con voz bronca—. Porque no te creo. Eres malo, malo a rabiar. Es un hecho de todos conocido.

—No, no he descubierto la religión como tal, ciudadana de la tercera edad, pero cuanto creía que era verdad, bueno, ahora sé que no lo es.

—Esto es fascinante —terció el *kommandant*—. Pero dígame, joven..., ¿quién es usted?

—Mi nombre es Mijaíl Borísovich Plovkin, *kommandant*, y soy... exterminador de perros de profesión.

Al oír aquellas palabras, el *kommandant* se echó un poco hacia atrás.

—¿De verdad quieres hacernos creer que has cambiado, Mitia? —preguntó Galia con voz temblorosa—. Vi tus ojos el día que viniste a mi casa. Estaban vacíos.

—Galina Petrovna, lamento mucho mi conducta. Ahora me doy cuenta de que me llevé a tu fiel compañero y que estuvo muy mal por mi parte.

—¡Y te quedas corto! —exclamó Zoya—. ¿Es que acaso naciste sin sentimientos, joven?

—No lo creo, ciudadana de la tercera edad, pero en cierto sentido acabaron sepultados. Sin embargo, puedo cambiar. —Mitia miró a Katia con una sonrisilla—. Puedo cambiar. —Expulsó la frase, con tono ronco y grave—. Fui a ver a Kulakov para que retirara los cargos, pero se negó a cooperar. Y ahora...

Mitia se interrumpió y se sobresaltó, visiblemente asustado. Julia acababa de abrir la puerta de una patada, y traía una bandeja de tazas de té en una mano y un gato gris

atigrado en la otra. Se precipitó en el despacho y la puerta se cerró con un portazo.

—Dios mío, Masha, qué oportuna. Señoras, caballero, este es Tabby, el gato del SIZO. Saluda, Tabby.

El gato no dijo nada, se limitó a mover la cola fieramente, oscilando en el brazo de Julia mientras esta servía el té a los presentes.

—Por última vez, me llamo Julia.

—Tiene razón, se llama Julia —apuntó Zoya, después de beber un trago de su té con limón.

—Julia, Julia, lo siento mucho. Ya sabes cómo soy.

—Quizá debería cambiarme el nombre por otro más fácil de recordar. ¿Qué le parece, *kommandant*?

—Ay, Julia, me dejas muerto. Qué divertida eres. En fin, ¿algo más?

—Hay otra visita para Volubchik en la sala de espera, *kommandant*. Por eso me he traído al gato.

—¿En serio? Vaya, esto es increíble. ¿Y el nuevo visitante es un perro o...? Es que no acabo de ver la conexión con el gato.

—No, *kommandant*, la visita es...

De repente, se abrió la puerta del despacho.

—*Die! Die!*

El grito, agudo e indescifrable, había salido de la garganta de una figura minúscula y frágil cuya silueta se recortaba contra la puerta. Llevaba un pañuelo naranja a la cabeza y una hoz en la mano.

—¡Mamá! —murmuró Mitia.

—¡Que Dios nos ayude! —susurró Galia.

—De acuerdo, ahora que ya estamos todos, podríamos empezar de nuevo. Ciudadana de la tercera edad, ¿qué le parece si deja un momento la hoz, en la mesita, por ejemplo? Así mejor... Y se sienta por allí, sí, ¿en el puf quizá? Es muy cómodo —dijo el *kommandant* Krapivin, observando detenidamente a la recién llegada.

Baba Plovkina dejó la hoz, como le pedían, y, tras mirar alrededor, se instaló en el puf, aunque se notaba que no estaba cómoda. La postura le impedía balancearse, lo que la ponía nerviosa. Apretó las encías y sus ojos se posaron en la ventana, en el suelo, en la puerta, en sus propios pies, en los de Mitia y, por último, en la foto de Yeltsin que colgaba enmarcada de la pared. Mientras tanto, sus manos, pequeñas y en carne viva, retorcían un pañuelo sobre el regazo. Movié la mandíbula, pero no dijo una sola palabra comprensible. Y cada vez que Mitia carraspeaba, ella daba un salto y lo miraba fijamente.

—*Baba Plovkina*, ¿le apetece un vaso de agua o una taza de té? —dijo Galia, rompiendo lo que empezaba a ser un silencio incómodo.

—*Nia!* —respondió *baba Plovkina*.

Galia miró a Mitia y sus ojos se encontraron. Se encogió de hombros con aire interrogativo, y él dudó un instante, apartó la mirada y respondió:

—No quiere agua. No bebe agua. Ni té. Nunca.

—¿No bebe té?

Galia entornó los ojos y negó lentamente con la cabeza. Katia observó a Mitia mientras este miraba a la anciana e intentó detectar algún tipo de parecido entre los dos. No lo había. En cambio el chico no le correspondió: observó a su madre unos segundos y luego fijó la vista en la ventana que tenía delante y se negó a apartar los ojos de la brillante luz del jardín y las parras. Katia se concentró de nuevo en la anciana y entrecerró los ojos. *Baba Plovkina* interceptó su mirada.

—¡*Pelandushca!* —exclamó, con los ojos, diminutos y brillantes, muy abiertos, y a continuación encajó de nuevo la mandíbula y contempló detenidamente la fotografía enmarcada del presidente Yeltsin.

Katia emitió una risa clara que pareció el tintineo de una campanilla; Mitia cerró los ojos.

—Madre, por favor...

El *kommandant* Krapivin tomó asiento detrás de su mesa y se balanceó suavemente de lado a lado de la silla.

—Vaya, nos hemos quedado un poco callados todos de repente, ¿no? ¡No se dejen amedrentar por el SIZO! Este es el SIZO del Sol, ¿se lo había dicho? No permitan que eso los intimide. Estén tranquilos. Venga, inspiremos todos juntos y espiremos, a la de tres. —El *kommandant* lideró al grupo en un ejercicio de respiración colectiva—. Así, mucho mejor, ¿verdad? Veamos, creo que todos saben quién soy yo, pero no sé si se conocen entre ustedes. ¿Qué les parece si nos vamos presentando uno a uno? Ya saben, para romper el hielo. Creo que es una forma de derribar las barreras...

—Sí, suena bien —trinó Katia, mientras los demás miembros del grupo bajaban la vista al suelo o la fulminaban con la mirada—. A veces la gente es tan cerrada... Nos ayudará a confiar unos en otros.

—Pero, Katia... —empezó Mitia.

—¡Ah, estupendo! Bien, veamos, ¿empiezo yo? —El *kommandant* no necesitaba que nadie lo animara—. Mi nombre es Sasha Krapivin. Soy de Moscú, ¡y de pequeño quería unirme al circo! Muy bien, ahora usted —dijo, señalando a Katia.

—Vale. Bueno, pues me llamo Katia, soy de Azov y tengo un trastorno psicológico que me hace decir muchas mentiras. —La joven rio tímidamente y luego carraspeó—. Lo siento, es mentira. No sé por qué lo he dicho. Estoy nerviosa. No se me ocurre nada interesante de mí misma que no sepáis ya.

—Ay, seguro que hay algo. ¡Piensa, piensa!

—De acuerdo. Mmm, pues... una vez bebí pipí por accidente.

Esta vez un rumor recorrió la estancia.

—¿En serio? ¡Fascinante! Me muero por escuchar la historia, pero tendrá que ser en otro momento. Ahora tenemos que seguir. Veamos, a quién le toca... ¿A usted, eh... la anciana de la hoz?

—Yevgenia Kirpichovna Plovkina y, por desgracia, soy la madre de ese de ahí —

anunció, señalando a Mitia con el dedo.

—Y algo que nadie sepa de usted, Yevgenia Kirpichovna —apuntó el *kommandant*.

—¡Una vez robé manzanas en un koljós!

De nuevo se oyó un murmullo, pero las miradas no se levantaron del suelo. Al otro lado de la puerta, avanzando lentamente por el pasillo, se oía el eco de unos pasos.

—¡Madre mía! ¡Menuda aventura estamos viviendo y aún no son ni las doce! Debo decir que, por norma general, lo que buscamos son secretos más bien desenfadados. Por ejemplo: cuando era joven, estaba enamorado de Yuri Gagarin. No, no quiero decir que yo lo estuviera, obviamente; sería absurdo. Me refiero a cosas de ese tipo. Señora, usted es la siguiente —concluyó, volviéndose hacia Galia con gesto expectante.

—Muy bien, *kommandant*. Me llamo Galina Petrovna Orlova y también soy de Azov. Mi secreto es que no hay secreto: estuve casada con un hombre que no era un espía, ni un homosexual, ni un alcohólico, pero sí irritante. Eso es todo.

Sus palabras fueron recibidas con un breve silencio.

—¿Y eso es un secreto? —preguntó el *kommandant* Krapivin mirando a su alrededor, un poco decepcionado.

—Parece que es algo que muy pocos sabían. A veces, cuando las personas no saben nada de alguien o no se acuerdan, prefieren inventarse maldades. No sé por qué lo hacen, *kommandant*. —De pronto, Galia no podía parar de hablar. Las palabras brotaban como un torrente—: ¿Por qué no se inventan cosas buenas? Por ejemplo, que alguien preparaba un té delicioso, o que siempre era puntual, o que nunca cogía más que el queso que le correspondía.

—De acuerdo, Galina Petrovna. Ahora sigamos...

—¡No, *kommandant*! En serio, quiero saberlo. ¿Por qué la gente nunca se inventa cosas buenas? —Se levantó de un salto, con el trasero aún encajado en la butaca, y se plantó delante del *kommandant* a la espera de una respuesta. Krapivin guardó silencio.

—Es algo inherente al ser humano, Galina Petrovna. Somos malos con los demás para sentirnos mejor con nosotros mismos. Nos inventamos historias sobre ellos y nos las creemos. Así podemos odiarlos. —Mitia dijo estas palabras en voz baja, pero sin apartar la vista de la ventana y el sol que brillaba al otro lado.

Galia asintió y esbozó una leve sonrisa antes de sentarse otra vez con un sonoro suspiro.

—Muy bien —dijo el *kommandant*, y se volvió hacia Zoya sonriendo.

Zoya parecía un gorrión en los últimos días del invierno: frágil, aturdida y compadeciéndose a sí misma.

—Me llamo Zinaida Artiomovna Krasovskaya. Y confieso que trabajé como confidente de la KGB.

Todos los presentes dieron un respingo.

—¡Ah!

—¿Preparo más té, *kommandant*? —preguntó Julia la secretaria, rompiendo el silencio.

Mitia arrastró los zapatos por el suelo y carraspeó.

—Todavía falto yo. ¿Le importa? Me llamo Mijaíl Borísovich Plovkin y soy de Azov. —Mitia no sabía cómo continuar. Arqueó las cejas y la frente se le llenó de arrugas. Estaba pálido. En el despacho no se movió ni una sola partícula mientras esperaban a que continuara—. ¿Quieren oír algo que no sabe nadie más? —continuó con voz ronca, y se secó las manos en los pantalones—. Hasta esta semana... no sabía quién era mi padre.

De pronto, algo golpeó el suelo con un ruido sordo. Era *baba* Plovkina, que se había caído del puf y había ido a parar a los pies del *kommandant*. Krapivin se agachó rápidamente y la ayudó a levantarse con mucho cuidado, asegurándose de que llevara el pañuelo recto y que respirara.

A Zoya se le escapó una carcajada.

—Vaya, *baba* Plovkina, va a resultar que de aquellos polvos, estos lodos, ¿eh?

Galia le propinó un puntapié en la espinilla a su amiga mientras *baba* Plovkina emitía una especie de gruñido bastante inquietante, teniendo en cuenta la proximidad de la hoz.

—¿Y dónde está? —chilló la anciana.

—Perdone, *babushka*, pero creo que es mejor que explique las reglas básicas... —intentó terciar el *kommandant*.

—¡Cierre la boca! ¿Dónde está ese viejo bastardo?

Con una agilidad pasmosa se liberó del abrazo pegajoso del puf y empezó a pasear arriba y abajo por el despacho, como si esperara encontrar a su presa escondida entre las tazas de té o detrás de una estantería. Le crujían las articulaciones con un sonido parecido al de unas agujas de hacer punto y la mandíbula se movía sin parar bajo unos pómulos puntiagudos y un par de ojos diminutos y brillantes.

—¿A quién has venido a buscar, madre? —preguntó Mitia, levantándose también de su silla.

—A Volubchik. He venido a rescatarlo.

—¡No, no, no! —exclamó Galia—. Pero ¿se puede saber de qué está hablando, *baba* Plovkina? Nosotras hemos venido a rescatar a Vasia Volubchik. Usted no tiene por qué meterse. Hemos traído una carta oficial. —Se despegó de la butaca, blandiendo el *Very Important* Pedazo de Papel.

—No, Galina Petrovna, se equivoca —intervino Mitia—. Soy yo quien ha venido a buscar al viejo Volubchik. Tenemos una... conversación pendiente, él y yo. No le pasará nada malo, se lo aseguro.

—Qué, ¿como a la perra? —chilló Zoya—. No eres humano, Mitia. No confiamos en ti. No te fíes de él, Galia. Aunque la mona se vista de seda... La mona

y el Tauro.

—No, Zinaida Artiomovna, sí que soy humano, pero justo estoy empezando a descubrir... de qué clase.

—¡Traédmelo a mí! —gritó la *baba* Plovkina, y apartó a Mitia a un lado para coger la hoz.

—¡Dios mío! ¡Una historia de transformaciones! —exclamó el *kommandant* Krapivin, y con la habilidad y la pericia de un domador de leones apartó a *baba* Plovkina de la hoz de un empujón que la devolvió a su asiento.

Fuera, en el pasillo, a Vasia le pitaban los oídos. Aún no sabía quién había requerido su presencia, pero esperaba que fuera Galia y no la policía, con la intención de interrogarlo de nuevo, o cualquiera de sus antiguos compañeros de trabajo. La vergüenza sería insoportable. Se sentó en un banco de madera entre los dos guardas y disfrutó del primer brillo del cielo después de cuatro largos días. Casi podía notar el sabor del sol y, mientras contemplaba un ángulo del jardín, notó un olor a pimientos, ajos y albaricoques. Quizá fuera el aroma de la libertad, o del futuro, quién sabe. En cualquier caso, le gustó la sensación y notó que el corazón se le llenaba de la cálida miel de la esperanza.

Polvos y lodos

En una perrera fría y húmeda, una perra de rostro alargado, patas delicadas y pelaje gris esperaba sentada e inmóvil. Estaba asustada por un ruido lejano que había oído a su izquierda. La había arrancado de un bonito sueño en el que paseaba tranquilamente por un piso limpio y luminoso, bañado por el sol que se filtraba a través de las cortinas. Sus ojos, oscuros y sobre unos pómulos prominentes, estaban fijos en la puerta de la celda. Al otro lado de los barrotes de metal, intuía un pasillo oscuro como la noche que apestaba a miedo. Allí todo era silencio. Ella era la última perra de aquel sector. Había perdido toda esperanza de encontrar un nuevo hogar con otra anciana adorable. Poco a poco, se había dado cuenta de que en aquel lugar no podía ocurrirle nada bueno. Boroda se lamió la pata delantera, se quitó una pulga y luego apoyó la cabeza sobre el pelo limpio. A pesar de la falta de ejercicio, estaba cansada. Cansada hasta los huesos.

Cerró de nuevo los ojos y recordó su casa, su dueña y las estrellas que salpicaban el cielo del sur. Recordó la grasa de cerdo y la caja de cartón, y los niños que le tejían pequeñas coronas de hojas y le rascaban las orejas cuando se sentaba con ellos a la sombra de un árbol. Recordó el olor de los gatos, las carreras de las ratas y la alegría al encontrar un mendrugo entre los adoquines. Recordó a Galia, el cuenco de la comida y la mancha de luz verde que se proyectaba debajo de la mesa de la cocina mientras su dueña preparaba la comida. Recordó el silencio, el tictac del reloj y el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. Oyó pasos en el pasillo y se le escapó un quejido.

Se incorporó como pudo, teniendo en cuenta las dimensiones de la jaula, miró hacia la puerta metálica y aguzó el oído. Los pasos se detuvieron justo delante de su jaula y Boroda vio la silueta de unas botas negras y ajadas, muy cerca de su hocico. Estaban recubiertas de desinfectante y otros líquidos demasiado horribles para mencionarlos. De pronto, el pestillo de la jaula se abrió de golpe y empezaron a temblarle violentamente las patas traseras. Intentó zafarse de los guantes que trataban de cogerla; apretó la cola contra los barrotes del fondo y se resistió con todas sus fuerzas. Notó que la arrastraban y gruñó. Se le engancharon las uñas en la red metálica, arañando con un sonido agudo y chirriante el silencio que allí reinaba. El humano masculló y la cogió con fuerza del pescuezo.

Le pasó una cuerda por el cuello, la apretó y luego tiró de ella hasta que Boroda empezó a avanzar lentamente por el pasillo. El humano desprendía un olor a alcohol y mugre tan intenso que la perra no pudo evitar estornudar. El tipo caminaba haciendo eses y tambaleándose. Entre hipo e hipo, hablaba solo y parecía bastante

distraído. Al llegar al fondo del pasillo, se golpeó el hombro contra la pared, tan fuerte que rodó sobre sí mismo y se dio de bruces contra el hormigón. Profiriendo un insulto, soltó la cuerda para taponarse la nariz, pues la sangre le goteaba sobre las botas. Boroda notó el peso de la cuerda al golpear el suelo y vio la puerta del pasillo entreabierta.

—Mitia, ¿qué tipo de conversación tienes pendiente con Vasia Volubchik? Supongo que el asunto de mi Boroda lo lleva la policía, ¿no? No pensarás presentar cargos por tu cuenta, espero. Ni te tocó, Mitia, y lo sabes. Tengo un papel que dice...

—¡No! No, Galina Petrovna, no tiene nada que ver con eso. Por favor, espere un momento. Puedo explicárselo.

—¡Eso espero!

El *kommandant* Krapivin se levantó de la silla de un salto y rodeó la mesa para sentarse sobre el borde de delante y así poder escuchar mejor a Mitia.

—Mi padre... mi padre... —Mitia se vio interrumpido por su madre, que, después de santiguarse dos veces, soltó un gemido que ponía los pelos de punta—. Mi padre...

La anciana gimió otra vez y se persignó.

—¿Es estrictamente necesario que haga eso, *baba*?

El *kommandant* Krapivin le lanzó una mirada severa. La anciana se llevó las manos al regazo y cerró la boca.

—Mi padre era un alcohólico crónico.

—Bueno, eso mismo vale para la mitad del país, Mitia —puntualizó el *kommandant* alegremente.

—Es cierto, sí, pero eso no significa que esté bien. Así es como acabamos teniendo que soportar a gente como Petia Kulakov y mi vecino, Andréi el Cretino.

—¿Es su nombre real?

—No, *kommandant*.

—*Kommandant*, por favor, cállese. Queremos escuchar a Mitia. —Galia se volvió hacia el Exterminador—. Adelante, Mitia. Somos todo oídos.

—Gracias, Galina Petrovna. —Mitia fijó los ojos en sus dedos, aún hinchados y doloridos, y respiró hondo—. Bueno..., la historia es la siguiente: mi padre nos pegaba muy a menudo a mi madre y a mí. Se enfadaba por todo. Si hacíamos ruido, si la cena no estaba en la mesa a su hora o si intentábamos esconderle el alcohol, nos arriesgábamos a recibir una paliza.

—¡Es cierto! —La anciana asintió y rompió a llorar amargamente. Las lágrimas se le quedaban entre las arrugas que le rodeaban los ojos.

—Mi único consuelo, mi única alegría por aquella época era mi perro, Sharik.

Una onda de compasión casi visible recorrió el despacho, haciendo que a Galia se le humedecieran los ojos y que a Zoya se le movieran los pelos de lo alto de la

cabeza.

—Pero, Mitia, no lo entiendo. Tú... tú odias a los perros. Para ti son una plaga que debe ser exterminada. Eso dijiste. Querías matar a mi Boroda y seguramente lo habrás conseguido... —Galia se interrumpió, incapaz de continuar.

Mitia se mordió el labio y sus ojos se cruzaron con los de Katia, que estaba tranquila, balanceándose en la silla, enrollando un mechón de pelo alrededor de uno de sus dedos delgados y sonriéndole.

—Vivíamos en una casita de madera; una casucha, más bien. No habíamos conseguido una moderna, sobre todo debido a los problemas de mi padre con el alcohol. Un día volvió tarde y de muy mal humor. Ya venía borracho, pero pidió más alcohol. Se lo había bebido todo, no quedaba nada en el armario, así que madre me mandó a casa de los vecinos a suplicarles que me dieran una botella de lo que fuera. Llamé a muchas puertas; la gente ya nos conocía y la mayoría no nos daba ni los buenos días. Al final conseguí media botella y Sharik y yo volvimos a casa.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Vasia? —gruñó Zoya.

—¡Chis, cabra vieja! —le espetó Galia.

—Siga. Tenga, ¿le apetece una pieza de fruta, quizá?

—No, gracias, *kommandant*. Al volver a casa, oímos gritos en el patio: mi padre había cogido a mi madre por el cuello y trataba de estrangularla. El viejo Sharik no pudo soportarlo y se lanzó sobre el cuello de mi padre ladrando como un loco. Aún lo oigo.

—¡Un perro valiente! —dijo Galia—. ¡Como mi Boroda! Valiente y leal.

—Valiente, sí, Galina Petrovna, pero también viejo. Hizo lo que pudo, pero mi padre era demasiado fuerte para él. Forcejearon por todo el patio un buen rato, pero mi padre parecía poseído por el demonio. Al final, Sharik acabó agotado pero mi padre estaba sediento de venganza. No toleraba la desobediencia. Cruzó el patio, tambaleándose con el pobre Sharik cogido del pescuezo...

—¿Y?

—Y lo tiró al pozo. Oímos que su cuerpo chocaba contra el agua al llegar al fondo. Oímos cómo intentaba mantenerse a flote dando vueltas en aquel horrible agujero. Y luego... solo aullidos, durante horas. Mi padre no dejó que nos acercáramos; nos obligó a sentarnos en el banco de la cocina, hizo que mi madre le preparara la cena, mientras oíamos los gemidos de nuestro querido Sharik llamándonos. Mi padre se pasó la noche sentado en el patio, escuchando cómo sufría y asegurándose de que no lo salváramos. Tardó la noche entera en ahogarse.

En el despacho se había hecho un silencio denso como el fieltro.

—Y al día siguiente ya no estaba. Fui... fui al colegio y odié a todo el mundo. No podía soportar mirar a nadie, ni siquiera la idea de pensar. Mi madre nunca volvió a beber agua y yo... me aseguré de no volver a sentir nada por nadie, ni animales ni humanos.

El *kommandant* Krapivin soltó un suspiro trémulo y una lágrima rodó por su

mejilla.

—Es una historia muy triste, Mitia, mucho. Tú mejor que nadie entiendes qué sentí cuando amenazaste con tirar a mi perra por el hueco de la escalera. —Galia se inclinó hacia delante y miró a Mitia a los ojos.

—Pero sigo sin entender qué tiene que ver lo que acabas de contarnos con Vasia Volubchik —terció Zoya, desde su esquina—. Tu padre era una mala persona, eso está claro. Mató a tu perro, que es algo imperdonable, pero eso no explica...

—No, claro que no lo entiende. Permítame que se lo aclare, camarada Krasovskaya. La cuestión es... La cuestión es que el otro día recordé quién fue la persona que nos regaló a Sharik. Llevo toda la semana recordando cosas. Es como si algo hubiera desatado un torrente de recuerdos. Quizá fue... el amor —dijo Mitia, mirando a Katia—, o rescatar a los cachorros del parque, oír sus gemidos... Tal vez todo haya sido fruto de una contusión, no lo sé. Lo importante es que recordé lo que le pasó a Sharik y la razón por la que empecé a odiar a los animales. Lo tenía todo oculto en algún recoveco de mi cerebro que ni siquiera sabía que existía. Recordé a Sharik, a mi mejor amigo. Recordé cómo me tumbaba a su lado por las noches, el calor que desprendía su cuerpo en invierno. Recordé que siempre me acompañaba al colegio y esperaba junto a la cancela hasta que salía. Y me di cuenta de que, para superar su pérdida, convertí lo que más amaba en el blanco de todo mi odio.

—Es horrible, Mitia —dijo Galia.

—Una noche, tumbado sobre un charco con mis vómitos y mi sangre delante del Smile!, después de una pelea con Kulakov, tuve una visión. Fue algo muy difuso, como fragmentos de recuerdos, piezas de un puzle, y una de esas piezas era Sharik, lleno de vida y jugando con su pelota roja. En otro fragmento vi un hombre con una sonrisa amable, franca, que me cogía de la mano mientras acariciábamos al perro y jugábamos con él. Y aquel hombre... Me di cuenta de que aquel hombre era Vasili Volubchik.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó *baba* Plovkina, y siguió mordiéndose las encías y retorciendo su pañuelo sobre el regazo.

—Creo que nos dio el perro porque se sentía culpable.

Nadie osó decir una sola palabra.

—Se sentía culpable porque el hombre al que siempre he llamado «padre» en realidad no era nada mío. Mi padre de verdad es el hombre que nos dio a Sharik.

—¡Oh, Vasia! —dijo Galia en tono grave y triste.

—Pero ¿por qué ahora, Mitia? —preguntó Zoya, que estaba fascinada.

—Hacía tiempo que tenía mis sospechas. Sabía que el borracho al que llamaba «padre» y yo no teníamos nada en común. Mi madre... digamos que se mostraba reticente con el tema. Y de pronto, hace unos días, el cerdo de Kulakov... —Katia posó una mano en su brazo y Mitia respiró hondo—. La pelea en el bar empezó porque me dijo que mi padre estaba en el SIZO. Me dijo cómo se llamaba e intentó hacerme chantaje. Yo le di un puñetazo, obviamente.

—Y, de paso, te llevaste una buena tunda —observó Zoya.

Galia miraba a Mitia con la boca abierta. Su historia era tan rara que casi parecía mentira. ¡Y pensar que le encantaban los perros! Sin embargo, en el fondo sabía que podía ser cierta. A veces, cuando te hacen daño, bloqueas una parte de ti mismo e inviertes todas tus energías en otra cosa. Puede ser el ajedrez o plantar calabacines, o directamente autodestruirte, o una cosa intermedia.

—Me avergüenza reconocer que proyecté toda la ira contra las criaturas más inocentes que existen: los perros, domésticos o abandonados... No podía soportar la presencia de los animales, ni siquiera de las mariposas. Llegué a creer que estaba llamado a deshacerme de la comunidad canina y me temo que con ello contribuí a la... locura de mi madre. Pero ya basta, de verdad. Necesito hablar con Volubchik. Tengo que empezar a subsanar mis errores y si él está aquí es por mi culpa.

—¡No, Mitia! ¡No! Tú no necesitas hablar con él, ¡yo sí! —*Baba Plovkina* escupió las palabras con mirada desafiante.

—¡No, *baba Plovkina*! ¿Para qué? Camaradas, yo tengo el papel que puede sacarlo de aquí —terció Galia, un poco confusa, aturdida, sin saber qué pensar de Vasia Volubchik pero, aun así, con el VIPP en la mano y queriendo aprovecharlo al máximo.

—Pero necesito verlo. ¡Tenemos que hablar de tantas cosas! —protestó Mitia, levantándose de un salto.

—¡Déjele ver a Volubchik, *kommandant*! ¡Por favor! —Katia cogió a Mitia de la mano y se levantó para encararse con el *kommandant*—. No se imagina por todo lo que ha pasado. Significaría tanto para él...

—Veamos, chicos, ¿se me permite una sugerencia? —El *kommandant* intentó recuperar el control—. Por lo visto, todos están aquí porque quieren hablar con el tal Volubchik. Debe de ser todo un personaje, ¿eh? Les diré qué haremos: lo traemos aquí y así puede explicarnos su versión de la historia y, quién sabe, allanar un poco el camino. Sinceramente, creo que deberíamos traerlo aquí. ¿Qué les parece?

Todos asintieron lentamente, conscientes al fin de que el único que faltaba allí era el propio Volubchik. El *kommandant* le hizo un gesto a Julia con la cabeza y la secretaria se asomó al pasillo. Al cabo de unos segundos, por la puerta apareció un hombre bastante alto y muy mayor, con la ropa arrugada y barba de varios días, custodiado por dos guardas. Vasia Volubchik se detuvo junto a la puerta y miró alrededor con la boca abierta. La dulzura de la libertad inminente, y del futuro, y el néctar de la felicidad brotaron a borbotones por cada poro de su cuerpo. Y mientras repasaba las caras, aquella sensación inicial cedió enseguida a la certeza, fría y espesa como las gachas, de que al final el pasado le había dado alcance.

—¡Que Dios nos proteja! —susurró, y dio un paso vacilante hacia delante.

El fin del principio

—¡Pues ya estamos todos! —El *kommandant* Krapivin sondeó a los allí presentes con mirada penetrante y luego centró su atención en Vasia, que se había sentado en el centro del despacho, en el único mueble que quedaba pensado para esa función en concreto: un taburete de bar, alto, estrecho y de metal—. ¿Prisionero Volubchik? Encantado de conocerlo. ¿Se puede creer que toda esta buena gente de aquí ha venido a rescatarlo a usted? Aunque, en realidad, no sé muy bien de qué creen estar rescatándolo.

—Vaya, no... —empezó Vasia.

—No, en serio. Como usted bien sabe, este SIZO no está tan mal. De hecho, es mejor que muchos hoteles baratos de por ahí, ¿no cree?

—Bueno... —dijo Vasia sin demasiada convicción—. No puede negarse que tiene mucha personalidad, *kommandant*.

Sus ojos se cruzaron con los de Galia e intentó sonreírle, pero le temblaron los labios cuando los ojos de su amiga esquivaron los suyos para posarse sobre sus rodillas, que le asomaban por debajo de la tela floreada de la falda. Vasia juntó las manos para disimular el temblor e intentó evitar cualquier contacto visual.

—¡Exacto! Tiene mucho carácter, aunque no ha estado el tiempo suficiente para apreciarlo. Si se espera unos meses más, seguro que acaba adaptándose.

—No lo dudo, señor.

Las palabras «unos meses más» cayeron a plomo sobre Vasia. Por un momento creyó que se caía del taburete y acabaría sobre el puf. Respiró hondo y apretó aún más las manos.

—Y bien, Vasili Semiónovich Volubchik, ¿quiere contarnos algo?

Vasia se lo pensó y negó con la cabeza. Luego se armó de valor y miró alrededor otra vez, sin acabar de creerse que Galia, Mitia, *baba* Plovkina, Zoya y una chica que no conocía estuvieran allí, esperándolo. Se estremeció y se sopló en los dedos.

—Eh, bueno... —Recordó las promesas que se había hecho a sí mismo, las que había escrito estando en la celda, carraspeó y volvió a empezar—. Es una sorpresa veros a todos aquí, una grata sorpresa, claro. Casi me había resignado a la idea de no volver a veros. Ya sé que suena un poco melodramático, y soy consciente de que apenas han pasado unos días, pero... bueno, soy un cobarde, eso ya lo sabéis, creo. No, no creo, lo sé. Estos últimos días han supuesto una tremenda prueba para mí.

Guardó silencio y tosió levemente, esperando alguna reacción, aunque fuera para desmentir sus palabras. Un velo de silencio cayó sobre el despacho, como un domingo de nieve. Miró hacia la ventana; el sol se reflejó en la pala de uno de los

prisioneros que trabajaba en el huerto y Vasia sintió como si le clavaran un puñal en el ojo.

—¡Ah! ¡Mis ojos!

—¡Venga, Volubchik, ni que fueras el hombre de la máscara de hierro! ¡Estás haciendo que me avergüence delante de toda esta gente! —bromeó el *kommandant* Krapivin, aunque en realidad parecía un poco preocupado.

—Lo siento, *kommandant*, pero creo que puedo afirmar que mi experiencia aquí ha sido muy oscura.

—¡Pues todavía no has visto nada! —murmuró Zoya para sí.

—Sí, ha sido terrible, pero también he tenido tiempo para reflexionar, para la contemplación, si lo preferís así. He reflexionado largo y tendido y he decidido que ya es hora, si es que tengo la oportunidad, claro está, de dejar de ser un cobarde y arreglar las cosas. Y, queridos amigos, me levanto esta mañana y aquí estáis, precisamente dándome esa oportunidad que tanta falta me hacía. Por favor, tened paciencia conmigo. —Se levantó del taburete y se tambaleó un poco bajo la cálida brisa matinal. De nuevo miró alrededor, estudiando los rostros de amigos y conocidos —. Zhenia Plovkina, a ti te debo una disculpa desde el corazón. Te he tratado de una forma abominable y durante mucho tiempo. Lo has soportado lo mejor que has podido. Sé que ya no eres la mujer que solías ser.

Baba Plovkina se retorció encima del puf y tosió en el pañuelo que tenía entre las manos.

—Cuando éramos jóvenes, nuestros corazones galopaban salvajes, y nosotros con ellos. Recuerdo campos de maíz y casas en lo alto de los árboles, y amor entre margaritas y ranúnculos cuando los tractores se quedaban sin gasolina. Zhenia, no eras más que una niña que trabajaba en el koljós y yo era un poco mayor que tú y justo acababa de entrar en la escuela. Eras la alegría de mi corazón y el tesoro que pensé que nunca perdería. Pero te perdí. ¡No, es verdad! Realmente te perdí. Te dejé abandonada como un pañuelo que se olvida en el asiento de un trolebús. Lo sé, traicioné a mi propio corazón, Zhenia, y a ti.

—¡Madre mía, Vasia, qué chico tan malo! ¿La dejó? ¿Por qué? ¡Cuéntenos más! Hablar siempre es bueno —terció el *kommandant* Krapivin, incapaz de contenerse.

—Yo era joven y estaba confuso, *kommandant*. Ya me había prometido con la chica que luego sería mi mujer y no tuve el valor necesario para tomar la decisión correcta. Me dejé llevar por el destino y fingí que no había habido nada entre nosotros, ¿verdad, Zhenia?

Baba Plovkina no dijo nada, pero apretó la mandíbula y clavó los ojos en la ventana de tal forma que amenazaba con perforar el aire.

—Zhenia vino a verme, un par de semanas antes de la boda, y me anunció la noticia... Me dijo que... que estaba embarazada. Yo estaba emocionado y paralizado al mismo tiempo y... no supe reaccionar. No pude anular la boda, no pude soportar la idea de hacerle daño a mi prometida y, la verdad, tampoco me veía capaz de

enfrentarme al escándalo. Así que, en vez de actuar según lo correcto, me libré de Zhenia, pero al mismo tiempo decidí mantenerla en secreto. Era nuestro secreto. La visitaba a menudo, antes de que naciera el niño, y después, y le llevaba regalos para el pequeño. Era un niño tan alegre... Pero entonces ella se casó con aquel desgraciado y vi cómo los maltrató durante años. Sabía que las cosas no iban bien, que el chico sufría, pero miré hacia otro lado. Me dije que yo no podía hacer nada.

Vasia hizo una pausa y, tras un breve forcejeo, se sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se sonó durante un buen rato. El sonido rebotó en los marcos de las ventanas.

—¡Oh, basta! —*Baba Plovkina* se levantó del puf como accionada por un resorte y se plantó en el centro del despacho en toda su minúscula estatura—. ¡Basta, basta, basta! ¡No puedo soportarlo más!

—¡Lo siento, Zhenia!

Vasia se guardó el pañuelo en el bolsillo y cayó de rodillas frente a la diminuta anciana, ocultando la cara entre los bajos de su falda de flores. Zoya contuvo la respiración y Galia se mordió el labio y apartó la mirada.

—¡Levántate, viejo estúpido! ¿Por qué crees que he venido aquí?

Vasia alzó la cabeza, con sus ojos grises desorientados, y se encogió de hombros.

—Eh...

—No eres el único que tiene algo que confesar.

—¿Qué? ¿Más? —susurró Galia, y se enjugó el sudor de la frente.

—Siempre hay más, Galia. Estos campesinos... —replicó Zoya, y negó con la cabeza sin apartar la mirada de *baba Plovkina*.

—Vasia, viejo estúpido, mi... tesoro. Yo... yo...

—Adelante, madre, diga lo que tenga que decir —la animó Mitia con una dulzura sorprendente.

—Vasia, yo... —Y con esas palabras, *baba Plovkina* también se arrodilló en el suelo. Vasia le sujetó las manos, frágiles y enrojecidas, y la miró a los ojos—. Vasia, pichoncito mío, escúchame. —Su voz era casi un susurro—. Te mentí. No era verdad, ¿sabes? Te dije que eras el padre de Mitia, quizá porque quería que fuera verdad. Pero no lo era. Su padre era la escoria de hombre con quien me casé para expiar mis pecados. Pero después de mentirte aquella primera noche, ya no pude parar. Quería que vinieras a vernos. Quería que fueras tú.

Vasia soltó las manos de *baba Plovkina* y su rostro pasó del blanco al verde pasando por el púrpura. Le costaba respirar y movía la boca, pero ningún sonido salía de ella. Galia temió que esta vez fuera inevitable un derrame o algo aún peor. Se levantó para ir a buscar agua, pero Julia se le había adelantado y tenía tintineantes vasos para todos y cuencos llenos de fruta. El *kommandant* Krapivin estaba de pie junto a la mesa, con la boca abierta y la mirada vidriosa.

Vasia cerró la boca lentamente y sus ojos, brillantes y muy abiertos como los de un niño, se clavaron en los de *baba Plovkina*.

—¿Todos estos años?

—Todos estos años, sí. —La anciana desvió la mirada y se encogió de hombros—. He venido a pedirte perdón. Me enteré de que te habían detenido y que mi presunto hijo estaba involucrado, así que pensé... por si te pasaba algo estando aquí dentro... que tenía que arreglar las cosas.

Vasia asintió con un movimiento apenas perceptible.

—Arreglar las cosas. Ya veo. Por si me pasaba algo aquí dentro.

—Lo siento, Vasia. Ya está, ya lo he dicho. No vas a sacarme nada más.

Miró largo tiempo y con dureza a Vasia y luego se levantó de un salto. Se retocó el pañuelo, cogió la hoz de encima de la mesa, se despidió del *kommandant* con un gesto de la cabeza, chasqueó la lengua en dirección a su hijo y a Katia y se apresuró hacia la puerta.

—¡Zhenia, espera! ¡Tenemos que hablar! —exclamó Vasia intentando ponerse en pie y agitando las manos desesperadamente.

—¡Madre!

Mitia se levantó de la silla, pero se quedó petrificado cuando su madre se volvió al llegar a la puerta y lo miró.

—Ya hemos hablado. Sabemos la verdad. ¡No hay nada que añadir! ¡No me molestéis más! —Y, acto seguido, la diminuta anciana ciudadana salió dando un portazo.

—Todos estos años —dijo Vasia, y se desplomó boca abajo sobre el puf aún caliente, boqueando como una carpa fuera del agua.

—Todos estos años —repitió Mitia—. No puedo creerlo. Era mi padre de verdad. Es tan... injusto. Estaba preparado... —se lamentó, de pie como una estatua en el centro del despacho.

—*Kommandant* Krapivin, creo que necesitamos más té con limón y enseguida. Por favor, ¿podría encargarse de traerlo? Me preocupan mis... camaradas —dijo Galia, y le hizo un gesto a Katia para que la ayudara a levantar a Vasia del puf.

Entre las dos lo levantaron, le estiraron la camisa, lo llevaron hasta la butaca de Galia y lo sentaron con mucho cuidado. Vasia no dejaba de gimotear.

—Tranquilo, Vasia, tú descansa. El té te ayudará a recuperarte, ya lo verás.

Galia no sabía si era verdad o no, pero en una situación como aquella no podía decirse otra cosa.

—Dios mío, ha sido una mañana tan... ¡emotiva! Estoy agotado y emocionado al mismo tiempo. Este tipo de experiencias, Galina Petrovna, ¿las encuentra catárticas?

Al *kommandant* le faltaba poco para salivar y Galina se alegró cuando vio que se iba a buscar el té.

Mitia seguía junto a la puerta roja, sin apartar la mirada del punto en el que su madre se había detenido un instante antes de marcharse. Katia le cogió las manos y le acarició con los pulgares las costras marrones que tenía en casi todos los nudillos.

—No pasa nada, cachorrito. ¿Qué más da quién sea tu padre? Lo importante es

quién eres tú.

—Pero yo creía que... —replicó Mitia, incapaz de terminar la frase.

—¿De verdad querías que Vasia fuera tu padre?

—No lo sé. Creía que... que esa era la verdad. ¡Parecía más justo! Mucho mejor que... —Mitia guardó silencio y apartó la mirada—. Mi padre mató a Sharik, Katia. Lo tiró a un pozo.

Katia lo alejó de la puerta, lo llevó hasta el puf y se sentó a su lado para acariciarle la cara con ambas manos.

—Lo sé. Sharik era un perro muy valiente, seguro, y los valientes nunca nos abandonan, Mitia. Sharik nunca se ha movido de aquí, de tu corazón. ¿Lo sientes?

—No lo sé. Durante mucho tiempo aquí no hubo nada, Katia. Nada en absoluto. Pero ahora... creo que noto su presencia. Esta mañana lo he visto, cuando hemos parado a mear. Sharik ha venido a verme en forma de mariposa. Debajo del árbol, ¿te acuerdas?

Katia ladeó la cabeza y sondeó a Mitia con su mirada de terciopelo.

—Vaya, qué bonito, Mitia. Eso es que sigue a tu lado.

—Me duele la cabeza. —Mitia cerró los ojos y metió la cabeza bajo la axila de Katia. Olía a jabón, a tabaco y a mar.

—¡Atención, aquí está el té! Y esta vez es para todos, sin excepciones. Julia, encárgate tú de repartir el azúcar. Nos vendrá bien una buena dosis de glucosa, al menos a mí.

Julia sonrió mientras repartía las tazas y los platos reglamentarios del SIZO, que eran grises. Hoy estaba siendo un día mucho más entretenido de lo habitual.

Vasia, desde su posición elevada en la butaca de polipiel, apoyó una mano en el hombro de Mitia y le dio un suave apretón.

—Mitia, quiero que sepas que lo siento. Siento no haberos ayudado a ti y a tu madre. Lo que menos importa de todo es que, técnicamente, no seas mi hijo. Siempre pensé que lo eras y por eso me sentía culpable por haberte fallado.

Le empezó a temblar la mano y se le escapó algo parecido a un sollozo. Mitia le devolvió el apretón y levantó la vista hacia el rostro del profesor.

—No fue culpa suya, Vasili Semiónovich. Usted hizo lo que pudo. Quiero que sepa que voy a seguir su consejo.

—¿Qué consejo, hijo? —preguntó el anciano, desconcertado.

—Me haré veterinario.

—Muy bien, señoras y señores, ahora que todos tienen su té, me gustaría decir unas palabras. Aquí ha habido paternidades cuestionadas, ministros del gobierno, locura, hoces, alcoholismo, un tipo que era insufrible (pero ni espía ni homosexual) y un montón de menciones a los perros...

—¡Ay, Dios mío! ¡Boroda! —exclamó Galia, y la taza y el plato del SIZO

atterrizaron en el linóleo con un golpe sordo.

—Si no le importa, Galina Petrovna, estaba hablando...

—¡Debemos rescatar a Boroda! ¡Llevamos toda la mañana hablando de hijos y padres y no sé cuántas tonterías más, y nos hemos olvidado de que tenemos un perro que rescatar! ¡Mi perra! —Galia empezó a recoger sus cosas a toda prisa y propinó un codazo a su amiga en la cara, un poco a propósito—. ¡Vamos, Zoya!

La aludida llevaba al menos cinco minutos dormitando en su butaca.

—¡Albóndigas con mermelada! —exclamó, parpadeando rápidamente hasta volver a enfocar el despacho y recibiendo la luz que la rodeaba con una mueca. Se había levantado como una flecha al oír el tono perentorio de su amiga y ahora se mecía levemente al ritmo de la brisa.

—Creía que estaba en otro sitio. ¿No tienes cerveza? —graznó, rechazando el té que le ofrecía Julia—. Estaba teniendo un sueño tan divertido...

Vasia se había puesto tenso al oír el nombre de Boroda.

—Rescatar a la perra... ¡Pues claro, Galina Petrovna, tengo que ayudarte! Es mi obligación. No, mi obligación no... Es un honor ayudarte a recuperar a tu valiente perra. Por favor, *kommandant*, ¿podría dejarme en libertad para que pueda ayudar a salvar a la perra? Se lo suplico, luego volveré y cumpliré la condena que me corresponda.

—¡Perra valiente! —repitió Mitia, dejando la taza sobre el plato con un tintineo seco y reglamentario—. Para mí también será un honor ayudarla a rescatar a su perra, Galina Petrovna, si no es demasiado tarde y me lo permite. Será una buena manera, espero, de empezar a compensar mi comportamiento inhumano del pasado. ¡«Pípol ar pípol», Galina Petrovna! —Y le guiñó un ojo a Galia, que no tenía ni idea de a qué se refería, pero parecía estar de su parte y, además, parecía sincero.

—Sí, Vasia; sí, Mitia. Sí, *kommandant*, es una perra muy valiente. Solo tiene tres patas, pero es un animal fuerte y cariñoso.

—¿Fue este chico quien la metió en la trena? —quiso saber el *kommandant*, señalando a Mitia.

—Sí, fue él. Boroda le mordió, a él y al oficial Kulakov. Me estaba defendiendo. En circunstancias normales nunca mordería a nadie.

—¿Tiene un papel de Glujov exonerándola a ella, además de a Volubchik?

—Sí, sí, está incluida en el VIPP, *kommandant*.

—¡Fantástico!

—Tenemos que ir a Plovsk, Galina Petrovna. Allí es donde están, eh... las instalaciones para los perros. —Mitia se mordió una uña; parecía incómodo—. De verdad espero que no sea demasiado tarde.

—¿A qué estamos esperando? ¡Vamos a sacarla de la cárcel! ¡Venga, amigos! Podemos coger uno de los camiones, el KAMAZ. Deberíamos caber todos. ¡Es enorme!

El grupo se puso a recoger bolsos e hizo acopio de fruta antes de dirigirse a la

puerta.

—¿Ese papel dice que soy libre? ¿De verdad? —preguntó Vasia, mirando a Galia con sus ojos grises rebosantes de esperanza.

—Sí, Vasia, eres libre a todos los efectos.

—¡Alabado sea el Señor!

Fin

En un apartamento reverberante frente a un bulevar repleto de árboles de Moscú, un joven de flequillo largo y calzoncillos raídos estaba enfadándose por momentos.

—Mira, Angelika, me da igual cuántas uñas te falten por pintar. ¡Haz el favor de llevarte a tu puñetero perro de mi casa!

Entretanto, iba quitando del alféizar de la ventana las moscas muertas, que tiraba al suelo y oía crujir bajo sus pies mientras caminaba de un lado a otro, no sin cierta cautela.

El Shar Pei, o «perro horrible», como pensaba Kolia cada vez que lo miraba, había aparcado su prominente trasero delante de la puerta de su piso hacía ya dos horas, de donde se negaba a moverse. Allí seguía, envuelto en su arrugado pelaje beis, con los ojos clavados en Kolia, siguiendo todos sus movimientos desde su posición privilegiada. Había tratado de tentarlo con comida de la cocina, pero sus intentos habían sido rechazados con cierta decisión. Apostado en la otra punta del pasillo, Kolia le había gritado señalándole la dirección hacia la que quería que fuera. El perro se había limitado a soltar unos pedos pestilentes. Y ahora Kolia estaba llamando a la dueña.

—¡No, Angelika, no le tengo miedo! —Soltó una carcajada que sonó como un relincho y miró de reojo al perro mientras le mentía a la vecina de al lado—. Pero que sepas que ha intentado morderme, dos veces, cuando he tratado de apartar su enorme trasero de la puerta de mi casa, y ahora tengo una emergencia familiar entre manos.

Su vecina se quejaba al otro lado del teléfono. Le estaba explicando que en aquel momento no podía ir a buscar al perro porque tenía una cita, y pidió a Kolia si era tan amable de quedárselo hasta medianoche.

—Y no tiene un trasero enorme, Kolia. Es de pura raza y me costó un dineral. Estás siendo un poco borde, ¿no? ¿Acaso estás celoso?

—Angelika, no puedo quedarme al perro hasta medianoche. A mi ciudadano anciano lo han detenido en el aeropuerto por posesión de arma ilegal y tengo que ir a sacarlo. Tengo que recopilar una montaña de documentos y...

Angelika respondió que no tenía ni idea de quién era el ciudadano anciano, pero que estaba segura de que cuidarían bien de él hasta el día siguiente. Y, acto seguido, colgó el auricular y siguió pintándose las uñas.

Kolia dejó el teléfono sobre la mesa llena de migas y reparó en que el perro lo miraba.

—Tú, quítate de en medio, ¿quieres? —gritó, con un deje de desesperación.

—Guau —respondió el perro, que le enseñó los dientes y gruñó.

—¡Conduzca, *kommandant*, conduzca!

En cuanto el expreso de Járkov a Rostov, también conocido como la Flecha Caqui, hubo pulverizado las agujas del paso a nivel, Zoya se inclinó sobre el hombro de Krapivin y le señaló el camino, mientras le clavaba los dedos de la mano izquierda en el otro hombro.

—¡Ya estoy conduciendo, ciudadana anciana, ya estoy conduciendo!

—Galia, querida, no pierdas la esperanza. Enseguida llegamos, no te pongas nerviosa. ¡Mira, un gato negro que cruza la calle! Es un buen presagio. ¡Eh, *kommandant*! ¡Cuidado con el gato! ¡Eh, eh!

Zoya se tapó los ojos con la mano con la que no se aferraba al respaldo el asiento delantero y el *kommandant*, por su parte, dio un volantazo a la derecha para esquivar al amuleto de la suerte con patas que acababa de cruzarse en su camino, y que había decidido lavarse el trasero en medio de aquella carretera repleta de baches.

—Zoya, ¿de verdad crees que aún no es demasiado tarde? En Moscú tenía muchas esperanzas, pero ahora... siento que me he comportado como una idiota. Ya no está, se ha ido para siempre. Lleva en la perrera desde el martes y es imposible que el Estado sufrague la comida de cinco días a un perro al que el presidente quiere ver muerto. A que tengo razón, ¿Mitia?

Mitia aspiró por la nariz y deslizó los pies por el suelo metálico del camión.

—Galina Petrovna, lo siento mucho, pero creo que tienes razón. Por desgracia, es muy poco probable que tu perra siga viva. En cuanto los canes, quiero decir los perros, entran en el sistema y se llevan a la perrera con su documentación en regla, suelen ser eliminados en cuestión de un par de días como mucho. A veces en grupo.

—En grupo, ¿eh, Mitia? —repitió Zoya con el ceño fruncido.

—Sí, Zinaida Artiomovna. Es más... conveniente en cuanto a costes.

—Dime, Katia, ¿qué piensas ahora de tu héroe? El que se dedica a eliminar a los animales de pobres ancianas en grupo. Un negocio muy edificante, sí, señor.

Katia vaciló y luego contestó:

—Creo que se merece una segunda oportunidad, Zinaida Artiomovna, como todo el mundo. —Pasó el brazo alrededor del de Mitia y le cogió la mano.

Zoya apartó la mirada.

—Oye, Galia: después de esto se me va a poner el culo negro de tanto bache. —Y rio a carcajadas como una gallina del hampa con una navaja automática.

Los ocupantes del KAMAZ guardaron silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Alrededor, miles de pequeñas partículas flotaban en el ambiente, captando la luz del lejano sol y transformándola en una neblina monótona e imprecisa, como si se acercara el crepúsculo. Krapivin divisó Plovsk a lo lejos y gritó de emoción. La ciudad se asentaba en la fría ladera de una colina y, a medida que se fueron acercando, divisaron las distintas chimeneas pintadas a cuadros rojos y blancos que vomitaban la niebla tóxica que cubría la ciudad. Múltiples soles

esperaban a ponerse en una docena de cimas distintas por toda la colina, cada uno ardiendo entre el rojo y el dorado, cada uno al final de un tubo que se elevaba hacia el cielo, inmóvil y pesado como el hormigón o los huevos revueltos de Zoya. El aire presidía la ciudad con la amenaza velada de sorber la vida de sus habitantes sin previo aviso. No había nadie por las calles; quizá por ese motivo.

—¡Madre mía, esta ciudad me da escalofríos! ¡Es tan... turbia! —El *kommandant* Krapivin puso los ojos en blanco para enfatizar sus palabras y luego los fijó de nuevo en la carretera y el horizonte—. Eh, ¿alguien sabe dónde tenemos que ir?

—Todo recto, *kommandant*, todo recto —respondió Mitia.

Se sabía de memoria el camino hasta la perrera. Cuando empezó en el oficio de la exterminación, visitaba aquel lugar muy a menudo, aunque en los últimos años se habían ocupado otros de llevar los perros a su destino final. Pensó en su furgoneta. El mismo jueves pasado estaba llena hasta el techo de perros. Entre sus capturas había un caniche, unos cachorros mestizos y un perro salchicha con artrosis, el cual le había mordido en el tobillo al empezar el día. Se había enfadado muchísimo, lo recordaba muy bien. Seguro que todavía tenía alguna costra debajo del calcetín. Miró a Katia y quiso acariciarle la mejilla, llamarla «gatita», pedirle que le librara de toda aquella vergüenza con solo una mirada, pero ella miraba por la ventanilla, con el rostro inexpresivo que reflejaba la desolación que los rodeaba. Mitia se preguntó si alguna vez había estado en Plovsk.

—Vale, después de la fábrica a la izquierda.

—¿La fábrica de pegamento?

—Sí, la de pegamento...

Pasaron justo a tiempo para presenciar cómo unos pastores, pequeños y malformados, hacían pasar a una manada de caballos desastrados a través de las puertas de la fábrica. Uno de los animales se encabritó un par de veces en un último acto inútil de resistencia, para luego levantar la vista hacia el cielo plúmbeo. Galia se tapó la boca con el pañuelo y reprimió un gemido. Mitia carraspeó.

—Después de la fábrica de pegamento, gira a la izquierda y sigue la carretera hasta que llegues a una verja negra muy grande. No tiene pérdida.

Con mucho cuidado, Mitia se frotó los ojos con su puño hinchado e hizo una mueca. Menos mal que el ruido del motor había ahogado los relinchos de los caballos. ¿Por qué los animales acababan hervidos para hacer pegamento y las personas no? Ya no entendía nada. Luego se lo preguntaría a Katia.

—De acuerdo, campeón, entendido. ¡Anda, es aquí! —El *kommandant* pisó el freno y giró el volante del KAMAZ; Zoya estuvo a punto de salir despedida por encima del asiento del conductor.

—¡Ciudadano *kommandant*! —chilló desde el fondo oscuro del vehículo—. ¡No he sobrevivido a la Gran Guerra Patria, a Jruschov, a Brézhnev y a todos los demás cuyos nombres ahora mismo no recuerdo para que ahora vengas tú y me mandes al otro barrio! ¡Y mucho menos en Plovsk! ¿Qué diría la gente?

—Zoya, Zoya, cógete a mí, que conmigo estarás a salvo.

Galia recogió a su amiga del suelo oscuro lleno de bolas de pelo, le sacudió el polvo de encima y la sentó de nuevo entre ella y Vasia, que murmuraba en sueños, con la cabeza apoyada contra el lateral del camión.

—No queremos perderte, y mucho menos en Plovsk —le dijo a su amiga—. Es un sitio horrible.

Ante ellos aparecieron las verjas abiertas, como Mitia las había descrito. Pasaron bajo lo que quedaba de un letrero y luego el KAMAZ aminoró la marcha hasta detenerse en el patio de la Incineradora Municipal n.º 4. El *kommandant* apagó el motor y los miembros del grupo al completo fueron bajando del camión uno tras otro, entre ataques de tos y quejas varias que solo oían ellos, sobre un rumor de fondo casi silencioso: no se oían pájaros, niños ni perros. El único sonido era un murmullo lejano, en algún punto del bosque, o quizá debajo de las calles; un murmullo y una vibración, como si algo muy grande y pesado chocara de vez en cuando con otro objeto de sus mismas características, y encima dentro de una cueva. La vibración había arrancado las hojas de los árboles y, a pesar de que era agosto, las ramas estaban desnudas y grises. No era de extrañar que tampoco se oyesen pájaros.

—Vale, ¿estamos todos? Mitia, tiene mala cara. Será mejor que se mueva cuando antes, amigo. Zoya, guarde ese atrapasueños, no creo que nos sea de ayuda. Volubchik, usted podría quedarse en el vehículo para vigilarlo, ¿qué le parece? Siento que nos hayamos olvidado sus bastones, pero ya sabe, el día está tomando un cariz...

—El *kommandant* Krapivin guardó silencio y observó los rostros de los que lo rodeaban—. Está bien, todos tenemos claro cómo es la perra, ¿verdad? Tres patas, cola larga, ojos castaños. ¿Hacia dónde, tropa? ¿Galia? ¿Mitia?

—¡Ay, *kommandant*! ¿Cómo quiere que lo sepa? No soy más que una anciana de Azov.

—Vaya, ¿y eso a qué viene?

—Lo siento, *kommandant*, ha sido usted muy amable, pero... estoy asustada. Muy asustada.

—Venga, Galina Petrovna, no debe tener miedo, ¡yo cuidaré de usted! —Katia se cogió al brazo de la anciana y la miró a los ojos—. No permitiré que vea nada malo, Galina Petrovna. Confíe en mí. Pero tenemos que buscar a la perra entre todos. ¡Vamos, separémonos en grupos!

—Sí, Galia, no podemos permitirnos perder el tiempo por miedo. Si estamos aquí es por ti. Yo te esperaré junto al camión y, en cuanto os vea aparecer con Boroda, te ayudaré a subir para que nos marchemos cuanto antes. Como aquella vez en Azov, ¿te acuerdas? Ya lo hemos hecho antes. No tengas miedo —le dijo Vasia, sonriéndole.

—Sí, Galina Petrovna —intervino Mitia, mirando el cielo—, sí. Tenemos que empezar a buscar, al menos intentarlo. Estamos todos cansados y asustados —añadió, mirando a Katia—, pero por lo menos debemos intentarlo.

Galia asintió y se irguió un poquito.

—Está bien, tenéis razón. Hemos de hacerlo, sin importar lo que encontremos. Supongo que estoy preparada: adelante.

Se alejaron del KAMAZ como una banda de sabuesos retirados y un poco desorientados. Se separaron en grupos y buscaron en todas las jaulas, cajas, pasillos, oficinas y hangares que lograron encontrar. Levantaron las tapas de los cubos, abrieron las trampillas que llevaban a sótanos ocultos, subieron por tambaleantes escalerillas para revisar altillos llenos de polvo y gritaron «¡Boroda, Boroda!» desde todas las ventanas. Miraron en los contenedores de la basura, las celdas de confinamiento, el ascensor automático, la parte inferior de las salas de inspección e incluso las bandejas de las cintas transportadoras.

Pero allí no había rastro de vida, ni humana ni animal. Tomaron las oficinas al asalto para arengar a los oficiales, pero pronto descubrieron que todo estaba desierto. El corazón de una manzana oxidado en lo alto de un montón de papeles azules de aspecto oficial era la única señal de presencia humana aquel mismo día. Se miraron unos a otros y luego sus ojos empezaron a desviarse hacia las esquinas de la estancia, el techo, las ventanas, sus propios zapatos.

—¡Intentémoslo otra vez! —gritó Galia, y miraron de nuevo en el patio y los talleres, en los cubos y las taquillas.

Asomaron la nariz por todos los recovecos y esquinas que encontraron, pero allí no había rastro de perro alguno. Ni un collar, ni una manta, ni una bola de pelo. Y mientras tanto, la chimenea de la incineradora silbaba suavemente en un extremo del complejo, escupiendo de vez en cuando chispas que se perdían en el cielo antes de acabar engullidas por la nube amarillenta que todo lo envolvía, el complejo, las calles, la ciudad. Un polvo fino había empezado a depositarse sobre la ropa de los buscadores. Mientras estaban de pie ante la puerta de las oficinas desiertas, Katia limpió una mancha de hollín de la frente de Galia.

—Aquí no hay perros ni nada que respire. Quizá hemos llegado demasiado tarde, Galina Petrovna.

—Eso parece, Katia. —Los ojos de Galia estaban apagados.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Lo hemos intentado y la única que tiene la culpa soy yo. Solo tenía que haberle puesto un collar. Boroda necesitaba una dueña, no una compañera de piso.

—Lo siento, Galina Petrovna —dijo Mitia, y Galia se estrujó las manos, incapaz de hablar.

Cuando volvieron al patio, por una esquina apareció una figura encorvada, con una barriga enorme que le sobresalía por encima del cinturón y una mata de pelo rebelde y apelmazada. El hombre no reparó en el grupo de gente que acababa de salir de las oficinas y siguió su camino como si nada, silbando y hurgándose la nariz con el índice.

—¡Eh, oiga! —lo llamó Mitia, al ver que el operario no levantaba la mirada de las

botas y de su dedo lleno de mocos.

Lentamente, el hombre alzó la vista, dirigió una mirada apagada a las oficinas y se sorprendió al ver a un grupo de gente totalmente dispar esperándolo junto a la puerta. De pronto se sintió indispuerto, como si un malestar en la boca del estómago intentara llegar hasta el colon, y se arrepintió de haberse zampado unos pepinillos para comer acompañados de un par de vasos de vodka. ¿Habían descubierto algo? Los uniformes, aquellas *babushkas* con pinta de cabreadas y... ¿qué era aquello? Ah, sí, una chica.

—¡Eh! ¡Deja de mirarnos con la boca abierta y ven aquí! —le ordenó Mitia con su mejor tono oficial, firme y directo, sin gallos ni accesos de tos.

—Yo estoy intentando trabajar y vosotros no podéis entrar aquí. Está prohibido. ¡Largo! —Dio media vuelta, pensando que si les daba la espalda se marcharían, y empezó a alejarse en dirección contraria.

—Ven aquí y contesta a una pregunta.

—¿Sobre qué?

—Sobre una perra. La trajeron esta semana.

—Por aquí pasan muchos perros —respondió, e intentó escabullirse de nuevo.

—Una perra con tres patas. Acabó aquí por error.

—¿Con tres patas? —Se detuvo y miró sin volverse—. ¿Iba en silla de ruedas? —bromeó.

—¿Dónde está, pedazo de inútil?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Trabajas aquí, tío. ¡Piensa!

El hombre imitó el acto de pensar rascándose la cabeza y mirando al cielo.

—No. Ningún chucho con tres patas, ni hoy ni durante la semana. Lo único que ha llegado hoy ha sido un grupo de mestizos, todos con cuatro patas, como cualquier otro día. Y un cachorro de yorkshire.

—¿Y dónde están? —preguntó Galia, pero inmediatamente se arrepintió.

—¡Kjkjkj! —El tipo gesticuló, pasándose el índice por el cuello—. ¿Ve el polvo que tiene en la ropa? ¡Pues seguramente es uno de ellos! Sí, mira. ¡Hola, Rex! —Y se acercó como si fuera a darle unas palmaditas en el hombro a Galia.

—Eres asqueroso —le espetó Katia—, ¡además de un borracho!

—Sí, y tú te crees una especie de princesa —replicó él.

—Venga, chicos, no tiene sentido seguir hablando con este pedazo de basura —terció el *kommandant*—. No creo que pueda ayudarnos.

El operario se alejó hacia las oficinas, hurgándose la nariz y sonriendo satisfecho.

El grupo lo observó en silencio. Katia cogió a Mitia de la mano y él se la apretó fuerte. Galia contempló el polvo del suelo y sintió el dolor de la pérdida.

—No está aquí —dijo.

—No, Galia, tienes razón, aunque el operario tampoco tenía por qué mentir. Si es verdad lo que ha dicho, no ha pasado por aquí, así que quizá sigue viva en algún sitio.

Anímate, querida.

Zoya le pasó un brazo por los hombros.

—Puede ser, Zoya, pero eso no me consuela. ¿Qué voy a hacer sin ella? ¿Qué será de mí?

—Siento que hayas perdido a Boroda, Galia, pero, si te sirve de consuelo, aún nos tienes a nosotros. Y sabes que yo te quiero, y Vasia también.

—Gracias, Zoya, mi viejísima amiga. Sé que cuidarás de mí y que yo puedo cuidar de Vasia si me lo propongo. —Galia miró a Zoya y sonrió—. Ha sido una semana muy complicada. Quiero volver a casa. Y al huerto.

Zoya sonrió y acompañó a su amiga de vuelta al KAMAZ, donde Vasia Volubchik lloraba a moco tendido.

Más o menos una semana después, Vasia y Galia estaban de pie junto a la mesa, discutiendo amigablemente sobre si los tomates de Galia, los pepinos o ambos eran los mejores al este de Járkov. Hablaron incluso de melones, pero llegados a este punto, Zoya dejó de prestar atención e intentó echar una cabezadita.

—Galia, ¿no crees que este pobre anciano se merece un trago de cerveza después del día tan duro que hemos tenido? Te juro que nunca había visto unos tomates como esos. ¡Y qué albaricoques! —Vasia se pasó un pañuelo por la nuca y luego lo guardó en el bolsillo trasero de los pantalones. Le gustaba ir siempre limpio.

—¿Pobre anciano? Yo no veo ningún anciano por aquí, solo un hombre que necesita comer —replicó Galia, sonriendo.

—No pienso llevarte la contraria.

De pronto se oyó un ruido en el pasillo, parecido al sonido que haría un ganso montado a lomos de un cerdito. Galia corrió hacia la puerta y la abrió para saber qué tipo de auxilio sería necesario esta vez. Llegó justo a tiempo para ver cómo la puerta del apartamento de Goriun Tigranóvich se cerraba de golpe y, en consecuencia, a la diminuta *baba* Krichkova estampándose contra ella.

—Ay, *baba* Krichkova, ¿quieres una compresa fría para la frente?

—¡Métete tus compresas frías por donde te quepan! ¡Abre, maldito! —La anciana estaba visiblemente contrariada y golpeaba la puerta con tanta fuerza, a pesar del tamaño de sus diminutos puños, que Galia temió que se rompiera las muñecas.

—¡*Baba* Krichkova, estate quieta! No te pongas así.

—¿Sabes a quién tiene ahí dentro?

Galia no supo qué decir. ¿A qué se refería la anciana?

—¿Lo sabes? ¡A la bruja de la Drozhdovskaya, ni más ni menos! ¡Sí! ¡La viuda alegre en persona! ¡Y le va a dar dos calabacines! ¡Me lo ha dicho ella misma! ¡Y ajo también, seguro! ¡Antes de que podamos darnos cuenta, llevará puesto todo su oro!

—¿En serio? ¿Sveta Drozhdovskaya? Bien, eso es bueno, *baba*. Ya era hora de que tuviera más compañía que esos estúpidos gatos blancos, ¿no te parece? Ven a

casa a comer *vareniki* con nosotros, *baba*. Nos encantaría que nos acompañaras. Luego jugaremos a las cartas y Zoya nos contará alguna historia de las suyas. Las conoces, ¿verdad? Suelen ser bastante verdes, pero son todas inventadas.

La cara de la *baba* Krichkova se relajó un poco y las arrugas alrededor de la boca se tensaron en una sonrisa dulce.

—Bueno, no sé... Todavía no he terminado el crucigrama y ya sabes que me gusta acabarlos.

—En ese caso, ¿por qué no lo terminas y luego te pasas por casa? Tenemos comida de sobra.

—Gracias, Galia, eres muy amable. —Y *baba* Krichkova se alejó por el pasillo con un leve destello en los ojos.

De vuelta en la cocina, Galia sonrió para sus adentros y luego sonrió a Vasia, que miraba por la ventana mientras el estómago le rugía como el Expreso de los Urales. Galia cogió la sartén del fuego.

—¡Ya estás aquí!

Pasó los *vareniki* rellenos de setas y bañados en mantequilla de la sartén a un plato que, en términos de altura, podía rivalizar perfectamente con la estatua a la Madre Patria de Volgogrado.

—Mi héroe —le dijo sonriente—. Come, come, y luego tómate algo para beber. —Se sentó delante de él y lo observó mientras Vasia pinchaba los deliciosos bocaditos con el tenedor, casi como un chiquillo, con la barbilla manchada de mantequilla—. Hoy hemos trabajado muchísimo, Vasia. Se va mucho más rápido con un par de manos extra. Creo que este año podremos guardar mucha comida para el invierno.

—¿Tomates en conserva, Galia? ¡Son mis favoritos! Yo los preparo con unos pepinos salteados, laurel y eneldo. Y a veces con unas hojas de grosella negra. Están buenísimos.

—¿Hojas de grosella negra? ¿De verdad? Eso tendrás que enseñármelo, Vasia.

—Encantado, querida. —Vasia dejó de masticar y miró a Galia con tanta intensidad que ella se ruborizó.

—¿Y para mí no hay nada, Galia? —preguntó Zoya desde la otra habitación.

—Zoya, hay de sobra, querida, pero tendrás que levantarte del sofá y venir a buscarlo. No puedo darte de comer, no eres una niña. Si vienes a la cocina, quizá te consiga un dedo de vodka para que puedas tragar los bocados.

Un repentino rugido del televisor no dejó oír la respuesta de Zoya. Galia suspiró y tamborileó con los dedos en la mesa.

—Se me había olvidado que están dando la lucha libre. A Zoya le encanta.

—¿Has hablado con Mitia? —preguntó Vasia, con el tenedor suspendido en el aire.

—Sí, justo salía de casa... con Katia. Pero no, ninguna novedad. —Galia fijó la mirada en el hule de la mesa, decidida a mantener la sonrisa.

—Bueno, pues ya está. Eso quiere decir que se ha escapado. No puede haber desaparecido así, sin más. Es imposible.

—¡Pero es que ha desaparecido! Tenemos que ser realistas, Vasia. Somos adultos, más que adultos. Los desaparecidos nunca vuelven, ¿verdad?

—No —respondió Vasia, negando lentamente con la cabeza.

—La vida nunca ha sido un paseo. —Galia suspiró y el aliento dispersó las migas que habían ido cayendo en la mesa desde el desayuno. Alzó los ojos y sonrió—. ¿Cómo están los *vareniki*?

—Buenísimos, como siempre —respondió Vasia—. Eres un portento, Galina Petrovna —añadió, y brindó a su salud con un gesto de la cabeza y el tenedor rebosante de comida.

Más tarde, mientras estaban en el balcón viendo cómo se derretía el sol detrás de la oscura barrera de las fábricas, Vasia consiguió reunir el valor suficiente.

—Galia, quería preguntarte algo.

—Dime.

—Bueno, es algo delicado...

—Adelante, Vasia. Soy toda oídos.

—¿Estos son de patatas o champiñones? —preguntó una voz lastimera desde la cocina.

—Zoya, coge unos cuantos y compruébalo tú misma. Son una mezcla. Puede que hasta te encuentres una sorpresa.

—¿No serán las bragas que perdí en Año Nuevo?

—¡Eres incorregible, Zoya! —exclamó Galia riéndose, y su risa pareció el sonido del agua que fluye entre piedras—. Vasia, perdona. ¿Qué decías?

—Bueno, ya no estoy seguro...

—Querías preguntarme algo, ¿no?

—Sí, no. —La imagen de las bragas de Zoya lo había desconcentrado por completo.

—No importa, quizá luego te acuerdes.

—Sí, luego. Mejor.

Vasia volvió a la diminuta cocina para fregar los platos y Galia apoyó los codos en la barandilla. Abajo, en el patio, Masha y su pandilla jugaban entre los arbustos, gritando como locos. Sus pies levantaban nubes de polvo rosado y sus voces rebotaban contra las paredes de los edificios. Galia rio y, cuando levantaron la vista, los saludó con la mano. Contempló de nuevo la puesta de sol y sus sentidos se inundaron con los sonidos y los olores de las últimas horas del día: bandadas de estorninos que sobrevolaban los árboles; los vecinos en sus balcones, masajeándose los pies y bebiendo cerveza fría; los perros y los gatos y los niños que jugaban en el patio, que uno a uno iban siendo recogidos por sus propietarios y se marchaban a sus respectivas camas. Galia cerró los ojos un instante y se quedó sin aliento al ver, con una claridad cristalina, a su perra barbuda, Boroda, dando tres vueltas sobre sí misma

antes de doblar las patas y acurrucarse a sus pies, lista para echarse una siesta en la mancha de sol entre dorado y anaranjado, igual que la que se formaba todos los días en el suelo de la cocina. Galia sintió que el corazón le daba un vuelco y su rostro, agotado por los años, se abrió en una sonrisa.

En la fría mancha de luz verde de debajo de la mesa de la cocina, Boroda se lamió la pata delantera y suspiró. Últimamente había estado más tranquila que nunca, tanto que había ganado algo de peso. Dormía mucho mejor, aunque cada vez el sueño se extendía más a lo largo del día y de la noche. Justo acababa de despertarse de uno: en él perseguía conejos, ¿o eran liebres? Daba igual. Fueran lo que fuesen, su olor y su agilidad resultaban tentadores, pero corrían demasiado para ella, incluso con una cuarta pata imaginaria. Pero no necesitaba conejos para nada. Lo que necesitaba era tranquilidad, y Boroda lo sabía. Y un viejo jersey de lana donde tumbarse.

La anciana de ahora no olía como la anterior, la primera, la que la había salvado cuando estaba al borde de la inanición, pero era amable y tranquila, y también tenía un huerto. Unos niños venían a verla de vez en cuando, pero se portaban muy bien. Le acariciaban la cabeza con los deditos pegajosos y sus ojos, grandes y castaños, se clavaban en los de Boroda cada vez que murmuraban por debajo de la mesa palabras de amor y de patas y de princesas. Observaba sus caras regordetas y sus naricillas respingonas, de las que colgaban mocos del color del limón, y sentía el impulso de darles un lametón. Pero sus atenciones no siempre eran bien recibidas.

Salió de la caja de la cocina con un suave chasquido de sus uñas sobre el linóleo y se detuvo un instante junto al balcón. Contempló el cielo anaranjado, las bandadas de pájaros revoloteando, y sintió el olor de otros perros, en otros apartamentos. Reinaba una gran paz. Dio varias vueltas hasta encontrar el ángulo perfecto y se acurrucó justo encima del reflejo dorado del sol que se proyectaba en el suelo, escuchando con una oreja a la anciana que hacía calceta en la habitación de al lado. De vez en cuando, la mujer suspiraba y chasqueaba la lengua para regañarse a sí misma por haber perdido un punto, o se reía de alguna anécdota que acababa de recordar. Dentro de un rato, como todos los días, iría a la cocina y se agacharía para acariciarle la barbilla con unos dedos huesudos como las ramas de los árboles. «*Lapochka*», le diría, «cuánto me alegro de haberte encontrado».

El sol empezó a ponerse sobre los tejados de Plovsk y los párpados de Boroda fueron cerrándose lentamente.

Agradecimientos

Me gustaría expresar mi gratitud a las siguientes personas: a Richard Samuel, por la temprana lectura del manuscrito, por sus valiosos comentarios y por los ánimos; a Greg Lawrence, por hacerme saber que The Borough Press aceptaba manuscritos; a Katie Espiner, Cassie Browne y Charlotte Cray, de The Borough Press, por ser tan atentas, resolutivas y comprensivas; y a Mick James, por animarme a seguir y porque sin su ayuda no lo habría conseguido.



ANDREA BENNETT, licenciada en Historia y Ruso por la Universidad de Sheffield, pasó gran parte de la era Yeltsin viviendo y trabajando en Rusia. A su regreso a Reino Unido ingresó como funcionaria en la Oficina de Asuntos Exteriores y la Commonwealth y luego pasó al Departamento para el Desarrollo Internacional. Tras desempeñar un cargo político, ahora trabaja en el sector de la beneficencia. Vive en Ramsgate, en el condado de Kent, con su familia y su perra.

La perra de tres patas de la señora Petrovna es su primera novela.